

Lobsang Rampa

La caverna de los antepasados

Troquel

LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS

por

Lobsang Rampa

Lobsang Rampa es bien conocido en todo el mundo. Pocos como él han sabido mostrar toda la fascinación del Oriente, toda la riqueza espiritual que encierran los lamasterios del Tibet y de otras regiones del Asia. Pocos como él también poseen un lenguaje tan accesible, tan cautivante, tan didáctico.

Quizá *La caverna de los antepasados* sea la obra más honda y perdurable de Lobsang Rampa. No sólo describe las prácticas psicofísicas, típicas de los lamas y que asombran al lector occidental, sino que abre una ventana amplia a la comprensión metafísica y ética de dichas prácticas, exhibiéndolas en todo su contexto y en todas sus implicaciones. El lector iniciado se enriquecerá extraordinariamente con esta lectura y el escéptico, que piensa que el fraude y la imaginación son los únicos soportes de tales cosas, se sentirá obligado a rever sus puntos de vista y abrir un crédito, aunque sea pequeño, a aquella realidad tan lejana a nuestros hábitos, pero tan próxima a nuestros intereses de hombres cultos.

Libros como éste están llamados a la gran polémica, a la adhesión y a la crítica, pero nunca a la indiferencia, como lo han demostrado las anteriores creaciones de este increíble autor.

LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS

Obras del autor:

- EL TERCER OJO
- EL MÉDICO DE TIBET
- EL CORDÓN DE PLATA
- MI VIDA CON EL LAMA

LOBSANG RAMPA

La Caverna de los Antepasados



EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
THE CAVE OF THE ANCIENTS

Traducción de:
INÉS NIETO

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Junio de 1963

SEGUNDA EDICIÓN
Agosto de 1963

TERCERA EDICIÓN
Setiembre de 1963

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

A

Max y Valeria Sorock

dos

inquisidores de la Verdad

PRÓLOGO

Este es un libro que trata de lo Oculto y de los poderes del hombre. Es un libro simple, en el que no hay "palabras raras" ni sánscrito, ni nada de lenguas muertas. ¡La mayor parte de las personas desea CONOCER las cosas, no adivinarlas mediante palabras que ni siquiera comprenden los autores! Si un autor domina su trabajo, puede escribir sin tener que disimular su falta de conocimiento con el empleo de un lenguaje extraño.

Muchas personas se desorientan con el mumbo-jumbo. Las Reglas de la Vida en realidad son simples; no hay necesidad alguna de disfrazarla con cultos místicos o seudo religiones. Ni tampoco es necesario que se aleguen "revelaciones divinas". CUALQUIERA puede tener las mismas "revelaciones" si lucha por ellos.

Ninguna religión tiene las llaves del Cielo, ni a nadie se condenará eternamente porque entre a una iglesia con el sombrero puesto en lugar de descalzo. En el Tibet, en las entradas de las lamaserías hay una inscripción que dice: "Cien monjes, cien religiones". Crea lo que creyere Ud., si su creencia incluye "no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti", saldrá ganando cuando llegue el Juicio Final.

Algunos dicen que la Inteligencia se puede conseguir unién-

dose a tal o cual culto, y también pagando y sufriendo mucho por ello. Las Leyes de la Vida dicen: "Busca y encontrarás".

Este libro es el fruto de una larga vida, de una cuidadosa selección de las lamaserías mayores del Tibet y de las virtudes que se consiguieron por una estrecha vinculación con las Leyes. Este es un conocimiento que enseñaron los Antepasados y está escrito en las Pirámides de Egipto, en los Altos Templos de los Andes, y en el lugar más grande del mundo para el Conocimiento Oculto: Las Montañas del Tibet.

T. LOBSANG RAMPA

Capítulo I

El atardecer era cálido, delicioso, excepcionalmente cálido para la época del año. Elevándose suavemente en la atmósfera, la dulce fragancia del incienso tranquilizaba nuestro espíritu. A lo lejos, detrás de los altos picos de los Himalayas, el sol se ponía en medio de una aureola de gloria, que coloreaba con un rojo sangre las cúspides adornadas de nieve, como si presagiara la sangre que mojaría al Tibet en los días venideros. Las crecientes sombras se deslizaron, desde los picos gemelos Potala y nuestro Chakpori, hacia la Ciudad de Lhasa. Abajo de nosotros, hacia la derecha, una tardía caravana de comerciantes de la India dirigía su lento caminar hacia Pargo Kaling, o Puerta del Oeste. El último de los piadosos peregrinos se apuraba, con prisa desmedida, por llegar a su pueblo de Lingkor Road, como si temiese verse sorprendido por la aterciopelada oscuridad de la noche que se acercaba rápidamente.

El Kyi Chu, o Río Feliz, corría alegre hacia el mar, arrojando brillantes destellos de luz como tributo al día que terminaba. La Ciudad de Lhasa tenía el brillo dorado de las lámparas de aceite. Al final del día, desde el cercano Potala, sonó una trompeta, cuyas notas rodaron y se hicieron eco a través del valle, rebotaron contra la superficie de las rocas, y volvieron hacia nosotros con un timbre distinto.

Miré la escena familiar, miré el Potala, cientos de ventanas centelleantes como si monjes de todas categorías atendieran a sus negocios al final de la jornada. En lo alto del inmenso edificio, cerca de las Tumbas Doradas, se veía una

figura solitaria y remota. Cuando los últimos rayos del sol se hundieron en las montañas, sonó nuevamente una trompeta, y del Templo surgió el sonido de un cántico profundo. Rápidamente, se desvanecieron los últimos vestigios de la luz; y las estrellas del cielo se trasformaron en una llamarada de joyas colocadas sobre un fondo púrpura. Un meteoro relampagueó en el cielo y se encendió en un glorioso estallido final antes de caer a tierra, como un puñado de cenizas.

—¡Hermosa noche, Lobsang! —dijo una voz muy querida.

—Hermosa noche, por cierto —repliqué mientras me ponía de pie rápidamente, de manera de poder saludar al Lama Mingyar Dondup. Se sentó al lado de un muro, y me hizo señas para que también me sentara. Señaló hacia arriba y dijo:

—¿Te das cuenta de que las personas, tú y yo, podríamos parecernos a eso?

Lo miré en silencio: ¿cómo podía parecerme yo a las estrellas en el cielo nocturno? El Lama era un hombre grande, buen mozo, y con un noble corazón. ¡Aun así no se parecía a una colección de estrellas! Él rio al ver mi perplejidad.

—Literal como siempre, Lobsang, literal como siempre. —Sonrió—. Quise significar que las cosas no siempre son lo que parecen. Si escribes: ¡Om! ma-ni pad-me Hum, tan grande que no todas las personas del Valle de Lhasa pudieran leerlo, te darías cuenta que sería demasiado grande para ellos entenderlo. —Se detuvo y me miró para asegurarse de que estaba siguiendo su explicación y luego continuó—: De la misma manera, las estrellas son "tan grandes" que no podemos determinar lo que realmente forman.

Lo miré como si hubiera perdido sus sentidos. ¿Las estrellas FORMAN algo? ¡Las estrellas son —seguro— ESTRELLAS! Luego pensé en escribir tanto como para llenar el Valle, y luego que esa escritura se volviese ilegible a causa de su tamaño. La dulce voz continuó:

—Piensa en ti mismo que te empequeñeces, empequeñeces

hasta que te vuelves tan pequeño como un grano de arena. ¿Cómo me parecería a ti entonces? Imagina que aún te vuelves más pequeño, tan pequeño que el grano de arena fuera como un mundo para ti. Luego ¿qué verías tú de mí? —Se detuvo y me miró con ojos penetrantes—. ¿Bueno? —preguntó—, ¿qué verías?

Yo estaba sentado y boquiabierto, con el cerebro bloqueado para todo pensamiento, con la boca abierta como un pez recién sacado del agua.

—Verás, Lobsang —dijo el Lama—, un grupo de amplios mundos dispersos que flotan en la oscuridad. A causa de tu tamaño pequeño, verías las moléculas de mi cuerpo como mundos separados con un inmenso espacio entre ellos. Verías mundos girando alrededor de mundos, "verías soles" que serían las moléculas de ciertos centros psíquicos, ¡verías un UNIVERSO!

Mi cerebro estalló, casi juraría que la "maquinaria" que está sobre mis cejas tuvo un estremecimiento convulsivo con el esfuerzo que hice para poder seguir todo este conocimiento extraño, excitante.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, se inclinó y suavemente alzó mi mentón.

—¡Lobsang! —rio entre dientes—, tus ojos se están desviando en un esfuerzo por seguirme. —Se sentó hacia atrás, riendo, y me dio algunos momentos para recobrarme un poco. Luego dijo—: Mira la materia de tu manto. ¡Siéntela!

Lo hice y me sentí un tonto al mirar el andrajoso ropaje que usaba. El Lama observó:

—Es una tela, algo suave al tacto. No puedes ver a través de ella. Pero imagina verla a través de un vaso que la aumentara diez veces. Piensa en las duras hebras de la lana de yac, cada hebra diez veces más dura que la que tú ves aquí. Podrías ver la luz entre las hebras. Pero auméntalas un millón de veces y podrás cabalgar a través de ellas, salvo que cada hebra sea demasiado inmensa como para escalarla.

Ahora que me lo mostraba, me parecía que tenía sentido. Me senté, pensé, y estuve de acuerdo cuando el Lama dijo:

—¡Como una vieja mujer decrépita!

—¡Señor! —dije por fin—, entonces toda la vida es un montón de espacio salpicado de mundos.

—No es tan simple como eso —replicó—, pero siéntate con más comodidad y te diré algo del Conocimiento que descubrimos en la Caverna de los Antepasados.

—¡Caverna de los antepasados! —exclamé, lleno de ávida curiosidad—, me iba a hablar sobre eso y la Expedición.

—¡Sí!, ¡sí! —susurró—, lo haré, pero primero tratemos del Hombre y la Vida como los Antepasados en los días de la Atlántida creían que era.

En mi interior, estaba mucho más interesado en la Caverna de los Antepasados, que había descubierto una expedición de altos lamas, y que contenía fabulosas reservas de conocimiento y de implementos de una época en que la Tierra era muy joven. Conociendo a mi Guía tan bien como lo conocía, supe que sería inútil esperar que me contara la historia hasta que estuviese preparado, y no lo estaba aún. Sobre nosotros las estrellas brillaban en toda su gloria, apenas mitigada por el aire puro, raro, del Tibet. En los templos y lamaserías, las luces se apagaban una a una. Desde lejos, traído en el aire nocturno, llegaba el quejumbroso gemido de un perro, y los correspondientes ladridos de los de la ciudad de "Sho", abajo de nosotros. La noche estaba tranquila, plácida, y ninguna nube cruzaba la cara de la luna recién aparecida. Las banderas de plegarias colgaban de sus mástiles, flojas y sin vida. De algún lugar llegaba el débil golpeteo de un Molinillo de Oraciones, mientras que algún monje devoto, encerrado en la superstición y sin darse cuenta de la Realidad, daba vueltas al molinillo con la vana esperanza de ganar los favores de los dioses.

El Lama, mi Guía, sonrió al oirlo y dijo:

—A cada cual de acuerdo con su creencia, a cada cual de

acuerdo con sus necesidades. Los adornos del ceremonial de la religión son un consuelo para muchos; no deberíamos condenar a aquellos que aún no han andado lo suficiente por el Camino, o que no son capaces de sostenerse sin muletas. Voy a hablarte, Lobsang, de la naturaleza del Hombre.

Yo me sentía muy cercano a ESTE hombre, el único que alguna vez me había mostrado consideración y amor. Escuché con cuidado, de manera de poder justificar su fe en mí. Por lo menos, así fue como comencé, pero pronto encontré que el tema era fascinador, y luego escuché con irreprimible ansiedad.

—El mundo está formado por vibraciones, toda la Vida, todo lo que es inanimado, consiste en vibraciones. Aun los poderosos Himalayas —dijo el Lama—, son sólo una masa de partículas en suspenso en la que una no puede tocar a la otra. El mundo, el Universo, consiste en diminutas partículas sobre las que giras otras. Así como nuestro Sol tiene mundos que circulan alrededor de él, siempre manteniendo su distancia, sin tocarse nunca, así es todo lo que existe: compuesto de mundos que giran.

Se detuvo y me miró, quizá preguntándose si todo esto estaba fuera de mi comprensión, pero podía seguirlo con facilidad. Continuó:

—Los dioses que nosotros, clarividentes, vemos en el Templo, son personas, personas vivas, que abandonaron este mundo y entraron a un estado donde sus moléculas están dispersas tan ampliamente que el "fantasma" puede caminar a través de la pared más gruesa sin tocar una sola molécula de esa pared.

—Honorable Maestro —dije—, ¿por qué sentimos hormigueo cuando pasa cerca de nosotros un "fantasma"?

—Toda molécula, toda pequeña partícula del sistema "solar y planetario", está rodeada de una carga eléctrica, no la clase de electricidad que el Hombre genera con las máquinas, sino un tipo más refinado, la electricidad que vislumbramos

algunas noches en el cielo. Así como la Tierra tiene la Aurora Boreal, vacilando en los Polos, así la mínima partícula tiene sus "aureolas boreales". Un "fantasma" que se nos acerca demasiado, produce una suave sacudida en nuestra influencia psíquica, y por lo tanto sentimos ese hormigueo.

A nuestro alrededor, la noche estaba silenciosa. Ni un soplo de viento alteraba la quietud; había un silencio que se conoce solamente en países como el Tibet.

—La influencia psíquica, entonces, que nosotros vemos, ¿es una carga eléctrica? —pregunté.

—Sí —contestó mi Guía, el Lama Mingyar Dondup—. En países fuera del Tibet, donde los cables transportadores de corriente eléctrica de alto voltaje cruzan la tierra, los ingenieros electrónicos observan y reconocen un "efecto de halo". En este "efecto de halo" los cables parecen estar rodeados de un halo o influencia psíquica de luz azulada. Se observa mejor en la oscuridad, en las noches místicas, pero por supuesto siempre está allí para aquellos que quieran verlo. —Me miró reflexivamente—. Cuando vayas a Chungking a estudiar medicina, utilizarás un instrumental que diagrama las ondas eléctricas del cerebro. Toda la Vida, todo lo que existe, es electricidad y vibración.

—Ahora estoy confundido —repliqué—, porque, ¿cómo puede la Vida ser vibración y electricidad? Puedo comprender una cosa, pero no ambas.

—¡Pero mi querido Lobsang! —rio el Lama—, ¡no puede existir electricidad alguna sin vibración, sin movimiento! Es el MOVIMIENTO el que genera electricidad, por lo tanto, los dos están estrechamente vinculados.

Vio mi ceño fruncido y con sus poderes telepáticos leyó mis pensamientos.

—¡No! —dijo—, ¡no lo hará CUALQUIER vibración! Permíteme presentártelo de esta manera: imagínate un gran teclado que se extiende desde aquí hacia el infinito. La vibración que consideramos compacta estará representada

por una nota del teclado. La próxima podría representar el sonido y la siguiente la perspectiva. Otras notas representarán los sentimientos, sentidos, propósitos, para los que no tenemos comprensión mientras estemos aquí en la Tierra. Un perro puede escuchar notas más altas de lo que puede un ser humano, y un ser humano puede escuchar notas más bajas que un perro. Se podrían decir al perro palabras en tonos más altos, que él oiría, y el ser humano no se daría cuenta. De la misma manera, las personas así llamadas del Mundo de los Espíritus pueden comunicarse con los de esta Tierra, cuando el terrestre tiene el don especial de la clariaudición.

El Lama hizo una pausa y rio suavemente.

—Te estoy manteniendo despierto, Lobsang, pero tendrás la mañana para recobrarte. —Señaló hacia las estrellas que brillaban tan intensamente en el aire puro, puro—. Desde que visité la Caverna de los Antepasados y probé allí los maravillosos instrumentos, instrumentos que se mantuvieron intactos desde los días de los atlántidas, a menudo me distraje con una fantasía. Me gusta pensar en dos criaturitas conscientes, más pequeñas aún que el virus más pequeño. No importa qué forma tengan, convengamos en que son inteligentes y poseen instrumentos insuperables. Imagínalas de pie en un espacio abierto de su propio mundo infinitesimal. (¡Como actualmente nosotros!) "¡Oh! ¡Es una noche hermosa!", exclamó Ay, mientras miraba en forma intensa hacia el cielo. "Sí", contestó Beh, "hace que nos preguntemos sobre el propósito de la Vida, lo que somos, adónde vamos", reflexionaba Ay, y miraba las estrellas que pasaban a través de los cielos en una fila sin fin. "Mundos sin límite, millones, billones de ellos. Me pregunto: ¿cuántos de ellos estarán habitados?" "¡Tonterías! ¡Sacrilegio! ¡Ridículo!", dijo Beh, "Sabes que no existe vida excepto en nuestro mundo, ya que, ¿no nos dicen los Sacerdotes que estamos hechos a la Imagen de Dios? ¿Cómo puede haber otra vida que sea exactamente

igual a la nuestra? No, es imposible, ¡estás perdiendo tus sentidos!", murmuró Beh para sí, de mal humor, mientras se alejaba. ¡Podrían estar equivocados, sabes, podrían estar equivocados! —El Lama Mingyar Dondup me sonrió y dijo: —¡Aún tengo una continuación para ella! Aquí está:

—En algún distante laboratorio, con una ciencia no soñada por nosotros, donde se dispone de microscopios de fantástico poder, están trabajando dos científicos. Uno, inclinado sobre un escritorio, con los ojos fijos en un supermicroscopio a través del cual está mirando. De golpe se detiene, empuja su banquillo con gran ruido sobre el piso lustrado, y llama a su Ayudante: "¡Mira, Chan! Ven y mira". Chan se levanta, acude adonde estaba sentado su excitado Superior y se sienta delante del microscopio. "Sobre la platina, tengo la millonésima parte de un grano de sulfuro de plomo", dice el Superior, "¡míralo!" Chan ajusta los controles y silba con sorpresa. "¡Oh!" exclama, "es como mirar el Universo mediante un telescopio. ¡Sol llameante, planetas en órbita...!" El Superior habla pensativamente: "Me pregunto si tendremos suficiente aumento para ver un mundo individual. ¡Me pregunto si existe VIDA allí!" "¡Tonterías!", dice Chan bruscamente. "Por supuesto que no existe vida consciente. No PUEDE haberla, pues no nos dicen los Sacerdotes que estamos hechos a la Imagen de Dios, ¿cómo PUEDE haber Vida inteligente allí?"

Sobre nosotros, las estrellas seguían su curso, infinito, eterno. Mientras sonreía, el Lama Mingyar Dondup buscó entre sus ropas y extrajo una caja de fósforos, tesoro traído desde la lejana India. Lentamente extrajo un fósforo y lo sostuvo.

—¡Te mostraré la Creación, Lobsang! —dijo con jovialidad. Raspó la cabeza del fósforo sobre la superficie de la caja, y mientras éste se consumía en una llamarada de vida, lo sostuvo—. ¡Apágalo! Creación y disolución —dijo—. La cabeza del fósforo encendido arroja cientos de partículas, y cada una se aleja de sus semejantes. Cada una era un mundo se-

parado, el total era el Universo. Y el Universo murió cuando la llama se extinguió. ¿Puedes decirme que no había vida en esos mundos? —Lo miré dudando, sin saber qué decir—. Si hubiese mundos, Lobsang, y vida sobre ellos, para esa Vida, los mundos habrían durado millones de años. ¿Somos sólo un fósforo usado? ESTAMOS viviendo aquí, con nuestras alegrías y penas —la mayoría tristezas— pensando que éste es un mundo sin fin. Piénsalo y hablaremos algo más mañana.

Se puso de pie y se alejó de mi vista.

Tropecé en la terraza y busqué a tientas la parte superior de la escalera de mano que llevaba hacia abajo. Nuestras escaleras son diferentes de las utilizadas en el mundo occidental; consisten en palos largos escoplados. Encontré la primera escopladura, la segunda y la tercera, luego mi pie se deslizó donde alguien había derramado aceite de una lámpara. Me caí y aterricé al pie de una pila de cosas, viendo más "estrellas" que las que había en el cielo y oyendo muchas protestas de los monjes que dormían. Una mano surgió de la oscuridad y me dio un puñetazo. Me levanté rápidamente y me deslicé dentro de la envolvente oscuridad que me protegía. De la manera más cuidadosa posible, encontré un lugar donde dormir, me envolví con mi manto y me liberé de mi estado consciente. Ni siquiera el "shush-shush" de los pasos apresurados me molestaba, ni interrumpieron mis sueños las trompetas de cuerno o las campanas de plata.

Estaba ya bastante avanzada la mañana cuando me despertó alguien que en forma entusiasta me estaba pateando. Con ojos llenos de sueño vi la cara de un tosco discípulo.

"¡Despiértate! ¡Despiértate! ¡Por la Daga Sagrada, eres un perro perezoso!" Me pateó de nuevo, con fuerza. Lo alcancé, tomé sus pies y se los retorcí. Con un ruido de sacudida de huesos cayó al suelo diciendo a gritos: "¡El Superior! ¡El Superior desea verte, idiota, bruto!" Le di un puntapié para cobrarme los muchos que él me había propinado, arreglé mi manto y corrí. "Sin comida, ¡sin desayuno", refunfuñé. "¿Por

qué todos siempre me buscan cuando es la hora de comer?"

Marché de prisa a través de los corredores sin fin, giré en las esquinas, casi provoqué un ataque de corazón a algunos ancianos monjes algo asustadizos, pero llegué a la habitación del Superior en un tiempo récord. Entré precipitadamente, me puse de rodillas e hice mis saludos de respeto.

El Superior leía con cuidado mis Antecedentes, y de pronto oí una contenida risita de sorpresa:

—¡Ah! —dijo— el joven salvaje que se cae de las rocas, engrasa la parte inferior de los soportes, y causa más molestias que cualquiera aquí. —Se detuvo y me miró con severidad—. Pero estudió bien, extraordinariamente bien. Sus condiciones metafísicas son tan buenas, y usted está tan adelantado en su trabajo académico, que haré que le enseñe en forma especial e individual el Gran Lama, Mingyar Dondup. Se le ofrece una oportunidad sin precedentes por orden expresa de Su Santidad. Ahora preséntese al Lama, su Guía.

Mientras me despedía haciendo un gesto con la mano, el Superior retornó nuevamente a sus papeles. Aliviado porque ninguno de mis numerosos "pecados" se había descubierto, corrí. Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, estaba sentado esperándome. Mientras me miraba entrar con ojos profundos, dijo:

—¿Has desayunado?

—No, Señor —contesté—. El Reverendo Superior me mandó buscar mientras estaba aún durmiendo. ¡Tengo hambre!

Se rio y dijo:

—Vete, toma tu desayuno y vuelve.

No necesité discutirlo: tenía hambre y eso no me gustaba. No sabía, aunque me lo predijeron, que el hambre me seguiría durante muchos años de mi vida.

Reanimado por un buen desayuno, pero puro en espíritu por el pensamiento de un trabajo más firme, volví al Lama Mingyar Dondup. Se levantó cuando entré.

—Entra —dijo—. Vamos a pasar una semana en el Potala.

En tanto él caminaba delante, salimos hacia donde nos esperaba un monje sirviente con dos caballos. Miré con aprensión el caballo que me habían asignado. Con más aprensión aún, él me miró a mí, pensando peor de mí que yo de él. Presintiendo una muerte inminente monté y me colgué. Los caballos eran criaturas terribles, sin seguridad, temperamentales, y sin frenos. Andar a caballo era la última de mis ambiciones. A trote corto hicimos el sendero montañoso desde Chakpori. Cruzamos el camino Mani Lakhan, con el Pargo Kaling a nuestra derecha, y pronto entramos en el pueblo de Sho —donde mi Guía hizo una breve parada—, luego, a duras penas, subimos los empinados escalones del Potala. Subir las escaleras a caballo resulta una desagradable experiencia, y mi preocupación principal era ¡no caerme! Monjes, lamas y visitantes, una muchedumbre incesante subía y bajaba las escaleras, algunos deteniéndose para admirar el paisaje, otros —que habían sido recibidos por el propio Dalai Lama— pensaban solamente en la entrevista. Nos detuvimos en lo alto de la escalera, y agradecido pero sin gracia, desmonté. Aquí, pobrecito, el caballo relinchó de disgusto y me dio la espalda.

Subimos, escalando escalera tras escalera, hasta que llegamos a una altura del Potala donde el Lama Mingyar Dondup tenía cuartos permanentemente reservados, cerca de la Habitación de las Ciencias. En aquella Habitación había extraños aparatos, provenientes de todas partes del mundo, pero los más extraños eran aquellos que pertenecían al pasado más remoto. Así, por fin llegamos a nuestro destino, y me establecí por un tiempo en la que sería entonces mi habitación.

Desde mi ventana, en lo alto del Potala, sólo un piso más abajo que el Dalai Lama, podía mirar Lhasa, sobre el Valle. A lo lejos, podía ver la Gran Catedral (Jo Kang) con un resplandor dorado en los techos. El Ring Road o Lingkor, se angostaba en la distancia, haciendo un círculo completo

alrededor de la ciudad de Lhasa. Lo llenaban devotos peregrinos, todos los cuales venían a ofrecer reverencias al trono más grande del mundo del Conocimiento Oculto. Me maravillé de mi propia suerte de poder tener un Guía maravilloso como el Lama Mingyar Dondup; sin él, hubiera sido un discípulo común, que viviría en un oscuro dormitorio en lugar de hacerlo casi en la cima del mundo. De repente, tan de repente que di un grito de sorpresa, unos brazos fuertes me asieron y levantaron en el aire. Una voz profunda dijo:

—¿Ah, sí? ¿Todo lo que piensas de tu Guía es que te trae a lo alto del Potala y que te alimenta con esos nauseabundos dulces traídos de la India? —Se rio de mis protestas, y yo estaba demasiado ciego, o demasiado confuso, para darme cuenta que ¡él sabía lo que pensaba de él!

Por último, dijo:

—Estamos de acuerdo, nos conocimos mucho en una vida pasada. Tú tienes toda la sabiduría de esa vida pasada y casi no necesitas que te la recuerden. Ahora tenemos que trabajar. Ven a mi cuarto.

Me enderecé el manto y coloqué nuevamente en su lugar la escudilla que se me había caído cuando me levantó por el aire; luego corrí hacia el cuarto de mi Guía. Me hizo señas de que me sentara, y cuando lo hice, dijo:

—¿Y? ¿Has recapacitado sobre el tema de la Vida, en nuestra discusión de anoche?

Desalentado, dejé caer mi cabeza cuando le contesté:

—Señor, tenía que dormir, luego el Superior deseaba verme, luego usted deseaba verme, luego tuve que comer y luego usted quiso verme nuevamente. ¡Hoy no he tenido tiempo para pensar en NADA!

Sonrió mientras me decía:

—Luego vamos a discutir los efectos de los alimentos, pero primero hablemos de la Vida.

Se detuvo y buscó un libro que estaba escrito en algún idioma extranjero. Ahora sé que era en inglés. Dio vuelta

las páginas y al fin encontró lo que estaba buscando. Mientras me pasaba el libro, lo abrió en una ilustración y preguntó:

—¿Sabes qué es esto?

Observé la figura; era tan vulgar que miré las extrañas palabras de abajo. No me dijeron nada. Devolviéndole el libro, le reproché:

—Sabe que no puedo leerlo, Honorable Lama.

—Pero, ¿reconoces la figura? —insistió.

—Bueno, sí, es sólo un Espíritu de la Naturaleza, nada diferente de los de aquí.

Me confundía cada vez más. ¿Qué significaba todo eso? El Lama abrió nuevamente el libro y dijo:

—En un lejano país, allende el mar, la condición general para ver los Espíritus de la Naturaleza se ha perdido. Si una persona ve un Espíritu se burlan de ella, o generalmente lo acusan de alucinado. Las personas occidentales no creen en las cosas a menos que se puedan romper, o tener en las manos, o ponerlas en una jaula. En Occidente, un Espíritu de la Naturaleza se llama Duende, y los Cuentos de Duendes NO son creídos.

Esto me asustó. Yo podía ver siempre a los espíritus y lo tomaba como algo absolutamente normal. Sacudí la cabeza como para quitar de ella cualquier duda. El Lama Mingyar Dondup dijo:

—Toda la Vida, como te dije anoche, consiste en rápidas vibraciones de materia que generan una carga eléctrica, la Vida de la Materia. Así como en música existen distintas octavas. Imagínate que el hombre común en la calle vibra en una cierta octava, entonces un Espíritu de la Naturaleza y un Fantasma vibrarán en una octava más alta. Como el Hombre Común vive, piensa y cree solamente en una octava, las personas de las otras octavas son invisibles para él.

(Yo jugaba con mi manto, mientras lo pensaba; me parecía que no tenía sentido. Yo podía ver a los fantasmas y los

espíritus de la naturaleza, por lo tanto CUALQUIERA podía verlos también.) El Lama, leyendo mis pensamientos, replicó:

—TÚ ves el magnetismo animal de los humanos. La mayoría de los otros seres humanos no. TÚ ves los espíritus de la naturaleza y los fantasmas. La mayoría de los otros seres humanos no. Todos los niños ven esas cosas, porque los más jóvenes son receptivos. Luego, a medida que el niño crece, las preocupaciones de la vida vuelven toscas sus percepciones. En Occidente a los niños que dicen a sus padres que han estado jugando con los Espíritus compañeros de juegos, se los castiga por decir mentiras, o son objeto de burlas por su "vívida imaginación". Al niño lo ofende semejante trato y luego de un tiempo ¡se convence de que todo era producto de su imaginación! Tú, a causa de tu educación especial, puedes ver los fantasmas y los espíritus de la naturaleza, y siempre los verás, así como siempre verás el magnetismo animal de los seres humanos.

—Entonces, ¿los espíritus de la naturaleza que vigilan las flores son lo mismo que nosotros? —le pregunté.

—Sí —respondió—, lo mismo que nosotros excepto que ellos vibran más rápidamente y sus partículas de materia están más dispersas. Por eso puedes pasar tu mano a través de ellos, lo mismo que puedes poner tu mano a través de un rayo de sol.

—¿Alguna vez has TOCADO —es decir, ASIDO— un fantasma? —le pregunté.

—Sí —respondió—, se puede hacer si uno aumenta su propia velocidad de vibración. Te diré.

Mi Guía tocó una campanilla de plata, regalo de un Alto Superior de una de las lamaserías más famosas del Tibet. El monje sirviente, conociéndonos, nos trajo, no "tsampa" sino té de la India, y esos dulcecillos traídos a través de las altas montañas especialmente para Su Santidad, el Dalai Lama, y que yo, como pobre discípulo, saboreé mucho. "Recompensa por tus esfuerzos especiales en el estudio", como

Su Santidad decía a menudo. El Lama Mingyar Dondup había dado la vuelta al mundo, tanto en lo físico como en lo astral. Una de sus pocas debilidades era su predilección por el té hindú. ¡Una debilidad que de corazón comparto! Nos sentamos confortablemente, y tan pronto como terminé mis masitas, mi Guía Amigo habló:

—Hace muchos años, cuando era joven, me escabullía por un rincón del Potala, ¡como tú ahora!, Lobsang. Llegaba tarde al Servicio, y para mi desesperación vi un Superior que venía por mi camino. ¡Él también corriendo! No había tiempo para evitarlo; ya estaba ensayando mis disculpas cuando me estrellé contra él. Estaba tan asustado como yo. De cualquier manera, mi distracción era tal que seguí corriendo y así alcancé a llegar no demasiado tarde, después de todo.

Me reí, al pensar en el grave Lama Mingyar Dondup, ¡ESCABULLÉNDOSE! Me sonrió y continuó:

—Más tarde, esa noche, lo pensé. Pensé: ¿por qué no podría tocar un fantasma? Cuanto más lo pensaba, más me afirmaba en mi decisión de que DEBERÍA tocar uno. Tracé mis planes con cuidado, y leí todas las antiguas Escrituras en la parte referente a tales asuntos. También consulté a un hombre muy culto que vivía en una caverna en lo alto de las montañas. Me dijo mucho, me indicó el camino correcto, y te voy a decir lo mismo, porque esto lleva al tema de tocar un fantasma en forma directa.

Se sirvió un poco más de té y lo sorbió antes de continuar:

—La Vida, como te dije, consiste en una masa de partículas, pequeños mundos que circulan alrededor de pequeños soles. El movimiento genera una sustancia que, a falta de término mejor, podemos llamar "electricidad". Si comemos sensatamente, podemos aumentar nuestra tasa de vibración. Una dieta sensata, y no ninguna de las caprichosas ideas ocultas, aumenta la propia salud, aumenta la propia tasa de vibraciones. Por lo tanto nos acercamos a la tasa de vibración del fantasma.

Se detuvo y encendió un palo fresco de incienso. Complacido porque la punta ardía en forma satisfactoria, dirigió nuevamente su atención sobre mí.

—El solo propósito del incienso es aumentar la tasa de vibración de la zona en la que se quema, y la tasa de los que están dentro de la zona. Cuando se utiliza el incienso correcto, puesto que cada clase corresponde a determinada vibración, podemos obtener ciertos resultados. Durante una semana me mantuve en una dieta estricta, que aumentó mi vibración o "frecuencia". Durante aquella semana, también, quemé en forma continua el incienso adecuado en mi habitación. Al término de ese plazo, casi estaba "fuera" de mí mismo; me sentía flotar más que caminar, sentía la dificultad de mantener mi fantasma dentro de mi físico. —Me miró y sonrió mientras decía—: ¡Tú no habrías apreciado una dieta tan estricta!

"NO", pensé, "antes tocaría una buena comida que un buen fantasma!"

—Al término de la semana —dijo el Lama, mi Guía—, bajé al Santuario Interno y quemé más incienso mientras imploraba a un fantasma que viniera y me tocara. De repente, sentí el calor de una mano amiga en el hombro. Cuando me di vuelta para ver quién turbaba mi meditación, quedé estupefacto al ver que había sido tocado por un espíritu "muerto" hacía más de un siglo.

El Lama Mingyar Dondup se detuvo de pronto, luego soltó una carcajada al recordar aquella experiencia de un pasado lejano.

—¡Lobsang! —exclamó por último—, el viejo lama "muerto" se rio y me preguntó por qué me había metido en todo ese lío, cuando lo único que tenía que hacer era introducirme en lo astral. Confieso que me sentí mortificado en extremo al pensar que una solución tan obvia se me había escapado. Ahora, como bien sabes, vamos a lo astral para hablar a los fantasmas y a los seres de la naturaleza.

—Por supuesto, usted habló por telepatía —le hice notar—, y no conozco ninguna explicación de la telepatía. Yo lo hago pero ¿CÓMO lo hago?

—¡Me haces las preguntas más difíciles, Lobsang! —rio mi Guía—. Las cosas más simples son las más difíciles de explicar. Dime, ¿cómo explicarías el proceso de la respiración? Lo haces, todos lo hacen, pero ¿cómo explicar el proceso?

Asentí malhumorado, sabía que yo siempre hacía preguntas, pero era la única manera de conseguir saber las cosas. La mayor parte de los otros discípulos carecía de estas preocupaciones: con tal de tener su alimento y poco trabajo, estaban satisfechos. Yo quería más, quería SABER.

—El cerebro —dijo el Lama—, es como una radio, como la invención que usaba aquel hombre, Marconi, para enviar mensajes a través de los océanos. El conjunto de partículas y cargas eléctricas que constituyen un ser humano, posee un impulso eléctrico o radial del cerebro que indica lo que hacer. Cuando una persona piensa en mover un miembro, una corriente eléctrica corre a través de los nervios correspondientes a fin de comunicar la energía pasajera a los músculos para que efectúen la acción deseada. De la misma manera, cuando una persona piensa, son emitidas desde el cerebro ondas de radio o eléctricas —en realidad provienen de la parte más alta del espectro radial—. Ciertos instrumentos pueden detectar las radiaciones y aun esquematizarlas en lo que los doctores occidentales denominan líneas alpha, beta, delta y gamma.

Asentí lentamente; ya había oído tales cosas por intermedio de los Lamas doctores.

—Ahora bien —continuó mi Guía—, las personas sensibles pueden detectar también estas radiaciones, y las pueden comprender. Leí tus pensamientos, y cuando tú lo intentes, podrás leer los míos. Cuanto más concuerdan dos personas, más fácil les resulta leer esas radiaciones cerebrales que son los pensamientos. Así obtenemos la telepatía. Los mellizos

a menudo son completamente telepáticos entre sí. Los gemelos, donde el cerebro de uno es la réplica del del otro, son tan telepáticos recíprocamente que a menudo es difícil determinar cuál de ellos originó el pensamiento.

—Respetado Señor —dije—, como tú sabes, puedo leer la mayoría de las mentes. ¿Por qué es esto? ¿Hay muchas personas más con esta condición particular?

—Tú, Lobsang —replicó mi Guía—, estás especialmente dotado y enseñado. Tus poderes aumentan según nuestro mandato por todos los métodos, pues tienes una difícil tarea que cumplir en tu vida futura. —Movió su cabeza en forma solemne—. Una tarea difícil, por cierto. En épocas antiguas, Lobsang, la humanidad podía comunicarse telepáticamente con el mundo animal. En los días venideros, luego que la raza humana vea las locuras de las guerras, el poder se reconquistará; una vez más el Hombre y el Animal andarán juntos en Paz, sin desear dañarse uno al otro.

Debajo de nosotros, resonó un gong. Luego nos llegó un sonido de trompetas, entonces el Lama Mingyar Dondup se puso de pie diciendo:

—Debemos apurarnos, Lobsang, el Servicio del Templo está por comenzar, y su Santidad en persona estará allí.

Me levanté con rapidez, arreglé mi manto, y corrí tras mi Guía, que se alejaba por el corredor ya casi fuera de mi vista.

CAPÍTULO II

El gran Templo parecía ser algo viviente. Desde mi ventajosa situación en lo alto del tejado, podía mirar hacia abajo y ver el lugar en toda su extensión. Temprano, mi Guía, el Lama Mingyar Dondup y yo, fuimos allí en una misión especial. Ahora, él estaba encerrado con un Alto Dignatario, y yo —libre para deambular— encontré este lugar de observación sacerdotal en medio de las poderosas vigas que sostenían el techo. Merodeando por el pasillo, descubrí la puerta y, con atrevimiento, la empujé. No se elevó ninguna protesta; entonces espié. El lugar estaba vacío, por lo tanto entré y me hallé en una pequeña habitación de piedra, como una celda construida en las paredes del Templo. A mis espaldas, se hallaba la pequeña puerta de madera; había paredes de piedra a ambos lados, y delante de mí una alacena de piedra quizá de tres pies de alto.

Me acerqué en silencio y me arrodillé, de manera que sólo mi cabeza sobrepasaba la alacena de piedra. Mientras espiaba en la borrosa oscuridad del piso del Templo, me sentí como un Dios en los Cielos que espía a sus mortales. Fuera del Templo, el crepúsculo dejaba lugar a la oscuridad. Los últimos rayos del sol poniente se desvanecían detrás de los picos cubiertos de nieve, enviando una lluvia de luz a través de la espuma perpetua de la nieve que volaba desde las alturas.

La oscuridad del Templo se mitigó, y en algunos lugares se intensificó al encenderse cientos de vacilantes lámparas de aceite. Lámparas que brillaban como puntos dorados de

luz, que difundían una radiación a su alrededor. Parecía como si las estrellas estuviesen a mis pies en lugar de hallarse sobre mi cabeza. Sombras misteriosas pasaban en forma furtiva a través de los poderosos pilares; unas veces delgadas y largas, pequeñas y en cuclillas otras; pero siempre grotescas y caprichosas en esa luz que hace aparecer fantasmal lo común, y lo extraño, fuera de toda descripción.

Cuando miré hacia abajo, sentí como si estuviera en la mitad del mundo, sin creer lo que veía o imaginaba. Entre el piso y yo flotaban nubes de incienso que se elevaban una tras otra y que me hacían recordar más el sitial de un Dios cuando mira a la Tierra a través de las nubes. Suaves nubes de incienso se elevaban y se arremolinaban en forma compacta, provenientes de los Incensarios que hacían oscilar los discípulos jóvenes y devotos. Subían y bajaban, sin hacer ruido con los pies y con el rostro inmóvil. A medida que iban y venían, en los Incensarios dorados se reflejaban millones de puntos de luz que lanzaban deslumbrantes rayos. Desde mi ventajosa posición podía mirar hacia abajo y ver el incienso resplandeciente, que abanicado por la brisa, algunas veces se encendía y lanzaba lluvias de rojo, que caían rápidamente en forma de cenizas. Como dotado de vida, el humo del incienso se elevaba en columnas compactas que tomaban formas lánguidas delante y detrás de los discípulos. Subiendo más, el humo formaba aún otra nube dentro del Templo. Enroscándose y girando en las débiles corrientes de aire ocasionadas por el movimiento de los monjes, semejaba algo vivo, una criatura, que apenas se veía, y que respiraba y dormía. Miré por un momento hipnotizado casi con la fantasía de que yo estaba dentro de un ser vivo, y de que observaba las oscilaciones de sus órganos, y que escuchaba los sonidos de su cuerpo, de la Vida misma.

A través de la niebla formada por las nubes de humo del incienso, pude ver las apretadas hileras de lamas, monjes de la Trapa y discípulos.

Sentados en el suelo con las piernas cruzadas, se apretujaban en sus filas sin fin hasta tornarse invisibles en los lugares más apartados del Templo. Todos con sus mantos de Orden parecían un remiendo animado y ondulante de color familiar. Dorado, azafrán, rojo, marrón, y unos pocos grises apagados, los colores parecían tener vida y flotar uno dentro del otro a medida que los que los usaban se movían. A la cabeza del Templo, se sentaba Su Santidad, el Profundo, la Décimotercera Encarnación del Dalai Lama, la figura más venerada en todo el mundo Budista.

Observé por un tiempo mientras escuchaba el cántico de las voces profundas de los lamas, acentuado por el alto sobreagudo de los pequeños discípulos. Miré vibrar las nubes de incienso a tono con las vibraciones más profundas. Las luces vacilaban en la oscuridad y luego volvían, el incienso se quemaba y surgía de nuevo bajo la forma de una lluvia de rojas chispas. El servicio continuaba y yo estaba arrodillado allí, mirando. Miraba las sombras danzarinas crecer y morir en las paredes, miraba los puntitos de luz hasta casi perder conciencia de dónde estaba y qué hacía.

Un anciano lama, doblado bajo el peso de sus excesivos años, se movía lentamente delante de sus Hermanos de la Orden. A su alrededor, rondaban atentos monjes de la Trapa, con palos de incienso y luces en las manos. Inclinándose ante El Profundo, y volviéndose en forma lenta para saludar a cada uno de los cuatro Rincones de la Tierra, por último enfrentó a los monjes que estaban dentro del Templo. Con voz sorprendente en un hombre tan anciano, cantó:

"Oye las voces de nuestras Almas. Éste es el Mundo de la Ilusión. La Vida sobre la Tierra no es sino un sueño que, en el momento de la Vida Eterna, no es sino el guiño de un ojo. Escuchad las Voces de nuestras Almas, todos vosotros que estáis deprimidos. Esta vida de Sombra y Pena terminará, y la Gloria de la Vida Eterna brillará para los justos.

Se enciende el primer palo de incienso para que se pueda guiar un alma afligida".

Un monje de la Trapa se adelantó e hizo una reverencia delante del Profundo, se volvió con lentitud y se inclinó hacia los Cuatro Rincones de la Tierra. Encendió un palo de incienso, se dio vuelta nuevamente y señaló con él los Cuatro Rincones. El cántico profundo resurgió y se apagó. A ello siguió el tiple agudo de los jóvenes discípulos. Un lama corpulento recitó ciertos Pasajes, señalándolos con el sonido de su Campana de Plata con un vigor motivado sólo por la presencia del Profundo. Cuando se calmó, miró a su alrededor para ver si su actuación había obtenido la debida aprobación.

El Lama Anciano se adelantó una vez más, se inclinó ante el Profundo y ante las Estaciones. Otro monje de la Trapa revoloteó pidiendo atención, sobreexcitado por la Presencia del Jefe de Estado y Religión. El Lama Anciano cantó:

"Oye las Voces de nuestras Almas. Éste es el Mundo de la Ilusión. La Vida sobre la Tierra es la Prueba de que siempre en lo alto podemos purificarnos de nuestras miserias y ambiciones siempre en aumento. Oye las Voces de nuestras Almas, tú que dudas. Pronto pasará el recuerdo de la vida Terrestre, y habrá Paz, y alivio para el Sufrimiento. Se enciende el segundo palo de incienso para que se pueda guiar un Alma que duda".

El cántico de los monjes a mis pies se elevó y murió nuevamente mientras el monje de la Trapa encendía el segundo palo y cumplía con el ritual de inclinarse ante el Profundo y a la vez señalar cada Rincón con el incienso. Las paredes del Templo parecían respirar, girar al unísono con el cántico. Alrededor del Anciano Lama se reunían formas fantasmales, aquellos que hacía poco se habían ido de esta vida sin la debida preparación y que ahora vagaban solitarios y sin guía.

Las sombras titilantes parecían saltar y retorcerse como

almas en una tormenta; mi propia conciencia, mi percepción, aun mis sentimientos parecían fluctuar entre dos mundos. En uno miraba con arrebatadora atención la continuación de la ceremonia que se efectuaba allá abajo. En el otro, veía "los mundos intermedios" donde las almas de los muertos recientes partían temblorosas ante la maravilla de lo Desconocido. Almas incomunicadas, húmedas, adheridas a las tinieblas, gemían en su terror y soledad. Separadas entre sí, separadas de todas las otras a causa de su falta de creencia, estaban tan inmóviles como un yac atascado en una ciénaga. En la profunda oscuridad de "los mundos intermedios", atenuada solamente por la débil luz azulada de estas formas fantasmales, llegaba el cántico, la Invitación, del Anciano Lama:

"Oye las voces de nuestras Almas. Éste es el mundo de la Ilusión. Como el Hombre muere en la Gran Realidad pensando que podría haber nacido en la Tierra, debe morir en la Tierra para que pueda nacer nuevamente en la Gran Realidad. No existe Muerte, sino Nacimiento. Los tormentos de la Muerte son los tormentos del Nacimiento. Se enciende el tercer palo de Incienso para que se pueda guiar un Alma Atormentada".

Llegó a mi conciencia una orden telepática: "¡Lobsang! ¿Dónde estás? ¡Ven de inmediato!" Volví nuevamente a ESTE mundo con un gran esfuerzo, me tambaleé sobre mis pies entumecidos y corrí por la pequeña puerta. "¡Ya voy, Respetado Señor!", pensé para mi Guía. Me froté los ojos y me refresqué en el aire de la fría noche, luego del calor y del humo de incienso del Templo; encontré y seguí mi camino en lo alto, donde mi Guía me esperaba en un cuarto al lado de la puerta principal. Me sonrió al verme.

—¡Oh! ¡Lobsang! —exclamó—, ¡parece que hubieras visto un fantasma!

—¡Señor! —le contesté—, he visto varios.

—Esta noche, Lobsang, nos quedaremos aquí —dijo el

Lama—. Mañana iremos al Oráculo Estatal y llamaremos en él. Encontrarás interesante la experiencia, pero ahora es tiempo de alimentarnos primero, y luego dormir.

Mientras comía, estaba preocupado por lo que había visto en el Templo, preguntándome CÓMO éste era "el mundo de la Ilusión". Terminé rápido la cena y me fui al cuarto que me habían asignado. Envolviéndome en mi manto, me acosté y pronto me dormí. Durante la noche, me asaltaron sueños, pesadillas, y extrañas impresiones.

Soñé que estaba sentado, bien despierto, y que grandes globos de ALGO llegaban a mí como el polvo en una tormenta. Estaba sentado, y en la lejanía aparecieron pequeñas manchas que crecieron, crecieron hasta que me di cuenta de que eran globos de todos colores. Crecieron hasta el tamaño de la cabeza de un hombre, vinieron hacia mí y se alejaron con gran rapidez. En mi sueño —¡si fue un sueño!— no podía volver la cabeza para mirar hacia dónde se habían ido; había sólo este montón de globos que surgían de algún lugar y que pasaban veloces a mi lado hacia... ¿dónde? Me extrañó muchísimo que ninguno de los globos se estrellara contra mí. Parecían sólidos aunque para mí no tenían sustancia. De una manera tan repentina, que me hizo despertar, una voz a mis espaldas dijo: "Como un fantasma que ve las paredes sólidas, firmes del Templo, así también las ves tú ahora". Temblé de aprensión; ¿estaba MUERTO? Sabía que la así llamada muerte era simplemente un nuevo nacimiento. Me acosté otra vez y me dormí de nuevo.

Todo el mundo se sacudía, crujía y temblaba de una manera loca. Me senté con gran susto, pensando que el Templo se estaba cayendo a mi alrededor. La noche era oscura, sólo con la radiación fantasmal de las estrellas que, en lo alto, arrojaban la más simple luz. Miré hacia adelante y sentí que los pelos se me paraban de punta por el miedo. Estaba paralizado; no podía mover un dedo y, lo que es peor, el mundo crecía. Las suaves piedras de las paredes

se volvieron toscas y se trasformaron en rocas porosas de los volcanes extinguidos. Los agujeros en la piedra crecían y crecían y vi que estaban poblados de gente de pesadilla que había visto a través del microscopio alemán del Lama Mingyar Dondup.

El mundo crecía y crecía, las horribles criaturas crecían en tamaños inmensos, y tanto, a medida que pasaba el tiempo, ¡que podía ver sus poros! El mundo crecía más y más; entonces comencé a comprender que yo me estaba achicando y achicando. Me di cuenta de que había una tormenta de tierra. Desde algún lugar a mis espaldas, los granos de tierra rugían, aunque ninguno de ellos me tocó. Muy rápido, comenzaron a crecer, a crecer. Algunos de ellos eran tan grandes como la cabeza de un hombre, otros como el Himalaya. Sin embargo ninguno de ellos me tocó. Siguieron creciendo aún hasta que perdí todo sentido del tamaño, todo sentido del tiempo. En mi sueño parecía que estaba recostado entre las estrellas, yacía con frío y sin movimiento mientras galaxia tras galaxia pasaban a mi lado con gran rapidez y se perdían en la distancia. No puedo decir cuánto tiempo permanecí así. Parecía como si estuviese allí una eternidad. Mucho, mucho tiempo después, un grupo de constelaciones, una serie de universos se acercaron directamente hacia mí. "¡Éste es el fin!", pensé vagamente mientras aquella cantidad de mundos se estrellaba contra mí.

"¡Lobsang! ¡LOBSANG! ¿Fuiste a los Reinos del Cielo?" La Voz sonó y resonó en el universo, rebotó en los mundos... y se hizo eco en las paredes de piedra de mi cámara.

Con miedo, abrí los ojos y traté de ver. Sobre mí había una cantidad de estrellas brillando y que de alguna manera me parecían algo familiares. Estrellas que se desvanecieron lentamente para dejar lugar al benévolo rostro del Lama Mingyar Dondup. Me estaba sacudiendo suavemente. La luz del sol se volcó en el cuarto. Un rayo iluminó algunas

manchas de polvo, que luego brillaron con los colores del arco iris.

—¡Lobsang! Ya es muy tarde. Te dejé dormir pero ya es hora de que comas y luego nos iremos.

Con gran esfuerzo me puse rápidamente de pie. Esa mañana estaba "fuera de mí"; la cabeza me parecía demasiado grande, y mi mente aún estaba tratando los "sueños" de la noche. Envolví todas mis exiguas pertenencias en la parte delantera de mi manto y dejé mi habitación para ir en busca del *tsampa,* nuestro alimento principal. Bajé la escalera de mano asiéndome con fuerza, por temor a caerme. Bajé adonde los monjes cocineros estaban holgazaneando.

—Vengo en busca de comida —dije muy humildemente.

—¿COMIDA? ¿A ESTA HORA DE LA MAÑANA? ¡FUERA DE AQUÍ! —rugió el jefe de los cocineros. Estaba a punto de darme una trompada cuando otro monje susurró en voz baja:

—Está con el lama Mingyar Dondup.

El jefe de cocineros saltó como si lo hubiera picado una avispa y luego se volvió a su ayudante:

—¿Bueno? ¿Qué estás esperando? ¡DA AL CABALLERO SU DESAYUNO!

Normalmente, hubiera tenido mi cebada en la bolsa de cuero que llevan TODOS los monjes, pero como estábamos de visita todas mis reservas se habían agotado. Todos los monjes, no importa si fueran discípulos, monjes de la Trapa o lamas, llevaban la bolsa de cuero para la cebada y la escudilla donde comerla. El *tsampa* estaba mezclado con té enmantecado, y así era la comida principal del Tibet. Si las lamaserías tibetanas imprimiesen menús, habría sólo una palabra: ¡*tsampa*!

Algo fortalecido después de mi merienda, me uní al Lama Mingyar Dondup y fuimos a caballo a la Lamasería del Oráculo Estatal. Mientras viajábamos no hablamos; mi caballo tenía un movimiento particular que exigía toda mi

atención si deseaba mantenerme en él. Mientras íbamos por el camino de Lingkor, los peregrinos, al ver el ropaje de alto rango de mi Guía, le pedían su bendición. Al recibirla, seguían el Circuito Sagrado con un aire de estar por lo menos a mitad de camino de la salvación. Pronto llegamos con los caballos a un bosquecillo de sauces y seguimos por el camino de piedra que llevaba al Hogar del Oráculo. En el patio, monjes sirvientes se llevaron nuestros caballos, ya que, agradecido, por fin había vuelto a la tierra.

El lugar estaba repleto. Los lamas de más elevado rango habían viajado a lo largo y a lo ancho del país para estar presentes. El Oráculo se iba a poner en comunicación con los Poderes que gobiernan el mundo. Yo, por disposición especial, por orden expresa del Profundo, debía estar presente. Nos enseñaron dónde deberíamos dormir: yo, cerca del lama Mingyar Dondup, y no en un dormitorio con muchos otros discípulos. Cuando pasamos al lado de un pequeño templo, dentro del edificio principal, oí: "Escucha las Voces de nuestras almas. Éste es el Mundo de la Ilusión".

—¡Señor! —dije a mi Guía cuando quedamos solos— ¿CÓMO es éste el "Mundo de la Ilusión"?

Me miró con una sonrisa.

—Bueno —respondió—, ¿qué ES real? Tocas esta pared y tus dedos se detienen en la piedra. Por lo tanto razonas que la pared existe como algo sólido que no puede penetrar nada. Fuera de las ventanas, la línea de las montañas de los Himalayas son tan firmes como el sostén de la Tierra. Sin embargo, un fantasma, o tú en lo astral te puedes mover a través de las piedras de las montañas en forma tan libre como lo haces en el aire.

—Pero, ¿cómo es esa "ilusión"? —pregunté—. Anoche tuve un sueño que realmente FUE ilusión; ¡me pongo blanco de solo pensar en él!

Mi Guía, con una paciencia infinita, escuchó mientras le contaba aquel sueño y cuando terminé mi relato dijo:

—Tendré que hablarte acerca del Mundo de la Ilusión. No ahora, puesto que debemos primero acudir al Oráculo.

El Oráculo Estatal era un sorprendente hombre joven, delgado y de apariencia muy enfermiza. Me presentaron, y sus ojos, cuando me miraron fijamente, me hicieron correr un hormigueo de miedo por la columna.

—¡Sí! Eres tú, te reconozco muy bien —dijo—. Tú tienes el poder interior, también tendrás la sabiduría. Te veré más tarde.

El Lama Mingyar Dondup, mi querido amigo, me miró muy satisfecho.

—¡Pasas todas las pruebas, Lobsang, siempre! —me dijo—. Ahora ven, nos retiraremos al Santuario de los Dioses y hablaremos. —Mientras caminábamos me sonreía—. Habla, Lobsang —me indicó— sobre el Mundo de la Ilusión.

El Santuario estaba desierto, como ya lo sabía mi Guía. Delante de las Sagradas Imágenes ardían titilantes lámparas, haciendo que sus sombras saltaran y se movieran como en una danza exótica. El humo de incienso se elevaba en forma de espiral, formando una nube sobre nosotros. Nos sentamos juntos al lado del Atril donde el Lector leería los Libros Sagrados. Nos sentamos en actitud de contemplación, con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados.

—Éste es el Mundo de la Ilusión —dijo mi Guía—. Por eso llamamos a las ALMAS para que nos escuchen, pues están solitarias en el Mundo de la Realidad. Decimos, como bien sabes: "Oye las Voces de nuestras Almas"; no decimos: "Oye nuestras Voces Físicas". Escúchame, y no me interrumpas, pues ésta es la base de nuestra Creencia Interna. Como te explicaré más tarde, la gente que no está desarrollada lo suficientemente, primero debe tener una creencia que la sostenga, que les haga sentir que un Padre o Madre benevolente los está mirando. Solamente cuando se llega a la etapa de desarrollo adecuada se puede aceptar esto que te diré ahora.

Miré a mi Guía y pensé que era todo el mundo para mí, y deseé poder estar siempre juntos.

—Somos criaturas del Espíritu —dijo—. Somos como cargas eléctricas dotadas de inteligencia. Este mundo, esta vida, es el Infierno, es el lugar de prueba donde nuestro Espíritu se purifica por el sufrimiento que supone el aprender a controlar nuestro tosco cuerpo de carne. Así como un títere es controlado por cuerdas manejadas por el Titiritero, así la carne de nuestro cuerpo es controlada por las cuerdas de una fuerza eléctrica que proviene de nuestro Espíritu. Un buen Titiritero puede crear la ilusión de que los muñecos de madera tienen vida, que actúan por su propia voluntad. De la misma manera, NOSOTROS, hasta que conocemos mejor, consideramos que nuestro cuerpo de carne es lo único que importa. En la atmósfera de la Tierra que sofoca al espíritu, olvidamos el Alma que realmente nos controla, pensamos que hacemos cosas por nuestra propia voluntad y que responden sólo a nuestra "conciencia". Así, Lobsang, tenemos la primera Ilusión, la ilusión de que el muñeco, el cuerpo de carne, es lo único que importa. —Se detuvo al ver mi expresión confundida—. ¿Bueno? —preguntó—. ¿Y qué es lo que te pasa?

—¡Señor! —dije— ¿Dónde están mis cuerdas de fuerza eléctrica? ¡No puedo ver nada que me conecte a mi Espíritu!

Sonrió mientras me respondía:

—¿Puedes ver el aire, Lobsang? No, mientras estés en el cuerpo de carne. —Se inclinó y tomó mi manto, casi dejándome sin vida cuando miré sus ojos penetrantes—. ¡Lobsang! —me dijo con severidad—, ¿es que se ha evaporado del todo tu cerebro? ¿Eres realmente hueso de arriba a abajo? ¿Olvidaste el Cordón de Plata, ese conjunto de líneas de fuerza eléctrica que te unen aquí con tu alma? Sinceramente, Lobsang, ¡TÚ estás en el Mundo de Ilusión!

Sentí que me ponía rojo. POR SUPUESTO que conocía al Cordón de Plata, ese cordón de luz azulada que relaciona

lo físico con lo espiritual. Muchas veces, cuando viajaba en lo astral, lo veía resplandecer y latir en forma muy débil con la luz y la vida. Era como el cordón umbilical que une a la madre con el recién nacido: solo, el "niño", que era el cuerpo físico, no podría existir un momento si se cortase el Cordón de Plata.

Miré a mi Guía: estaba listo para continuar luego de mi interrupción:

—Cuando estamos en el mundo físico, tenemos tendencia a pensar que SÓLO importa el mundo físico. Ésta es una de las medidas de seguridad del Espíritu; si recordásemos el Mundo del Espíritu y su felicidad, sólo podríamos permanecer aquí con gran esfuerzo de voluntad. Si recordásemos vidas pasadas cuando, quizás, éramos más importantes que en esta vida, no tendríamos la humildad necesaria. Haré que nos traigan un poco de té y luego te mostraré, o diré, algo sobre la vida de un chino, desde su muerte a su nuevo nacimiento, y de su muerte y llegada al Mundo Siguiente. —El Lama alargó su mano para hacer sonar la campana de plata en el Santuario, pero se detuvo al ver mi expresión—. Bueno —inquirió—, ¿cuál es tu pregunta?

—¡Señor! —respondí—, ¿por qué un chino? ¿Por qué no un tibetano?

—Porque, si digo "un tibetano", tratarás de asociar el nombre con alguien que conoces, con resultados erróneos. —Hizo sonar la campana y un monje sirviente nos trajo té. Mi Guía me miró pensativo. ¿Te das cuenta que al beber este té estamos tragando millones de mundos? —me preguntó—. Los fluidos tienen un contenido molecular no tan denso. Si pudieses aumentar las moléculas de este té encontrarías que ruedan como los granos de arena en un lago turbulento. Asimismo un gas; el aire está compuesto de moléculas, de partículas diminutas. De cualquier manera, ésta es una cosa aparte; vamos a hablar sobre la vida y la muerte de un chino.

Terminó su té y esperó hasta que yo terminara el mío.

—Seng era un anciano mandarín —dijo mi Guía—. Su vida hasta ese momento fue muy afortunada; en el ocaso de aquella vida se sentía muy feliz. Su familia era numerosa, y muchos eran sus concubinas y sus esclavos. Aun el mismo Emperador de la China le concedió sus favores. Con sus ojos cansados podía ver a través de la ventana, pero apenas podía distinguir los hermosos jardines con sus pavos reales. Muy débilmente llegaban a sus oídos los cánticos de los pájaros que volvían a sus nidos al terminar la jornada. Seng estaba recostado, relajado sobre sus almohadones. En su interior podía sentir el crujido de los dedos de la Muerte que cortaban su vínculo con la vida. Con suma lentitud el sol rojizo se hundió detrás de la antigua pagoda. Con suma lentitud, el anciano Seng se hundió nuevamente en sus almohadones, mientras entre sus dientes pasaba con gran ruido su aliento. La luz del sol se desvaneció, y en el cuarto se encendieron pequeñas lámparas, pero el anciano Seng se había ido, junto con los últimos rayos del sol.

Mi Guía me miró para asegurarse que lo seguía, y luego continuó:

—El anciano Seng yacía aplastado sobre sus almohadones, con los sonidos de su cuerpo que crujían y resollaban en el silencio. Ya no circulaba la sangre por sus arterias y sus venas, no gorgoteaban los fluidos del cuerpo en su interior. El cuerpo del anciano Seng estaba muerto, acabado, ya no servía. Pero un clarividente, en el caso de estar presente alguno, hubiera visto formarse un halo de luz azulada alrededor del cuerpo del anciano Seng.

Forma que luego se elevó sobre el cuerpo, flotó sobre él, sujeta por el delgado Cordón de Plata. Gradualmente, el Cordón de Plata se debilitó y se partió. El Alma que había pertenecido al anciano Seng, flotó, la arrastró la corriente como una nube de humo de incienso, y se esfumó sin esfuerzo a través de las paredes.

El Lama volvió a llenar su taza, miró si yo también tenía té, y continuó:

—El Alma pasó a través de los reinos, de las dimensiones que las mentes materialistas no pueden comprender. Por último, llegó a un maravilloso lugar con inmensos edificios, en uno de los cuales se detuvo; aquí, el Alma que fue el Anciano Seng entró y se abrió camino a través de una gran luz. Un alma, Lobsang, en su propio medio, es tan sólida como tú en este mundo. El alma en el mundo de las almas, puede estar encerrada entre paredes, y caminar sobre un piso. Allí, el alma tiene capacidades y talentos distintos de los que le conocemos aquí en la Tierra. Esta alma dio unas cuantas vueltas y por último entró en una pequeña alcoba. Se sentó y miró la pared que tenía frente a sí. De golpe, la pared pareció esfumarse y en su lugar vio escenas, las escenas de la vida. Vio lo que llamamos El Registro Ascárico, que es el registro de todo lo que alguna vez sucedió y que puede ser visto en forma muy rápida por aquellos que están preparados. También lo puede ver CUALQUIERA que pasa de la vida terrestre a la del más allá, pues el Hombre ve el Registro de sus propios éxitos y fracasos. ¡El Hombre ve su pasado y se JUZGA A SÍ MISMO! No existe un juez más severo que el propio HOMBRE. No nos sentamos delante de un Dios temblando; nos sentamos y vemos todo lo que hicimos y lo que intentamos hacer.

Permanecí callado, encontré que todo esto era de un interés absorbente. ¡Podía escuchar esto durante horas, en lugar de las pesadas instrucciones sobre el trabajo!

—El Alma que había sido el anciano Seng, el Mandarín Chino, se sentó y vio nuevamente la vida, que nosotros, aquí sobre la Tierra, pensamos es tan afortunada —continuó mi Guía—. La vio y se lamentó de sus muchos defectos; luego se levantó y dejó la alcoba, y entró muy rápido en un cuarto grande donde Hombres y Mujeres del Mundo de las Almas lo esperaban. En silencio, sonriendo con compasión y com-

prensión, esperaban que se acercara, que les pidiese que lo guiaran. Cuando se sentó en su compañía, les habló de sus faltas, de las cosas que pensó hacer, que quiso hacer, y que no hizo.

—¡Pero creí que usted dijo que no lo juzgaban, que se juzgaba él mismo! —observé de inmediato.

—Eso es, Lobsang —contestó mi Guía—. Al ver su pasado y sus errores, ahora se acercaba a esos Consejeros, a fin de recibir sus sugestiones; pero no me interrumpas, escúchame y guarda tus preguntas para después.

Como te decía —continuó el Lama—, el Alma se sentó con los Consejeros y les habló de sus fracasos, de las virtudes que tenía que "agregar" a su Alma antes de poder evolucionar más. Primero tendría que regresar a mirar su cuerpo, luego vendría un período de descanso —años de cientos de años— y luego lo ayudarían a encontrar condiciones que eran esenciales para su progreso posterior. El Alma que fue el Anciano Seng volvió a la Tierra a mirar por última vez su cuerpo muerto, ahora listo para enterrar. Luego volvió a la Tierra del más allá, no ya el alma del anciano Seng, sino un Alma lista para el descanso. Por un tiempo ilimitado descansó y se recuperó, estudiando las lecciones de vidas pasadas, preparándose para la vida por venir. Aquí, en esta vida posterior a la muerte, los elementos y sustancias eran tan sólidos a su tacto como lo fueron sobre la Tierra. Descansó hasta que el tiempo y las condiciones fueron como se había establecido con anterioridad.

—¡Me gusta esto! —exclamé—. Lo encuentro de interés.

Mi Guía me sonrió antes de continuar:

—En algún momento preestablecido, el Alma en Espera fue llamada y presentada en el Mundo de la Humanidad por una de aquellas cuya tarea era ese trabajo. Se detuvieron, invisibles a los ojos de los seres de carne, y vigilaron a los que serían los padres, miraron la casa, y determinaron las probabilidades que ESA casa tenía para aprender las leccio-

nes que se debían estudiar esta vez. Satisfechas, se retiraron. Meses más tarde, la que sería madre sintió una rápida señal de vida en su interior cuando el Alma entró y el hijo vino a la vida. En ese momento, el niño nacía en el Mundo de los Hombres. El Alma que una vez estuvo en el cuerpo del anciano Seng ahora se debatía nuevamente en los repugnantes nervios y cerebros del niño Lee Wong, que vivía en circunstancias humildes en un pueblo de pescadores de China. Una vez más, las altas vibraciones de un Alma se habían convertido en la octava vibración de un cuerpo de carne.

Me senté y pensé. Luego pensé algo más. Por último dije:

—Honorable Lama: ya que esto es así, ¿por qué las personas temen la muerte, que no es sino un alivio para los problemas de la Tierra?

—Ésta es una pregunta sensata, Lobsang —contestó mi Guía—. Si muchos de nosotros recordásemos las alegrías del Otro Mundo, muchos no podríamos tolerar las dificultades de aquí, por lo tanto, nos inculcamos el temor a la muerte. —Me dirigió una rápida mirada de soslayo, y me advirtió—: A algunos de nosotros no nos gusta el colegio, no nos gusta la disciplina tan necesaria en él. Pero cuando crecemos, nos damos cuenta de los beneficios del colegio. Uno no se debería ir del colegio y esperar progresar en sus conocimientos, ni tampoco es aconsejable terminar una vida antes del tiempo establecido.

Pensé en ello porque, hacía pocos días, un anciano monje inculto y enfermo se había arrojado de una alta ermita. Había sido un anciano huraño, con tendencia a rehusar toda ayuda. Sí, era mejor que el anciano Jigme ya no estuviera, pensé. Mejor para él. Mejor para otros.

—¡Señor! —dije— ¿Entonces, el monje Jigme pecó cuando terminó con su vida?

—Sí, Lobsang, pecó mucho —contestó mi Guía—. Un hombre o una mujer tiene cierto lapso establecido sobre la tierra. Si uno acaba con su vida antes de ese lapso, entonces tiene

que regresar casi inmediatamente. Así, vemos a un niño que nace para vivir quizá sólo unos meses. Ésta será el alma de un suicida que regresa para tomar un cuerpo y vivir el tiempo que debió vivir antes. El suicidio nunca se justifica; es una grave ofensa hacia uno mismo, hacia el propio espíritu.

—Pero, Señor —dije—, ¿qué me dice de los japoneses bien nacidos que cometen un suicidio ceremonioso, de manera de estar a tono con la desgracia familiar? Seguro que ha de ser un hombre muy valiente el que lo hace.

—No tanto, Lobsang —mi Guía se mostraba más categórico—, no tanto. El valor consiste, no en morir, sino en vivir enfrentándose con las dificultades, con el sufrimiento. Morir es fácil, vivir, ¡ESO es un acto de valor! Ni aun las teatrales demostraciones de orgullo en el "suicidio ceremonioso" pueden ocultar su propia equivocación. Estamos aquí para aprender y sólo podemos aprender viviendo nuestro lapso establecido. ¡El suicidio NUNCA se justifica!

Pensé otra vez en el anciano Jigme. Era muy anciano cuando se suicidó, por lo tanto, cuando regresara —pensé—, sería sólo para una corta estada.

—Honorable Lama —pregunté—, ¿cuál es el propósito del temor? ¿Por qué tenemos que sufrir tanto por el miedo? Me he dado cuenta de que las cosas que temo nunca suceden, ¡aunque aún las sigo temiendo!

El Lama rio y dijo:

—Eso nos sucede a todos. Tememos lo desconocido. Aunque el temor es necesario. El temor nos estimula cuando de otra manera seríamos perezosos. El temor nos da una fuerza adicional con la cual evitar accidentes. El temor es un aliciente que nos da poder adicional, incentivos, y hace que sobrepasemos nuestras propias inclinaciones a la holgazanería. No estudiarías tus deberes del colegio si no tuvieses MIEDO de la maestra o MIEDO de parecer estúpido delante de los otros.

Los monjes entraban en el santuario; los discípulos corrían

encendiendo más lámparas de aceite, más incienso. Nos levantamos y salimos al fresco del atardecer, donde una suave brisa jugaba con las hojas de los sauces. Las grandes trompetas del Potala sonaron a lo lejos y, muy apagados, los ecos rodaron sobre las paredes de la Lamasería del Oráculo Estatal.

Capítulo III

La Lamasería del Oráculo Estatal era pequeña, compacta, y muy solitaria. Algunos pequeños discípulos jugaban con abandono. Ningún grupo de monjes de la Trapa holgazaneaba indolente en el patio bañado de sol, pasando las horas del mediodía en una charla intrascendente. Aquí, la mayoría eran lamas ancianos: hombres viejos. Hombres ancianos, con el cabello blanco y curvados bajo el peso de los años, que llevaban muy lentamente sus asuntos. Éste era el Hogar de los videntes. La tarea de la profecía, de la adivinación, estaba asignada a los lamas ancianos en general, y al mismo Oráculo. Ningún visitante sin invitación entraba aquí, ningún viajero extraviado en busca de descanso o alimento. Éste era un lugar temido por muchos, y prohibido para todos, excepto para aquellos especialmente invitados. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, era la excepción; podía entrar en cualquier momento y encontrarse con que era un visitante muy bien recibido por cierto.

Un gracioso bosquecillo daba a la lamasería privacidad contra los ojos escrutadores. Altas paredes de piedra daban a los edificios protección contra los curiosos, si hubiese alguno que se arriesgara a la cólera de los lamas del poderoso Oráculo por su curiosidad ociosa. A un lado, se mantenían, muy cuidadas, habitaciones para Su Santidad el Profundo, que tan a menudo visitaba este templo del saber. El aire estaba calmo, la impresión general era de quietud, de hombres que proseguían muy plácidos con sus importantes asuntos.

Ni había oportunidad para los alborotos, para los intrusos

ruidosos. El lugar estaba vigilado por los poderosos hombres de Kham, hombres inmensos, muchos de ellos de más de siete pies de alto, y pesaban todos no menos de doscientas cincuenta libras. Los utilizaban en todo el Tibet como monjes policías, encargados de la tarea de mantener orden en las comunidades que, algunas veces, tenían cientos de monjes. El monje policía vigilaba constantemente alerta, en guardia. Como llevaba poderosas duelas, era por cierto una vista aterradora para aquéllos con conciencia culpable. El manto del monje no cubre necesariamente a un religioso; en todas las comunidades existen pecadores y perezosos; por lo tanto, los hombres de Kham estaban ocupados.

Los edificios para los lamas también se ocultaban. Aquí no había altos edificios, ni escaleras escopladas para subir; esto era para los ancianos, hombres que perdieron la elasticidad de la juventud, hombres cuyos huesos son frágiles. Se tenía libre acceso a los corredores, y los lamas de más edad vivían en la planta baja. El mismo Oráculo Estatal vivía en la planta baja, a un costado del Templo de la Adivinación. A su alrededor, se alojaban los más ancianos, los más cultos. Y los jóvenes monjes policías, los hombres de Kham.

—Iremos a ver al Oráculo, Lobsang —dijo mi Guía—. Demostró gran interés por ti y está dispuesto a darte mucho de su tiempo. —La invitación —u orden— me llenó de angustia; pues cualquier visita a un astrólogo o "vidente" del pasado era sinónimo de MALAS nuevas, más sufrimiento, más confirmación de las dificultades por venir. También, en general, tenía que usar mi mejor manto y sentarme como un pato relleno mientras escuchaba a algún anciano insulso balar una serie de trivialidades que era mejor no oir. Miré con sospecha; el Lama luchaba por ocultar una sonrisa mientras me miraba. Evidentemente, pensé, ¡había leído mis pensamientos! Estalló en una carcajada cuando me dijo:

—Ve como estás, el Oráculo no se deja influir por el estado de los mantos. ¡Sabe más sobre ti que lo que sabes tú mismo!

Mi tristeza aumentó; me pregunté qué iba a escuchar entonces.

Caminamos por el corredor y salimos al patio interno. Miré las líneas de las montañas, y me sentí como una persona a quien van a ejecutar. Se acercó un repelente monje policía que me pareció una montaña en movimiento. Al reconocer a mi Guía, estalló en sonrisas de bienvenida y profundas reverencias.

—Me inclino a los Pies de Loto, Sagrado Lama —dijo—. Hónreme permitiéndome llevarlo a Su Reverencia el Sagrado Oráculo. —Cayó de rodillas delante de nosotros, y estoy seguro de que el piso tembló con sus pasos.

Había dos lamas al lado de la puerta, lamas que no eran monjes guardianes comunes. Al acercarnos, se hicieron a un lado, de manera que pudiésemos entrar.

—Su Santidad lo espera —dijo uno mientras sonreía a mi Guía—. Está esperando su visita, Señor Mingyar.

Entramos y nos encontramos en una habitación iluminada muy tenuemente. Durante algunos segundos no pude distinguir mucho por cierto; mis ojos estaban encandilados por la luz brillante del sol en el patio. En forma gradual, a medida que mi visión volvía a ser normal, distinguí una habitación desnuda, con dos tapices en las paredes y un pequeño quemador de incienso que humeaba en un rincón. En el centro de la habitación, sobre un almohadón chato, se sentaba un hombre completamente joven. Parecía delgado y frágil, y me asombré cuando me di cuenta de que ÉSTE era el Oráculo Estatal del Tibet. Sus ojos eran algo sobresalientes, y me escudriñaban y penetraban. Me dio la impresión de que estaba viendo mi alma y no mi cuerpo.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, y yo, nos arrodillamos en un saludo preestablecido y tradicional; luego nos levantamos y esperamos. Por último, cuando el silencio se volvió decididamente incómodo, el Oráculo habló:

—¡Bienvenido, Señor Mingyar, bienvenido, Lobsang! —dijo.

Su voz era de un tono algo elevado y no del todo fuerte; daba la sensación de provenir de una gran distancia. Durante algunos momentos, mi Guía y el Oráculo discutieron temas de interés común, luego el lama Mingyar Dondup se inclinó, dio media vuelta y abandonó la habitación. El oráculo permaneció mirándome y por último dijo:

—Trae un almohadón y siéntate a mi lado, Lobsang.

Fui en busca de uno de los cuadrados que había sobre una lejana pared y lo coloqué de manera de poder sentarme delante de él. Durante un tiempo, me miró en medio de un silencio algo irritante, pero poco después, cuando me estaba sintiendo incómodo debido a su examen, habló:

—¡Así que tú eres Tuesday Lobsang Rampa! —dijo—. Nos conocimos mucho en otra fase de la existencia. Ahora, por orden del Profundo, tengo que hablarte sobre los inconvenientes por venir y las dificultades por superar.

—¡Oh Señor! —exclamé—. Debí hacer cosas terribles en vidas pasadas para tener que sufrir así. Mi Kharma, mi destino predestinado, parece ser más duro que el de cualquier otro.

—No es así —contestó—, es un error muy común en las personas pensar que porque tienen dificultades en ESTA vida están sufriendo necesariamente por los pecados de vidas pasadas. Si calientas metal en un hornillo, ¿lo haces porque el metal se equivocó y debe ser castigado, o lo haces para MEJORAR las cualidades del material? —Me miró fijamente y prosiguió—: De cualquier manera, tu Guía, el Lama Mingyar Dondup, eso lo discutirá contigo. Tengo que decirte sólo el futuro.

El Oráculo hizo sonar una campanilla de plata y un sirviente entró en silencio. Caminando sin ruido hacia nosotros, colocó una mesa muy baja entre el Oráculo Estatal y yo, y sobre la mesa colocó un tazón de plata adornado, aparentemente como la porcelana. Dentro del tazón brillaban chispas de carboncillos que enrojecían a medida que el monje

sirviente lo balanceaba en el aire antes de colocarlo frente al Oráculo. Con un murmullo de palabras, cuyo significado se perdió, colocó una caja de madera ricamente trabajada a la derecha del tazón, y se fue tan en silencio como vino. Yo estaba sentado, inmóvil, incómodo, preguntándome por qué me tenía que suceder eso. TODOS me decían qué vida sacrificada iba a tener; parecían disfrutar con ello. Las dificultades eran las dificultades, aunque aparentemente yo no tenía que pagar por los pecados de alguna vida pasada. Con lentitud, el Oráculo se adelantó y abrió la caja. Con una pequeña cuchara de oro sacó un polvo fino que desparramó sobre los resplandecientes carboncillos.

La habitación se llenó de un halo azulado; advertí que mis sentidos vacilaban y que mi vista se nublaba. Desde una distancia imprecisa, me pareció oir el tañido de una gran campana. El sonido se acercaba, y su intensidad aumentó, aumentó hasta que sentí que mi cabeza reventaría. Mi vista se aclaró y con atención miré la columna de humo que surgía sin fin del tazón. Dentro del humo vi movimiento, movimiento que se acercó y me envolvió, de manera que yo era parte de él. Desde algún lugar fuera de mi alcance, me llegó la voz del Oráculo Estatal, zumbando y zumbando. Pero no tenía necesidad de su voz, estaba VIENDO el futuro, viéndolo tan vivamente como él. Dentro de un punto del Tiempo, me coloqué a un lado y vi rehilar los sucesos de mi vida como si fuese en una película. Mi primera niñez, sucesos de mi vida, la severidad de mi padre, todo estaba retratado ante mí. Una vez más estaba sentado ante la gran lamasería de Chakpori. Una vez más oí las duras rocas de las Montañas de Hierro mientras el viento me envolvía en el tejado de la lamasería para arrojarme, con una fuerza capaz de romper los huesos, a un lado de la montaña. El humo se arremolinó y las figuras (lo que llamamos "el Registro Ascárico") se alejaron. Vi nuevamente mis comienzos, las ceremonias secretas entrelazadas con el humo, ya que aún no era un ini-

ciado. En las figuras me vi partiendo por un largo, solitario sendero, hacia Chungking, en China.

Una extraña máquina se retorció y sacudió en el aire, deslizándose horizontalmente y cayendo sobre los escarpados acantilados de Chungking. ¡Y yo —yo— la manejaba! Luego vi escuadras de esas máquinas, con el Sol Naciente del Japón luciendo en sus alas. De las máquinas caían negras manchas que corrían hacia la tierra estallando en llamas y humo. Cuerpos destrozados saltaban con violencia hacia las alturas, y durante algún tiempo, de los cielos cayó una lluvia de sangre y de fragmentos humanos. Me sentí enfermo y aturdido a medida que pasaban las figuras y me mostraban cómo yo era torturado por los japoneses. Vi mi vida, vi las dificultades, sentí las amarguras. Pero la pena más grande fue el ver la falsedad y malicia de algunas personas del mundo occidental, quienes se inclinaban a destruir el trabajo en favor del bien por la sola razón de estar celosos. Las figuras continuaban, continuaban, y vi el probable curso de mi vida antes de vivirla.

Como bien sabía, las PROBABILIDADES se pueden predecir con más exactitud. Algunas veces sólo difieren los pequeños detalles. Las propias configuraciones astrológicas establecen los límites de lo que uno puede hacer y soportar, así como el que maneja una máquina puede establecer sus velocidades mínimas y máximas.

"Una vida dura para mí, está bien", pensé. Luego di un salto y casi dejé el almohadón; una mano se apoyó en mi hombro. Al volverme, vi el rostro del Oráculo Estatal, que ahora estaba sentado a mis espaldas. Su mirada era de completa compasión, de pena por las dificultades venideras.

—Eres muy psíquico, Lobsang —dijo—. Normalmente, tengo que relatar estas figuras a los espectadores. El Profundo, como se supone, es completamente correcto.

—Todo lo que deseo —contesté— es quedarme aquí en paz. ¿Por qué debería querer ir al mundo occidental donde pre-

dican la religión en forma tan ardiente, y tratan de cortarle la cabeza a uno a sus espaldas?

—Hay una tarea, mi amigo —dijo el Oráculo— que debe llevarse a cabo. TÚ puedes hacerla a pesar de todos los contratiempos. De ahí el adiestramiento especial y difícil que soportas.

Toda esta charla sobre dificultades y deberes me puso de mal humor. Lo único que yo deseaba era paz y quietud de vez en cuando.

—Ahora —dijo el Oráculo— es tiempo de que vuelvas con tu Guía, pues tiene mucho que decirte y te está esperando. Me levanté y me incliné antes de dar media vuelta y abandonar la habitación. Afuera el inmenso monje policía me esperaba para llevarme ante el lama Mingyar Dondup. Caminamos juntos, uno al lado del otro, y pensé en un libro de ilustraciones que había visto, en el que un elefante y una hormiga caminaban por un sendero de la selva, uno al lado del otro.

—¡Bien, Lobsang! —dijo el Lama cuando entré en su habitación—, espero que no estés muy deprimido por todo lo que viste. —Me sonrió y me hizo señas para que me sentara—. Primero, alimento para el cuerpo, Lobsang; luego, alimento para el alma —exclamó mientras reía y hacía sonar su campanilla de plata para que el monje sirviente trajera nuestro té. ¡Evidentemente había llegado a tiempo! Las disposiciones de las lamaserías establecían que no se debía mirar alrededor mientras se comía, los ojos no debían extraviarse y se debería prestar gran atención a la Voz del Lector. Aquí, en la habitación del lama Mingyar Dondup, no había ningún lector encaramado sobre nosotros, leyendo en voz alta los Sagrados Libros, a fin de poder mantener alejados nuestros pensamientos de cosas tan triviales como los alimentos. Ni tampoco había ningún severo censor que se abalanzara sobre nosotros a la menor infracción de las disposiciones.

Miré por la ventana los Himalayas que se extendían sin

fin delante de mí, y pensé que pronto llegaría el momento en que no los miraría más. Había dado unos vistazos al futuro —MI futuro— y temía las cosas que no vi porque estaban parcialmente veladas por el humo.

—¡Lobsang! —dijo mi Guía—, has visto mucho, pero mucho más permanece oculto. Si sientes que no puedes encarar el futuro proyectado, entonces aceptaremos el hecho —aunque con pena— y puedes permanecer en el Tibet.

—¡Señor! —contesté—, una vez me dijiste que el hombre que se establece en los senderos de la vida, vacila y se vuelve, no es un hombre. Seguiré adelante a pesar de conocer todas las dificultades que me aguardan.

Sonrió y, con un gesto, dio su aprobación.

—Como suponía —dijo—, al final tendrás éxito.

—¡Señor! —pregunté—, ¿por qué las personas no vienen a este mundo con un conocimiento de lo que fueron en vidas pasadas y de lo que se supone que deben hacer en esta vida? ¿Por qué tiene que haber lo que tú llamas "Conocimiento Oculto"? ¿Por qué no podemos saberlo todo?

El Lama Mingyar Dondup alzó sus cejas y rio.

—¡Por cierto, deseas saber mucho! —dijo—. Tu memoria también está fallando: hace poco te dije que por lo general no recordamos nuestras vidas pasadas, pues hacerlo significaría aumentar nuestros pesares en este mundo. Así es como decimos: "La rueda de la vida gira, trayendo riqueza a unos y pobreza a otros. El mendigo de hoy es el príncipe de mañana". Si no recordamos nuestras vidas pasadas, todos comenzamos otra vez sin tratar de comerciar con lo que éramos en nuestra última encarnación.

—Pero —pregunté—, ¿qué hay acerca del Conocimiento Oculto? Si todo el mundo tuviese ese conocimiento, todos seríamos mejores, avanzaríamos con más rapidez.

Mi Guía me sonrió.

—¡No es tan simple como eso! —contestó.

Por un momento permaneció en silencio, luego habló otra vez:

—Existen poderes en nuestro interior, dentro del control de nuestro espíritu, muchísimo más grandes que todo lo que puede hacer el hombre en el mundo físico, material. El hombre occidental en particular abusaría de los poderes que podemos dirigir, pues todo lo que le importa al hombre occidental es el dinero. El hombre occidental no tiene sino dos interrogantes: "¿puedes probarlo?" y "¿qué consigo con esto?"

Reí como un niño y dije:

—Siempre me divierto cuando pienso en la gran serie de mecanismos y aparatos que los hombres utilizan para enviar un mensaje "telegráfico" a través de los océanos. "Telégrafos sin hilos" tendría que ser la última denominación que debieran utilizar, ya que los aparatos tienen miles y miles de alambres. Pero aquí, en el Tibet, nuestros lamas preparados envían mensajes telepáticos sin ayuda de aparato alguno. Vamos a lo astral y viajamos a través del espacio y del tiempo, visitamos otras partes del mundo, y otros mundos. Podemos hacer subir, contra la acción de la gravedad y sin medios físicos, inmensos pesos, mediante la aplicación de poderes que en general son desconocidos. No todos los hombres son puros, Lobsang, ni siempre el hábito del monje cubre a un santo. En una lamasería puede haber un demonio así como puede haber un santo en una prisión. Lo miré aturdido.

—Pero, si todos los hombres tuvieran este conocimiento, ¿no serían con seguridad todos buenos? —pregunté.

El Lama me miró con tristeza mientras me respondía:

—Nosotros mantenemos SECRETO el conocimiento oculto, de manera que la raza humana pueda estar a salvo, resguardada. Muchos hombres, principalmente los occidentales, piensan sólo en el dinero y en gobernar sobre otros. Como dijeron anteriormente el Oráculo y otros, nuestra tierra será invadida y más tarde conquistada por un culto extraño, un culto que no piensa en el hombre común, sino que existe

con el único objeto de sostener los poderes de los dictadores, dictadores que esclavizarán la mitad del mundo. Hubo altos lamas que fueron torturados a muerte por los rusos porque no querían divulgar el conocimiento prohibido. El hombre común, Lobsang, que tiene acceso súbito al conocimiento, reaccionaría así: primero tendría miedo del poder que ahora tiene en sus manos; luego, pensaría que tiene los medios para hacerse mucho más rico que en sus sueños más grandes. Los pondría en práctica, y tendría dinero. A medida que tenga más dinero y poder, más dinero y poder querrá. Un millonario no se conforma con un millón. ¡sino que quiere muchos más! Se dice que el poder absoluto, desarrollado, corrompe. El Conocimiento Oculto da poder absoluto.

Una gran luz brilló sobre mí; ¡sabía cómo podía salvarse el Tibet! Mientras saltaba con excitación exclamé:

—¡Entonces el Tibet está salvado! ¡El conocimiento oculto nos salvará de la invasión!

Mi Guía me miró con compasión.

—No, Lobsang —contestó con tristeza— nosotros no utilizamos los poderes para cosas como ésas. El Tibet será perseguido, casi aniquilado, pero en los años venideros surgirá nuevamente y se hará más grande, más puro. El país se purificará de la escoria en la guerra, así como luego ocurrirá con el mundo. —Me miró de soslayo—. TIENE que haber guerras, ¿sabes Lobsang? —dijo con gran calma—. Si no existiesen las guerras, la población mundial sería demasiado grande. Si no existiesen las guerras, habría plagas. Las guerras y las enfermedades regulan la población del mundo y dan oportunidades a las personas que están en la Tierra —y en otros mundos— para hacer bien a los demás. SIEMPRE habrá guerras hasta que la población mundial se pueda controlar de una u otra manera.

Los gongs nos recordaban el servicio del atardecer. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, se levantó.

—Vamos, Lobsang —dijo—, aquí somos huéspedes y debe-

mos mostrar respeto por nuestro anfitrión asistiendo al servicio.

Salimos de la habitación y pasamos al patio. Los gongs llamaban con insistencia, y sonaban por más tiempo que los de Chakpori. Caminamos lentamente hacia el Templo. Me maravillé de nuestra lentitud, y luego, cuando miré a mi alrededor, vi muchos ancianos y achacosos que cojeaban por el patio. Mi Guía me susurró:

—¡Sería una cortesía, Lobsang, que fueras y te sentaras con esos discípulos!

Asentí y caminé alrededor de las paredes internas hasta que llegué adonde se sentaban los discípulos de la Lamasería del Oráculo Estatal. Me miraron con curiosidad cuando me senté a su lado. Casi de manera imperceptible, cuando los censores no miraban, se adelantaron hasta rodearme.

—¿De dónde vienes? —preguntó un niño, que parecía ser el cabecilla.

—De Chakpori —respondí con un susurro.

—¿Tú eres el joven enviado por el Profundo? —susurró otro.

—Sí, contesté. Fui a ver al Oráculo y me dijo...

—¡SILENCIO! —rugió una voz feroz a mis espaldas—. ¡Que no se oiga a los niños! —Vi que el hombre inmenso se iba.

—¡Bah! —dijo un niño—. No le hagas caso, su ladrido es peor que su mordisco. En ese momento, el Oráculo y un Superior aparecieron por una pequeña puerta lateral y comenzó el servicio.

Otra vez estuvimos muy pronto libres. Con los otros, fui a la cocina para llenar de nuevo de cebada mi saco de cuero y conseguir más té. No había ninguna oportunidad para hablar; había monjes de toda categoría que discutían un último minuto antes de retirarse. Fui a la habitación que me habían asignado, me envolví en mi manto y me eché a dormir. "El sueño no viene pronto", pensé. Miré la oscuridad púrpura, salpicada de puntitos dorados provenientes de las lámparas de aceite. A lo lejos, los eternos Himalayas ex-

tendían hacia el cielo sus dedos de roca como si suplicaran a los Dioses del Mundo. Largas columnas de luz de luna resplandecían a través de las hendeduras de las montañas, para desaparecer y brillar de nuevo a medida que la luna se alzaba. Esa noche no había brisa, y las banderas de oración colgaban displicentemente de sus mástiles. Una simple sombra de nube flotaba indolente sobre la ciudad de Lhasa. Me volví y dormí.

A hora muy temprana me desperté con un sobresalto; me había dormido y llegaría tarde a los primeros servicios del día. Me puse de pie, arreglé rápidamente mi manto y abrí la puerta. Corrí por los pasillos desiertos y, como un rayo, llegué al patio... para caer justo en los brazos de uno de los hombres de Kham.

—¿Adonde vas? —me susurró con dureza mientras me asía con una mano de hierro.

—Al servicio de la mañana —contesté—. Me debo haber dormido. —Se rio y me soltó.

—¡Oh! —dijo—. Tú eres un visitante. Aquí no hay servicios de mañana temprano. Vuelve y duérmete de nuevo.

—¿No hay servicios? —grité—. ¿Por qué? TODAS tienen servicios de mañana temprano.

El monje policía debía estar de buen humor, pues me contestó cortésmente:

—Aquí tenemos ancianos, y algunos achacosos, por esa razón no tenemos servicios temprano. Ve, y descansa un rato en paz. Me palmeó en la cabeza, muy suavemente para él, como un trueno para mí, y me empujó al corredor. Al volver, retomó su vigilancia en el patio, con sus pasos poderosos que sonaban "¡bonk! ¡bonk!" y, en los peldaños, "¡tunk! ¡tunk!", a medida que sus extremidades chocaban en el piso, a cada paso. Corrí velozmente por los pasillos, y en pocos minutos estaba otra vez profundamente dormido.

Más tarde, me presentaron al Superior y a dos de sus lamas mayores. Me hicieron muchas preguntas, sobre mi vida

en mi hogar, lo que recordaba de vidas pasadas, mi relación con mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Por último los tres, tambaleándose se pusieron de pie y se encaminaron hacia la puerta.

—¡Ven! —dijo el último, señalando con su dedo en mi dirección.

Lo seguí dócilmente, como si estuviese sordo, como si caminase aturdido. Pasaron muy despacio por la puerta y arrastraron sus pies sin apuro, procurando avanzar con la necesaria lentitud. Así, con este andar atravesamos habitaciones abiertas donde los monjes de la Trapa y los discípulos, por igual, nos miraban con curiosidad debido a nuestro lento caminar. Sentí que me ruborizaba de turbación por estar en la "cola" de esta procesión; a su cabeza, el Superior arrastraba sus pies con la ayuda de dos bastones. Luego seguían dos lamas mayores que estaban tan decrépitos y marchitos que apenas podían mantenerse junto al Superior. Y yo, en la parte posterior, apenas podía ir lo suficientemente despacio.

Mucho después —o me pareció "mucho después" a mí—, llegamos a una pequeña puerta que había en una lejana pared. Nos detuvimos mientras el Superior buscaba a tientas en su pecho una llave y murmuraba entre dientes. Uno de los lamas se adelantó para ayudarlo, y entonces la puerta se abrió con un chillido de protesta de las bisagras. El Superior entró, seguido primero por un lama y luego por otro. Nadie me dijo nada, por lo tanto yo también entré. Un anciano lama cerró la puerta detrás de mí.

Delante de mí había una mesa algo grande sobre la cual vi objetos antiguos y cubiertos de polvo: mantos antiguos, viejos molinillos de oraciones, antiguas copas y sartas de rosarios mezclados. Diseminadas sobre la mesa, había algunas Cajas de Talismán y varios otros objetos que al principio no pude identificar.

—Hmmmn. Mmmmn. ¡Ven aquí hijo! —me ordenó el Su-

perior. Me adelanté de mala gana hacia él y tomó mi brazo izquierdo con su mano huesuda. ¡Me sentí como en las garras de un esqueleto!

—Hmmmn. Mmmmn. ¡Hijo! Hmmmn. ¿Cuáles, si hay alguno, de estos objetos y artículos te pertenecieron durante tu vida pasada? —Me llevó a lo largo de la mesa, luego se volvió y me dijo—: Hmmmmm. Mmmmm. Si crees que alguno de estos artículos fue tuyo, hmmmn, tómalo o tómalos y hmmmn, mmmmn, dámelo o dámelos. Se sentó pesadamente y pareció no interesarse más en mis actividades. Los dos lamas se sentaron con él, y no se oyó una palabra.

—¡Bien! —pensé para mí—, si los tres ancianos quieren jugar así, está bien, jugaré de esta manera. La psicometría es, por supuesto, lo más fácil de realizar.

Caminé lentamente con mi mano derecha extendida con la palma hacia abajo, sobre los distintos artículos. Ante ciertos objetos sentía como una puntada en el centro de la palma; una ligera sacudida o temblor recorría mi brazo. Tomé un molinillo de oraciones, una vieja copa cascada y un rosario. Luego repetí mi camino al lado de la larga mesa. Sólo un artículo más hizo que sintiese una puntada en la mano y que mi brazo se estremeciera; un andrajoso manto en las últimas etapas de la decadencia. El azafranado manto de un alto funcionario, con el color casi blanqueado por el tiempo, el material podrido y quebradizo al tacto. Lo levanté con cuidado, un poco con miedo de que se desintegrara entre mis manos. Se lo llevé al anciano Superior, lo deposité a sus pies y volví a buscar el molinillo de oraciones, la copa cascada y el rosario. Sin decir una palabra, el Superior y los dos lamas examinaron los artículos y compararon ciertos signos o anotaciones secretas, con aquellos, en un viejo libro negro que trajo el Superior. Se sentaron durante un rato enfrentados, con las cabezas inclinadas sobre los cuellos marchitos, con los viejos cerebros casi estallando por el esfuerzo que hacían para pensar.

—¡Harrumph! ¡Arrrf! —murmuró el Superior, resollando como un yac cansado— Mmmmmnnn. Por cierto es él. Hmmmn. Es notable. Mmmmn. Vé a tu Guía, el lama Mingyar Dondup, hijo mío, y Hmmmn, dile que nos sentiríamos honrados con su presencia. Tú, hijo mío, no necesitas volver. ¡Harrumph! ¡Arrrf! Me volví y corrí de prisa por la habitación, feliz de estar libre de esas momias vivientes cuyo aire distante era tan diferente de la cálida humanidad del lama Mingyar Dondup. Al doblar una esquina me detuve de repente, a pocos centímetros de mi Guía. Éste se rio y me dijo:

—¡Oh! No te asustes, yo también recibí el mensaje. Me palmeó afectuosamente la espalda y apresuró su marcha hacia la habitación en la que se encontraba el Superior con los dos ancianos lamas. Yo merodée por el patio y patée perezosamente una o dos piedras.

—¿Tú eres el muchacho cuya reencarnación están reconociendo? —preguntó una voz a mis espaldas. Me volví y encontré a un discípulo que me miraba intensamente.

—No sé lo que están haciendo —contesté—, todo lo que sé es que me arrastraron por los corredores para que pudiera recoger algunas de mis antiguas pertenencias. ¡CUALQUIERA podría hacerlo!

El niño rio de buen humor:

—Ustedes, los hombres de Chakpori, conocen sus objetos —dijo— o no estarían en la Lamasería. Oí decir que tú eras alguien GRANDE en una época pasada. Debes HABERLO sido para que el mismo Oráculo te dedicara la mitad del día. —Se encogió de hombros con una mueca de horror y agregó—: Será mejor que te prevengas. Antes de que sepas lo que sucede, ellos te habrán reconocido y te harán un Superior. Entonces ya no podrás jugar más con los otros hombres de Chakpori.

En una puerta al final del patio apareció la figura de mi Guía. Se dirigió hacia nosotros. Con suma rapidez. El

discípulo con quien yo hablaba hizo una gran reverencia, a modo de humilde saludo. El Lama le sonrió y dijo con mucha amabilidad, como siempre:

—Debemos irnos, Lobsang —me dijo el Lama Mingyar Dondup— pronto caerá la noche sobre nosotros, y no queremos cabalgar en la oscuridad.

Caminamos juntos hacia los establos donde un monje sirviente nos esperaba con nuestros caballos. Monté a regañadientes y seguí a mi Guía por el camino que corría entre los sauces. Íbamos a trote corto, en silencio; nunca pude conversar de manera inteligente cuando estaba sobre un caballo, pues todas mis energías las dedicaba a mantenerme sobre él. Para mi asombro, no retornamos a Chakpori, sino que seguimos camino hacia el Potala. Con gran lentitud, los caballos subieron el Camino de las Escalinatas. Bajo nosotros, el valle se esfumaba en las sombras de la noche. Muy contento, desmonté y corrí al ahora familiar Potala en busca de comida.

Mi Guía me estaba esperando cuando volví a mi cuarto luego de la cena.

—Ven conmigo, Lobsang —me llamó. Fui hacia él y, cuando me lo señaló, me senté—. Bien —dijo—, supongo que te estarás preguntando qué significa todo esto.

—¡Oh! ¡Supongo que esperan reconocerme como una reencarnación! —contesté malhumorado—. Uno de los hombres y yo lo estábamos discutiendo en la Lamasería del Oráculo Estatal cuando usted me llamó.

—Bueno, esto es muy bueno para ti —dijo el Lama Mingyar Dondup.— Ahora tenemos que tomarnos algún tiempo y discutir las cosas. No es necesario que asistas a los servicios esta noche. Ponte más cómodo y escucha, y no me interrumpas.

Muchas personas vienen a este mundo para aprender cosas —comenzó mi Guía—. Otros vienen con el propósito de poder ayudar a aquellos que necesitan, o para llevar a cabo

alguna tarea especial, muy importante. —Me miró con intensidad para asegurarse de que lo seguía, y luego continuó—: Muchas religiones hablan de un Infierno, el lugar del castigo o de la expiación de los propios pecados. El Infierno está AQUÍ, en este mundo. Nuestra vida verdadera está en el otro Mundo. Aquí venimos a aprender, a pagar los errores cometidos en vidas pasadas o, como ya dije, a tratar de cumplir alguna tarea muy importante. Tú estás aquí para realizar una tarea relacionada con la influencia psíquica humana. Tus "herramientas" serán: una percepción psíquica excepcionalmente sensible, una capacidad muy intensificada para ver la influencia psíquica humana, y todo el conocimiento que nosotros te podemos dar, relacionado con TODAS las artes ocultas. El Profundo estableció que se utilicen todos los medios posibles para aumentar tus capacidades y talentos. Vamos a utilizar enseñanza directa, experiencias verdaderas, hipnotismo, de manera que puedas obtener el máximo de conocimiento en el menor tiempo posible.

—¡Es el Infierno, está bien! —exclamé muy triste. El Lama se sonrió ante mi expresión.

—Pero este infierno es sólo el paso inicial para una lejana vida mejor —replicó—. Aquí podemos librarnos de algunas de las faltas más ruines. Aquí, en unos pocos años de vida terrestre, nos desprendemos de faltas que nos podrían fastidiar en el Otro Mundo por interminable tiempo. Toda la vida de este mundo, comparada con la del Otro Mundo, no es más que un abrir y cerrar de ojos. Muchas personas en Occidente —continuó— piensan que cuando uno "muere" se sienta en una nube y toca un arpa. Otros piensan que cuando abandonamos ESTE mundo por el siguiente, existimos en un estado místico de la nada, y les gusta. —Se rio y continuó—: ¡Si pudiéramos conseguir que se diesen cuenta de que la vida, luego de la muerte, es MÁS real que cualquier cosa sobre la Tierra! Todo lo que es de

este mundo consiste en vibraciones; las vibraciones de todo el mundo (y todo dentro del mundo) podrían compararse a una octava de la escala musical. Cuando nosotros pasamos al Otro Lado de la Muerte, "la octava" se eleva en la escala. —Mi Guía se detuvo, tomó mi mano y dio un golpe seco a mis nudillos sobre el piso—. Esto, Lobsang —dijo—, es piedra, la vibración que denominamos piedra. —Tomó otra vez mi mano y frotó mis dedos sobre mi manto—. Esto —exclamó— es la vibración que indica "lana". Si movemos TODO en la escala de vibraciones, aún mantenemos los grados relativos de dureza o suavidad. Así en la Vida, luego de la Muerte, la VERDADERA Vida, podemos poseer las cosas de la misma manera que lo hacemos en este mundo. ¿Me sigues? —preguntó.

Por cierto, estaba claro, durante mucho tiempo había sabido cosas como ésas. El Lama interrumpió mis pensamientos:

—Sí, sé que todo esto es un conocimiento común aquí, pero si VOCALIZAMOS estos "pensamientos mudos" los aclararemos en tu mente. Más tarde —dijo— viajarás a las tierras del mundo occidental. Allí encontrarás muchas dificultades con las religiones. —Sonrió algo de costado y agregó—: los Cristianos nos llaman paganos. En su Biblia está escrito que "Cristo deambulaba por el desierto". En NUESTROS archivos se revela que Cristo deambulaba por la India, estudiando las religiones hindúes, y que luego vino a Lhasa y estudió en Jo Kang con los monjes más notables de la época. Cristo formuló una BUENA religión, pero el Cristianismo como se practica hoy día no es la religión que Cristo mostró. —Mi Guía me miró con alguna severidad y dijo—: Sé que estás un poco aburrido con esto, pensando que estoy hablando por hablar, pero viajé por el mundo occidental y tengo el deber de advertirte lo que experimen-

tarás. Lo puedo hacer mejor si te hablo de sus religiones, pues sé que tú tienes una memoria eidética[1].

¡Tengo el privilegio de ruborizarme; PENSÉ demasiadas palabras!

Afuera en los corredores los monjes hacían ruido con sus pies cuando se dirigían al Templo, para los servicios del atardecer. En lo alto del tejado, los trompeteros vigilaban el valle y tocaban las últimas notas del día que llegaba a su fin. Aquí, frente a mí, mi Guía, el lama Mingyar Dondup, continuaba su charla:

—En Occidente existen dos religiones básicas, pero innumerables divisiones. La religión judía es antigua y tolerante. Tú no tendrás dificultades, ni dificultades ocasionadas por los judíos. Durante siglos fueron perseguidos, y tienen gran simpatía y comprensión por los demás. Los cristianos no son tan tolerantes, excepto los domingos. No voy a decir nada sobre las creencias individuales, tú leerás sobre ellas, pero te voy a decir cómo comenzaron las religiones.

En los primeros días de la Vida sobre la Tierra —continuó el Lama— las personas, al comienzo, vivían en pequeños grupos, en tribus muy pequeñas. No había leyes, ni código de comportamiento. La Fuerza era la única ley; la tribu más cruel o más bárbara se imponía sobre la más débil. Con el correr del tiempo, surgió un hombre más fuerte e inteligente. Se dio cuenta de que su tribu sería la más fuerte si estuviera organizada. Fundó una religión y un código de comportamiento. "Creced y multiplicaos", ordenó, ya que sabía que cuantos más niños nacieran más fuerte sería su tribu. "Honrad al padre y a la madre", ordenó, sabiendo que si daba autoridad a los padres sobre los hijos, él tendría autoridad sobre los padres. También sabía que si podía persuadir a los hijos de que estaban en deuda con sus

1 Término de psicología: Memoria que actúa por medio de imágenes que se ven como pertenecientes al mundo real. (*N. del T.*)

padres, sería mucho más fácil hacer cumplir la disciplina. "No cometeréis adulterio" dijo con tono amenazador el Profeta de esa época. Su verdadera orden era que su TRIBU no debía "adulterarse" con la sangre de un miembro de otra tribu, pues en esos casos existen lealtades divididas. Con el correr del tiempo, los monjes encontraron que había algunos que no siempre obedecían las enseñanzas religiosas. Luego de mucho pensar y discutir, esos monjes crearon un plan de recompensa y castigo. "Cielo", "Paraíso", "Valhalla", llámalos como desees, para aquellos que obedecían a LOS MONJES; Infierno, fuego y condena, con torturas perpetuas, para aquellos que los desobedecían.

—Entonces, ¿tú te opones a las religiones organizadas de Occidente, Señor? —le pregunté.

—No, seguro que no —contestó mi Guía—, hay muchos que se sienten perdidos a menos que puedan sentir o imaginarse un Padre que todo lo ve, y que los está espiando, con un Ángel Secretario listo para anotar tanto los hechos buenos como los malos. ¡Nosotros somos Dios para las criaturas microscópicas que habitan en nuestro cuerpo, y aun para las criaturas más pequeñas que habitan SUS moléculas! En cuanto a los rezos, Lobsang, ¿escuchaste a menudo los rezos de las criaturas que existen en tus moléculas?

—Pero, tú dijiste que la oración era efectiva —respondí algo asombrado.

—Sí, Lobsang, la oración es MUY efectiva, SI ROGAMOS A NUESTRO PROPIO ESPÍRITU, a nuestra parte verdadera en el otro mundo, la parte que controla nuestros "hilos de títeres". La oración es MUY efectiva, SI nosotros obedecemos las reglas simples, naturales, que la hacen así.

Sonrió mientras me decía:

—El hombre es un simple átomo en un mundo convulsionado. El hombre sólo se siente cómodo cuando está seguro en alguna especie de "abrazo maternal". Para los de Occidente, inexpertos en el arte de morir, el último pensamiento,

el último grito es "¡Mamá!". Un hombre que no está seguro de sí mismo, mientras trata de dar apariencia de confianza, chupará un cigarro o un cigarrillo de la misma manera que un niño chupa un chupete. Los psicoanalistas concuerdan en que la costumbre de fumar es una simple regresión a la primera infancia en la que el niño toma alimento Y CONFIANZA de su madre. La Religión es un consuelo. El conocimiento sobre la verdad de la vida y la muerte es un consuelo aún más grande. Somos como el agua cuando está sobre la Tierra, como un vapor cuando pasamos a "la muerte" y nos condensamos nuevamente en agua cuando nacemos otra vez en este mundo.

—¡Señor! —exclamé— ¿piensas que los niños NO deberían honrar a sus padres?

Mi Guía me miró algo sorprendido.

—Caramba, Lobsang, por supuesto que los niños deben respetar a sus padres, hasta tanto sus padres se lo merezcan. No debería permitirse que los padres muy dominantes arruinen a sus hijos, aunque un "niño" adulto tiene por cierto primero responsabilidad para su marido o mujer. NO debería permitirse que los padres tiranicen y traten en forma dictatorial a sus hijos adultos. Permitir que los padres actúen así es dañar a los padres tanto como a uno mismo; crean una deuda que los padres deben pagar en alguna otra vida.

Yo pensé en mis padres, mi padre severo y tosco, un padre que nunca fue un "padre" para mí. Mi madre, cuyo pensamiento principal era la vida social. Luego pensé en el lama Mingyar Dondup, que era MÁS que un padre y una madre para mí, la única persona que siempre me había demostrado amabilidad y cariño.

Un monje mensajero entró corriendo e hizo una profunda reverencia.

—Honorable Superior Mingyar —dijo con respeto—. Tengo orden de transmitirle a usted los respetos y saludos del Pro-

fundo y de pedirle tenga la amabilidad de ir a verlo. ¿Puedo guiarlo, Señor?

Mi Guía se levantó y acompañó al mensajero.

Me fui y subí al tejado del Potala. Un poco más arriba, la Lamasería Médica de Chakpori relucía en la noche. A mi lado, una Bandera de Oración se agitaba muy débilmente en su mástil. En una ventana cercana vi de pie a un anciano monje que estaba muy ocupado haciendo girar su molinillo de oraciones; su "clac clac" era un sonido fuerte en el silencio de la noche. Las estrellas se extendían en lo alto como una procesión sin fin, y yo me pregunté: ¿NOS pareceríamos a eso, para alguna otra criatura en algún lugar?

CAPÍTULO IV

Era la época del Logsar, el Año Nuevo tibetano. Nosotros, los discípulos —y también los monjes de la Trapa—, estuvimos ocupados desde algún tiempo antes haciendo imágenes de cera. El año anterior no nos habíamos preocupado y por lo tanto ocasionamos algunos equívocos; otras lamaserías creyeron (¡correctamente!) que nosotros los de Chakpori no teníamos ni tiempo ni interés para tales ocupaciones infantiles. Este año, entonces, por orden del propio Profundo, tuvimos que hacer imágenes de cera y entramos en la competencia. Nuestro esfuerzo fue muy modesto comparado con el de otras lamaserías. En un marco de madera de unos veinte pies de alto por unos treinta de largo, moldeábamos en cera coloreada distintas escenas de los Sagrados Libros. Nuestras figuras eran completamente tridimensionales, y esperábamos que cuando se viesen a la luz vacilante de las lámparas de aceite diesen impresión de movimiento.

El propio Profundo y todos los lamas mayores, examinaban la exposición todos los años y la elogiaban mucho, de acuerdo con el esfuerzo hecho por los constructores para ganar ese elogio. Pasado el Logsar, se derretía la cera y se la usaba en las lámparas de aceite durante todo el año. Mientras trabajaba —tenía alguna habilidad para moldear— pensé en todo lo que había aprendido durante los últimos meses. Algunas cosas sobre la religión aún me confundían y resolví preguntar sobre ellas, en la primera oportunidad que tuviese, a mi Guía el lama Mingyar Dondup, pero ahora, ¡lo importante era la ESCULTURA DE CERA! Me detuve y

tomé un poco de cera color carne y con cuidado subí el andamiaje de manera de poder hacer con buena proporción la oreja de Buda. A lo lejos, a mi derecha, dos jóvenes discípulos se peleaban con pelotas de cera, la tomaban, la moldeaban con fuerza, y luego arrojaban esa sucia misiva al "enemigo". Se divertían mucho, pero desgraciadamente apareció detrás de una columna de piedra un monje censor que quería saber a qué se debía todo ese ruido. Sin decir una sola palabra, tomó a los dos niños, uno con su mano derecha y al otro con la izquierda, ¡y los arrojó en una gran tina de cera caliente!

Me volví y seguí con mi trabajo. La cera se mezcló con el tizne de las lámparas y formó unas cejas muy adecuadas. Ya había una ilusión de vida en la figura. "Después de todo, éste ES el mundo de la ilusión", pensé. Bajé y me alejé a fin de poder obtener una mejor impresión del trabajo. El Maestro de las Artes me sonrió; quizá yo era su discípulo favorito pues me gustaba modelar y pintar y realmente trabajaba para aprender de él.

—Lo estamos haciendo bien, Lobsag —dijo muy gustoso—, los Dioses parecen vivos.

Caminamos para que él pudiera ordenar alteraciones en otra parte de la escena y yo pensé: "¡Los Dioses parecen vivos! ¿Existen los Dioses? ¿Por qué nos enseñan sobre ellos, si no existe ninguno? Debo preguntarle a mi Guía".

Muy pensativo, raspé la cera de mis manos. En un rincón, los dos discípulos que fueron arrojados en la cera caliente trataban de limpiarse frotando sus cuerpos con fina arena marrón, y parecían muy tontos por cierto mientras se frotaban. Reí entre dientes y me volví para irme. Un discípulo de aspecto pesado caminaba a mi lado y decía:

—¡Hasta los mismos Dioses se habrán reído de eso!

"Hasta los Dioses. Hasta los Dioses. Hasta los Dioses". El estribillo sonaba en mi mente al mismo tiempo que mis pasos. Los Dioses, ¿EXISTÍAN los Dioses? Fui al Templo

y me puse a esperar que comenzara el servicio, tan familiar.

—Escuchen las voces de nuestras Almas, todos aquellos que vagan. Éste es el Mundo de la Ilusión. La vida no es sino un sueño. Todo lo que nace debe morir. —La voz del monje zumbaba, recitando las palabras tan conocidas, palabras que ahora excitaban mi curiosidad—. Se enciende el tercer palo de incienso para llamar a un fantasma errante para que pueda ser guiado.

"No ayudado por los Dioses —pensé—, sino guiado por sus CONGÉNERES, ¿por qué no por los Dioses? ¿Por qué él ruega a nuestro Espíritu y no a un Dios?" El resto del oficio no tuvo atracción ni significado para mí. Un codo que se hundió violentamente en mis costillas me hizo saltar de mis pensamientos.

—¡Lobsang! ¡LOBSANG! ¿Qué es lo que te pasa, estás MUERTO? ¡Levántate, el servicio terminó!

Me puse de pie, tambaleante, y seguí a los otros fuera del Templo.

—¡Señor! —dije a mi Guía, el lama Mingyar Dondup, algunas horas más tarde— ¡Señor! ¿EXISTE un Dios? ¿O Dioses?

Me miró y dijo:

—Vayamos y sentémonos en la azotea, Lobsang; apenas podemos hablar en este lugar atestado.

Se volvió y encabezó el camino por el corredor, pasando los lugares para los lamas, pasando la escalerilla, y así llegamos a la azotea. Por un momento, nos detuvimos para mirar la escena tan querida, las líneas de las inmensas montañas, las aguas brillantes del Kyi Chu. Debajo de nosotros, el Norbu Linga, o Parque de las Joyas, se mostraba como una masa de verde vivo. Mi Guía movió su mano:

—¿Piensas que todo esto es casualidad, Lobsang? ¡POR SUPUESTO que existe un Dios!

Nos encaminamos a la parte más alta de la terraza y nos sentamos.

—En tus pensamientos estás confundido, Lobsang —dijo mi Guía—. Existe un Dios; existen Dioses. Mientras estamos sobre esta Tierra no estamos en condiciones de apreciar la Forma y Naturaleza de Dios. Vivimos en lo que podríamos llamar un mundo tridimensional. Dios vive en un mundo tan alejado, que la mente humana, MIENTRAS ESTÁ EN LA TIERRA, no puede tener el concepto necesario de Dios y por lo tanto el hombre tiende a razonar. "Dios" se supone que es algo humano, sobrehumano si prefieres el término, ¡pero el Hombre, en su concepción, cree que él está hecho a la imagen de Dios! El Hombre también cree que no existe vida en otros mundos. Si el hombre está hecho a la imagen de Dios y las personas de otros mundos a diferentes imágenes —¿qué queda de nuestro concepto de que SÓLO el hombre está hecho a la imagen de Dios?

El Lama me miró, escrutándome para asegurarse de que lo seguía en sus observaciones. Por cierto que lo seguía; todo esto parecía evidente.

—Todos los mundos, todos los países de todos los mundos, tienen su Dios o Ángel Guardián. Nosotros llamamos, al Dios encargado del mundo, Manu. Es un Espíritu muy desarrollado, un ser humano que, encarnación tras encarnación, purgó sus escorias, dejando tras de sí todo lo impuro. Existe una unión de Seres Superiores, quienes, en momentos de necesidad, vienen a esta Tierra para dar ejemplo de que los mortales comunes pueden ser capaces de elevarse sobre el lodo de los deseos mundanos.

Sacudí mi cabeza; sabía algo sobre esto, sabía que Budha, Moisés, Cristo y muchos otros eran de esa Orden. También sabia que Maitreya, quien, como se relata en las Escrituras Budistas, vendrá al mundo 5656 MILLONES de años después de Buda, o Gautama como se lo debería nombrar más exactamente. Todo esto, y más, era parte de nuestra enseñanza religiosa, así también como el conocimiento de que CUALQUIER persona buena tiene una oportunidad similar,

sin que importe el nombre de la creencia religiosa que sostenga. Nosotros nunca creímos que sólo una secta religiosa "iba al Cielo", y que todas las demás se arrojaban al Infierno, para solaz de varios espíritus sanguinarios. Pero mi Guía estaba listo para continuar:

—Nosotros tenemos el Manu del mundo, el Gran Ser Evolucionado que controla el destino del mundo. Existen Manus menores que controlan los destinos de un país. Durante años sin fin, el Mundo de los Manus estará en movimiento, y ahora bien preparado, evolucionará y se hará cargo de la Tierra.

—¡Ah! —exclamé algo triunfante—, entonces, ¡no todos los Manus son buenos! El Manu de Rusia está permitiendo que los rusos actúen contra nuestro bien. El Manu de China permite que los chinos invadan nuestras fronteras y maten a nuestra gente.

El Lama me sonrió.

—Te olvidas, Lobsang —contestó— que este mundo es el Infierno, que venimos aquí para aprender. Venimos aquí para sufrir y para que nuestro ESPÍRITU pueda evolucionar. Las dificultades enseñan, los dolores enseñan, la amabilidad y la consideración no. Existen guerras para que los hombres puedan demostrar coraje en los campos de batalla y —como hierro en la fragua— se templen y refuercen por el fuego de la batalla. El cuerpo de carne no importa, Lobsang, eso es sólo un títere temporario. El alma, el espíritu, el sobreespíritu (llámalo como desees), es todo lo que se necesita considerar. Sobre la Tierra, en nuestra ceguera, pensamos que sólo importa el cuerpo. El temor de que nuestro cuerpo pueda sufrir nubla nuestra vista y aleja nuestro juicio. Nosotros tenemos que actuar para bien de nuestro propio espíritu, mientras aún ayudamos a otros. Aquellos que siguen ciegamente las órdenes de padres dominantes agregan una carga a sus padres tanto como a sí mismos. Aquellos que siguen ciegamente los dictados de

alguna creencia religiosa estereotipada también sujetan su evolución.

—¡Honorable Lama! —agregué— ¿puedo expresar dos comentarios?

—Sí, puedes —contestó mi Guía.

—Tú dices que aprendemos con más rapidez si las condiciones son adversas. Yo preferiría un poco más de amabilidad. Podría aprender en esa forma.

Me miró pensativo.

—¿Podrías? —preguntó—. ¿Aprenderías los Sagrados Libros aun si no temieses a los maestros? ¿Harías tu parte en las cocinas si no tuvieras miedo al castigo por ser perezoso? ¿Lo harías?

Bajé la cabeza: era cierto, yo trabajaba en las cocinas cuando me lo ordenaban. Estudiaba los Sagrados Libros porque temía los resultados de un fracaso.

—¿Y tu próxima pregunta? —preguntó el Lama.

—Bueno, Señor, ¿cómo daña una religión estereotipada la propia evolución?

—Te daré dos ejemplos —contestó mi Guía—. Los chinos creían que no importaba lo que hacían en esta vida ya que podían pagar sus defectos y pecados cuando regresaban. Así, adoptaron una política de pereza mental. Su religión se transformó en algo parecido al opio y los arrastró a la pereza espiritual; sólo vivían para la vida próxima, y así sus artes y oficios cayeron en desuso. China se transformó entonces en una potencia de tercera categoría en la que bandidos señores de la guerra, comenzaron un reino de terror y pillaje.

Me había dado cuenta de que los chinos, en Lhasa, parecían ser innecesariamente brutales y completamente fatalistas. ¡La muerte para ellos no tenía más importancia que pasar a otra habitación! Yo no temía a la muerte de ninguna manera, pero deseaba terminar mi tarea en una vida en lugar de retardarla y tener que venir a este mundo época tras época. El proceso de nacer, de ser un niño desvalido,

de tener que ir a la escuela, todo eso para mí era una DIFICULTAD. Esperaba que esta vida mía fuese la última sobre la Tierra. Los chinos tenían inventos maravillosos, maravillosas obras de arte, una cultura excepcional. Ahora, adheridos servilmente a una creencia religiosa, los chinos decayeron, una víctima lista para el comunismo. En una época, la edad y el conocimiento eran muy respetados en China, según la tradición; ahora, ya no se daba a los sabios el honor que se merecían; todo lo que importaba ahora era la violencia, la ganancia personal, el egoísmo.

—¡Lobsang! —La voz de mi Guía interrumpió mis pensamientos—. Hemos visto una religión que enseñaba inacción, que enseñaba que nadie debía influir sobre otro de ninguna manera que agregase algo a su propio Karma, a la deuda que pasa de una vida a otra. —Miró la ciudad de Lhasa, vio nuestro tranquilo valle, luego se volvió otra vez hacia mí—. Las religiones de Occidente tienden a ser muy militantes. Las personas no están contentas de creer lo que ELLAS quieren creer, sino que desean matar a otras para hacerles creer lo mismo.

—No veo cómo MATAR a una persona sería una buena práctica de religión —contesté.

—No, Lobsang —respondió el Lama—, pero en la época de la Inquisición española, una rama de los cristianos torturó a la otra rama para que pudieran ser "convertidos y salvados". ¡Se estiraba a las personas en los potros de tormento y se las quemaba en las hogueras para poder así persuadirlas de cambiar de creencias! Aun ahora, estas personas envían misioneros que tratan por casi todos los medios de obtener conversiones. Pareciera que estuviesen inseguros de su creencia y necesitaran que otros expresen su aprobación y acuerdo con su religión, sobre la base, presumible, ¡de que existe salvación en las cifras!

—¡Señor! —dije— ¿Crees que las personas deberían seguir una religión?

—Bueno, por cierto, si ellos lo desean así —contestó el lama Mingyar Dondup—. Si las personas aún no han llegado a la etapa en que pueden aceptar su Espíritu, y el Manu del Mundo, entonces puede ser un consuelo para ellos unirse a algún sistema formal de religión. Es una disciplina mental y espiritual, que hace que algunas personas sientan que pertenecen a un grupo familiar, con un Padre benevolente que los vigila, y una Madre compasiva que está siempre dispuesta a interceder a su favor ante el Padre. Sí, para aquellos que se hallan en cierta etapa de la evolución, semejante religión es buena. Pero cuanto más pronto las personas se den cuenta de que deberían rogar a su espíritu, más pronto evolucionarán. A menudo nos preguntan por qué tenemos imágenes sagradas en nuestros Templos, o por qué tenemos Templos. A eso podemos responder que tales imágenes son advertencias de que también nosotros podemos evolucionar y en un momento dado transformarnos en altos Seres espirituales. En cuanto a nuestros Templos, son lugares donde las personas de mentes semejantes se pueden reunir con el propósito de darse mutua fuerza en la tarea de alcanzar el propio espíritu. Rogando, aun cuando tal oración no esté dirigida adecuadamente, es posible que se alcance un grado de vibración más alto. La meditación y la contemplación dentro de un Templo, una Sinagoga o una Iglesia, son beneficiosas.

Reflexioné sobre lo que acababa de oir. Bajo nosotros, el Kaling Chu tintineaba y corría veloz a medida que se comprimía para arremolinarse bajo el puente del camino de Lingkor. A lo lejos, hacia el sur, divisé un grupo de hombres que esperaba al barquero del Kyi Chu. Los comerciantes habían venido temprano y trajeron diarios y papeles para mi Guía. Diarios de la India, y de extraños países del mundo. El Lama Mingyar Dondup había viajado lejos y a menudo, y se mantenía en contacto con los hechos externos al Tibet. Diarios, revistas. Yo estaba pensando en algo.

Algo que había encaminado esta discusión. ¿Diarios? Salté como si me hubieran pinchado. ¡No un diario, sino una revista! Algo que había visto, ¿pero qué era? ¡Ya lo sabía! Todo estaba claro; miré algunas páginas, sin entender una sola palabra de idiomas extranjeros, pero buscaba figuras. Una de tales páginas se detuvo bajo mi pulgar. Una figura alada que cubría con sus alas un campo de batalla sangriento. Mi Guía, a quien le mostré la ilustración, leyó y me tradujo el título.

—¡Honorable Lama! —exclamé excitado— hoy temprano me habló de esa figura (la llamó el Ángel de Mons) que muchos hombres dicen haber visto sobre un campo de batalla. ¿Era eso un Dios?

—No, Lobsang —contestó mi Guía—. Muchos, muchos hombres en la hora de su desesperación, creen ver la figura de un Santo, o como ellos lo llaman, un Ángel. Su urgente necesidad y las fuertes emociones inherentes a un campo de batalla dan fuerza a sus pensamientos, a sus deseos, a sus plegarias. Así, de la manera que te mostré, crean un pensamiento para sus propias especificaciones. A medida que aparece el primer trazo fantasmal de una figura, las oraciones y pensamientos del hombre que lo causa se intensifican, y así la figura aumenta en fuerza y solidez y persiste durante un tiempo apreciable. Nosotros hacemos lo mismo aquí cuando "elevamos formas pensadas" en el Templo Interior. Pero ven, Lobsang, ya es bastante tarde y las Ceremonias de Logsar aún no han concluido.

Caminamos por los corredores, hacia la escena del bullicio, el tumulto ocupado que era la vida diaria dentro de una lamasería durante la época de la celebración. El Maestro de las Artes vino en mi búsqueda, ya que quería que un niño pequeño y liviano subiera la escalerilla e hiciese algunas alteraciones en la cabeza de una figura en la parte superior. Yendo tras la estela del Maestro, lo seguí con paso animado, por el resbaloso sendero, hacia la habitación de

la cera. Me puse un manto viejo, manchado con cera de colores, até un cordel alrededor de mi cintura a fin de poder sostenerme, y subí la escalerilla. Era como había dicho el Maestro: parte de la cabeza se había separado de las tablillas de madera. Pedí lo que necesitaba, até mi cuerda y subí un balde de cera. Trabajé durante algunas horas, enroscando tablas de fina madera alrededor de los puntales posteriores, moldeando otra vez la cera para mantener la cabeza en su lugar. Mucho después, el Maestro de las Artes, cuando miró con ojo crítico, dijo que estaba satisfecho. En forma muy lenta, entorpecida, me desanudé del andamiaje y bajé con lentitud. Muy contento, cambié de vestimenta y salí corriendo.

Al día siguiente, yo y muchos otros discípulos estábamos en la planicie de Lhasa, al pie del Potala, al lado del pueblo de Sho. En teoría mirábamos las procesiones, los juegos, las carreras. En realidad, nos pavoneábamos frente a los humildes peregrinos que se apiñaban en los senderos de la montaña para recordarles que debían estar en Lhasa para la época de Logsar. Venían de todo el mundo budista, a ésta, la Meca del budismo. Ancianos lisiados por los años, mujeres jóvenes que llevaban niños pequeños, todos venían con la creencia de que, completando el Circuito Sagrado de la Ciudad y el Potala, expiaban pecados anteriores y se aseguraban un buen nuevo nacimiento sobre la Tierra. Los adivinos de la suerte se amontonaban en el camino de Lingkor, mendigos ancianos gemían por limosna, y los comerciantes con sus mercaderías colgadas de sus hombros se abrían paso entre la multitud para buscar clientes. Pronto me cansé de esa escena delirante, me cansé de la multitud boquiabierta y de sus preguntas insustanciales, continuas. Me aparté de mis compañeros y con lentitud caminé el sendero de la montaña hacia mi hogar de la lamasería.

En la terraza, en mi lugar favorito, todo estaba tranquilo. El sol daba una agradable tibieza. A mis pies, ahora fuera

de la vista, se levantaba el confuso murmullo de la multitud, un murmullo que con su vaguedad me alivió y me hizo adormecer en el calor del mediodía. Casi al límite extremo de mi visión, una figura borrosa se materializó. Con pesadez, sacudí mi cabeza y parpadeé. Cuando abrí los ojos nuevamente, la figura aún estaba allí, más clara aún y se hacía más densa. El temor me erizó el pelo de la nuca. —¡No eres un fantasma! —exclamé—, ¿quién eres? La figura sonrió suavemente y contestó:

—No hijo mío, no soy un fantasma. Una vez yo también estudié aquí en Chakpori, y holgazaneé como tú lo estás haciendo ahora en esta terraza. Entonces deseé sobre todas las cosas apurar mi liberación de los deseos terrestres. Yo mismo me enclaustré entre las paredes de aquella ermita. —Señaló hacia arriba y yo me di vuelta para seguir la dirección de su brazo extendido—. Ahora —continuó telepáticamente—, en éste el décimo primer Logsar desde aquella fecha, conseguí lo que deseaba; libertad para andar errante a voluntad, mientras dejo mi cuerpo seguro dentro de la celda de la ermita. Mi primer viaje es aquí, para que pueda mirar una vez más la multitud, para que pueda visitar otra vez este lugar tan recordado. Libertad, hijo, conseguí la libertad. —Se desvaneció delante de mí como una nube de incienso dispersa por el viento nocturno.

¡Las ermitas! Nosotros los chelas habíamos oído mucho sobre ellas, ¿cómo eran por dentro? A menudo nos lo habíamos preguntado. ¿Por qué los hombres se encarcelaban ellos mismos dentro de aquellas habitaciones de roca, encaramadas precariamente sobre el borde de la montaña? ¡También nos preguntábamos eso! Decidí preguntarle a mi bienamado Guía. Luego recordé que un anciano monje chino vivía a poca distancia de donde yo estaba. El anciano Wu Hsi había tenido una vida interesante; durante algunos años fue un monje agregado al Palacio de los Emperadores en Pekín. Cansado de semejante vida, se fue al Tibet en busca de cul-

tura. Finalmente llegó a Chakpori, y lo aceptaron. Luego de algunos años, cansado también, fue a una ermita y durante siete años vivió una vida solitaria. Ahora, sin embargo, estaba otra vez en Chakpori, esperando morir. Me di vuelta y corrí hacia el pasillo. Llegué a una pequeña celda y llamé al anciano.

—¡Adelante! ¡Adelante! —contestó con voz trémula, alta. Entré en la celda, y por vez primera me encontré con Wu Hsi, el monje chino. Estaba sentado con las piernas cruzadas y, a pesar de su edad, su espalda estaba tan derecha como un bambú joven. Era de pómulos altos, y de piel muy, muy amarilla, como apergaminada. Sus ojos eran de color negro azabache y sesgados. Unos pocos pelos esparcidos crecían en su barbilla y de su labio superior colgaban una docena o más de pelos de su largo bigote. Sus manos eran de color marrón amarillento, manchadas por la avanzada edad, mientras que sus venas sobresalían como las ramas de un árbol. En tanto yo caminaba hacia él, él miraba a ciegas en mi dirección, sintiendo más que viendo.

—Hmmn, hmmn —dijo—. Un joven, un muchacho joven, por la manera de caminar. ¿Qué deseas, niño?

—¡Señor! —contesté—. Has vivido durante mucho tiempo en una ermita: ¿tendrías la amabilidad, Sagrado Señor, de hablarme de ello?

Él mascó y chupó los extremos de sus bigotes y luego dijo:

—Siéntate, niño, hace mucho que no hablo del pasado, aunque pienso ahora constantemente en él.

—Cuando era niño —continuó— viajé lejos y fui a la India. Allí vi a los eremitas enclaustrados dentro de sus cuevas, y algunos parecían haber logrado el esclarecimiento. —Sacudió su cabeza—. La gente común era muy perezosa, pasaba los días bajo los árboles. ¡Ah! ¡Era una triste visión!

—¡Sagrado Señor! —le interrumpí—. Preferiría oir hablar del Tibet.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —preguntó con voz débil—. Oh, sí, las

ermitas del Tibet. Volví de la India y fui a mi nativo Pekín. La vida allí me aburría pues no aprendí nada. Nuevamente tomé mi báculo y mi cuenco y caminé, durante muchos meses, hacia las fronteras del Tibet. —Yo suspiré exasperado. El anciano continuó—: Con el trascurso del tiempo, luego de estar en lamasería tras lamasería, siempre en busca del esclarecimiento, llegué a Chakpori. El Superior me permitió permanecer aquí, puesto que era considerado como un doctor en China. Mi especialidad era la acupuntura. Durante algunos años estuve contento, luego sentí grandes deseos de entrar en una ermita.

Por ese entonces, yo casi bailaba de impaciencia. Si el anciano se tomaba mucho más tiempo, llegaría demasiado tarde: ¡no podía perder el servicio del atardecer! Cuando aún lo estaba pensando, pude oir el estampido de los gongs. De mala gana me puse de pie y dije:

—Respetado Señor, debo irme ahora.

El anciano rio entre dientes:

—No, niño —contestó—. Debes quedarte, pues, ¿no estás recibiendo instrucción del Hermano Mayor? Quédate, estás dispensado del servicio de la tarde.

Me senté nuevamente, sabía que estaba en lo cierto; aunque él era aún un monje de la Trapa, y no un lama, se lo consideraba como un Mayor a causa de su edad, sus viajes y su experiencia.

—¡Té!, niño, ¡té! —exclamó— tomaremos té, pues la carne está débil y el peso de los años me abruma. Té para el joven y para el anciano.

En respuesta a sus llamados, un monje sirviente nos trajo té y cebada. Mezclamos nuestro tsampa, y nos pusimos, él a hablar y yo a escuchar.

—El Lord Superior me dio permiso para abandonar Chakpori y entrar en una ermita. Con un monje sirviente dejé este lugar y subí a las montañas. Luego de cinco días de viaje llegamos a un lugar que se puede ver desde la terraza.

—Asentí, conocía el lugar, un edificio solitario situado en los Himalayas. El anciano continuó—: Este lugar estaba vacío, el ocupante anterior acababa de morir. El sirviente y yo limpiamos el lugar, luego me puse de pie y miré el Valle de Lhasa por última vez. Miré el Potala y Chakpori, luego me volví y entré en la habitación interior. El Sirviente emparedó la puerta, la cementó firmemente y yo quedé solo.

—¡Pero Señor! ¿CÓMO es la vida adentro? —pregunté.

El anciano Wu Hsi se rascó la cabeza.

—Es un edificio de piedra —contestó con lentitud—. Un edificio con paredes muy gruesas. No hay puerta, una vez que uno está dentro de la habitación interior, porque la puerta está emparedada. En la pared hay una trampa, enteramente a prueba de rayos, por la que el ermitaño recibe alimentos. Un túnel oscuro comunica la habitación interior con el cuarto donde vive el sirviente. Yo estaba emparedado. La oscuridad era tan espesa que casi podía sentirla. No entraba ni un destello de luz, ni se podía oir ningún sonido. Me senté sobre el suelo y comencé mi meditación. Primero sufrí de alucinaciones, imaginándome que veía rayos y franjas de luz. Luego sentí la oscuridad que me ahogaba como si estuviera cubierto de barro suave, seco. El tiempo dejó de existir. Pronto oí, en mi imaginación, campanas y gongs, y el sonido de cánticos. Más tarde me golpeé contra las paredes de mi celda que me apretaban, tratando en mi frenesí de abrirme un camino. No conocía la diferencia entre el día y la noche, pues aquí todo era tan negro y silencioso como la tumba. Luego de un tiempo me calmé, mi pánico se apaciguó.

Me senté e imaginé la escena, el anciano Wu Hsi, ¡el joven Wu Hsi!, entonces, en la oscuridad casi viviente dentro del silencio que todo lo penetraba.

—Cada dos días —dijo el anciano— el sirviente venía y colocaba un poco de tsampa fuera de la trampa. Venía tan silenciosamente que nunca pude oírlo. La primera vez, bus-

cando a tientas mi alimento en la oscuridad, lo alejé con un golpe y no pude alcanzarlo. Llamé y grité, pero no salió un sonido de mi celda; tuve que esperar otros dos días.

—¡Señor! —pregunté—, ¿qué sucede si un eremita se enferma o muere?

—Mi niño —dijo el anciano Wu Hsi—, si un eremita está enfermo, muere. El sirviente coloca alimentos cada dos días durante catorce días. Luego de catorce días, si el alimento está aún sin tocar, vienen los hombres, derrumban la pared y sacan el cuerpo del eremita.

El anciano Wu Hsi fue un eremita durante siete años.

—¿Qué sucede, en un caso como el suyo, en que estuvo durante todo el tiempo establecido?

—Yo me quedé por dos años y luego por siete. Cuando se acerca la época en que uno debe salir, se hace el más pequeño de los pequeños agujeros en el cielo raso, de manera que entre el más diminuto vestigio de luz. Poco a poco, el agujero se agranda, permitiendo que entre más luz. Por último yo podía soportar la luz completa del día. Si el eremita sale de golpe a la luz, se vuelve inmediatamente ciego ya que sus ojos se han dilatado durante tanto tiempo en la oscuridad que no pueden contraerse más. Cuando salí estaba blanco, pálido, y mi cabello estaba tan blanco como las nieves de las montañas. Me di masajes e hice ejercicios, pues mis músculos estaban casi inútiles por el anquilosamiento. Recobré mis fuerzas en forma gradual hasta que por último pude descender con mi sirviente la montaña para residir otra vez en Chakpori.

Reflexioné sobre sus palabras, pensando en los infinitos años de oscuridad, de completo silencio soportados con sus propios medios, y me maravillé.

—¿Qué aprendiste de eso, Señor? —le pregunté por último—, ¿valía la pena?

—¡Sí, hijo, sí, valía la pena! —dijo el anciano monje—. Aprendí la naturaleza de la vida, aprendí el propósito del

cerebro. Me liberé del cuerpo y pude remontar mi espíritu como tú lo haces ahora en lo astral.

—Pero, ¿cómo sabes que no lo imaginaste? ¿Cómo sabes que estabas cuerdo? ¿Por qué no podías viajar en lo astral como yo lo hago?

Wu Hsi rio hasta que las lágrimas corrieron por sus arrugadas mejillas.

—Preguntas, preguntas, preguntas, niño, así como yo acostumbraba a preguntarles a ellos —contestó.

—Primero me venció el pánico. Maldije el día en que me hice monje, maldije el día en que entré en la celda. Gradualmente, pude seguir las pautas de la respiración y meditar. Al comienzo tuve alucinaciones, imágenes vagas. Luego un día me desligué de mi cuerpo y la oscuridad ya no fue más oscura. Vi mi cuerpo sentado en actitud de meditación. Vi mis ojos sin visión, fijos, completamente abiertos. Vi la palidez de mi piel y la flacura de mi cuerpo. Elevándome, pasé por el techo de la celda y vi a mis pies el Valle de Lhasa. Vi algunas alteraciones, personas con quienes me relacionaba y, al pasar dentro del Templo, pude conversar con un lama telepático quien confirmó mi liberación. Vagué a lo largo y a lo ancho y fuera de las fronteras de este país. Cada dos días volvía y entraba en mi cuerpo, reanimándolo para que pudiera comer y alimentarse.

—¿Pero por qué no podías viajar astralmente sin toda esa preparación? —pregunté otra vez.

—Algunos de nosotros somos mortales muy comunes. Pocos de nosotros tienen la habilidad especial que te ha sido dada en virtud de la tarea que debes llevar a cabo. También tú has viajado lejos por el camino astral. Otros, tales como yo, deben soportar soledad y dificultades antes de poder liberar el propio espíritu de la carne. Tú, niño, eres uno de los afortunados, ¡uno de los MUY afortunados! —El anciano suspiró y dijo:

—¡Vete! Debo descansar, hablé mucho. Vuelve y véme

otra vez, serás un visitante muy bien recibido a pesar de tus preguntas. —Se dio vuelta, y yo, murmurando palabras de agradecimiento, me puse de pie, me incliné y salí en silencio de la habitación. Estaba tan ocupado pensando, que caminé derecho hacia la pared opuesta y de un golpe casi saco a mi espíritu de mi cuerpo. Mientras me frotaba la cabeza dolorida, caminé sosegadamente por el corredor hasta llegar a mi propia celda.

El servicio de medianoche casi había terminado. Los monjes estaban algo inquietos, dispuestos a apurarse por unas pocas horas más de sueño antes de volver. El anciano Lector en lo alto del podio colocaba con cuidado una marca entre las páginas del libro y se volvió de prisa para bajarse. Los censores de ojos agudos, siempre alertas a los disturbios o a los pequeños niños desatentos, relajaron su mirada. El servicio estaba casi terminado. Los pequeños chelas pasaban delante de los censores para la última aprobación y había el susurro algo reprimido de una gran reunión dispuesta a moverse. De repente, un aullido golpeó nuestros oídos, y una figura salvaje se inclinó sobre las cabezas de los monjes que estaban sentados y trató de agarrar a un joven monje de la Trapa que sostenía dos varas de incienso. Todos dimos un salto de sorpresa. Delante de nosotros, la figura salvaje daba vueltas y se retorcía, la espuma salía de sus contorsionados labios, y gritos espantosos salían de su garganta torturada. Por un tiempo, el mundo pareció quedarse inmóvil; los monjes policías, helados por la sorpresa; los monjes oficiantes, de pie con sus brazos levantados. Luego, violentamente, los censores entraron en acción. Rodearon la figura, la redujeron con suma rapidez, atando su manto alrededor de la cabeza para silenciar los gritos endemoniados que salían en torrente de su boca. En forma muy eficaz, rápida, lo levantaron y sacaron del Templo. El servicio finalizó. Nos pusimos de pie y nos apuramos ansiosos de librarnos de

las restricciones del Templo y poder discutir lo que acabábamos de ver.

—Es Kenji Tekeuchi —dijo un joven monje de la Trapa cerca de mí— es un monje japonés que ha viajado por todas partes.

—Viajó alrededor del mundo, así dicen —agregó otro.

—Buscando la verdad, y esperando conseguirla en lugar de buscarla —acotó un tercero.

Me fui algo preocupado. ¿POR QUÉ "buscar la verdad" hacía volver loco a un hombre? La habitación estaba fría, y temblé un poco mientras me envolvía con mi manto y me acostaba a dormir. Me pareció que no había transcurrido ningún tiempo antes de que los gongs sonaran nuevamente para el próximo servicio. Al mirar por la ventana, vi los primeros rayos del sol que llegaban a las montañas, rayos de luz como dedos gigantes que tentaban el cielo, alcanzando las estrellas. Suspiré y corrí por el pasillo, ansioso de no ser el último en entrar al Templo y merecer así la ira de los censores.

—Pareces pensativo, Lobsang —dijo mi Guía, el lama Mingyar Dondup, cuando lo vi más tarde, luego del servicio del mediodía. Me hizo señas para que me sentara—. Viste al monje japonés Kenji Tekeuchi, cuando entró en el Templo. Quiero hablarte sobre él, pues más tarde lo encontrarás. —Yo me senté más cómodamente; ésta no iba a ser una entrevista rápida: ¡me habían "pescado" para el resto del día! El Lama sonrió al ver mi expresión—. ¿Quizá tomaríamos té indio... y masitas indias... para endulzar el trago, Lobsang, eh? —Me animé un poco, él rio entre dientes y dijo—: El sirviente está trayéndolo ahora, ¡te esperaba!

"Sí —pensé mientras entraba el monje sirviente— ¿en qué otro lugar tendría yo semejante Maestro?" Los dulces de la India eran mis favoritos, y aun algunas veces los ojos del Lama se agrandaban de sorpresa al ver el número que yo podía "despachar".

—Kenji Tekeuchi —dijo mi Guía— es, era, un hombre muy versátil. Uno que viajó mucho. Durante toda su vida (ahora tiene más de setenta años) anduvo por el mundo en busca de lo que él llama "Verdad". La verdad está dentro de él, aunque todavía no lo sabe. En lugar de eso, anduvo y anduvo. Siempre estudió creencias religiosas, siempre leyó los libros de muchas tierras buscando esta verdad, esta obsesión. Ahora, luego de mucho tiempo, nos lo enviaron a nosotros. Leyó tanto sobre la naturaleza contradictoria que su influencia psíquica está contaminada. Ha leído tanto y comprendido tan poco, que la mayor parte del tiempo está loco. Él es una esponja humana, que absorbe todo el conocimiento y asimila muy poco.

—Entonces, Señor —exclamé—, ¿te opones al estudio de los libros?

—Sí, en absoluto, Lobsang —contestó el Lama—, me opongo, como todos los hombres de juicio, a aquellos que obtienen folletos, panfletos y libros escritos sobre cultos extraños, los así llamados ocultismos. Estas personas ENVENENAN su alma, se hace imposible un progreso posterior hasta que se desprendan de todo ese falso conocimiento y se vuelvan como un niño pequeño.

—Honorable Lama —le pregunté— ¿CÓMO una persona se vuelve loca, CÓMO la lectura equivocada algunas veces lleva a la confusión?

—Ésa es una historia muy larga —contestó el Lama Mingyar Dondup—. Primero tenemos que tratar algunas cosas fundamentales. ¡Ten paciencia y escucha! Sobre la Tierra nosotros somos títeres, títeres formados de moléculas vibrantes rodeadas de carga eléctrica. Nuestro Espíritu vibra en un nivel mucho más elevado, y tiene una carga eléctrica mucho más alta. Existe una relación definida entre nuestro nivel de vibración y el de nuestro Espíritu. Uno puede comparar el proceso de comunicación entre cada uno de nosotros, sobre esta Tierra y nuestro Espíritu, en cualquier lugar donde

esté, con el proceso por el que las ondas radiales se envían a través de continentes y mares, permitiendo así a una persona de un país comunicarse con una persona que vive en una tierra muy distante. Nuestros cerebros son similares a receptores radiales: reciben los mensajes de "alta frecuencia". órdenes e instrucciones del Espíritu, y los transforman en impulsos de baja frecuencia que controlan nuestras acciones. El cerebro es el dispositivo eléctrico-mecánico-químico que nos vuelve útiles sobre la Tierra. Las Reacciones químicas hacen que nuestro cerebro trabaje de manera defectuosa, quizás ocultando parte del mensaje, pues muy rara vez recibimos, en la Tierra, el mensaje EXACTO "transmitido" por el espíritu. La mente es capaz de realizar acciones limitadas sin remitirse al espíritu. La mente es capaz de aceptar ciertas responsabilidades, de formarse ciertas opiniones y de intentar llenar las lagunas entre las condiciones "ideales" del espíritu y las dificultades de la Tierra.

—¿Pero las personas occidentales aceptan la teoría de la electricidad en el cerebro? —pregunté.

—Sí —contestó mi Guía—, en algunos hospitales se traza un diagrama de las ondas cerebrales de los pacientes, y se ha descubierto que ciertos desórdenes mentales tienen una pauta característica de onda cerebral. Así, por las ondas cerebrales se puede establecer si una persona sufre o no cierta enfermedad mental. A menudo, la enfermedad del cuerpo enviará ciertas sustancias químicas al cerebro, contaminará sus ondas, y dará así síntomas de locura.

—¿Está muy loco el japonés? —le pregunté.

—¡Ven! Lo veremos ahora: tiene uno de sus períodos de lucidez. —El Lama Mingyar Dondup se puso de pie y salió apresuradamente de la habitación. Yo me levanté de un salto y corrí tras él. Me condujo por un corredor, luego por otro hacia un ala distante donde se alojaban los que estaban bajo tratamiento médico. En una pequeña alcoba, que daba sobre el Khati Linga, el monje japonés estaba sentado, muy

pensativo, mirando hacia afuera. Al acercarse el Lama Mingyar Dondup, se puso de pie, tomó sus manos e hizo una profunda reverencia.

Tome asiento —dijo mi Guía— traje a un joven para que escuche sus palabras. Se le somete a una instrucción especial por mandato del Profundo. El Lama se inclinó, se dio vuelta y abandonó la alcoba. Durante algunos momentos, el japonés me miró fijamente, luego me hizo señas de que me sentara. Me senté, ¡a una distancia discreta pues no sabía si se pondría violento!

—¡No amontones en tu cabeza todo el material sobre lo oculto que puedas leer, niño! —dijo el monje japonés—. Es algo indigesto que impedirá tu progreso espiritual. Yo estudié todas las religiones. Estudié todos los cultos metafísicos que pude encontrar. Eso me envenenó, nubló mi vista, me llevó a creer que yo era uno especialmente elegido. Ahora, mi cerebro está dañado y a veces pierdo mi propio control, escapo de la dirección de mi espíritu.

—¡Pero, Señor! —exclamé— ¿cómo puede uno aprender si no lee? ¿Qué daño puede provenir de la palabra impresa?

—¡Niño! —dijo el monje japonés—, por cierto que uno puede leer, pero elige con cuidado lo que leas y asegúrate de que lo comprendes en su totalidad. No existe ningún peligro en la palabra escrita, pero EXISTE peligro en los pensamientos que esas palabras puedan causar. Uno no debería tragarlo todo, mezclando lo compatible con lo incompatible; ni deberían leerse cosas que contradigan o se opongan a otras, ni tampoco se deberían leer cosas que prometan poderes ocultos. Es posible, muy fácilmente, adquirir una forma de pensamiento que uno no puede controlar, como yo lo hice, y luego esa forma perjudica.

—¿Has estado en todos los países del mundo? —le pregunté. El japonés me miró, y un pequeño parpadeo apareció en sus ojos.

—Yo nací en un pequeño pueblo japonés —dijo— y cuando

fui lo suficientemente grande entré en el Sagrado Servicio. Durante años, estudié religiones y prácticas ocultas. Luego, mi Superior me dijo que me fuese y que viajara por países más allá de los océanos. Durante cincuenta años viajé de país en país, de continente en continente, siempre estudiando. Mediante mis pensamientos, yo había creado poderes que no podía controlar. Poderes que vivían en el plano astral y que a veces afectaban mi Cordón de Plata. Quizá luego pueda decirte algo más. Por ahora, aún estoy débil, debido al último ataque y por lo tanto debo descansar. Con el permiso de tu Guía puedes visitarme otro día.

Hice mis reverencias y lo dejé solo en la alcoba. Un monje médico, al ver que me iba, se apuró a acercarse a él. Con curiosidad, miré a mi alrededor, miré a ancianos que yacían aquí, en esta parte del Chakpori. Luego, respondiendo a un urgente llamado telepático, me apresuré a ir donde mi Guía, el lama Mingyar Dondup.

Capítulo V

Corrí por los corredores, precipitándome por las esquinas, con peligro para aquellos que se encontraban en mi camino. Un anciano monje me asió al pasar, me sacudió y me dijo:

—¡No es bueno tener esta prisa indecorosa, niño, no es propia de un verdadero budista! —Luego me miró a la cara y me reconoció como el pupilo del lama Mingyar Dondup. Con un sonido ahogado que pareció ser "¡ulp!" me dejó caer como un carbón caliente y siguió con rapidez su camino. Tranquilamente, seguí el mío. Al entrar en la habitación de mi Guía, me detuve tan de golpe que casi me caigo; con él estaban dos Superiores menores. Mi conciencia me estaba haciendo pasar un mal rato; ¿QUÉ había hecho ahora? Peor, ¿cuál de mis muchos "pecados" se habían descubierto? Los Superiores menores no esperaban a los niños a menos que hubiese malas noticias para ellos. Mis piernas comenzaron a flaquear y traté de hurgar en mi memoria para encontrar algo que pude haber hecho y que pudiera causar mi expulsión de Chakpori. Uno de los superiores me miró con la cordialidad de un antiguo témpano de hielo. El otro me miró con una cara que parecía tallada en una parte de los Himalayas. Mi Guía rio:

—Por cierto, tienes la conciencia sucia, Lobsang. ¡Ah!, estos Reverendos Hermanos Superiores son también lamas telepáticos —agregó con una risita ahogada.

Los dos superiores me miraban torva y fijamente, y uno de ellos, con una voz que recordaba a las rocas cuando caían, dijo:

—Tuesday Lobsang Rampa, el Profundo ordenó que se hicieran investigaciones, por lo que se determinó que tú eres reconocido como la actual reencarnación de... —Mi cabeza era un torbellino, apenas podía seguir lo que decía, y apenas pude captar sus conclusiones— ...y el tratamiento, rango y título de Señor Superior se te confiere en virtud de esto en una ceremonia cuyo lugar y momento se determinará en una ocasión posterior. —Los dos lamas se inclinaron solemnemente ante el lama Mingyar Dondup, y luego, con la misma solemnidad, ante mí. Tomaron un libro, salieron, y en forma gradual el sonido de sus pasos se fue apagando. Una risa espontánea, y el palmoteo de una mano en mi hombro me volvieron a la realidad.

—Ahora sabes para qué era todo esto. Las pruebas sólo confirmaron lo que todos nosotros sabíamos. Exige una celebración especial entre tú y yo, por lo tanto, tengo algunas noticias interesantes para ti.

Me condujo a otra habitación, y allí había una verdadera comida india. ¡No necesitó rogármelo, yo me senté!

Más tarde, cuando no pude comer más, cuando la vista de los alimentos sobrantes me hizo sentir asqueado, mi Guía se levantó y volvimos a la otra habitación.

—El Profundo me dio permiso para hablarte sobre la Caverna de los Antepasados —dijo, e inmediatamente agregó—: Más bien, el Profundo sugirió que lo hiciera. —Me miró de soslayo y luego casi con un susurro precisó—: Vamos a enviar una expedición allí, dentro de unos días. Yo sentí que la excitación me embargaba y tuve la impresión de que quizás iba a ir a "casa", a un lugar que había conocido antes. Mi Guía me miraba mucho, por cierto. Al levantar la vista bajo la intensidad de su mirada, él sacudió su cabeza:

—Como tú, Lobsang, yo tuve una preparación especial, oportunidades especiales. Mi maestro fue un hombre que hace mucho tiempo se marchó de esta vida y cuyo lugar hasta ahora está vacío en el Salón de las Imágenes de Oro.

Con él viajé por todo el mundo. Tú, Lobsang, tendrás que viajar solo. Ahora quédate sentado y te hablaré sobre el hallazgo de la Caverna de los Antepasados. —Yo me mojé los labios: esto era lo que deseaba oir hacía algún tiempo. En una lamasería, como en toda comunidad, los rumores a menudo se desparramaban bajo formas confidenciales. Algunos rumores eran evidentes, otros eran RUMORES, nada más. Esto, aunque diferente, lo había creído cuando lo oí.

—Yo era un lama muy joven, Lobsang —comenzó mi Guía—. Con mi Maestro y tres lamas jóvenes estábamos explorando algunas montañas remotas. Hacía algunas semanas se había oído una extraordinaria explosión seguida de una terrible caída de rocas. Nosotros habíamos ido para investigar la cuestión. Durante días, merodeamos por la base de una poderosa cumbre de rocas. En la mañana del quinto día, temprano, mi Maestro se despertó, aunque aún no estaba despierto; parecía estar en una nebulosa. Le hablamos y no recibimos respuesta. Yo comencé a preocuparme, pensando que estaba enfermo, preguntándome cómo haríamos para descender con él durante millas sin fin para poder salvarlo. Con lentitud, como si estuviese en las garras de algún extraño poder, forcejeó con sus pies, cayó y por último se puso de pie, tieso. Se adelantó tropezando, saltando, moviéndose como un hombre en trance. Lo seguimos casi temblando y con miedo. Subimos la roca, en medio de una lluvia de pequeñas piedras que caían sobre nosotros. Por último, llegamos al borde de la montaña, en lo alto, y nos detuvimos a mirar. Yo sentí una cierta decepción; ante nosotros se veía un pequeño valle que ahora estaba casi lleno de grandes cantos rodados. Aquí, evidentemente, era donde se había originado la caída de rocas. Con seguridad, una resquebrajadura en la roca o algún temblor hizo que se desprendiese parte de la falda de la montaña. Grandes grietas de rocas recién partidas relucían en la brillante luz solar. Musgo y liquen caían desconsoladamente, ahora privados de todo sos-

tén. Me volví con rabia. No había nada aquí que llamara mi atención, nada sino una caída de rocas algo grande. Me volví para descender, pero me detuve en seguida al oir un "¡Mingyar!" susurrado. Uno de mis compañeros me estaba mostrando algo: mi maestro, aún bajo alguna extraña compulsión, se escurría por la cuesta de la montaña. —Yo me senté, absorto. Mi Guía dejó de hablar por un momento, tomó un sorbo de agua, y luego continuó:

—Lo miramos con desesperación. Con lentitud bajaba la cuesta, hacia el fondo salpicado de rocas del pequeño valle. Nosotros lo seguimos con desconfianza, esperando a cada momento resbalar en ese peligroso lugar. En la parte inferior, mi Maestro no vacilaba, pero caminó con cuidado por los inmensos cantos rodados, hasta que por último llegó al otro lado del valle de piedra. Para desesperación nuestra, comenzó a subir, usando unos sostenes de manos y pies que eran invisibles para nosotros, algunos metros más atrás de él. Lo seguimos de mala gana. No nos quedaba otro camino, no podíamos volver y decir que nuestro superior había subido en lugar de nosotros, que nosotros teníamos miedo de seguirlo, por lo arriesgado que era subir. Yo subí primero, con cuidado. Todo eran rocas, en el aire enrarecido. Pronto mi aliento me secó la garganta y un dolor agudo, seco, invadió mis músculos. En una pequeña saliente, quizás a unos quinientos pies del valle, me recosté para tomar aliento. Cuando miré hacia arriba, listo para reanudar el ascenso, vi que el manto amarillo de mi maestro desaparecía en una saliente de lo alto. Inflexiblemente, seguí subiendo, subiendo, sobre el precipicio. Mis compañeros, tan de mala gana como yo, me seguían. En ese entonces estábamos fuera del amparo que ofrecía el pequeño valle, y el viento sacudía nuestros mantos. Las piedras llovían sobre nosotros y nos resultaba difícil continuar. —Mi Guía se detuvo un momento para tomar otro sorbo de agua y mirar si yo lo escuchaba. ¡Por cierto que sí!

—Por último —continuó—, con mis dedos sentí que había

un escalón arriba de mí. Asiéndome con fuerza, y avisándoles a los otros que habíamos llegado a un lugar donde podíamos descansar, pude subir. Era una saliente un poco escondida para los que miraban desde abajo, y por lo tanto era imposible verla desde el otro lado de la montaña. A primera vista, la saliente parecía tener unos diez pies de ancho. No me detuve a mirar más, sino que me arrodillé y ayudé a los otros a subir, uno a uno. Pronto estuvimos juntos, sacudidos aún por el viento, y agotados por nuestro esfuerzo. Sin duda, la roca, al caer, dejó al descubierto esta saliente, y mientras miraba más de cerca vi que había una estrecha hendidura en la pared de la montaña. ¿Era allí? Desde donde estábamos, podía ser una sombra, o la mancha de un liquen oscuro. Todos a una, nos adelantamos. ERA una grieta, una de casi dos pies y seis pulgadas de ancho por casi cinco pies de alto. De mi Maestro no había rastro.

—Yo pude imaginar bien la escena. Pero no era momento para analizarlo. ¡No deseaba perder una palabra!

—Volví para ver si mi Maestro había subido más alto —prosiguió mi Guía— pero no había huella de él. Con temor, miré dentro de la hendedura. Estaba tan oscura como una tumba. Pulgada por pulgada, inclinado dolorosamente, entré. Casi a los quince pies doblé por una esquina, luego por otra, y luego por otra. Si no hubiese estado paralizado por el miedo, hubiera lanzado un grito de sorpresa: allí había luz, una luz suave, plateada, más brillante que la luz de la luna más brillante. Una luz que nunca vi antes. La caverna en la que me encontraba ahora era grande, con un techo invisible en la oscuridad, por encima de mí. Uno de mis compañeros me apartó y éste a su vez fue apartado por otro. Pronto, los cuatro nos quedamos en silencio y asustados mirando la maravillosa vista que se ofrecía ante nosotros. Una visión que hubiera hecho perder la razón a cualquiera de nosotros que hubiese estado solo. La caverna era algo así como un inmenso salón; se angostaba a la dis-

tancia como si la misma montaña fuese hueca. Había luz en todas partes, provenía de un sinnúmero de esferas que parecían estar suspendidas en la oscuridad del cielo raso. Llenaban el lugar extrañas máquinas, máquinas que nunca hubiéramos imaginado. También desde el alto cielo raso colgaban aparatos y mecanismos. Algunos, vi con gran sorpresa, estaban cubiertos por lo que parecía ser el vidrio más trasparente. —Mis ojos debían estar abiertos por la sorpresa, pues el Lama me sonrió antes de continuar la historia:

—Por ese entonces, nos habíamos olvidado completamente de mi Maestro: apareció de repente y nosotros saltamos de miedo. Él rio entre dientes al ver nuestros ojos aterrorizados y nuestras caras de sorpresa. Entonces nos dimos cuenta de que ya no estaba más en las garras de esa compulsión extraña, sobrecogedora. Anduvimos juntos mirando las extrañas máquinas. Para nosotros, no tenían significado, eran sólo colecciones de metal y obra de forma extraña, exótica. Mi Maestro se dirigió hacia un panel negro, algo grande, que aparentemente se construyó en las paredes de la caverna. Cuando estaba a punto de palpar su superficie, ésta giró y se abrió. En aquel momento estábamos a punto de creer que todo el lugar estaba embrujado, o que éramos víctimas de alguna fuerza alucinante. Mi Maestro retrocedió de un salto, algo asustado. El panel negro se cerró. Con gran coraje, uno de mis compañeros alargó su mano, y el panel se abrió otra vez. Una fuerza que no pudimos resistir nos empujó hacia adelante. Luchando sin resultado contra cada paso, en cierto modo fuimos obligados a trasponer el acceso del panel. El interior estaba oscuro, tan oscuro como la oscuridad de la celda de un eremita. Aun bajo la compulsión irresistible, nos adelantamos unos cuantos pies y luego nos sentamos. Durante algunos minutos, estuvimos sentados temblando de miedo. Como no pasaba nada, nos fuimos calmando, y luego oímos una serie de "clics" como si un metal estuviese raspando y golpeando sobre metal. —Yo temblé

involuntariamente. ¡Creo que hubiese muerto de miedo! Mi Guía continuó:

—En forma muy lenta, casi imperceptible, una nebulosa fosforecente se formó en la oscuridad ante nosotros. Al comienzo fue sólo una especie de luz azul-rosada, casi como si un fantasma se estuviera materializando delante de nuestra mirada. La luz mística se desparramó, se volvió más brillante, de manera que pudimos ver máquinas increíbles que llenaban ese inmenso salón, exceptuando el centro del piso, donde nosotros nos sentábamos. La luz giraba, se apagaba, se volvía más brillante y luego formó y quedó como una forma esférica. Yo tuve la extraña e inexplicable impresión de que se trataba de una maquinaria antigua que hacía ruido, que chirriaba con el movimiento, desde hacía eternidades de tiempo. Los cinco nos agrupábamos en el suelo, casi estábamos unidos, por decirlo así. A mi cerebro llegó un sonido, como si lamas telepáticos dementes estuvieran jugando; luego la impresión cambió y se trasformó en algo tan claro como las palabras.

Mi Guía se aclaró la garganta, y quiso servirse otra vez un trago, pero permaneció con la mano extendida.

—Tomemos té, Lobsang —dijo mientras hacía sonar la campanilla de plata. ¡El monje sirviente por cierto sabía lo que deseábamos, pues vino con té y masitas!

—Dentro de la esfera de luz vimos figuras —dijo el lama Mingyar Dondup—; al principio eran confusas, pero pronto aclararon y dejaron de ser figuras. En ese momento nosotros VEÍAMOS los sucesos.

Yo no pude contenerme más:

—Pero, Honorable Lama, ¿QUÉ viste? —le pregunté muerto de impaciencia.

El Lama se adelantó y se sirvió algo más de té. Se me ocurrió que nunca lo había visto comer aquellas masitas indias. Té, sí, bebía montones de té, pero no sabía que comiese algo más que la más escasa y simple comida. Los gongs

llamaron para el servicio del templo, pero el Lama no se inmutó. Cuando el último de los monjes ya había corrido, suspiró y dijo:

—Ahora continuaremos.

Retomó el hilo:

—Esto es lo que vimos y oímos, y que tú verás y oirás en un futuro no muy distante. Hace cientos y cientos de años hubo una gran civilización sobre este mundo. Los hombres podían volar con máquinas que desafiaban la gravedad; los hombres podían fabricar máquinas que imprimían los pensamientos sobre las mentes de otros, pensamientos que aparecerían como figuras. Ellos tenían fisiones nucleares, y por último hicieron explotar una bomba que hizo estallar el mundo, haciendo que algunos continentes se hundieran en el océano, y otros surgieran. El mundo quedó diezmado, y así, a través de las religiones de la Tierra, nosotros tenemos ahora la historia del diluvio.

Yo no me sentía impresionado por esta última parte:

—¡Señor! —exclamé—, nosotros también podemos ver figuras como ésas en el Registro Ascárico. ¿Por qué luchar con peligrosas montañas sólo para ver lo que podemos más fácilmente experimentar aquí?

—Lobsang —dijo mi Guía con severidad—, nosotros podemos ver todo en lo astral y en el Registro Ascárico, pues este último contiene todo lo que sucedió. Nosotros podemos VER pero no TOCAR. En el mundo astral podemos ir a lugares y regresar, pero no podemos tocar nada del mundo, no podemos. —Sonrió apenas—. Ni siquiera un simple manto, o traer una flor. De modo que como con el Registro Ascárico podemos ver todo, pero no podemos analizar en detalle aquellas extrañas máquinas almacenadas en los recintos de las montañas, nosotros vamos a escalarlas, y vamos a examinar las máquinas.

—Qué extraño —dije— que esas máquinas, en lugar de estar en todo el mundo, estén en nuestro país.

—¡Oh! ¡Pero estás equivocado! —explicó mi Guía—. Hay una habitación similar en cierto lugar de Egipto. Existe otra habitación con máquinas idénticas situada en un lugar llamado Sud América. Las vi, sé donde están. Esas habitaciones secretas fueron ocultadas por las personas de la antigüedad, para que sus artefactos se encontraran en una generación posterior, cuando fuese el momento. Esta repentina caída de rocas descubrió accidentalmente la entrada del recinto en el Tibet, y una vez dentro, nosotros obtuvimos el conocimiento de otras habitaciones. Pero ya ha pasado el día. Siete de nosotros, pronto —y entre ellos te incluyes tú— iremos y viajaremos otra vez a la Caverna de los Antepasados.

Durante algunos días estuve loco de excitación. Pero tenía que guardarla para mí mismo. Los demás sólo debían saber que iríamos a las montañas en una expedición para recolectar hierbas. Aun en un lugar tan recluido como Lhasa, había siempre personas alerta a las ganancias financieras; los representantes de otros países como China, Rusia e Inglaterra, algunos misioneros, y los comerciantes que llegaban de la India, siempre estaban listos para escuchar dónde nosotros guardábamos nuestro oro y nuestras joyas, siempre listos para explotar cualquier cosa que les prometiera una ganancia. Por lo tanto, nosotros guardábamos en el mayor secreto la verdadera naturaleza de nuestra expedición.

Unas dos semanas más tarde de la conversación con el lama Mingyar Dondup, estábamos listos para partir, listos para el largo escalamiento de las montañas, a través de poco conocidas hondonadas y senderos escabrosos. Los comunistas están ahora en el Tibet; por lo tanto, la ubicación de la Caverna de los Antepasados se oculta deliberadamente, pues la Caverna es un lugar muy real por cierto, y la posesión de los artefactos permitiría a los comunistas conquistar el mundo. Todo esto, todo lo que escribo es verdad, excepto el camino exacto de la Caverna. En un lugar secreto, la zona

precisa, completada con referencias y croquis, se escribió en un documento, de manera que cuando llegue el momento las fuerzas de la libertad puedan hallar el lugar.

Con lentitud, bajamos el sendero de la Lamasería de Chakpori, y fuimos hacia Kashya Linga; pasando ese parque, seguimos el camino hasta el ferry, donde el lanchero nos estaba esperando. Éramos siete, incluyéndome yo, y el cruce del río —el Kyi Chu— nos llevó un tiempo. Llevábamos al hombro nuestras cargas, alimentos, cuerdas, un manto de repuesto cada uno, unas pocas herramientas, y fuimos hacia el sudoeste. Caminamos hasta que el sol poniente, con sus sombras que se alargaban, hizo difícil que pudiéramos caminar por el sendero empedrado. Luego, en la oscuridad que nos rodeaba, comimos un modesto tsampa antes de tirarnos a dormir junto a unos grandes cantos rodados. Tan pronto como mi cabeza se apoyó en el manto de repuesto, me dormí. Muchos monjes tibetanos y lamas duermen con gusto sentados, como lo indican las disposiciones. Yo, y muchos otros dormíamos acostados, pero seguíamos la regla según la cual sólo podíamos dormir así si yacíamos sobre el lado derecho. Mi última visión, antes de caer dormido, fue la del lama Mingyar Dondup sentado como una estatua esculpida en el oscuro cielo nocturno.

Con las primeras luces del amanecer nos despertamos y comimos un poco, luego tomamos nuestras cargas y marchamos. Caminamos durante todo el día, y durante todo el día siguiente. Pasamos las colinas que se encuentran al pie de las montañas y por último llegamos a las verdaderas montañas. Por último, nos vimos obligados a atarnos entre nosotros y a enviar al hombre más liviano —¡yo!— a través de peligrosas hendiduras, de manera que las sogas se pudiesen atar a pináculos rocosos, permitiendo pasar así con seguridad al hombre más pesado. Así, avanzando despacio pero constantemente, escalamos las montañas. Por último, mientras

estábamos al pie de una inmensa, casi desprovistos de agarraderas para manos y pies, mi Guía dijo:

—Subiendo esas rocas, bajando del otro lado, cruzando el valle que encontraremos, estaremos al pie de la Caverna.

Dimos vuelta por la base de la roca, buscando dónde encontrar un sostén para la mano. Aparentemente, la caída de rocas durante años había barrido los bordes y hendiduras. Luego, casi después de haber perdido todo el día, encontramos una roca con un hueco, al que subimos con las manos y pies, apoyando la espalda en la pared del hueco. Llegamos a la parte superior jadeando y resoplando en el aire enrarecido, y miramos. Por fin, delante de nosotros estaba el valle. Mirando con intensidad hacia el lado opuesto no pudimos ver ninguna caverna, ninguna hendedura en la suave superficie rocosa. El valle, ante nosotros, estaba lleno de grandes cantos rodados y —mucho peor— en el centro surgía una corriente de agua.

Con cuidado, bajamos al valle y nos abrimos camino por los bancos de aquella corriente veloz hasta que llegamos a una parte donde los inmensos cantos rodados ofrecían un precario camino para aquellos que tuviesen habilidad para saltar de roca en roca. Yo, como era el menor, no tenía la longitud de piernas necesaria para los saltos, y por lo tanto me arrastraron de manera vergonzosa por el torrente helado, al final de una cuerda. A otro desgraciado, un lama pequeño, algo gordo, que apenas saltaba un corto trecho, también lo arrastraron en el extremo de una cuerda. En un banco alejado exprimimos nuestros mantos empapados y nos los pusimos otra vez. El rocío había hecho que todos nosotros nos mojáramos hasta la médula. Caminando con cuidado entre los cantos rodados, cruzamos el valle y nos acercamos a la barrera final, una roca. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, señaló una señal reciente en la roca.

—¡Miren! —dijo—, una roca posterior tiró abajo el primer borde por el que nosotros subimos.

Nosotros nos hallábamos más atrás, tratando de obtener una imagen del ascenso que nos esperaba. El primer borde estaba a unos doce pies sobre el suelo, y no había otro camino. El más alto y fuerte de los lamas se puso de pie, con los brazos extendidos, abrazándose sobre la roca; luego, el más liviano de los lamas subió sobre sus hombros y se abrazó en igual forma. Por último, me levantaron de manera que yo pudiera subir a los hombros del hombre que estaba arriba. Con una cuerda alrededor de mi cintura, llegué con facilidad al borde,

Debajo de mí, los monjes pedían instrucciones. En forma lenta, casi muriéndome de miedo, subí más arriba hasta que pude atar el extremo de la cuerda alrededor de un pináculo que sobresalía en la roca. Me hice a un lado, mientras uno tras otro los lamas subieron por la cuerda, me pasaron y continuaron hacia arriba. El último desató la cuerda, la enroscó en su cintura y siguió a los otros. Pronto, el extremo de la cuerda se columpiaba delante de mí, y un grito me advirtió que me atara, para poder ser arrastrado. Mi altura no era suficiente para llegar a todos los bordes sin ayuda. Descansé otra vez en un nivel más alto y luego tiraron hacia arriba la cuerda. Por último, me arrastraron al nivel más alto donde los otros del grupo me esperaban. Como eran personas consideradas y amables, me esperaron para que pudiéramos entrar en la Caverna todos juntos, y confieso que mi corazón se conmovió ante esta consideración.

—¡Ahora que alzamos la mascota podemos continuar! —gruñó uno.

—¡Sí —le contesté—, pero el más pequeño tuvo que moverse primero o USTED no estaría aquí! —Ellos se rieron, y se volvieron hacia la grieta tan bien oculta.

Miré lleno de sorpresa. Al comienzo, no podía ver la entrada: todo lo que veía era una sombra oscura que se parecía más a un curso de agua seco, o a la mancha de un liquen. Luego, a medida que cruzábamos el borde, vi que había por

cierto una rotura en la superficie de la roca. Un gran lama me tomó de los hombros y me empujó dentro de la fisura de la roca, diciendo de buen humor:

—¡Tú vas primero, y entonces puedes ahuyentar a los diablos de las rocas para así protegernos! —Así yo, el más pequeño y el menos importante del grupo, fui el primero en entrar en la Caverna de los Antepasados. Caminé hacia dentro de costado, arrastrándome en las esquinas. Podía oir detrás de mí, el ruido del jadeo que los hombres más gordos hacían al abrirse paso. De repente, la luz se hizo ante mí, y por un momento casi me paralizó de miedo. Me quedé sin sentido al lado de la pared de roca, mirando la fantástica escena del interior. La Caverna parecía ser dos veces más grande que el interior de la Gran Catedral de Lhasa. A diferencia de la Catedral, que siempre parecía envuelta en la oscuridad que las lámparas de aceite trataban vanamente de disipar, aquí había una luz mayor que la de la luna llena en una noche sin nubes. No, era mucho más brillante que eso; la calidad de la luz me debe haber dado la impresión de la luz de la luna. Miré hacia arriba, para ver los globos que producían esa iluminación. Los lamas se amontonaron detrás de mí, y como yo, miraban primero la fuente de la luz. Mi Guía dijo:

—Los antiguos archivos indican que la iluminación originariamente era aquí mucho más fuerte; estas lámparas están dando menor luz a medida que pasan los cientos de siglos.

Durante un largo rato permanecimos inmóviles, silenciosos, como si estuviéramos temerosos de despertar a aquellos que dormían a través de los años infinitos. Luego, movidos por un impulso común, caminamos sobre el sólido piso de piedra hacia la primera máquina que yacía dormida ante nosotros. Nos agrupamos a su alrededor, un poco con miedo de tocarla, aunque muy curiosos sobre lo que podría ser. Estaba empañada por el tiempo, aunque parecía lista para ser usada inmediatamente, si alguno supiera cómo usarla y para qué

servía. Otras cosas también nos llamaron la atención, siempre con el mismo resultado. Estas máquinas eran demasiado, demasiado adelantadas para nosotros. Yo me dirigí hacia una pequeña plataforma cuadrada de casi tres pies de ancho, con una baranda. Lo que parecía ser un tubo de metal doblado se extendía desde una máquina cercana, y la plataforma estaba en el otro extremo del tubo. Con lentitud, me moví hacia la plataforma, preguntándome qué podía ser. En el momento siguiente, casi muero de susto; la plataforma se sacudió un poco y se elevó en el aire. Estaba tan asustado que me colgué con desesperación de la baranda.

Debajo de mí, los seis lamas miraban consternados. El tubo se había desdoblado y llevaba la plataforma hacia las esferas de luz. En mi desesperación, miré a los costados. Estaba ya a unos treinta pies en el aire, y seguía elevándome. Mi temor era que la fuente de luz me quemara como a una mariposa en la llama de una lámpara de aceite. Sonó un "clic" y la plataforma se detuvo. A pulgadas de mi rostro, brillaba la luz. Con timidez alargué mi mano, y toda la esfera estaba tan fría como el hielo. Por ese entonces estaba algo más tranquilo, y miraba a mi alrededor. De repente me asaltó un pensamiento: ¿CÓMO IBA A BAJAR? Salté de un lado a otro, tratando de imaginar una manera de escaparme, pero parecía que no había ninguna. Traté de llegar al tubo, con la esperanza de poder descender por él, pero estaba demasiado lejos. Justamente en el momento en que comenzaba a desesperarme, tembló otra vez, y la plataforma comenzó a descender. ¡Apenas dejé que tocara el suelo, cuando ya salté! No iba a esperar que subiera nuevamente.

Contra una larga pared había una gran estatua en cuclillas, una que me hizo correr un escalofrío por la columna. Era el cuerpo de un gato agazapado, pero con la cabeza y los hombros de una mujer. Los ojos parecían tener vida; la cara tenía una mueca, una expresión medio burlona que me

asustó. Uno de los lamas estaba arrodillado en el suelo, mirando intensamente algunos signos.

—¡Miren! —llamó— la escritura de esta figura muestra a los hombres y a los gatos hablando, muestra lo que es un alma que abandona el cuerpo y vaga por el submundo.

Se consumía en el ardor de la ciencia, se inclinaba sobre las figuras del suelo —jeroglíficos, las llamó—, esperando que todos los demás estuviesen igualmente entusiasmados. Este lama era un hombre muy instruido, uno que había aprendido idiomas antiguos sin ninguna dificultad. Los demás estaban investigando las extrañas máquinas, tratando de decidir para qué servían. Un grito repentino nos hizo volver asustados. El lama alto, delgado, estaba en el extremo de la pared y parecía que había puesto su cara en una caja de metal. Yacía allí con la cabeza inclinada y toda la cara escondida. Dos hombres corrieron hacia él y lo arrastraron fuera del peligro. ¡Lanzó un grito de rabia y volvió otra vez!

"¡Qué raro —pensé—, aun el más tranquilo y el más culto de los lamas se vuelve loco en este lugar!" Luego el monje alto y delgado se hizo a un lado y otro tomó su lugar. Por lo que pude colegir, veían máquinas en movimiento dentro de esa caja. Por último, mi Guía se apiadó de mí y me levantó hacia lo que aparentemente era un lugar "para poner los ojos". Cuando me levantaron y puse mi mano en una manija, como me indicaron, vi que en el interior de la caja había hombres, y vi también las máquinas que había en ese lugar. Los hombres las estaban haciendo funcionar. Vi que la plataforma en que había subido hasta la esfera de la luz, se podía controlar y que era una especie de soga movible o más bien una plataforma que podía sustituirla. La mayoría de las máquinas de aquí, observé, eran modelos actuales, como los que en años posteriores vi en los museos científicos de todo el mundo.

Nos dirigimos hacia el panel del cual el lama Mingyar Dondup ya me había hablado, y al acercarnos se abrió con

un chirrido, tan fuerte, en el silencio del lugar, que creo que todos nos sobresaltamos. El interior estaba oscuro, pesado, como si hubiese nubes de oscuridad que nos envolvieran. Nuestros pasos eran guiados por unos surcos poco profundos cavados en el suelo. Seguimos hasta que terminaron los surcos, luego nos sentamos. Cuando lo hicimos, se oyeron una serie de "clics", como de metal al raspar metal y, casi sin darnos cuenta, la luz entró en la oscuridad y la apartó. Miramos a nuestro alrededor y vimos más máquinas, extrañas máquinas. Había allí estatuas y figuras talladas en metal. Antes de que tuviésemos tiempo de echarles una mirada, la luz giró sobre sí misma y se trasformó en un globo en el centro del salón. Los colores se movieron sin rumbo, y unas bandas de luz sin significado aparente, giraron alrededor del globo. Se formaron figuras, al principio confusas y borrosas, luego se volvieron vívidas y reales, con efecto tridimensional. Nosotros miramos atentamente...

Éste era el mundo de hace mucho, mucho tiempo. Cuando el mundo era muy joven. Había montañas donde ahora hay mares, y los agradables sitios a orillas del mar, que la gente frecuenta, eran entonces las cimas de las montañas. El tiempo era caluroso y lo habitaban extrañas criaturas. Éste era el mundo del progreso científico. Extrañas máquinas iban de un lado hacia otro, a pocas pulgadas de la superficie de la Tierra, o volaban a muchas millas de altura por el aire. Grandes templos se alzaban con sus cúspides hacia el cielo como si desafiaran a las nubes. Los hombres y los animales hablaban, unidos telepáticamente. Pero no todo era felicidad; los políticos peleaban contra los políticos. El mundo era un campo dividido en el que cada bando ambicionaba las tierras del otro. La sospecha y el temor eran las nubes bajo las cuales vivía el hombre común. Los monjes de AMBOS lados proclamaban que sólo ellos eran los favorecidos por los dioses. En esas figuras que aparecieron ante nosotros, vimos monjes delirantes —como ahora— recitando su propia clase de salvación. ¡A qué

precio! Los monjes de cada secta enseñaban que era un "deber sagrado" matar al enemigo. Casi con el mismo fervor predicaban que los componentes del género humano en todo el mundo eran hermanos. La falta de lógica en el hecho de que un hermano mate a otro hermano no se les ocurría.

Vimos a los grandes entablar grandes batallas, donde la mayoría de las víctimas eran civiles. Las fuerzas armadas, protegidas detrás de sus armaduras, estaban en su mayor parte a salvo. Los ancianos, las mujeres y los niños, aquellos que NO PELEABAN, eran los que sufrían. Vimos científicos que trabajaban en laboratorios, que trabajaban para producir armamentos aún más mortales, que trabajan para producir microbios más grandes y mejores que arrojar sobre el enemigo. Otra secuencia de las figuras mostró un número de hombres pensativos que proyectaban lo que ellos llamaban una "Cápsula espacial" (lo que NOSOTROS llamábamos "la Caverna de los Antepasados"), donde podían almacenar, para las generaciones futuras, modelos de sus máquinas y un archivo completo, ilustrativo de su cultura y de la falta de ella. Máquinas inmensas excavaron la roca viva. Multitudes de hombres instalaron los modelos y las máquinas. Vimos subir las esferas heladas de luz, sustancias radiactivas inertes que iluminaban durante millones de años. Inertes en cuanto a que no hacían daño a los seres humanos; activas, en lo que se refiere a la luz que continuaría incluso hasta el fin del tiempo.

Advertimos que podíamos comprender el idioma; luego tuvimos la explicación: ¡nosotros comprendíamos el "discurso" telepáticamente! Lugares como éste, o "Cápsulas espaciales", existían ocultos en las arenas de Egipto, bajo una pirámide en Sud América, y en cierto lugar de Siberia. Cada lugar estaba señalado con el símbolo de esa época: la Esfinge. Vimos grandes estatuas de la Esfinge, que no se originaron en Egipto, y recibimos una explicación de su forma. En aquellos lejanos días, los hombres y los animales trabajaban

juntos, y hablaban juntos también. El gato era el animal más perfecto por su poder e inteligencia. El hombre mismo es un animal, por lo tanto los Antepasados hicieron la figura de un gran cuerpo de gato para indicar su poder y resistencia, y sobre el cuerpo pusieron los senos y la cabeza de una mujer. La cabeza, para indicar la inteligencia y la razón humana, mientras que los senos indicaban que tanto el hombre como el animal podían tomar de cada uno alimento espiritual y mental. Ese símbolo era tan común como lo son las estatuas de Buda, o la estrella de David, o el Crucifijo en la época actual.

Vimos océanos con grandes ciudades que flotaban e iban de un lado a otro. En el cielo flotaban igualmente grandes embarcaciones que se movían sin ningún sonido. Podían detenerse y casi instantáneamente partían a una estupenda velocidad. En la superficie se movían vehículos, unas pocas pulgadas por encima del suelo, suspendidos en el aire por algún método que no pudimos determinar. Los puentes se extendían a través de las ciudades recorridos por delgados hilos que parecían ser carreteras. Mientras mirábamos, vimos un gran destello en el cielo, y uno de los puentes más grandes se derrumbó convertido en un montón de vigas y cables. Otro destello y la mayor parte de la ciudad se trasformó en un gas incandescente. Sobre las ruinas, se elevó una nube roja, casi diabólica, que se trasformó en un hongo a muchas millas de altura.

Nuestro cuadro se desvaneció, y vimos nuevamente al grupo de hombres que habían proyectado las "Cápsulas espaciales". Habían decidido que AHORA era el momento de sellarlas. Vimos las ceremonias, vimos los "recuerdos almacenados" que colocaban en la máquina. Oímos el discurso de despedida donde se nos llamaba "la gente del futuro, si existirá alguna", y se decía que la humanidad estaba a punto de destruirse, o que parecía posible, y que "dentro de estas cuevas están almacenados registros de nuestras conquistas

y desatinos para que puedan beneficiar a una raza futura que tenga la inteligencia de descubrirlos, y al descubrirlos, sea capaz de comprenderlos". La voz telepática se desvaneció, la pantalla se volvió negra. Nosotros nos sentamos en silencio, estupefactos por lo que habíamos visto. Pero apenas nos sentamos, se hizo nuevamente la luz y vimos que en ese momento salía de las paredes de la habitación.

Nos pusimos de pie y miramos a nuestro alrededor. Este salón también estaba colmado de máquinas y también había en él muchos modelos de ciudades y de puentes, todo hecho de cierta clase de piedra o de cierto tipo de metal cuya naturaleza no podíamos precisar. Algunas de las cosas expuestas estaban protegidas por cierto material completamente transparente, que nos intrigó. No era vidrio; no sabíamos qué ERA ese material, todo lo que sabíamos era que evitaba muy bien que nosotros tocáramos alguno de los modelos. De golpe, todos saltamos. Un maligno ojo colorado nos estaba mirando, parpadeaba. Yo me disponía a salir corriendo, cuando mi Guía, el lama Mingyar Dondup, se adelantó hacia la máquina del ojo colorado. Se inclinó sobre él, y tocó las manijas. El ojo colorado se desvaneció. En su lugar, vimos en una pequeña pantalla el cuadro de otra habitación a la cual se llegaba por el salón principal. Un mensaje llegó a nuestro cerebro.

—Cuando se retiren, vayan a la habitación (?) [1] donde encontrarán material para sellar cualquier abertura por la que hayan entrado. Si ustedes no han llegado al estado de evolución en que pueden hacer trabajar nuestras máquinas, sellen este lugar y déjenlo intacto para aquellos que vendrán más tarde.

Nos dirigimos en silencio a la tercera habitación, cuya puerta se abrió cuando nos acercamos. Contenía muchas latas cuidadosamente selladas y una máquina que explicaba

[1] Este signo de interrogación lo pone el autor para indicar que no sabe bien si era una habitación.

cómo podíamos abrir las latas y sellar la entrada de la Caverna. Nos sentamos sobre el piso y discutimos lo que habíamos visto y experimentado.

—¡Maravilloso! —dijo un lama.

—No veo nada maravilloso en ello —dije yo, con insolencia—. Hubiéramos podido ver todo esto en el Registro Ascárico. ¿Por qué no miramos toda esta corriente de escenas del tiempo y vemos lo que sucedió luego que se selló este lugar?

Los otros se volvieron hacia el mayor de la reunión, el lama Mingyar Dondup. Éste asintió levemente e hizo notar:

—¡Algunas veces nuestro Lobsang demuestra ser inteligente! Pongámonos de acuerdo y veamos lo que sucedió, pues yo siento tanta curiosidad como ustedes.

Nos sentamos en círculo, enfrentándonos, con nuestros dedos unidos de la manera adecuada. Mi Guía inició el ritmo de respiración necesario y todos lo seguimos. Pronto perdimos nuestras identidades terrestres y nos transformamos como si flotáramos en el mar del tiempo. Aquellos que tenían la capacidad de entrar conscientemente en lo astral, podían mirar todo aquello que sucedió alguna vez y luego volvían al estado consciente con la sabiduría obtenida. Cualquier escena de la historia, de una época no importa cuán remota, podía verse como si fuera actual.

Recuerdo la primera vez que utilicé el "Registro Ascárico". Mi Guía me había estado hablando de tales cosas, y yo contesté:

—Sí, ¿pero qué es? ¿Cómo actúa? ¿Cómo PUEDE una persona ponerse en contacto con las cosas que han pasado, que se acabaron, que se fueron?

—¡Lobsang! —contestó—. Estarás de acuerdo en que tienes memoria. Puedes recordar lo que sucedió ayer, y el día anterior, y el día anterior a aquél. Con un poco de práctica puedes recordar todo lo que sucedió en tu vida, puedes, si practicas, recordar incluso el proceso de tu nacimiento. Pue-

des tener lo que llamamos una "evocación total", y eso llevará a tu memoria mucho ANTES del momento en que naciste. El Registro Ascárico es simplemente la "memoria" de todo el mundo. Todo lo que sucedió alguna vez en esta Tierra puede "recordarse" de la misma manera que TÚ puedes recordar los sucesos pasados de tu vida. No hay ninguna magia en ello, pero nos ocuparemos de esta cuestión, y del hipnotismo (un tema estrechamente vinculado con ella), después.

Con nuestra práctica nos era por cierto fácil elegir el punto en que la Máquina había desvanecido sus cuadros. Vimos la procesión de hombres y mujeres, notables sin duda en esa época, que llenaban la caverna. Máquinas con grandes brazos sacaban lo que parecía ser la mitad de una montaña, en la entrada. Las grietas y hendiduras de la superficie fueron selladas con cuidado, y el grupo de personas y de obreros se retiró. Las máquinas funcionaron a distancia durante un tiempo, algunos meses. La escena era tranquila. Vimos a un alto sacerdote de pie sobre las escalinatas de una inmensa Pirámide, que predicaba a sus oyentes la guerra. Las figuras impresas en los rollos de papel del tiempo cambiaron y vimos el campo de la lucha. Los líderes vociferaban y se enfurecían. El tiempo continuó. Vimos líneas de vapor blanco en el cielo azul, y luego esos cielos se volvieron rojos. Todo el mundo tembló y se sacudió. Nosotros, al mirar, sentimos vértigo. La oscuridad de la noche cayó sobre el mundo. Nubes negras, desgarradas por llamas vívidas, giraban alrededor del globo: las ciudades ardían a prisa y desaparecían.

Aparecieron sobre la tierra mares embravecidos. Barrieron todo ante ellos, y una ola gigante, más alta que el edificio más alto que había, rugió sobre sí misma, llevando en su cresta los objetos flotantes de una civilización que moría. La Tierra tembló y tronó en agonía, aparecieron grandes abismos que se cerraron otra vez como las fauces boquiabiertas de un gigante. Las montañas se ondulaban como juncos en una tormenta,

se ondulaban y se hundían en los mares. Masas de tierra surgieron de las aguas y se transformaron en montañas. Toda la superficie del mundo estaba cambiando, en continuo movimiento. Unos pocos sobrevivientes aislados, entre millones, corrieron gritando hacia las montañas recién surgidas. Otros, a flote en barcos que de alguna manera sobrevivieron al cataclismo, llegaron a la tierra alta y se introdujeron en cualquier lugar oculto que pudieron encontrar. La misma Tierra quedó inmóvil, cesó su movimiento de rotación, y luego se volvió hacia la dirección contraria. En un abrir y cerrar de ojos las selvas y los árboles se trasformaron en cenizas desparramadas. La superficie de la Tierra era desoladora, estaba arruinada, carbonizada como algo negro y quebradizo. En la profundidad de los agujeros, en los caminos de lava de los volcanes extinguidos, un puñado de población terrestre, dispersa, enloquecida por la catástrofe, se agazapaba y gemía de terror. Del cielo negro cayó una sustancia blancuzca, dulce al paladar, portadora de vida.

En el curso de los siglos, la Tierra cambió otra vez; los mares eran ahora tierra, y lo que fue tierra ahora era mar. Una planicie baja resquebrajó sus paredes rocosas y las apartó, y llegaron las aguas para formar el mar conocido ahora como Mediterráneo. Otro mar cercano se hundió en su lecho, y cuando las aguas lo abandonaron y se secó el lecho se formó el Desierto de Sahara. Sobre la superficie de la tierra deambulaban tribus salvajes quienes, a la luz de los fuegos de sus campamentos, hablaron de antiguas leyendas, hablaron del diluvio, de los lémures, de los atlántidas. También hablaron del día en que el sol se quedó inmóvil.

La Caverna de los Antepasados estaba enterrada en los sedimentos de un mundo medio hundido. A salvo de intrusos, descansaba muy por debajo de la superficie de la tierra. Con el curso del tiempo, corrientes de agua veloces lavarían el lodo y dejarían que las rocas se mostraran una vez más a la luz del sol. Por último, calentadas por el sol y enfriadas

por una repentina lluvia helada, la superficie rocosa estalló con gran ruido, permitiéndonos entrar.

Nos sacudimos, alargamos nuestros miembros acalambrados, y nos levantamos con trabajo. El hechizo se había roto. Ahora debíamos comer, dormir, y en la mañana siguiente miraríamos alrededor otra vez de manera que quizá pudiéramos aprender algo. Luego, una vez cumplida nuestra misión, taparíamos la entrada tal como nos ordenaron. La Caverna descansaría de nuevo en paz hasta que hombres de buena voluntad y gran experiencia llegaran otra vez. Fui hasta la boca de la Caverna y miré hacia la desolación, sobre las rocas rajadas, y me pregunté qué pensaría un hombre de épocas pasadas si pudiera levantarse de su tumba y estar allí a mi lado.

Al volverme hacia el interior, me maravillé al advertir el contraste; un lama estaba prendiendo fuego con una piedra de chispa y una mecha; encendiendo algún estiércol seco de yac que habíamos traído con ese fin. A nuestro alrededor estaban las máquinas y artefactos de una época hace mucho transcurrida. Nosotros —hombres modernos— calentábamos agua sobre un fuego de estiércol, rodeados de semejantes máquinas maravillosas que estaban más allá del alcance de nuestra comprensión. Suspiré, y dediqué mis pensamientos a la tarea de mezclar té y tsampa.

Capítulo VI

Había terminado el servicio de media mañana; nosotros, los niños, corríamos hacia nuestra aula empujándonos en un esfuerzo para no ser los últimos en entrar. No por nuestro interés por la educación, ¡sino porque el Maestro de esta clase tenía la horrible costumbre de dar con su bastón un golpe al último que entraba! Yo, el más alegre de los alegres, me arreglaba para ser el PRIMERO en entrar y conseguía la gloria de la sonrisa de aprobación del maestro. Con impaciencia, hizo señas a los otros para que se apuraran, de pie en la puerta, dando trompadas a aquellos que parecían estar retrasados. Por último, nos sentamos todos, con las piernas cruzadas sobre los asientos-felpudo diseminados por el suelo. Como es nuestra costumbre, volvíamos las espaldas al maestro, quien caminaba constantemente DETRÁS de nosotros, de manera que no sabíamos dónde estaba, y por lo tanto, TENÍAMOS que trabajar fuerte.

—Hoy discutiremos cómo todas las religiones son similares —dijo—. Hemos observado cómo la historia del diluvio es común a todas las creencias del mundo. Ahora prestaremos atención al tema de la Madre Virgen. Aun el menos inteligente —dijo, mirándome a mí con dureza— sabe que nuestra Madre Virgen, la Bendita Dolma, la Madre Virgen de la Merced, corresponde a la Madre Virgen de ciertas sectas de la fe cristiana.

Unos pasos presurosos se detuvieron en la entrada del aula. Un monje mensajero entró e hizo una gran reverencia al maestro.

—Saludos para ti, Docto —murmuró—, el Superior Lama Mingyar Dondup presenta sus saludos y pide que el niño Tuesday Lobsang Rampa salga de la clase INMEDIATAMENTE: el asunto es urgente.

El maestro frució el ceño:

—¡NIÑO! —bramó—, eres una molestia y un disturbio en esta clase, ¡VETE!

Me puse de pie rápidamente, me incliné ante mi maestro, y corrí detrás del apurado mensajero.

—¿Qué sucede? —jadée.

—No lo sé —dijo—, también yo me lo pregunto. El Sagrado Lama Dondup tiene los instrumentos quirúrgicos listos, y los caballos también. —Corrimos.

—¡Ah! ¡Lobsang! ¡Así que te PUEDES apurar! —rio mi Guía cuando llegamos adonde estaba—. Vamos al pueblo de Shö, donde se requieren nuestros servicios quirúrgicos.

Montó su caballo y me hizo señas de que yo subiera al mío. Ésta era siempre una operación difícil; cuando debía montar, los caballos y yo nunca parecíamos ponernos de acuerdo. Caminé hacia el caballo, y aquella criatura se alejó de mí caminando de costado. Me coloqué del otro lado y, corriendo, di un salto antes de que el caballo supiera lo que pasaba. Luego traté de imitar el liquen de la montaña en la manera de agarrarme. Sin habérselo indicado y resoplando con desesperada resignación, el caballo giró y siguió al de mi Guía por el camino.

Mi caballo tenía la horrible costumbre de detenerse en las partes más empinadas, mirando sobre el borde, bajando su cabeza y haciendo una clase de zigzagueo. Creo firmemente que él tenía cierto (¡mal ubicado!) sentido del humor y que sabía el efecto que producía en mí. Hizo resonar sus pasos en el camino y pronto pasamos el Pargo Kaling, o Portón Occidental, y así llegamos al pueblo de Shö. Mi Guía encabezó el camino por las calles hasta que llegamos a un gran edificio que reconocí como la prisión. Corrieron unas guardias

y tomaron nuestros caballos. Yo tomé las dos cajas de mi **Guía,** el lama Mingyar Dondup, y las llevé hacia el sombrío lugar. Éste era desagradable, un lugar horrible por cierto, yo podía OLER el temor, VER las formas de los endiablados pensamientos de los equivocados. Por cierto era un lugar cuya atmósfera me hacía erizar los pelos de la nuca.

Seguí a mi Guía hasta un cuarto algo grande. La luz del sol llegaba a través de las ventanas. Cerca había algunos guardias y, esperando saludar al lama Mingyar Dondup, estaba el Magistrado de Shö. Mientras ellos hablaban, yo miré a mi alrededor. Aquí, deduje, era donde se juzgaba y sentenciaba a los criminales. Alrededor, en las paredes, había archivos y libros. Sobre el piso, a un lado, había un envoltorio que gemía. Lo miré y al mismo tiempo oí al Magistrado decir a mi Guía:

—Chino, un espía creo, Honorable Lama. Estaba tratando de subir la Montaña Sagrada, aparentemente tratando de llegar al Potala. Se resbaló y cayó. ¿De qué altura? Quizás unos doscientos pies. Está muy mal.

Mi Guía se adelantó, y yo fui a su lado. Un hombre sacó la cobertura y vimos a un chino, un hombre de mediana edad. Era más bien chico, y parecía ser notablemente ágil, algo así como un acróbata, pensé. Ahora gemía de dolor, su cara estaba mojada con la transpiración, y su tez tenía un tinte verdoso sucio.

El hombre estaba mal herido: en su agonía, sus dientes temblaban y rechinaban. El lama Mingyar Dondup lo miró con compasión.

—Espía, asesino, o lo que sea, debemos hacer algo por él —dijo.

Mi Guía se arrodilló al lado del hombre, colocó sus manos sobre sus sienes y lo miró en los ojos. En unos segundos, el hombre se relajó, los ojos a medio abrir, con una sonrisa vaga en sus labios. Mi Guía empujó el cobertor y se inclinó sobre sus piernas. Sentí que me descomponía

cuando vi eso; los huesos de las piernas del hombre salían fuera de los pantalones. Las piernas parecían estar completamente destrozadas. Con un cuchillo afilado, mi Guía cortó las ropas del hombre. Se oyeron sonidos entrecortados de los presentes al ver los huesos completamente astillados desde los pies hasta los muslos. El Lama, con suavidad, los tocó. El hombre herido no se movió ni se echó hacia atrás: estaba profundamente hipnotizado. Los huesos de las piernas rechinaron y sonaron como bolsas de arena a medio llenar.

—Sus huesos están demasiado destrozados para arreglarlos —dijo mi Guía—, sus piernas parecen estar pulverizadas; tendremos que amputarlas.

—Honorable Lama —dijo el magistrado—, ¿puede hacer que nos diga lo que estaba haciendo? Tememos que sea un asesino.

—Le quitaremos las piernas primero —contestó el Lama—. ENTONCES le podemos preguntar. —Se inclinó de nuevo sobre el hombre y miró otra vez en sus ojos. El chino se relajó aún más y pareció sumergirse en un sueño profundo.

Ya había deshecho yo las valijas y el fluido de yerbas esterilizantes estaba listo en el cuenco. Mi Guía hundió sus manos de manera que pudieran empaparse. Yo ya tenía sus instrumentos listos en otro cuenco. Cuando me lo indicó, lavé las piernas y el cuerpo del hombre. Al tocar esas piernas sentí algo particular en mí; me pareció como si TODO estuviera destrozado. Ahora tenían un color azulado, jaspeado, con las venas que salían como cordones negros. Bajo la dirección de mi Guía, até correas en las piernas del chino, tan arriba como pude, bien arriba, allí donde se juntaban con el cuerpo. Atravesando un palo por el nudo, di vueltas hasta que la presión hizo detener la circulación. Con rapidez, el lama Mingyar Dondup tomó un cuchillo y cortó la carne en forma de v. En la punta de la v, aserró el hueso de la pierna —lo que quedaba de él— y luego apretó las dos franjas de la v, de manera que el extremo del hueso

quedó protegido por una doble capa de carne. Le pasé hilo hecho de las partes esterilizadas de un yac, y con rapidez cosió las franjas. Lenta, cuidadosamente, fue soltando la presión de las correas alrededor de la pierna del hombre, listo para volver a apretarlas si fluyese la sangre. Las puntadas se mantuvieron, no salió sangre. Detrás de nosotros, un guardia sufrió una gran arcada, se volvió, pálido, y se desmayó.

Mi Guía vendó el muñón con cuidado y lavó otra vez sus manos en la solución. Yo presté atención a la otra pierna, la izquierda, y pasé el palo por el nudo de la correa. El Lama asintió, y di otra vuelta más al palo para cortar la sangre de la pierna. Pronto yacía un miembro al lado del otro. Mi Guía se volvió hacia uno de los guardias y le dijo que tomara las piernas y las envolviera en un trapo.

—Debemos entregar estas piernas a la Misión China —dijo el Lama—, o dirán que su hombre fue torturado. Le pediré al Profundo que devuelva este hombre a su pueblo. Su misión no importa; falló como fallará todo intento.

—Pero, Honorable Lama —dijo el Magistrado—, hay que OBLIGAR al hombre a decir qué estaba haciendo y por qué.

Mi Guía no dijo nada, pero se dio vuelta otra vez hacia el hombre hipnotizado y lo miró profundamente en sus ojos ahora abiertos.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó. El hombre gimió y apartó sus ojos. Mi Guía le preguntó otra vez—: ¿Qué ibas a hacer? ¿Ibas a asesinar a una alta personalidad en el Potala? —Se formó espuma alrededor de la boca del chino; luego, de mala gana, movió su cabeza afirmativamente.

—¡HABLA! —le ordenó el Lama—, un gesto afirmativo no es suficiente.

Así, despacio, con dolor, contó la historia. Un asesino le pagó para matar, le pagó para que sembrara problemas en un país tranquilo. Un asesino que había fracasado, como todos fracasarían, sin conocer nuestras medidas de seguridad.

Mientras yo meditaba sobre esto, el lama Mingyar Dondup se puso de pie.

—Iré a ver al Profundo, Lobsang; tú te quedas aquí a cuidar a este hombre —dijo.

El hombre gimió.

—¿Me matarás? —preguntó débilmente.

—¡No! —le contesté—, nosotros no matamos a nadie. Humedecí sus labios y sequé su frente. Pronto estuvo tranquilo otra vez; creo que se durmió luego de la extenuante prueba. El Magistrado me miró con acritud, pensando que los monjes estaban locos al salvar a un presunto asesino. Transcurrió el día. Unos guardias venían y otros se iban. Sentí que mi estómago producía ruidos sordos y prolongados, causados por el hambre. Por último, oí unos pasos familiares, y el lama Mingyar Dondup entró en la habitación. Primero vino y miró al paciente, para asegurarse de que el hombre estaba tan cómodo como lo permitían las circunstancias y para ver si los muñones no sangraban. Se puso de pie y mirando al oficial mayor dijo:

—Por virtud de la autoridad delegada en mí por el Profundo le ordeno a usted conseguir en seguida dos literas, y que lleve a este hombre y a sus piernas a la Misión China. —Se volvió hacia mí—. Tú acompañarás a estos hombres y me informarás si son groseros al llevar la litera.

Me sentí muy apesadumbrado; aquí estaba el asesino con sus piernas cortadas, y mi estómago, al estar vacío de alimento hacía tanto ruido como el tambor de un templo. En tanto los hombres se iban a buscar las literas, yo corrí hacia donde los oficiales bebían té. Con voz arrogante pedí, y conseguí, una generosa ayuda. Atragantándome con el tsampa, volví corriendo.

En silencio, tétrico, se dirigieron detrás de mí, hacia la habitación llevando dos literas, hechas con lienzos atados entre dos palos. Con un murmullo de protesta, levantaron las dos piernas y las colocaron sobre una de las literas. Con

suavidad, bajo la mirada tranquila del lama Mingyar Dondup, colocaron al chino sobre la otra litera. Pusieron una manta sobre su cuerpo y la ataron por debajo de la litera, de manera que no pudiera dar sacudidas. Mi Guía se volvió hacia el oficial mayor y le dijo:

—Usted acompañará a estos hombres, presentará mis saludos al Embajador Chino, y le dirá que le devolvemos este hombre. Tú, Lobsang —se volvió hacia mí—, los acompañarás y al volver me informarás. —Se fue, y los hombres salieron, caminando con dificultad, de la habitación. Afuera, el aire era frío y yo temblé bajo mi manto liviano. Caminamos hacia el Mani Lhakhang; los hombres que llevaban las piernas primero, luego los dos hombres que llevaban la litera con el chino. Yo caminaba a un lado, y el oficial mayor al otro. Doblamos hacia la derecha, pasamos dos parques y nos dirigimos a la Misión China.

Llegamos a los muros de la Misión, donde el Río Feliz lanzaba sus reflejos sobre nosotros, y mostraba vetas de luz brillante a través de los claros de los árboles. Con un gruñido, los hombres descargaron su peso por un minuto mientras dejaban descansar sus músculos doloridos y miraban con curiosidad los muros de la Misión.

Los chinos eran MUY agresivos con cualquiera que tratara de introducirse en su zona. Hubo casos de chiquillos que fueron muertos a balazos "por accidente" cuando entraban como lo harían los chiquillos. ¡Ahora *nosotros* íbamos a entrar! Los hombres escupieron en sus manos, se pusieron de pie y tomaron otra vez las literas. Seguimos marchando, doblamos a la izquierda por el Camino de Lingkor, y entramos en los terrenos de la Misión. Unos hombres furiosos vinieron a la puerta y nuestro oficial mayor dijo:

—Tengo el honor de devolverles uno de vuestros hombres, que intentó descarriarse en la Tierra Sagrada. Se cayó, y sus piernas tuvieron que ser amputadas. Aquí están las piernas; para que las inspeccionéis. Los guardias fruncie-

ron el ceño, tomaron las empuñaduras de las literas y corrieron dentro del edificio con el hombre y sus piernas. Otros, apuntándonos con su fusil, nos hicieron retirar. Retrocedimos hacia el camino. Yo me escondí detrás de un árbol. Los otros continuaron caminando. Unos gritos y alaridos rasgaron el aire. Miré a mi alrededor, vi que no había guardias; todos habían entrado en la Misión. En un impulso tonto, abandoné la dudosa seguridad del árbol y corrí en silencio hacia la ventana. El hombre herido yacía sobre el piso, un guardia estaba sentado sobre su pecho, otros dos se sentaban sobre sus brazos. Un cuarto le colocaba cigarrillos encendidos en sus muñones. De pronto, el cuarto hombre se puso de pie, sacó su revólver, y le disparó entre los ojos.

Una ramita crujió detrás de mí. Como un rayo, me arrodillé y me hice a un lado. Otro guardia chino apareció y apuntó su fusil hacia donde había estado mi cabeza. Me eché de bruces entre sus piernas, lo hice caer y soltar su fusil. Velozmente, corrí de árbol en árbol. Las balas pasaban raspando por las ramas bajas y se oía el ruido de pasos apresurados detrás de mí. Aquí, la ventaja era por entero mía; a pie, yo era muy rápido y los chinos se detenían a menudo para dispararme. Corrí hacia la parte de atrás del jardín —el portón ahora estaba custodiado—, me subí a un árbol conveniente, y me arrastré por una rama de manera que pude caer hacia el otro lado del muro. Unos segundos más tarde, estaba otra vez ANTE mis conciudadanos que habían transportado al herido. Tan pronto como oyeron mi historia, apresuraron su andar. Ya no aguardaron con la esperanza de ver algún movimiento; ahora deseaban evitarlo. Un guardia chino saltó por encima del muro al camino, y me miró con desconfianza. Con suavidad, yo le devolví la mirada. Con un gesto agrio y un murmullo que se mostraba contrario a mi nacimiento, se volvió. ¡Nosotros nos apuramos!

Al regresar al pueblo de Shö, los hombres me dejaron. Mirando con cierta aprensión por sobre mi hombro, corrí, y pronto me interné por el camino a Chakpori. Un anciano monje que se hallaba descansando a un lado del camino me llamó.

—¿Qué te pasa, Lobsang? Parece como si te persiguieran todos los demonios.

Seguí corriendo y, sin aliento, entré en la habitación de mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Durante un momento, estuve jadeando, tratando de poder respirar.

—¡Oh! —dije por fin con voz entrecortada—, los chinos asesinaron al hombre; ¡le DISPARARON! Con un aluvión de palabras le conté lo sucedido. Mi Guía permaneció un instante en silencio. Luego dijo:

—Verás mucha violencia en tu vida, Lobsang; por lo tanto no te preocupes por esto. Éste es el método común de la diplomacia; matar a aquellos que fracasan y echar a los espías que se descubren. Sucede en todo el mundo, en todos los países del mundo.

Mientras estaba sentado frente a mi Guía, recobrándome en la calma serena de su presencia, pensé en otra cosa que me estaba preocupando.

—¡Señor! —exclamé—, ¿cómo actúa el hipnotismo?

Él me miró con una sonrisa en sus labios:

—¿Cuándo comiste la última vez? —me preguntó. De golpe, todo mi apetito volvió.

—Oh, hace casi unas doce horas —le contesté con tristeza.

—Entonces, comamos aquí y luego, cuando estemos algo repuestos, podemos discutir sobre el hipnotismo.

Me hizo señas que callara, y se sentó en actitud de meditación. Yo capté su mensaje telepático a los sirvientes: ALIMENTOS y té. También capté un mensaje telepático dirigido a alguien del Potala, alguien que tenía que ir a ver de inmediato al Profundo para darle un informe detallado. Pero mi "intercepción" del mensaje telepático fue interrum-

pida por la entrada de un sirviente que trajo alimentos y té...

Me eché hacia atrás, satisfecho; casi incómodamente satisfecho. HABÍA tenido un día duro, ESTUVE hambriento durante muchas horas, pero (el pensamiento me preocupaba en mi interior) ¿había comido mucho?, ¿había sido demasiado grosero? De repente, con desconfianza, miré hacia arriba. Mi Guía me estaba mirando, con un aire divertido en su rostro.

—Sí, Lobsang —me hizo notar—, COMISTE demasiado. Espero que puedas seguir mi charla sobre hipnotismo.

Estudió mi cara enrojecida y la suya pareció suavizarse.

—¡Pobre Lobsang!, tuviste un día muy duro. Vé a descansar ahora y continuaremos la discusión por la mañana.

Se puso de pie y abandonó la habitación. Subí con trabajo hacia la mía y casi corrí por el pasillo. ¡Sueño! Eso era todo lo que yo deseaba. ¿Alimentos? ¡Ah! Ya tenía bastante de eso. Llegué al lugar de mi cama y me envolví en mis mantos. El sueño no fue fácil, por cierto; tuve pesadillas en que chinos sin piernas me perseguían por bosquecillos y otros chinos armados de fusiles saltaban detrás de mí tratando de hacer fuego.

¡PUM!, mi cabeza cayó al suelo. Uno de los guardias chinos me estaba pateando. ¡PUM!, mi cabeza cayó otra vez. Abrí unos ojos llenos de legañas y me encontré con un monaguillo que sacudía con vigor mi cabeza y me pateaba, en un intento desesperado por despertarme.

—¡Lobsang! —exclamó cuando vio que se abrían mis ojos—. ¡Lobsang!, pensé que estabas muerto. Dormiste durante toda la noche, perdiste los Servicios, y sólo la intervención de tu Maestro, el lama Mingyar Dondup te salvó de los Censores. ¡DESPIÉRTATE! —gritó, cuando casi ya me dormía otra vez.

Comencé a adquirir conciencia. Vi a través de las ventanas los rayos tempranos de la mañana que alcanzaban los

altos Himalayas y alumbraban los edificios más elevados del valle, que mostraban los techos dorados del distante Sera y brillaban sobre la parte superior del Pargo Kaling. Ayer había ido al pueblo de Shö (¡ah! ESO no era un sueño). Hoy, hoy ESPERABA perderme algunas lecciones y aprender directamente de mi amado Mingyar Dondup. ¡Aprender sobre el hipnotismo, también! Pronto terminé mi desayuno y me dirigí al aula, no para quedarme y recitar sobre los ciento ocho Sagrados Libros, ¡sino para explicar por qué no iba!

—¡Señor! —dije, cuando vi que el Maestro entraba en la clase—. ¡Señor!, hoy tengo que atender al lama Mingyar Dondup. Ruego que me exima de la clase.

—¡Ah, sí, hijo mío —dijo el Maestro con un asombroso tono jovial—. Hablé unas palabras con el Sagrado Lama, tu Guía. Fue muy amable al comentar favorablemente tus progresos bajo mi dirección; confieso que estoy muy agradecido. En forma increíble, alargó su mano y me palmeó el hombro antes de entrar en la clase.

Divertido y preguntándome qué diablos le había pasado, me dirigí hacia la zona de los Lamas.

Caminaba sin ninguna preocupación por el mundo. Pasé por una puerta entreabierta. "¡Oh! —exclamé de repente, deteniéndome—. ¡MARRONS GLACÉ!" El olor era fuerte. Retrocedí en silencio y espié por la puerta. Un monje anciano tenía la mirada fija en el piso y murmuraba palabras que no eran plegarias, murmuraba porque había perdido una caja de *marrons glacé* que consiguió de alguna manera en la India.

—¿Puedo ayudarle? —le pregunté con cortesía. El anciano se volvió hacia mí con el rostro furioso y me dijo tales cosas que salí corriendo por el pasillo a la mayor velocidad que me permitieron las piernas. "¡Todas esas palabras por unos pocos *marrons glacé*!", me dije con disgusto.

—¡Adelante! —exclamó mi Guía cuando llegué a su puerta—. Pensé que te habías vuelto a dormir.

—¡Señor! —dije—, vine hacia ti para instruirme. Estoy ansioso por conocer la naturaleza del hipnotismo.

—Lobsang —dijo mi Guía—, tienes que aprender mucho más que eso. Debes aprender primero las bases del hipnotismo. De otra manera no sabrás qué hacer. Siéntate. —Me senté con las piernas cruzadas, por supuesto, en el suelo. Mi Guía se sentó frente a mí. Durante un momento pareció perdido en sus pensamientos, y luego dijo:

—En este momento ya te debes haber dado cuenta de que todo es vibración, electricidad. El cuerpo, en su composición, tiene muchas sustancias químicas diferentes. La corriente sanguínea lleva algunas de estas sustancias químicas al cerebro. El cerebro, tú sabes, tiene la mejor reserva de sangre y de las sustancias químicas que ella contiene. Estos ingredientes (potasio, magnesio, carbón y muchos otros), forman el tejido cerebral. La interrelación entre ellos da origen a una oscilación particular de las moléculas que nosotros denominamos "corriente eléctrica". Cuando uno PIENSA, pone en movimiento una cadena de circunstancias que dan por resultado la formación de esta corriente eléctrica, y de allí las "ondas cerebrales".

Yo pensé en todo esto; no podía verlo. Si había "corrientes eléctricas" en mi cerebro, ¿por qué no sentía el *shock*? Aquel niño que estaba remontando un barrilete, lo recuerdo, lo hacía durante una tormenta. Recuerdo el vívido destello azul mientras la luz corría por la cuerda mojada del barrilete; recuerdo, con un temblor, cómo cayó sobre el piso como un puñado de carne seca, asada. Y una vez, yo también, experimenté un *shock* de la misma fuente, uno muy simple comparado con el otro, pero tan "simple" como para arrojarme a unos doce pies.

—¡Honorable Lama! —le dije—, ¿cómo PUEDE haber elec-

tricidad en el cerebro? ¡Ello haría que un hombre se volviera loco de dolor! Mi Guía se sentó y se rio.

—Lobsang —murmuró—, el *shock* que tuviste una vez te dio una impresión errónea de la electricidad. El total de electricidad en el cerebro es muy pequeño. Instrumentos delicados lo pueden medir y pueden ahora diagramar las variaciones que se producen cuando uno piensa o lleva a cabo una acción física. El pensamiento de que un hombre puede medir el voltaje de otro era por cierto demasiado para mí. Me puse de pie y me eché a reir. Mi Guía sólo sonrió y dijo:

—Vayamos esta tarde caminando al Potala. El Profundo tiene unos instrumentos que nos permitirán hablar con más facilidad sobre este tema de electricidad. Ahora, vete y distráete, come, ponte el mejor manto y encuéntrame aquí a mediodía.

Hice una reverencia y me fui.

Anduve dando vueltas durante dos horas; subí a la azotea, y tiré pequeños guijarros sobre las cabezas confiadas de los monjes que pasaban debajo de mí. Cansado de ese deporte, me agaché y pasé, con la cabeza primero, por una puerta trampa que llevaba a un oscuro corredor. Cuando me estaba descolgando, oí unos pasos que se acercaban. No podía ver porque la puerta trampa estaba en un rincón. Saqué la lengua, puse una cara furiosa y esperé. Un anciano dobló la esquina y como no me podía ver, tropezó conmigo. Mi lengua mojada tocó su mejilla. Lanzó un grito y, dejando caer con un "¡CRASH!", la bandeja que llevaba, desapareció a una velocidad sorprendente para un hombre tan anciano. Yo también me sorprendí, pues el anciano, al tropezar, hizo que me cayera de espaldas en el corredor. ¡La puerta trampa se cerró con un sonoro "¡CRASH!" y toda la tierra y el polvo cayeron encima de mí. Con dificultad, me puse de pie y salí corriendo, tan rápidamente como me era posible, en dirección contraria.

Aun sufriendo por causa del golpe, cambié de manto y comí: ¡no estaba tan golpeado como para olvidar eso! Puntual, cuando las sombras se desvanecieron y fue mediodía, me presenté ante mi Guía. Con cierta dificultad, adoptó un aire serio al verme.

—Un monje anciano, Lobsang, jura que fue acosado por un diablo en el corredor del norte. Un grupo de tres lamas fue allí para conjurar al diablo. No dudo que haré mi parte si llevo a ese diablo al Potala, *como habíamos convenido.* ¡Ven!... Se dio vuelta y salió de la habitación. Lo seguí, viendo miradas aprensivas a mi alrededor. Después de todo, uno nunca sabía de cierto lo que sucedería si los Lamas estaban conjurando. Tuve vagas visiones de encontrarme volando por los aires hacia algún destino desconocido, probablemente disconforme.

Salimos al aire libre. Los mucamos sostenían dos ponies. El lama Mingyar Dondup montó y, lentamente, descendió la montaña. Me ayudaron a subir al mío, y uno de los mozos, jugando, le dio una palmada. El pony también se sintió juguetón. Bajó su cabeza. Levantó la parte posterior, y haciendo un arco, yo caí. El mozo nuevamente sostuvo al animal mientras yo me levantaba del suelo y me cepillaba algo del polvo. Luego monté otra vez, mirando con cautela para el caso de que los mozos hicieran algo más.

El pony SABÍA que tenía un estúpido encima; el arisco animal caminaba por los lugares más peligrosos y se detenía en los mismos bordes. Luego bajaba la cabeza y miraba fijamente al suelo rocoso, tan abajo de mí. Por último, desmonté y lo hice caminar detrás de mí. Así, íbamos con más rapidez. En la cumbre de la Montaña de Hierro, monté nuevamente y seguí a mi Guía al pueblo de Shö. Allí tenía él algunos asuntos que nos demoraron unos minutos. Tiempo suficiente para que yo reconquistara mi aliento y mi destrozada compostura. Luego, montamos otra vez y subimos el amplio y escalonado camino que lleva al Potala. Con alegría,

abandoné mi pony a los sirvientes que nos esperaban. Con más alegría aún seguí al lama Mingyar Dondup a su propio alojamiento. Mi placer aumentó cuando supe que estaría allí por un día o dos.

Pronto llegó la hora de asistir al servicio del Templo, en la parte inferior. Aquí, en el Potala, los servicios eran —pensé— excesivamente formales; la disciplina, demasiado estricta. Habiendo tenido algo más que excitación durante un día, y luego de sufrir por algunos pequeños golpes, me comporté lo mejor que pude en el servicio y éste terminó sin ningún incidente. Ahora era cosa aceptada que cuando mi Guía estuviese en el Potala yo ocuparía una pequeña habitación contigua a la de él. Fui allí y me senté a esperar los acontecimientos; sabía que el lama Mingyar Dondup estaba ocupado en asuntos de Estado con un funcionario mayor que había llegado hacía poco de la India. Era maravilloso mirar por la ventana y ver la Ciudad de Lhasa en la distancia. La vista era sorprendente; los sauces bordeaban los lagos; destellos dorados surgían del Jo Kang; y se veía la muchedumbre abigarrada de peregrinos que gritaban al pie de la Montaña Sagrada con la esperanza de ver al Profundo (que estaba en la habitación oficial del representante del gobernador general) o por lo menos a algún alto dignatario. Una hilera interminable de comerciantes y sus bestias caminaban muy lentamente hacia el Pargo Kaling. Me entretuve por un momento en sus exóticas cargas, pero me interrumpieron unos suaves pasos a mis espaldas.

—Tomaremos té, Lobsang, y luego continuaremos nuestra charla —dijo mi Guía, que acababa de entrar. Lo seguí a su habitación donde habían servido algo muy diferente de lo que se ofrece a un pobre monje. Té, por supuesto, pero dulces de la India también. Todo eso era DEMASIADO para mi paladar. En general, los monjes no hablan mientras comen; se considera falta de respeto hacia los alimentos, pero en esta ocasión mi Guía me dijo que los rusos trataban de

provocar problemas en el Tibet, que estaban intentando introducir espías. Pronto terminamos nuestra merienda y luego nos encaminamos a las habitaciones donde el Lama guardaba muchas cosas procedentes de lejanas tierras. Durante un momento sólo miramos a nuestro alrededor; el Lama señalaba cada uno de los extraños objetos y explicaba su uso. Por último, se detuvo en un rincón de la habitación y dijo:

—¡Mira esto, Lobsang! —Me moví hacia su lado y no me impresionó en absoluto lo que vi.

Delante de mí, sobre una mesita, había una jarra de cristal. En su interior, colgaban dos delicadas hebras, y cada una sostenía en su extremo una pequeña esfera de algo que parecía ser madera de saúco.

—¡Es eso! —comentó con sequedad mi Guía, cuando yo se lo hice notar—. Tú, Lobsang —dijo el Lama— piensas en la electricidad como en algo que te produce un *shock.* Existe otra clase, o manifestación, que llamamos electricidad estática. ¡Ahora mira!

El lama Mingyar Dondup tomó de la mesa una varilla brillante, de alrededor de doce a catorce pulgadas de largo. Frotó con rapidez la varilla sobre su manto y luego la acercó a la jarra. Para gran sorpresa mía, las dos esferas se separaron con violencia, y permanecieron separadas aun cuando retiró la varilla.

—Sigue mirando —dijo mi Guía. Bueno, eso era lo que hacía. Luego de algunos minutos, las esferas descendieron con lentitud bajo el influjo normal de la gravedad. Pronto colgaban verticalmente, como antes del experimento.

—Trata tú —me ordenó el Lama, extendiéndome la varilla negra.

—Por la Bendita Dolma —grité— ¡Yo NO VOY A TOCAR ESO!

Mi Guía rio de corazón al ver mi expresión más que descompuesta.

—Trata, Lobsang —dijo con suavidad—, pues hasta ahora nunca te hice una mala jugada.

—Sí —murmuré yo—, pero siempre hay una primera vez.

Él me acercó la varilla. Temblando, tomé el terrible objeto. Con desconfianza, medio muerto (esperando un *shock* a cada momento) froté la varilla en mi manto. No experimenté ninguna sensación, ni *shock* ni hormigueo. Por último, la aproximé a la jarra de cristal y, ¡maravilla de maravillas!, LAS ESFERAS SE SEPARARON OTRA VEZ.

—Como ves, Lobsang —me hizo notar mi Guía—, la electricidad existe, aunque tú no sientas ningún *shock*. Así es la electricidad del cerebro. Ven conmigo.

Me llevó hacia otra mesa sobre la cual había otra cosa más notable. Parecía ser una rueda sobre cuya superficie había innumerables láminas metálicas. Las varillas estaban fijadas de tal manera que un cepillo de alambres colocado en el extremo de cada una de ellas tocaba apenas dos de las láminas metálicas. De las varillas salían alambres conectados a dos esferas de metal que se hallaban más o menos a un pie de distancia. La cosa no tenía ningún significado para mí. "Estatua del diablo", pensé. Mi Guía confirmó esta expresión con lo que hizo en seguida. Tomando una manivela que salía de la parte posterior de la rueda, le hizo dar un brusco giro. Con un rugido de ira, la rueda se puso en movimiento, relampagueando y centelleando. De las esferas de metal salían, siseando y crepitando, grandes lenguas de luz azulada. En el aire había un olor extraño, como si algo se estuviera quemando. No esperé más; definitivamente, éste NO era lugar para mí. Me eché de cabeza bajo la mesa más grande y traté de arrastrarme hacia la puerta más cercana.

El siseo y el crepitar cesaron, pero los remplazó otro sonido. Escuché con miedo, ¿era un sonido de RISA? ¡No podía ser! Nervioso, espié desde mi escondite. El lama Mingyar Dondup reía estrepitosamente. De sus ojos caían lágrimas

provocadas por su hilaridad, mientras que su cara se había vuelto roja por las carcajadas. Parecía también jadear en busca de aliento.

—¡Oh, Lobsang —dijo por último—, es la primera vez que veo que alguien se asusta de la máquina de Wimshurst! Estas cosas se utilizan en muchos países extranjeros para demostrar las propiedades de la electricidad.

Salí arrastrándome, sintiéndome algo tonto, y miré otra vez la extraña máquina. El Lama dijo:

—Tomaré estos dos alambres, Lobsang, y tú harás girar la manivela tan rápidamente como puedas. Verás sobre mí rayos de luz, pero no me dañarán ni me causarán dolor. Tratemos. ¿Quién sabe? ¡Quizá TÚ tengas una oportunidad para reírte de MÍ! Tomó dos alambres, uno en cada mano, y me hizo señas de que comenzara. Así la manivela con algún titubeo, y la hice girar tan rápidamente como pude. Lancé un grito de terror cuando grandes franjas de corriente de luz púrpura y violeta, pasaron por las manos y la cara de mi Guía. Él permaneció imperturbable. Mientras tanto, el olor había comenzado otra vez.

—Ozono, completamente inofensivo —dijo mi Guía.

Por último, me persuadió de que sostuviera los alambres mientras el Lama daba vueltas a la manija. El siseo y la crepitación eran aterradores al extremo, pero en cuanto a sensación, era más una brisa fresca que cualquier otra cosa. El Lama tomó de una caja varios objetos de vidrio y los conectó mediante alambres a la máquina, uno por uno. A medida que hacía girar la manivela, vi una llama brillante que ardía dentro de una botella de vidrio y, en otras botellas, una cruz y otras formas de metal que se recortaban en el fuego vivo. Pero en ningún momento pude sentir el *shock* eléctrico. Con esta máquina de Wimshurst, mi Guía demostró cómo una persona que no es vidente puede ver la energía psíquica humana, pero después diremos más sobre ello.

La luz que se desvanecía nos hizo desistir de nuestros

experimentos y retornar a la habitación del Lama. Primero asistimos otra vez al servicio del atardecer. Nuestra vida en el Tibet parecía estar por entero circunscrita a las necesidades de observar la religión. Luego de terminado el servicio, regresamos a las habitaciones del lama Mingyar Dondup, y allí nos sentamos, con nuestra habitual costumbre de cruzar las piernas, separados por una mesita de unas catorce pulgadas de alto colocada entre nosotros.

—Ahora, Lobsang —dijo mi Guía—, tenemos que dedicarnos al estudio del hipnotismo, pero ante todo tenemos que aclarar el funcionamiento del cerebro humano. Te demostré (espero) que puede haber un pasaje de corriente eléctrica sin que se experimente por ello dolor o incomodidad. Ahora, deseo que tú consideres que cuando una persona piensa genera una corriente eléctrica. No necesitamos entrar en la cuestión de cómo una corriente eléctrica estimula las fibras musculares y causa reacciones; nuestro interés por el momento es la corriente eléctrica, las ondas cerebrales que fueron medidas tan claramente y diagramadas por la ciencia médica del Oeste.

Confieso que esto era interesante para mí porque, a mi manera pequeña y humilde, pensaba que el pensamiento tenía poder, porque recordaba aquel cilindro perforado que había usado algunas veces en la Lamasería y al que hacía girar sólo por la fuerza del pensamiento.

—¡No estás prestando atención, Lobsang! —dijo mi Guía.

—Lo lamento, Honorable Maestro —le contesté—, estaba reflexionando sobre la innegable naturaleza de las ondas del pensamiento, y lo que me divertí con aquel cilindro que usted me trajo hace algunos meses.

Mi Guía me miró y dijo:

—Tú eres una entidad, un individuo, y tienes tus propios pensamientos. Puedes considerar que realizarás alguna acción, como ser levantar aquel rosario. Aun al considerar una acción tu cerebro hace que la electricidad fluya de sus

elementos químicos constituyentes, y la onda eléctrica prepara tus músculos para la acción inminente. Si se produjera en tu cerebro una fuerza eléctrica más grande, entonces tu intención original de levantar aquel rosario se vería frustrada. Es fácil ver que, si yo puedo persuadirte de que no puedes levantar ese rosario, entonces tu cerebro —estando fuera de tu control inmediato— generará y enviará una onda contraria. Entonces tú no podrás levantar el rosario o realizar la acción pensada. Lo miré, pensé en el asunto, y en realidad no tenía mucho sentido para mí, pues, ¿cómo podía influir la electricidad que mi cerebro generara? Lo pensé, lo miré, y me pregunté si debía hacer preguntas en voz alta sobre mi duda. De cualquier manera no hubo necesidad, pues él lo adivinó y se apresuró a calmarme:

—Te puedo asegurar, Lobsang, que lo que te digo se puede demostrar, y en un país occidental podríamos probar todo esto con una serie de aparatos que diagramarían las tres ondas cerebrales básicas. Aquí, de cualquier manera, no tenemos semejantes facilidades y sólo podemos discutir el asunto. El cerebro genera electricidad, genera ondas, y si decides levantar el brazo, entonces el cerebro genera ondas para lo que tú decidiste. Si yo puedo —en palabras algo técnicas— suministrar una carga negativa a tu cerebro, entonces tu intención original se frustrará. En otras palabras, ¡estarás hipnotizado!

En realidad esto comenzaba a tener sentido; yo había visto aquella máquina Wimshurst, y varias demostraciones llevadas a cabo con su ayuda, y vi cómo era posible alterar la polaridad de una corriente y, por lo tanto, hacer que fluyera en dirección contraria.

—Honorable Lama —exclamé—, ¿cómo es posible que tú hagas llegar corriente a mi cerebro? Tú no puedes sacar mi cabeza y colocar electricidad dentro, entonces, ¿cómo puede hacerse?

—Mi querido Lobsang —dijo mi Guía— no es necesario

entrar en tu cabeza porque yo no tengo que generar electricidad y colocarla dentro de ti, yo puedo formular sugestiones apropiadas, por las que tú te convencerás de la exactitud de mis declaraciones o sugestiones, y entonces tú —sin ningún control voluntario de tu parte— generarás tu propia corriente negativa. —Me miró y agregó—: No me gusta hipnotizar a nadie contra su voluntad, excepto en caso de necesidad médica o quirúrgica, pero pienso que con tu cooperación sería una buena idea demostrar un simple hecho de hipnotismo.

Yo exclamé en seguida:

—Oh, sí, me gustaría practicar hipnotismo.

Sonrió un poco ante mi impetuosidad y preguntó:

—Ahora, Lobsang, normalmente, ¿qué es lo que no te gustaría hacer? Te pregunto esto porque deseo hipnotizarte para hacer algo que no harías por tu propia voluntad, así podrás estar seguro de que al hacerlo estarás actuando bajo una influencia involuntaria.

Pensé por un momento y en realidad apenas supe qué decir, porque, ¡había tantas cosas que no me gustaba hacer!

Mi Guía me evitó tener que pensar más en el asunto cuando exclamó:

—¡Ya sé! Tú no tenías en absoluto ganas de leer aquel pasaje algo complicado del quinto volumen del Kangyur. Creo que tenías miedo de que algunos de los términos utilizados te traicionaran, y traicionaran el hecho de que en ese tema particular no habías estudiado tanto como lo había deseado tu tutor.

Me sentí algo triste por esto, y confieso que sentí que mis mejillas se ruborizaban. Era verdad, había un pasaje muy difícil en el libro, que me causaba gran dificultad; sin embargo, en interés de la ciencia, estaba completamente dispuesto a ser persuadido para leerlo. En aquel momento yo casi tenía fobia por ese pasaje. Mi Guía sonrió y dijo:

—El libro está allí, al lado de la ventana, tráelo, busca

esa página y léela en voz alta, y si tratas de evitar leerla, si tratas de confundir toda la cuestión, entonces será una prueba mucho más aceptable. Con desconfianza, fui a tomar el libro, y de mala gana volví sus páginas. Nuestras páginas tibetanas son mucho mayores, más pesadas, que las de los libros occidentales. Hice las cosas sin habilidad y me demoré tanto como fue posible. No obstante, llegué por último a la página indicada, y confieso que este pasaje en particular, a causa de un incidente anterior con un tutor, realmente me hizo sentir físicamente enfermo.

Estaba de pie con el libro frente a mí, pero a pesar de que trataba de hacerlo, no podía articular aquellas palabras: puede parecer extraño, pero es un hecho que, por haber sido tan maltratado por un tutor incomprensivo, desarrollé un verdadero odio hacia esas oraciones sagradas. Mi Guía me miró —nada más— y luego pareció que algo había estallado en mi cabeza. Con gran sorpresa, me encontré leyendo: no "leyendo" solamente, sino leyendo con fluidez, con facilidad, sin titubear. Cuando llegué al final del párrafo, tuve la sensación más inexplicable. ¡Dejé el libro, fui al medio de la habitación y me paré sobre la cabeza! "¡Me estoy volviendo loco! —pensé—. ¿Qué dirá mi Guía si me comporto de esta manera completamente tonta?" Luego se me ocurrió que mi Guía estaba haciendo, me estaba influyendo, para que me comportara así. Con rapidez, me puse de pie, y encontré que me sonreía con benevolencia.

—Es una cosa sumamente fácil, Lobsang, influir a una persona, no hay ninguna dificultad cuando se domina lo básico. Yo simplemente pensé ciertas cosas y tú recogiste mis pensamientos en forma telepática, y eso hizo que tu cerebro reaccionara de la manera que te anticipé. ¡Así ocurrieron ciertas fluctuaciones en tu cerebro que se trasformaron en este resultado tan interesante!

—¡Honorable Lama! —dije—, entonces, ¿eso significa que si nosotros podemos introducir una corriente eléctrica en

el cerebro de una persona, podemos hacer que esa persona haga lo que deseamos?

—No, no significa eso —dijo mi Guía—, significa en cambio que si tú puedes persuadir a una persona para que realice una cierta acción, y el curso de la acción no se opone a las creencias de la persona, entonces sin duda la hará, porque sus ondas cerebrales se alteraron, y sin tener en cuenta su intención original, reaccionará como lo sugiere el hipnotizador. En la mayoría de los casos, las personas reciben sugestiones del hipnotizador; no existe otra influencia real ejercida por el hipnotizador que no sea la influencia de la sugestión. El hipnotizador, con ciertos trucos, puede inducir el curso de una acción contraria a la que se contempló originariamente. —Durante un momento me miró con seriedad y luego dijo—: Por supuesto, tú y yo tenemos otros poderes que no son ésos. Tú podrás hipnotizar instantáneamente a una persona aún contra sus deseos: se te otorgó ese don a causa de la naturaleza particular de tu vida, a causa de las muchas y grandes dificultades, a causa del trabajo excepcional que tú tendrás que cumplir.

Se recostó y me miró como para poder determinar si yo había asimilado lo que él me dijera. Satisfecho con una respuesta afirmativa, continuó:

—Más tarde —aún no—, te enseñarán acerca del hipnotismo y cómo poder hipnotizar con rapidez. Quiero decirte que también aumentarás tus poderes telepáticos, porque cuando viajes de aquí a otros países alejados necesitarás mantenerte en contacto con nosotros en todo momento, y la forma más rápida y exacta es la telepatía.

Me sentí muy triste por todo esto, me pareció tener que estar aprendiendo siempre algo nuevo, y cuanto más aprendía menos tiempo me quedaba para mí mismo: ¡me parecía que me agregaban más y más trabajos, pero que no me quitaban ninguno!

—¡Pero Honorable Lama! —dije—. ¿Cómo actúa la telepa-

tía? No parece suceder nada entre nosotros, y sin embargo tú sabes todo, ¡creo que especialmente cuando deseo que no lo sepas!

Mi Guía me miró y rio:

—Es una cosa muy simple. En la telepatía, uno tiene sólo que controlar las ondas cerebrales. Míralo de esta manera: tú piensas, tu cerebro genera corrientes eléctricas que fluctúan de acuerdo con las variaciones de tu pensamiento. Normalmente, tus pensamientos activan un músculo, de manera que un miembro pueda levantarse o bajarse, o bien puedes pensar en cierto sujeto alejado: de cualquier manera que lo hagas, tu energía mental se transmite, esto es, la fuerza-energía de tu cerebro es emitida en forma indiscriminada en todas y cada una de las direcciones. Si existiese algún método por el que tú pudieras enfocar tus pensamientos, entonces serían de una intensidad mucho más grande en la dirección hacia la cual se enfocaron.

Lo miré y recordé un pequeño experimento que él me había mostrado hacía algún tiempo; estábamos en la misma posición que ahora, es decir en lo alto del Pico (como nosotros los tibetanos llamamos al Potala). El Lama, mi Guía, en la oscuridad de la noche prendió una pequeña vela y la luz brilló un poco a nuestro alrededor. Pero luego puso un vidrio de aumento frente a la vela, y ajustando la distancia del vidrio de aumento en relación con la llama, pudo proyectar sobre la pared una imagen mucho más brillante de la llama de la vela. Para extender la lección, puso una superficie brillante detrás de la vela, y ésta, a su vez, concentró más la luz y, por lo tanto, la imagen en la pared era aún mayor. Le hice mención de esto, y él dijo:

—¡Sí! Es correcto: por distintos trucos es posible enfocar el pensamiento y enviarlo a una cierta dirección predeterminada. En realidad, toda persona tiene lo que podríamos llamar una longitud de onda, esto es, el total de energía sobre la onda básica emitida desde el cerebro de cualquier per-

sona, sigue un orden preciso de oscilación, y si pudiéramos determinar el promedio de oscilación de la onda cerebral básica de otra persona y sintonizarla hacia esa oscilación básica, no tendríamos ninguna dificultad en enviar nuestro mensaje por la llamada telepatía, sin tener en cuenta la distancia. —Me miró seriamente y agregó—: Debes comprender, Lobsang, que la distancia no significa nada para la telepatía, ésta puede abarcar océanos, ¡aun mundos!

Confieso que estaba ansioso por hacer algo más en el dominio de la telepatía; me imaginaba hablando a otros muchachos que estaban en otras lamaserías, como Sera, o aun en distritos más alejados. Sin embargo, me parecía que tendría que dedicar todos mis esfuerzos a cosas que me ayudarían en un futuro, un futuro que, de acuerdo con todas las profecías, sería por cierto muy triste.

Mi Guía interrumpió otra vez mis pensamientos:

—Más tarde ahondaremos el estudio de la telepatía. También nos extenderemos sobre la clarividencia, pues tú tendrás los poderes anormales de la clarividencia, y te facilitará las cosas el estar al tanto de su mecanismo. Todo se relaciona con las ondas cerebrales y la interrupción del Registro Ascárico, pero ya la noche está sobre nosotros —debemos finalizar nuestra charla, por el momento, y disponernos para dormir a fin de poder prepararnos durante las horas nocturnas para el primer servicio.

Se puso de pie y yo también. Me incliné ante él, en señal de respeto, y deseé poder demostrar más exactamente el profundo respeto que yo sentía por este gran hombre que tanto me protegió.

Con rapidez, una sonrisa cruzó sus labios. Se adelantó y sentí el cálido abrazo de su mano sobre mi hombro. Un palmoteo suave, y dijo:

—Buenas noches, Lobsang, no debemos demorarnos más, o tendremos la cabeza como un tronco otra vez, y no podre-

mos despertarnos cuando sea hora para asistir a nuestras devociones.

En mi habitación, estuve de pie durante algunos momentos al lado de la ventana, por donde entraba el frío aire de la noche; miré las luces de Lhasa, y reflexioné sobre todo lo que me había dicho, y sobre todo lo que aún debería aprender. Era obvio para mí que, cuanto más aprendía, más tenía que aprender, y me preguntaba dónde acabaría todo eso. Con un suspiro, quizá de desesperación, me envolví más en mi manto y me eché a dormir sobre el frío pavimento.

Capítulo VII

De las montañas bajaba un aire frío, frío. Pequeñas piedras sucias salpicaban el aire y la mayor parte de ellas parecía apuntar directamente a nuestros cuerpos que tiritaban. Animales viejos e inteligentes estaban de pie con la cabeza inclinada ante el viento, de manera que éste no tocaba sus pieles y no les hacía perder así el calor de su cuerpo. Doblamos la esquina del Kundu Ling y nos dirigimos hacia el Mani Lhakhang. Una repentina ráfaga de viento, aún más fuerte que las otras, se introdujo bajo el manto de Yulgye, uno de mis compañeros, y éste, con un alarido de terror, se elevó por el aire como un barrilete. Nosotros nos quedamos mirando hacia arriba, boquiabiertos, despavoridos. Parecía que volaba hacia la ciudad, con los brazos abiertos, con las ropas que se hinchaban y le hacían parecer de tamaño gigante. Luego se hizo el silencio, ¡y cayó como una piedra al Kaling Chu! Corrimos enloquecidos al lugar de la escena, temiendo que se hubiese ahogado. Cuando llegábamos a la orilla, Yulgye parecía estar de pie con el agua hasta las rodillas. El ventarrón rugió con fuerza renovada, giró alrededor de él y lo arrastró otra vez hasta nuestros brazos. Maravilla de maravillas: apenas estaba mojado, excepto de las rodillas para abajo. Nos apresuramos a asir nuestros mantos, no fuera que nosotros también volásemos por el aire.

Marchamos a lo largo del Mani Lhakhang. ¡Y fue una marcha fácil! El ventarrón ululaba a nuestro alrededor. ¡Nuestro único esfuerzo era mantener una posición vertical! En la aldea de Shö, un grupo de damas de alto rango bus-

caba amparo; siempre me gustó adivinar la identidad de las personas detrás de la máscara facial. Cuando más "joven" se pintaba la cara, MAYOR era la mujer que la usaba. El Tibet es un país cruel y desagradable, con vientos que rugen, con torrentes de piedras que soplan y tierra de las montañas. Los hombres y las mujeres a menudo usan máscaras hechas de cuero, como protección contra las tormentas. Estas máscaras, con ranuras para los ojos y otra ranura por la cual se respira, ¡invariablemente estaban pintadas con una representación de los rasgos de la persona que las utilizaba!

—¡Vayamos por la calle de los negocios! —vociferó Timon, luchando por hacerse oir a través del ventarrón.

—Perdemos el tiempo —gritó Yulgye—, bajan las persianas cuando hay un ventarrón como éste. De otra manera se volaría toda la mercadería. Nos apuramos, casi doblando nuestro paso común. Al cruzar el puente Turquesa tuvimos que agarrarnos unos a otros, tan grande era la fuerza del viento. Al mirar hacia atrás vimos que el Potala y la Montaña de Hierro estaban cubiertos por una nube tétrica, de color oscuro. Una nube compuesta de partículas de polvo y pequeñas piedras arrancadas de los eternos Himalayas. Nos apresuramos, pues sabíamos que la nube negra nos cubriría si nos rezagábamos, y pasamos por la Casa de Doring que se halla justo en el límite del Círculo Interno, alrededor del inmenso Jo Kang. Con un rugido, la tormenta cayó sobre nosotros, golpeando nuestras indefensas cabezas y rostros. Timon, instintivamente, levantó sus manos para proteger sus ojos. El viento levantó su manto por encima de su cabeza, y lo dejó tan desnudo como una banana pelada, justo delante de la Catedral de Lhasa.

Piedras y guijarros llegaron rodando hasta nosotros, lastimaron nuestras piernas y a menudo nos hicieron salir sangre. El cielo se volvió más negro, tan negro como la noche. Hustling Timon, delante de nosotros, luchaba con su manto que se ondulaba y se elevaba por encima de su cabeza, y

entramos haciendo eses al santuario del Lugar Sagrado. Dentro HABÍA paz, una paz profunda, sedante. Aquí, durante unos mil trescientos años, vinieron los devotos a adorar. Aún la textura del edificio exudaba santidad. El piso de piedra estaba rayado y acanalado por el paso de los peregrinos, generación tras generación. El aire parecía vivo, se había quemado allí tanto incienso durante tantos años, que parecía haberse dado al lugar una vida consciente y propia.

Pilares ennegrecidos por el tiempo descollaban en la oscuridad perpetua. El brillo opaco del oro, que reflejaba la luz de las lámparas de aceite y las velas, parecía contribuir poco al brillo de las tinieblas. Las pequeñas llamas titilantes trasformaban las sombras de las Sagradas Figuras en una danza grotesca en las paredes del Templo. El Dios corveteaba con la Diosa en un juego de luces y sombras sin fin, a medida que la interminable procesión de devotos peregrinos pasaba al lado de las lámparas.

Puntitas de luz de todos colores surgían de las grandes montañas de joyas. Diamantes, topacios, berilos, rubíes y jades, formaban un modelo siempre distinto, un calidoscopio de color. Grandes redes de hierro, con agujeros demasiado pequeños para permitir el paso de una mano, guardaban las gemas y oro de aquéllos cuya avaricia sobrepasaba su rectitud. Aquí y allá, en la brillante oscuridad detrás de la cortina de hierro, lucían pares de ojos rojizos, señal de que los gatos del templo estaban siempre alertas. Incorruptibles, sin temor al Hombre o a las bestias, se arrellanaban en silencio sobre sus patas de terciopelo. Pero aquellos pies suaves escondían uñas de filo de navaja en caso de enfurecerse. De una inteligencia asombrosa, sólo tenían que mirarlo a uno para conocer sus intenciones. Esperaban un movimiento sospechoso hacia las joyas y se trasformaban en diablos encarnados; trabajaban en parejas; uno volaría hacia el cuello del supuesto ladrón mientras que el otro se colgaría de su brazo derecho. Sólo la muerte lo podría liberar de sus garras,

a menos que los monjes sirvientes acudieran en seguida... Para mí, o para otros que como yo los quisiera, los gatos se enrollarían, ronronearían, y nos permitirían jugar con las joyas sin precio. Jugar, pero no sacarlas. Enteramente negros, con vívidos ojos azules que despedían un fulgor rojo sangre por el reflejo de la luz, se conocían en otros países como gatos "siameses". Aquí, en el frío Tibet, eran TODOS negros. En los trópicos, me dijeron, eran todos blancos.

Anduvimos dando vueltas, reverenciando las imágenes de oro. Afuera, la tormenta rugía y se encolerizaba, haciendo volar todos los objetos que no estaban sujetos y haciendo difícil el paso de los desprevenidos viajeros obligados a caminar por negocios urgentes a través de caminos barridos por el viento. Sin embargo, aquí en el Templo, todo estaba tranquilo, excepto el "shus-shus" de los pies de muchos peregrinos que hacían sus circuitos y el incesante "clac-chac" de los Molinillos de Oraciones, que giraban continuamente. Pero nosotros no los oíamos. Día tras día, noche tras noche, los Molinillos seguían y seguían con su "chalc-chac, clac-chach" hasta que se trasformaban en parte de nuestra existencia; no los oíamos más que a los latidos de nuestro corazón o nuestra respiración.

Pero HABíA otro sonido; un desagradable, áspero PURR-PURR, y el sonido metálico de la cortina cuando un viejo gato se golpeaba contra ella para recordarme que él y yo éramos viejos amigos. Perezosamente, pasé mis dedos por las hendiduras y rasqué su cabeza. Con suavidad, él "mordió" a guisa de saludo mis dedos, y luego con su tosca lengua casi me arrancó la piel en el fervor de su lamedura. Un movimiento sospechoso surgió en el Templo, y rápido como un rayo salió a proteger "su" propiedad.

—¡Hubiera querido ver los negocios! —suspiró Timon.

—¡Estúpuido! —susurró Yulgye— SABES que están cerrados durante las tormentas.

—¡QUÉDENSE QUIETOS, NIÑOS! —dijo un furioso cen-

sor, mientras salía de las sombras y daba un puñetazo que alcanzó al pobre Timon y le hizo caer al suelo al perder el equilibrio. Un monje que estaba cerca miraba la escena con desagrado, y daba vueltas con furia a su molinillo de oraciones. El gran censor, casi de siete pies de alto, se elevaba ante nosotros como una montaña humana y susurró:

—Si llegan a hacer otro ruido... los destrozo con mis manos y arrojo los pedazos a los perros. Ahora, ¡quédense QUIETOS! Con una última mirada furiosa en dirección a nosotros, nos dio las espaldas y se desvaneció en las sombras. Con cuidado, incluso con miedo por el crujido de su manto, Timon se levantó. Nos sacamos nuestras sandalias y nos dirigimos a la puerta en puntas de pie. Afuera, la tormenta aún bramaba; de los picos de las montañas bajaban corrientes de nieve deslumbrante. De los lugares más bajos, del Potala y el Chakpori, volaban NEGRAS corrientes de polvo y piedra. A lo largo de los Caminos Sagrados, grandes columnas de polvo se dirigían hacia la Ciudad. El viento ululaba y rugía como si los mismos diablos se hubiesen vuelto locos y tocaran una música cacofónica sin sentido alguno.

Agarrándonos unos a otros, nos arrastramos alrededor del Jo Kang, buscando el abrigo de un retrete en la parte posterior del Consejo. El torrente de aire turbulento amenazaba con elevarnos y arrojarnos por sobre la pared al convento de monjas de Tsang Kung. Temblábamos de sólo pensarlo, y nos apretamos en nuestro refugio. Nos recostamos, respirando con dificultad debido a los grandes esfuerzos que tuvimos que hacer.

—... —dijo Timon —¡quisiera encantar a ese ... censor! Tu Honorable Guía podría hacerlo, Lobsang. Quizá podrías convencerlo de que trasforme a ese ... en un chancho —agregó esperanzado. Yo sacudí mi cabeza.

—Estoy seguro de que no —le contesté—, pues el lama Mingyar Dondup nunca hace daño ni a un hombre ni a un

animal. Aunque SERÍA lindo trasformar al censor en otra cosa. ERA un matón.

La tormenta estaba calmándose. La furia del viento era menos aguda alrededor de los aleros. Los guijarros arrancados por el viento caían sobre los caminos y golpeaban los techos. Ni tampoco el polvo penetraba tanto en nuestros mantos. El Tibet es un país alto y expuesto. Los vientos se amontonan detrás de las montañas y se arrastran furiosos a través de los desfiladeros arrojando a los viajeros en sus barrancas y causándoles la muerte. Ráfagas de viento soplaban en los corredores de la lamasería, los dejaban limpios, libres de paja y luego emergían en forma de corriente a través del valle en dirección a los lugares abiertos.

Se silenciaron el fragor y el tumulto. Las últimas nubes de tormenta se elevaron por el cielo dejando limpia y rojiza la amplia bóveda del cielo. El fuerte resplandor del sol nos golpeó, confundiéndonos con su brillo, luego de la oscuridad y lobreguez de la tormenta. Las puertas se abrieron con chirridos y en forma cautelosa; aparecieron cabezas y se verificó el daño del día. A la pobre señora Raks, cerca de cuya casa estábamos, se le volaron las ventanas delanteras y las posteriores. En el Tibet, las ventanas son de papel duro encerado, pero encerado de tal manera que esforzando la vista se puede ver hacia afuera. El vidrio, por cierto, es muy raro en Lhasa; en cambio, el papel hecho de los abundantes juncos y sauces es barato. Nos dirigíamos hacia nuestro hogar —Chakpori— y nos deteníamos en cualquier lugar que nos llamara la atención.

—¡Lobsang! —dijo Timon—, dime: ¡LOS NEGOCIOS ESTARÁN ABIERTOS AHORA! ¡Vamos, no nos llevará mucho tiempo! —Diciendo así, giró hacia la derecha y apuró el paso.

Yulgye y yo lo seguimos sin la menor muestra de disgusto. Al llegar a la calle de los negocios, miramos ansiosos a nuestro alrededor. ¡Qué maravillas había! El penetrante olor del té, muchos tipos de incienso de India y China. Joyas y otros

objetos de la lejana Alemania, tan extraña para nosotros que llegaba a no tener significado. Más adelante, llegamos a un negocio donde vendían dulces, cosas pegajosas sobre palillos, tortas recubiertas con azúcar blanca o capas coloreadas de huevo batido con azúcar. Mirábamos y suspirábamos; como pobres discípulos que éramos, no teníamos dinero y por lo tanto no podíamos comprar nada, pero mirar era gratuito.

Yulgye me codeó y dijo en voz baja:

—Lobsang, ese muchacho grandote, ¿no es ese Tzu que solía vigilarte? —Me di vuelta y miré en la dirección que me señalaba. ¡Sí!, era Tzu, Tzu que me había enseñado tanto y que había sido tan duro conmigo. Instintivamente me adelanté y le sonreí.

—¡Tzu! —le dije—. ¡Soy yo!

Él frunció el ceño y gruñó:

—Váyanse niños, no molesten a un ciudadano ocupado en asuntos del Señor. Ustedes no pueden pedirme a MÍ. Se volvió en forma brusca y se fue.

Sentí que mis ojos se enrojecían y temí ponerme a llorar frente a mis amigos. No, no podía darme el lujo de las lágrimas, pero TZU me había ignorado, haciendo ver que no me conocía. Tzu, que me había enseñado desde el día en que nací. Pensé cómo me había enseñado a cabalgar el pony Nakkim, cómo me había enseñado a luchar a brazo partido. Ahora me había repudiado, despreciado. Bajé mi cabeza y, desconsolado, rayé la tierra con mi pie. A mi lado, mis dos compañeros permanecían silenciosos, retraídos, sentían lo que yo sentía, sentían que también ellos habían sido menospreciados. Un movimiento repentino llamó mi atención: un señor hindú, algo mayor, que llevaba turbante, caminaba con lentitud hacia mí.

—¡Joven! —dijo, con su raro acento tibetano—, vi todo, pero no piensen mal de ese hombre. Algunos de nosotros han olvidado su niñez. Yo no. Vengan conmigo. Nos llevó al negocio que habíamos mirado hacía un momento.

—Permita que estos jóvenes tomen lo que deseen —dijo al vendedor. Con timidez, cada uno de nosotros tomó uno de aquellos magníficos dulces y nos inclinamos agradecidos ante el hindú—. ¡No! ¡No! —exclamó— uno no es suficiente, tomen otro. Así lo hicimos, y él pagó al sonriente vendedor.

—¡Señor! —le dije, con el rostro encendido— que las bendiciones de Buda caigan sobre usted y lo protejan; que sus joyas sean muchas.

Él nos sonrió con benevolencia, hizo una leve inclinación, y se fue a continuar con sus asuntos.

Con lentitud, nos dirigimos a nuestro hogar; comimos sin apuro nuestros dulces para hacerlos durar el máximo posible. Casi nos habíamos olvidado cómo sabían semejantes cosas. Tenían mejor gusto que otras cualesquiera por la bondad con que fueron dadas. Mientras caminábamos, pensé que primero mi padre me había ignorado sobre las escaleras del Potala, y ahora Tzu me había ignorado. Yulgye rompió el silencio.

—Es un mundo cómico éste, Lobsang; ahora somos niños, somos ignorados y menospreciados. Cuando seamos lamas, los cabezas negras vendrán corriendo a pedir nuestros favores. —En el Tibet, a los legos los llaman cabezas negras porque tienen pelo sobre sus cabezas, en tanto que los monjes, por supuesto, tienen las cabezas afeitadas.

Esa tarde estuve muy atento en el servicio; decidí trabajar intensamente para poder convertirme pronto en lama; luego iría hacia esos "cabezas negras" y los despreciaría cuando pidieran mis servicios. Estaba tan absorto que atraje la atención de un censor. Me miraba con gran recelo, ¡pensaba que semejante devoción de parte mía era completamente imposible! Tan pronto como terminó el servicio, salí corriendo hacia mis habitaciones ya que sabía que tendría un día muy ocupado con el lama Mingyar Dondup, especialmente por la mañana. Durante algún tiempo no pude dormir. Me retor-

cía y daba vueltas, pensaba en el pasado y en las dificultades por las que atravesé.

Me levanté por la mañana, tomé mi desayuno y ya estaba listo para ir hacia las habitaciones de los lamas, cuando, al abandonar la habitación, un monje tosco con un manto andrajoso me asió:

—¡Eh, tú! —dijo— TÚ trabajarás esta mañana en la cocina; limpiarás también las piedras para moler.

—¡Pero Señor! —le contesté—, mi Guía el lama Mingyar Dondup quiere verme. —Intenté seguir mi camino.

—No, tú vienes conmigo. No importa QUIÉN te quiere, yo digo que tú vas a trabajar en la cocina. —Me agarró del brazo y me lo retorció de manera que yo no podía escapar. De mala gana fui con él: no había otra posibilidad.

En el Tibet, todos tomamos parte en las tareas manuales, SERVILES.

—¡Enseñan humildad! —dijo uno.

—¡Evita que un niño se sobreestime! —dijo otro.

—¡Da por tierra con las distinciones de clase! —dijo un tercero.

Los niños y los monjes, trabajan en cualquier tarea asignada, sólo por disciplina. Por supuesto, había un grado de monjes menores para las tareas domésticas, pero niños y monjes de TODOS los grados tenían que tomar parte, como enseñanza, en las tareas más bajas y desagradables. Todos odiábamos cómo los "regulares" —todos hombres inferiores— nos trataban, nos hacían sentir esclavos, pues sabían que no teníamos ninguna posibilidad de quejarnos. ¿Quejarnos? ¡SIGNIFICABA que eso era difícil!

Bajé por el corredor de piedra. Bajé las escaleras construidas con dos palos parados y barras fijadas sobre ellos. Entré a las grandes cocinas donde una vez me había quemado tanto una pierna.

—¡Allí! —dijo el monje que me seguía teniendo asido—. Ponte a sacar las pajas de las piedras. Tomé una afilada

espiga de metal, me subí a una de las grandes ruedas para moler cebada y me puse a trabajar con dedicación en sacar los restos que había en las ranuras. Esta piedra estaba descuidada y ahora, en lugar de moler, lo único que hacía era echar a perder la cebada. Mi tarea era "mondar" la superficie de manera que estuviese otra vez afilada y limpia. El monje estaba de pie a mi lado, escarbándose perezosamente los dientes.

—¡Eh! —gritó una voz desde la entrada—. ¡Tuesday Lobsang Rampa! ¿Está aquí Tuesday Lobsang Rampa? El Honorable lama Mingyar Dondup quiere verlo inmediatamente.

—¡Aquí estoy! —contesté. Instintivamente me detuve y salté de la piedra. El monje me pegó en la cabeza un puñetazo que me tiró al suelo.

—Digo que te quedarás aquí y harás tu trabajo —gruñó—. Si alguien te desea, deja que venga a buscarte personalmente. —Me agarró por el cuello, me levantó y me arrojó sobre la piedra. Mi cabeza golpeó en una esquina, y todas las estrellas del cielo se reflejaron en mi conciencia antes de que me desmayara y abandonara el mundo en blanco y negro.

¡Qué extraño!: tuve la sensación de que me levantaban, me levantaban en forma horizontal, y luego me ponían de pie. En algún lugar, un gong grande, de sonido profundo, parecía contar los segundos de mi vida, sonaba "bong-bong-bong" y con el último golpe me pareció que me tocaba una luz azul. Al instante, el mundo se volvió más brillante; brillaba con una clase de luz amarillenta, una luz con la que podía ver más claro que con la normal.

—¡Ooh! —me dije—, ¡así que estoy fuera de mi cuerpo! ¡Me parece extraño!

Yo tenía una experiencia considerable en viajes astrales: había viajado mucho más allá de los confines de nuestra tierra, y también a muchas de las grandes ciudades del globo. Ahora, sin embargo, tenía la primera experiencia de "saltar fuera de mi cuerpo". Estaba de pie al lado de la gran piedra

del molino mirando con gran disgusto la figurita desnucada con su manto andrajoso que yacía sobre la piedra. Miré y sólo me movía el interés de observar cómo mi cuerpo astral se unía a esa figura golpeada con un cordón blanco azulado que ondulaba y palpitaba, brillaba y se apagaba y luego brillaba y se apagaba otra vez. Luego miré más de cerca mi cuerpo que yacía sobre la piedra, y me quedé atónito al ver la profunda incisión sobre mi sien izquierda, de donde salía sangre color rojo oscuro, sangre que se escurría entre las hendiduras de las piedras y se mezclaba con las pajas que todavía no había quitado.

Una confusión repentina atrajo mi atención; al volverme, vi a mi Guía, el lama Mingyar Dondup, que entraba a la cocina. Su cara estaba blanca de furia. Se adelantó y de un salto estuvo frente al monje principal de la cocina, el monje que me trató tan mal. No dijo una palabra, ninguna, se hizo un silencio mortal. Los ojos penetrantes de mi Guía parecieron golpear con su luz al monje, quien, con un suspiro se desplomó como una pelota desinflada, como una masa inerte. Sin volver a mirarlo, mi Guía se volvió, se volvió hacia mi figura terrenal, encogida, que lanzaba estertores sobre el círculo de piedra.

Yo miré a mi alrededor: me fascinaba pensar que podía salir de mi cuerpo para distancias cortas. Hacer "viajes lejanos" en lo astral no era difícil, siempre pude hacerlo, pero esta sensación de librarme de mí mismo y mirar mi molde terrenal era nueva, era una experiencia intrigante.

Sustrayéndome a lo que pasaba por el momento a mi alrededor, me dejé elevar, elevarme a través del cielo raso de la cocina. —¡Oh! —dije involuntariamente cuando pasé a través del cielo raso de piedra a la habitación superior. Aquí estaban sentados un grupo de lamas que tenían delante de ellos una especie de modelo del mundo: era una pelota redonda en la que estaban indicados continentes y tierras, océanos y mares. La pelota estaba fija en un punto, formando el ángulo que co-

rrespondía a la inclinación de la Tierra en el espacio. No me detuve allí (eso se parecía mucho a una lección), sino que seguí viaje hacia arriba. A través de otro cielo raso, y otro, y otro, ¡hasta que llegué a la habitación de las tumbas! A mi alrededor estaban las grandes paredes doradas que sostenían las tumbas de las encarnaciones de los Dalai Lamas desde los siglos pasados. Durante algunos momentos me quedé allí en reverente contemplación, y luego me dejé ir hacia arriba, de manera que por último vi debajo de mí el glorioso Potala con todo su resplandeciente oro, con todo su escarlata y carmesí y con las maravillosas paredes blancas que parecían fundirse en la roca viviente de la misma montaña.

Al mover apenas la cabeza hacia la derecha pude ver la aldea de Shö y, más allá de ella, la ciudad de Lhasa con las montañas azules como fondo. A medida que me elevaba podía ver los espacios sin límites de nuestra bella y agradable tierra, ¡una tierra que podía ser difícil y cruel por las extravagancias de su clima inaudito, pero que para mí era mi HOGAR!

Unos fuertes tirones me llamaron la atención, y me encontré con que me atraían con un hilo, como tan a menudo yo recogía un barrilete que se remontaba por el cielo. Bajé y bajé, bajé al Potala, a través de pisos que se trasformaron en cielo rasos, hasta que por último llegué a mi destino y estuve otra vez en la cocina, al lado de mi cuerpo.

El lama Mingyar Dondup lavaba con suavidad mi sien izquierda, sacando pedazos de ella. —¡Cielos! —me dije con gran asombro—, ¿es tan dura mi cabeza que hizo estallar o desmenuzar la piedra? Luego vi que tenía una pequeña fractura; también vi que una cantidad de cosas que sacaban de mi cabeza eran paja, basuras, pedacitos de piedra y residuos de cebada molida. Miré con interés, y confieso, algo divertido, ya que, al hallarme al lado de mi cuerpo en mi cuerpo astral, no sentía dolor, ni molestia, sino tan sólo paz.

Por último, el lama Mingyar Dondup finalizó su trabajo:

puso un parche, una compresa de hierbas, sobre mi cabeza y la ató con vendas de seda. Luego, hizo señas a dos monjes que estaban a su lado sosteniendo una camilla para que me levantaran con cuidado.

Los hombres, monjes de mi propia Orden, me levantaron con suavidad y me colocaron en aquella litera, y el lama Mingyar Dondup caminó al lado. Me llevaron afuera.

Yo miré a mi alrededor con gran sorpresa: la luz se estaba apagando. ¿Había pasado ya tanto tiempo, que el día se acababa? Antes de obtener una respuesta a esto, me encontré con que yo también me apagaba: el amarillo y el azul de la luz espiritual disminuían en intensidad, y sentí una necesidad, una exigencia absoluta de dormir, de dormir y de no preocuparme por nada.

No supe nada más por un tiempo, y luego, tuve ráfagas de dolor en mi cabeza, dolores que me hicieron ver rojo, azul, verde y amarillo, dolores que me hicieron pensar que me volvería loco en una intensa agonía. Una mano fría se posó sobre mí y una voz dulce dijo:

—Está bien, Lobsang. Está bien, descansa, descansa, duerme. El mundo pareció trasformarse en una oscura y mullida almohada; la almohada era tan mullida como un plumón de cisne en el que yo me hundía gustoso, tranquilo, y parecía envolverme de manera que ya no sabía nada, y otra vez mi alma se remontó por el espacio, mientras que sobre la tierra descansaba mi cuerpo maltrecho.

Cuando volví a estar consciente otra vez, debían haber pasado muchas horas. Desperté y encontré a mi Guía sentado a mi lado; tenía mis manos entre las suyas. Mientras mis párpados se abrían y me inundaba la luz del atardecer, sonreí débilmente, y él me devolvió la sonrisa, soltó mis manos y tomó de una pequeña mesa que había a su lado una taza con un brebaje algo dulce. Acercándolo con suavidad a mis labios me dijo:

—Bebe esto, te hará bien. —Lo bebí y la vida surgió otra

vez en mí, tanto, que traté de sentarme. El esfuerzo fue excesivo; me sentí como si me hubiesen dado otra vez con un garrote en la cabeza: vi luces vívidas, constelaciones de luces, y pronto desistí de mis esfuerzos.

Las sombras del atardecer se alargaron. Desde abajo llegó el ruido de los crótalos y supe que los servicios estaban por comenzar. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup dijo:

—Tengo que irme por una media hora, Lobsang, porque el Profundo desea verme, pero tus amigos Timon y Yulgye están aquí para cuidarte en mi ausencia y llamarme si lo exige la situación. —Estrechó mis manos, se puso de pie y dejó la habitación.

Aparecieron dos caras familiares, medio asustadas y muy excitadas. Se inclinaron a mi lado y Timon exclamó:

—¡Oh, Lobsang! ¡Todo esto lo hizo el jefe de la cocina!

—Sí —dijo el otro—, y lo echan de la lamasería por brutalidad extrema, innecesaria. ¡Ahora lo están escoltando! —Tartamudeaban de excitación, y luego Timon dijo otra vez:

—Pensé que estabas muerto, Lobsang, sangrabas como un yac disecado. En realidad, al mirarlos tuve que sonreir: demostraban lo excitados que se sentían por cualquier cosa que rompiera la monotonía de la vida en la lamasería. No los culpé por su excitación, sabía que yo también estaría excitado si la víctima hubiera sido otro en lugar de mí. Les sonreí y luego me sobrevino un cansancio opresivo. Cerré mis ojos, pensé en hacerlos descansar por un momento, y otra vez no supe nada más.

Durante algunos días, quizá siete u ocho en total, me quedé en cama, y mi Guía, el lama Mingyar Dondup, se comportaba como mi enfermero; si no fuese por él, no habría sobrevivido, pues la vida en una lamasería no es por cierto amable o agradable: es la supervivencia del más apto. El Lama era un hombre amable, encantador, pero aunque hubiese sido de otra manera, existían otras grandes razones para mantenerme con vida. Yo, como dije antes, tenía una tarea es-

pecial que cumplir durante mi vida, y suponía que las dificultades por las que atravesaba mientras era niño eran para enseñarme, para inmunizarme contra la adversidad y el dolor, pues todas las profecías que había oído (¡y había oído unas cuantas!) indicaban que mi vida sería una vida penosa, llena de sufrimientos.

Pero no de sufrimientos sin tregua: a medida que mi condición mejoraba, había más oportunidades para hablar con mi Guía. Hablamos de muchas cosas, tocamos temas comunes y temas de lo más raros. Por último, tratamos varios temas ocultos; recuerdo que en una ocasión dije:

—Debe ser una cosa maravillosa, Honorable Lama, ser un bibliotecario y tener así todo el conocimiento del mundo. Si no fuese por todas esas terribles profecías sobre mi futuro, sería bibliotecario.

Mi Guía me sonrió:

—Los chinos tienen un lema: "Una ilustración vale más que cientos de palabras", pero, Lobsang, te digo que ningún cúmulo de lecturas ni de ilustraciones remplazará la experiencia práctica y el conocimiento.

Lo miré para ver si hablaba en serio, y luego pensé en el monje japonés, Kenji Tekeuchi, que durante casi setenta años estudió la palabra impresa y no tuvo éxito en practicarla o en asimilar cualquier cosa que leyó.

Mi Guía leyó mis pensamientos:

—¡Sí! —dijo—, el anciano no es inteligente. Tuvo una indigestión mental por leer todo y cualquier cosa y no asimiló ninguna de ellas. Él supone que es un gran hombre, un hombre de espiritualidad sorprendente. En cambio, es un pobre equivocado que no decepciona a nadie tanto como a sí mismo. —El Lama suspiró con tristeza y agregó—: Es un fracasado espiritual, conoce todo pero no sabe nada. La lectura insensata, indiscriminada, enfermiza que nos llega, es peligrosa Este hombre estudió todas las religiones y, al no

entender ninguna de ellas, se elevó por sí solo a la categoría de hombre espiritual más grande que todas ellas.

—Honorable Lama —dije—, si es tan dañino tener libros, ¿por qué existen los libros?

Mi Guía permaneció silencioso y me miró durante un momento. ("¡Ah! —pensé— no sabe ESTA respuesta.") Luego sonrió otra vez y dijo:

—Pero, mi querido Lobsang, ¡la respuesta es tan obvia! Lee, lee y lee otra vez, pero nunca dejes que ningún libro se sobreponga a tu razonamiento ni a tu discernimiento. Un libro se supone que enseña, que instruye, o aun que entretiene. Un libro NO es un maestro a quien se debe seguir a ciegas o sin razón. Ninguna persona inteligente se esclavizará por un libro o por las palabras de otro. —Me senté y sacudí mi cabeza. Sí, tenía sentido. Pero entonces, ¿POR QUÉ PREOCUPARSE CON LOS LIBROS?—. ¿Libros, Lobsang? —continuó mi Guía, en respuesta a mi pregunta—. ¡Por supuesto, tiene que haber libros! Las bibliotecas del mundo contienen la mayor parte del conocimiento, pero nadie sino un idiota dirá que la especie humana es esclava de los libros. Los libros existen simplemente para ser una guía para la raza humana, para estar allí como referencia, para que se utilicen. Es un hecho que los libros mal utilizados pueden ser una maldición, pues llevan a hacer creer a un hombre que es más grande de lo que es, y así lo conducen hacia caminos equivocados, caminos que él no tiene ni el conocimiento ni el ingenio para seguir hasta el final.

—Bueno, Honorable Lama —le pregunté otra vez—, ¿cuál es la utilidad de los libros?

Mi Guía me miró con seriedad y dijo:

—Tú no puedes ir a todos los lugares del mundo y estudiar bajo los maestros más grandes, pero la palabra escrita, el libro, puede ofrecerte sus enseñanzas. Tú no tienes que creer todo lo que lees, y los grandes escritores te dirán alguna vez que deberías emplear tu propio juicio y utilizar las

palabras que les dicta su sabiduría como indicador de lo que serán las palabras de tu propia sabiduría. Te aseguro que una persona que no está preparada para estudiar determinado tema, puede hacerse un daño inmenso al tomar un libro y tratar de elevarse sobre su "estado kármico"[1], estudiando las palabras y las obras de otros. Puede ser también que el lector sea un hombre de lento desarrollo, y en este caso, al estudiar las cosas que en la actualidad no son para él, puede encasillar, en lugar de elevar, su desarrollo espiritual. Conocí muchos de estos casos, y nuestro amigo japonés es uno de ellos.

Mi Guía pidió té, ¡un auxiliar muy grande en todas nuestras conversaciones! Cuando el monje sirviente trajo té, reanudamos nuestra discusión, y mi Guía dijo:

—Lobsang, vas a tener una vida muy rara, y hacia ese fin se encamina todo tu desarrollo; tratamos de aumentar tus poderes telepáticos por todos los métodos a nuestra disposición. Te voy a decir ahora que sólo en unos pocos meses vas a estudiar, por telepatía, ayudado por la clarividencia, algunos de los libros más grandes del mundo, algunas de las obras maestras literarias del mundo, y las vas a estudiar sin tener en cuenta la falta de conocimiento del idioma en que están escritas.

Me temo que lo miré realmente embobado: ¿cómo iba a estudiar un libro escrito en un idioma que no conocía? Eso era algo que me confundía, pero pronto recibí respuesta:

—Cuando tus poderes telepáticos y de clarividencia estén un poco más aguzados, como lo estarán, podrás recoger todos los pensamientos de un libro, de una persona que acaba de leerlo o que lo está leyendo. Éste es uno de los empleos menos conocidos de la telepatía, que, por supuesto, en muchos casos debe ayudarse con la clarividencia. En otras partes del mundo, la gente no puede ir siempre a una biblioteca públi-

[1] "Karmic station", algo así como "su *pathos*". (*N. del T.*)

ca o a uno de los principales centros bibliotecarios del país; uno puede atravesar la puerta, pero a menos que pueda demostrar que es un verdadero estudiante en busca de conocimiento, no será admitido. Semejante barrera no se te opondrá: podrás viajar en lo astral y estudiar, y esto te ayudará todos los días de tu vida, y hasta el momento en que dejes esta vida.

Me habló de los usos del ocultismo. El uso equivocado de los poderes o del dominio de otra persona por medios ocultos tenía un castigo realmente terrible. Los poderes esotéricos, metafísicos, y las percepciones extrasensoriales sólo se podían utilizar para el bien, sólo para servir a otros, sólo para aumentar la suma total de conocimiento contenida en el mundo.

—Pero, Honorable Lama —dije con vivacidad—, ¿qué me puede decir de las personas que salen de su cuerpo por excitación o interés, qué me puede decir de las personas que saltan fuera de sus cuerpos y luego casi mueren de miedo?, ¿no se puede hacer nada para advertirles? Mi Guía sonrió con alguna tristeza al oir esto y dijo:

—Es verdad, Lobsang, que muchas personas leen libros y hacen experimentos sin tener a mano un maestro adecuado. Muchas personas salen de sí mismas, ya sea por efecto de la bebida, por sobreexcitación, o por demasiada indulgencia acerca de algo que no es bueno para el espíritu, y luego son presa del terror. Existe una forma en la que tú puedes ayudar: a lo largo de tu vida, aconsejarás a quienes te lo pregunten que la única cosa que se debe temer en cuestiones ocultas es el miedo. El miedo permite pensamientos indeseables, evita incluso tener dominio de sí mismo, de controlarse, y tú, Lobsang, repetirás una y otra vez que no hay nada que temer, excepto el mismo temor. Si se descarta el temor, entonces se fortalece la humanidad, se hace más pura. Es el temor lo que causa guerras, es el temor el que provoca separaciones en el mundo, es el temor lo que hace que la mano

del hombre se vuelva contra el hombre. El temor, y sólo el temor, es el enemigo, y si nos desasiéramos del temor de una vez para siempre, créeme, no existiría nada más que hubiera de temerse.

Temor, ¿qué era toda esta charla sobre el temor? Miré a mi Guía, y supongo que vio la pregunta que no formulé en mis ojos. Quizás, en cambio, leyó mis pensamientos en forma telepática; de cualquier manera, exclamó de improviso:

—¿Así que te estás preguntando por qué hablo del temor? ¡Bueno, tú eres joven e inocente! —Yo pensé para mí: "No tan inocente como ÉL cree". El Lama sonrió como si disfrutara con esa broma privada, aunque yo por supuesto no pronuncié palabra, y luego dijo—: El temor es una cosa muy real, una cosa tangible, tú habrás oído cuentos de personas que son adictas a los espíritus, y que luego se embriagan. Son hombres que ven criaturas notables. Algunos de estos borrachines dicen ver elefantes verdes con rayas rosadas, o aun criaturas más fantásticas. Te diré, Lobsang, que las criaturas que ellos ven, las llamadas invenciones de su imaginación, son criaturas por cierto reales.

Todavía no entendía mucho de este asunto del temor. Por supuesto, en el sentido físico sabía qué era el temor, recordaba cuando tuve que permanecer inmóvil fuera de la Lamasería de Chakpori, a fin de poder pasar la prueba de resistencia antes de que se me permitiera entrar y se me aceptara como el más humilde de los humildes discípulos. Me volví hacia mi Guía y le dije:

—Honorable Lama, ¿qué ES todo esto del temor? En las conversaciones he oído hablar de criaturas de lo astral inferior, aunque yo, en todos mis viajes astrales, nunca encontré alguna que me causara un asomo de temor. ¿Qué ES todo esto del temor?

Mi Guía se sentó y permaneció inmóvil durante un momento; luego, como si llegara a una decisión repentina, se puso rápidamente de pie y dijo:

—¡Ven!

Yo me levanté también, pasamos por un corredor de piedra, doblamos a la derecha, a la izquierda y a la derecha otra vez. Seguimos por un camino y, por último, entramos en una habitación donde no había luz. Era como pisar una pileta de oscuridad; mi Guía entró primero y encendió una lámpara de aceite que estaba lista al lado de la puerta; luego me hizo señas de que me acostara y dijo:

—Ya eres lo suficientemente grande como para experimentar las entidades de lo astral inferior: estoy listo para ayudarte a ver estas criaturas y para asegurarte que no te harán daño, pues no saldrían a tu encuentro a menos que estés preparado y protegido en forma adecuada. Apagaré esta luz, tú descansa en paz y déjate elevar fuera de tu cuerpo, déjate elevar por donde desees, sin tener en cuenta el destino, sin tener en cuenta la intención, sólo elévate y vaga como la brisa.

Mientras decía esto, apagó la lámpara, y cuando cerró la puerta no quedó ningún vestigio de luz en ese lugar. Ni siquiera podía detectar su respiración, pero podía sentir su presencia cálida, reconfortante, cerca de mí.

El viaje astral no era una experiencia nueva para mí. Yo había nacido con la capacidad de poder viajar así y de recordar siempre, todo. Ahora, encogido sobre el suelo, con la cabeza apoyada sobre una parte de mi manto enrollado, crucé mis manos, junté los pies y traté de abandonar mi cuerpo: un proceso tan simple para aquellos que lo conocen. Pronto sentí un leve tirón, que indicaba la separación entre lo astral y lo físico, y con ese tirón vino una inundación de luz. Parecía que estaba flotando en el extremo de mi cordón de plata. Debajo de mí la oscuridad era completa, la oscuridad de la habitación que acababa de dejar, y en la cual no había ni un destello de luz. Miré a mi alrededor, pero éste no era diferente de los viajes comunes que había llevado a cabo antes. Pensé en elevarme sobre las Monta-

ñas de Hierro, y con mi pensamiento ya no estuve más en aquella habitación sino revoloteando sobre la montaña, revoloteando quizás a unos trescientos pies. De pronto, perdí conciencia del Potala, de la Montaña de Hierro, de la tierra del Tibet y del valle de Lhasa. Me sentí angustiado: mi cordón de plata temblaba con violencia y me asombró ver que algunos de los halos "azul plateado", que siempre emanaban del cordón, adquirían un enfermizo color verde amarillento.

Sin darme cuenta, experimenté una terrible sacudida, un terrible tirón, una sensación como si espíritus endemoniados trataran de hacerme descender. Instintivamente, miré hacia abajo y casi me desmayo por lo que vi.

A mi alrededor, más bien debajo de mí, se hallaban criaturas de lo más extrañas y espantosas, como aquellas que veían los borrachos. La cosa más espantosa que vi en mi vida vino ondulándose hacia mí: parecía un ser inmenso, de movimientos lentos, con una horrible cara humana pero de tales colores como nunca tuvo un ser humano. La cara era roja, pero la nariz y las orejas eran verdes, y los ojos parecían revolverse dentro de sus cavidades. También había otras criaturas; cada una parecía ser más horrible y nauseabunda que la otra. Vi criaturas que no podrían ser descritas con palabras aunque todas parecían tener a su alrededor un rasgo de crueldad humana. Se acercaron, trataron de interponerse, trataron de separarme de mi cordón. Otras bajaron y trataron de quitarme mi cordón, tirando de él. Yo miré, me estremecí, y entonces pensé: "¡Temor! ¡Así que ESTO es temor! Bueno, estas cosas no pueden lastimarme, soy inmune a sus manifestaciones, soy inmune a sus ataques". Y mientras pensaba esto, las entidades desaparecieron, no había más. El Cordón etéreo que me unía a mi cuerpo físico brillaba y recobró sus colores normales. Me sentí animado, libre, y sabía que al pasar y superar esta prueba no tendría más miedo de nada que sucediera en lo astral. En conclu-

sión, me enseñó que las cosas de que nosotros tenemos miedo no nos pueden lastimar a menos que nosotros permitamos que nos lastimen por nuestro propio miedo.

Un tirón repentino del Cordón de Plata atrajo mi atención otra vez y miré hacia abajo sin el menor titubeo, sin la menor sensación o sentimiento de miedo. Vi un pequeño destello de luz, y vi a mi Guía, el lama Mingyar Dondup, encender la pequeña y titilante lámpara de aceite, y mi cuerpo estaba arrastrando a mi cuerpo astral. Con suavidad, bajé y pasé por el techo del Chakpori, floté hasta que estuve horizontal sobre el cuerpo físico, y luego, suave, muy suavemente, me arrastré dentro, y el cuerpo astral y el físico fueron como uno solo. El cuerpo que ahora era "yo" tironeó un poco, y yo me senté.

—Bien hecho, Lobsang —dijo—. Para entrar en un secreto muy, muy grande, lo hiciste mejor que yo en el primer intento. ¡Estoy orgulloso de ti!

Todavía estaba completamente confundido en cuanto a este tema del miedo; por lo tanto le dije:

—Honorable Lama, en realidad, ¿de qué hay que tener miedo?

Mi Guía me miró muy serio, incluso sombrío, mientras me decía:

—Has llevado una buena vida, Lobsang, y no tienes nada que temer; además tú no temes. Pero existen aquellos que cometieron crímenes, que han hecho mal a otros, y cuando están solos, su conciencia les molesta muy penosamente. Las criaturas de lo astral inferior se alimentan del temor, son alimentadas por los que tienen conciencias turbias. Las personas hacen de los pensamientos formas endiabladas. Quizás en algún momento, en lo futuro, puedas entrar en alguna catedral o templo muy antiguos que hayan existido durante infinitos años. En las paredes de ese edificio (igual que nuestro Jo Kang) sentirás el bien que se realizó dentro del edificio. Pero luego, si puedes ir en seguida a una antigua

prisión donde tuvo lugar mucho sufrimiento, mucha persecución, entonces sentirás el efecto opuesto. De esto se desprende que los habitantes de los edificios producen formas de pensamiento, que habitan en las paredes de los edificios; por lo tanto es evidente que un edificio bueno tiene buenas formas de pensamiento que producen buenas emanaciones, y que los lugares endemoniados tienen pensamientos endemoniados en su interior: por lo tanto, está claro también que de los edificios endemoniados sólo pueden surgir malos pensamientos, y esos pensamientos y formas de pensamiento pueden verlos y tocarlos aquellos que son clarividentes mientras están en estado astral.

Mi Guía pensó por un momento, y luego dijo:

—Existen casos, de los cuales tendrás noticia, en que los monjes y otros imaginan que son más grandes de lo que son en realidad, crean una forma de pensamiento y, en su momento, el pensamiento produce colores por entero visibles. Existe un caso que recuerdo en este momento, el de un anciano monje birmano (un hombre notablemente ignorante también, debo decir, era un monje humilde, un monje que no tenía comprensión, aunque como era nuestro hermano y pertenecía a nuestra orden, teníamos que permitirle todo). Este monje vivía una vida solitaria, como muchos de nosotros hacemos, pero en vez de dedicar su tiempo a la meditación y a la contemplación de las cosas del bien, imaginaba que era un hombre poderoso en la tierra de Birmania. No concebía que era un hombre humilde, que apenas pisaba el sendero de la iluminación. En lugar de eso, en la soledad de su celda, se imaginaba que era un gran príncipe, un príncipe con estados poderosos y grandes riquezas. Al comienzo, esto no fue dañino, no fue dañino porque era una distracción inútil. Por cierto, nadie podría condenarlo por tener unas pocas imaginaciones y anhelos ociosos, pues, como te dije, no poseía ni ingenio ni sabiduría como para dedicarse con fervor a las tareas espirituales a su alcance. Este hom-

bre, a través de los años, cada vez que estaba solo, se trasformaba en el gran príncipe. Esto cambió de color su aspecto, afectó sus maneras, y con el paso del tiempo el monje humilde pareció desaparecer y se presentó en su lugar un príncipe arrogante. Por último, el pobre desgraciado creyó de veras que él era un príncipe de Birmania. Un día, le habló a un Superior como si éste fuese un siervo del estado principesco. El Superior no era un hombre tranquilo como muchos de nosotros, y lamento decir que el encuentro con el pobre monje trasformado en príncipe lo sacó de sus casillas y lo llevó a un estado de inestabilidad mental. Pero tú, Lobsang, no tienes necesidad de preocuparte por semejantes cosas: eres firme, bien equilibrado y no sientes temor. Recuerda sólo estas palabras a manera de advertencia: el temor corroe el alma. Las imaginaciones vanas e inútiles nos llevan por camino equivocado, de manera que con el trascurso del tiempo la imaginación se vuelve realidad, y las realidades se desvanecen de la vista y no vuelven a salir a luz otra vez durante varias reencarnaciones. Mantén tus pies en el camino, no permitas que ningún anhelo salvaje ni que ningún color imaginario deforme tu apariencia. Éste es el mundo de la ilusión, pero para aquellos de entre nosotros que pueden enfrentar el conocimiento, entonces la ilusión puede trasformarse en realidad cuando nos hemos ido de este mundo.

Pensé en todo eso, y confieso que ya había oído hablar de aquel monje que se trasformó mentalmente en príncipe, porque lo leí en algún libro en la biblioteca de la lamasería.

—Honorable Lama —dije—, entonces, ¿para qué sirven los poderes ocultos?

El Lama cruzó sus manos y me miró a los ojos:

—¿La utilidad de los poderes ocultos? ¡Bueno, es bastante fácil, Lobsang! Nosotros debemos ayudar a aquellos que merecen ayuda. No se supone que debemos ayudar a aquellos que no desean nuestra ayuda, y que aún no están preparados para ella. Nosotros no utilizamos los poderes ocul-

tos o nuestra capacidad en nuestro beneficio, ni para sobornar, ni como recompensa. El propósito de los poderes ocultos es acelerar el desarrollo personal, acelerar nuestra evolución, y ayudar al mundo como un todo, no sólo al mundo de los humanos, sino al mundo de la naturaleza, de los animales, de todo.

Fuimos interrumpidos otra vez por el servicio que comenzaba en el templo cercano, y como si fuese una falta de respeto hacia los Dioses continuar una conversación mientras eran adorados, terminamos nuestra charla y nos sentamos en silencio al lado de la luz titilante de la lámpara de aceite, que ahora ardía con menos fuerza.

Capítulo VIII

Era por cierto agradable yacer sobre el alto pasto, frío, al pie del Pargo Kaling. Sobre mí, a mis espaldas, las antiguas piedras se encumbraban hacia el cielo, y desde mi lugar de observación, a ras del suelo, la cima más alta de esas montañas parecía tocar las nubes. A propósito: los "pimpollos de loto" que forman la cumbre simbolizan el espíritu, mientras que las "hojas" que sostienen a los "pimpollos" representan el aire. Yo, al pie, descansaba cómodamente sobre esa representación de "vida sobre la tierra". Fuera de mi alcance —a menos que me pusiera de pie— estaban los "pasos de la Consecución". ¡Bueno, yo estaba tratando de conseguir algo ahora!

Era agradable estar tirado allí, mirando a los comerciantes de la India, China y Birmania que venían caminando con trabajo. Algunos iban a pie mientras conducían largas hileras de animales que llevaban mercaderías exóticas, procedentes de lejanos lugares. Otros, quizá la mayoría, quizá los más cansados, caminaban y miraban a su alrededor. Con displicencia, meditaba sobre lo que contendrían sus valijas; luego me reí de mí mismo: ¡ERA PARA ESO QUE YO ESTABA ALLÍ! Estaba allí para mirar el aura de tantas personas como pudiera. Estaba allí para "adivinar", por el aura y por telepatía, qué hacían estos hombres, qué pensaban y cuáles eran sus intenciones.

Justamente ante mí, del otro lado del camino, se sentaba un pobre mendigo ciego. Estaba cubierto de suciedad. Mísero y andrajoso, se había sentado y gimoteaba a los viajeros que pasaban. Un número sorprendente le arrojó monedas,

deleitándose al mirar como, ciego, buscaba a tientas las monedas que caían y finalmente las localizaba por el sonido que hacían al golpear sobre la tierra y, quizás, al tintinear contra una piedra. De vez en cuando, muy de vez en cuando por cierto, perdía una pequeña moneda, y el viajero la recogía y se la tiraba otra vez. Pensando en él giré mi cabeza con desgano hacia donde estaba, y me quedé estupefacto. ¡Su aura! Nunca me molesté en verla antes. Ahora, mirando con cuidado, vi que no era ciego, vi que era rico, que tenía dinero y bienes almacenados lejos y que se hacía pasar por un pobre mendigo ciego ya que ésa era la manera más fácil de vivir que conocía. ¡No!, no podía ser, estaba equivocado, me tenía demasiada confianza o algo así. Quizá mis poderes estaban fallando. Preocupado por semejante pensamiento, me puse de pie y me dirigí, para que me lo aclarara, hacia mi Guía, el lama Mingyar Dondup, quien estaba en el Kundu Ling, en el lado opuesto.

Algunas semanas antes había sufrido una operación, de manera que mi "Tercer Ojo" pudiera abrirse más. Desde mi nacimiento tuve poderes de clarividencia extraordinarios, con capacidad para poder ver el "aura" alrededor de los cuerpos humanos, animales y plantas. La dolorosa operación había tenido éxito al agrandar mis poderes mucho más aún de lo que había anticipado el lama Mingyar Dondup. Ahora, mi desarrollo se aceleraba; mi instrucción sobre todas las cuestiones ocultas ocupaba mis horas. Me sentía agobiado por fuerzas poderosas, ya que ESTE lama y AQUÉL me "bombeaban" conocimientos por telepatía y por otras fuerzas extrañas cuyo funcionamiento estaba ahora estudiando con ahínco. ¿Por qué estudiar en clase cuando uno lo puede hacer por telepatía? ¿Por qué preocuparse por las intenciones de un hombre cuando se pueden conocer por su aura? ¡Pero yo me preguntaba por el hombre ciego!

—¡Oh! ¡Honorable Lama! ¿Dónde estás? —le grité, cruzando con premura el camino en busca de mi Guía. En el

pequeño parque di un traspié: casi me caigo al hacerme una zancadilla con mi propio pie impaciente.

—De modo que... —sonrió mi Guía, sentado con tranquilidad sobre el tronco de un árbol caído—. ¡De modo que estás excitado, porque acabas de descubrir que "aquel ciego" ve tan bien como tú! —Yo me detuve jadeando, jadeando por falta de aliento y por indignación.

—¡Sí! —exclamé—, ese hombre es un fraude, un ladrón, pues roba a los de buen corazón. ¡Deberían ponerlo preso!

El Lama estalló en carcajadas al ver mi cara roja, indignada.

—Pero Lobsang —dijo con suavidad—, ¿por qué toda esta conmoción? Ese hombre está vendiendo servicios de la misma manera que lo hace un hombre que vende molinillos de oraciones. Las personas le dan monedas insignificantes para creer que son generosos; eso los hace sentirse buenos. Durante un tiempo, eso aumenta su tasa de vibración molecular, aumenta su espiritualidad, los coloca más cerca de los dioses. Eso les hace bien. ¿Las monedas que dan? ¡Nada! No las echan de menos.

—¡Pero él no es ciego! —dije, exasperado—, es un LADRÓN.

—Lobsang —dijo mi Guía—, no es dañino: está vendiendo servicios. Más tarde, en el mundo occidental, encontrarás que los hombres de publicidad elogiarán la falsedad de lo que daña nuestra salud, lo que deforma a los niños aun antes de nacer, y lo que trasforma a los sanos comunes en maníacos delirantes.

Pateó el árbol caído y me hizo señas de que me sentara a su lado. Me senté e hice tamborilear mis talones sobre la corteza del árbol.

—Debes acostumbrarte a utilizar el aura junto con la telepatía —dijo mi Guía—. Al utilizar una, y no las dos, tus conclusiones pueden apartarse del camino recto, como en este caso. Es necesario utilizar todas nuestras facultades, todos nuestros poderes, en cada uno y todos de nuestros pro-

blemas. Ahora, esta tarde, tengo que irme, y el gran Lama Médico, el Reverendo Chinrobnobo, del Hospital Menzekang, hablará contigo. Y tú le hablarás a él.

—¡Oh! —dije con tristeza—, pero nunca me habla, ni siquiera me tiene en cuenta.

—Todo esto cambiará, de una manera u otra, esta tarde —dijo mi Guía.

"De una manera u otra" —pensé yo—. Esto parecía de muy mal agüero.

Mi Guía y yo, juntos, volvimos caminando a la Montaña de Hierro, deteniéndonos por momentos a mirar la roca siempre fresca aunque antigua, con sus hendiduras coloreadas. Luego ascendimos el sendero pedregoso.

—Como la vida, es este sendero, Lobsang —dijo el Lama—. La vida sigue un sendero duro y pedregoso, con muchas trampas y malas jugadas, aunque, si uno persevera, se alcanza la cúspide. Cuando llegamos a la parte superior del camino, se oyó el llamado para el servicio del templo, y cada uno de nosotros siguió su camino, él hacia sus compañeros, yo hacia los otros de mi clase. Tan pronto como terminó el servicio, y yo tomé algún alimento, un discípulo aún algo menor que yo vino algo nervioso hacia mí.

—Tuesday Lobsang —dijo con modestia—, el Sagrado Lama Médico Chinrobnobo desea verte en seguida en el Colegio Médico.

Me enderecé el manto, tomé unas pocas bocanadas de aire para que se calmaran mis nervios tirantes con la seguridad que no me sentiría bien en el Colegio Médico.

—¡Ah! —bramó una gran voz, una voz que me hizo recordar el sonido de una profunda trompeta del templo. Me detuve ante él y le presenté mis respetos en la forma debida. El Lama era un hombre grande, alto, voluminoso, de anchos hombros, con un aspecto que aterrorizaba a un niño peque-

ño. Sentí que un golpe fuerte de una de sus manos separaría mi cabeza de mis hombros y que la enviaría rodando por las laderas de las montañas. De cualquier manera, me rogó que me sentara delante de él, ¡me lo rogó de manera tan cordial que casi me caigo sentado!

—Ahora bien, niño —dijo la gran voz, profunda como un trueno en las montañas distantes—. He oído hablar mucho de ti. Tu Ilustre Guía, el lama Mingyar Dondup, dice que eres un prodigio, que tus capacidades paranormales son inmensas. ¡Veremos! —Yo me senté y me estremecí—. ¿Me ves? ¿Qué ves? —me preguntó. Yo temblé más aún, mientras decía lo primero que me pasó por la cabeza:

—Veo un hombre tan grande, Sagrado Lama Médico, que cuando entré primeramente aquí pensé que era una montaña. —Su risa ruidosa causó semejante ventarrón, que temí volara mi manto.

—¡Mírame, niño, MIRA MI AURA, y dime lo que ves! —me ordenó—. Ahora dime lo que ves por el aura y lo que significa para ti.

Lo miré, no en forma directa o fija, pues eso a menudo empaña el aura de una persona vestida; miré hacia él, pero no exactamente a "él".

—¡Señor! —dije—, primero veo la línea física de tu cuerpo, oscura como si estuviese sin manto. Luego, muy cerca de ti veo una débil luz azulada de color como de humo de madera fresca. Me dice que has estado trabajando mucho, que has tenido noches de insomnio y que tu energía etérea es baja.

Me miró con los ojos abiertos más de lo común, y sacudió su cabeza con satisfacción.

—¡Continúa! —dijo.

—¡Señor! —continué—, tu aura se extiende a unos nueve pies a cada lado. Los colores están dispuestos en capas tanto horizontales como verticales. Tienes el amarillo de la alta espiritualidad. En la actualidad, estás maravillado de que

alguien de mi edad pueda decirte tanto y piensas que mi Guía, el lama Mingyar Dondup, después de todo, sabe algo. Estás pensando que te tendrás que disculpar por las dudas que expresaste en lo que se refiere a mi capacidad.

Me interrumpió una gran risotada:

—¡Tienes razón, niño, tienes razón! —dijo, encantado— ¡CONTINÚA!

—¡Señor! —(esto era juego de niños para mí)—. Hace poco tuviste alguna desgracia y sufriste un golpe en tu hígado. Te duele cuando te ríes demasiado y te preguntas si debieras tomar alguna hierba "tatura" o hacerte algún masaje profundo mientras estás bajo su influencia anestésica. Estás pensando que es el destino el que decidió que, de más de seiscientas hierbas, sólo de la tatura haya poca existencia.

Ahora no reía: me miraba con un respeto que no trataba de ocultar. Yo agregué:

—Además, en tu aura está indicado, Señor, que a corto plazo serás el médico Superior más importante del Tibet.

Me miró con aprensión.

—Mi niño —dijo—, tienes grandes poderes, irás muy lejos. Nunca, NUNCA, abuses de tu poder interior. Puede ser peligroso. Ahora hablemos del aura como iguales. Pero hablemos luego del té.

Alzó la pequeña campanilla de plata y la hizo sonar con tal violencia que temí saltara de sus manos. En unos segundos, un monje joven se apresuró a traer té y, ¡oh, maravilla de maravillas, algunos de los lujos de la madre India! Mientras nos sentábamos allí, pensé que todos esos lamas tenían lugares cómodos. Debajo de nosotros, podía ver los grandes parques de Lhasa; el Dodpal y el Khati parecían estar al alcance de mi mano. Más hacia la izquierda, el Chorten de nuestra zona, el Kesar Lhakhang, se erguía como un centinela, mientras, cruzando el camino, más al norte, se elevaba mi lugar favorito, el Pargo Kaling (la Puerta Occidental).

—¿Qué es lo que ocasiona el aura, Señor? —le pregunté.

—Como tu respetado Guía, el lama Mingyar Dondup, te dijo —comenzó—, el cerebro recibe mensajes del Espíritu. Las corrientes eléctricas se generan en el cerebro. Toda la vida es eléctrica. El aura es una manifestación del poder eléctrico. Sobre nuestra cabeza, como tú bien sabes, existe un halo, una aureola. Las pinturas antiguas siempre muestran a un santo o a un dios con esa "aureola dorada" sobre la parte posterior de la cabeza.

—¿Por qué el aura y el halo lo ven tan pocas personas, Señor? —le pregunté.

—Muchas personas niegan la existencia del halo porque NO pueden verlo. También se olvidan que no pueden ver el aire, ¡y sin el aire no se podrían arreglar muy bien! Unas pocas personas, muy pocas, ven el aura. Otras no la ven. Algunas personas pueden oir altas frecuencias, u otras más bajas: otras personas no. No tiene nada que ver con el grado de espiritualidad del observador, de la misma manera que caminar sobre zancos no indica una persona necesariamente espiritual. —Sonrió y agregó—: También yo, como tú, acostumbraba a caminar sobre zancos. Ahora mi cuerpo no está para eso.

Yo sonreí también, pensando que necesitaría un par de troncos de árbol como zancos.

—Cuando te operamos para abrirte el tercer ojo —dijo el Gran Lama Médico—, pudimos observar que las partes desarrolladas de tu lóbulo frontal son muy diferentes de las comunes; por lo tanto, suponemos que físicamente has nacido para ser clarividente o telepático. Ésta es una de las razones por las que recibiste y RECIBIRÁS una enseñanza tan intensiva y adelantada. —Me miró con gran satisfacción y continuó—: Tendrás que quedarte aquí, en el Colegio Médico, por unos pocos días. Te vamos a investigar a conciencia y veremos cómo podemos aumentar aún más tu capacidad y enseñarte.

En la puerta se oyó una tos discreta, y mi Guía, el lama

Mingyar Dondup, entró en la habitación. Me puse de pie de un salto y lo saludé con una reverencia, como lo hizo también el Gran Chinrobnobo. Mi Guía sonreía.

—Recibí su mensaje telepático —le dijo al Gran Lama Médico—, por lo tanto vine tan rápidamente como pude, pues quizás usted me otorgue el placer de oir la confirmación de mis descubrimientos en el caso de mi joven amigo. —Se detuvo, me sonrió y tomó asiento.

El Gran Lama Chinrobnobo también sonrió y dijo:

—¡Respetado colega! Me inclino gustoso ante tu conocimiento superior al aceptar a este joven para investigar. Respetado colega, tus propios talentos son muchos, eres de principios versátiles, pero nunca has encontrado a un niño como éste.

Luego, ambos rieron, y el Lama Chinrobnobo se agachó y sacó, de algún lugar, ¡tres jarras de nueces borrachas! Debo haber parecido estúpido, pues ambos se volvieron hacia mí y comenzaron a reir.

—Lobsang, no estás usando tus cualidades telepáticas. Si lo hubieras hecho, te darías cuenta de que el Reverendo Lama y yo fuimos tan pecadores como para hacer una apuesta. Nos pusimos de acuerdo en que si tú eras como lo hacían ver mis afirmaciones, él te daría tres jarras de nueces borrachas; en cambio, si no tenías los niveles que yo decía, yo hubiese tenido que hacer un largo viaje y llevar a cabo cierto trabajo médico para mi amigo.

Mi Guía me sonrió otra vez y dijo:

—Por supuesto, que de cualquier manera voy a hacer el viaje por él, y tú vendrás conmigo, pero nosotros teníamos que hacer las cosas bien, y ahora el honor está satisfecho. —Señaló las tres jarras y dijo—: Ponlas a tu lado, Lobsang: cuando te vayas, cuando dejes esta habitación, llévalas contigo, pues son el botín del ganador.

Yo me sentía realmente tonto; por supuesto, no podía utilizar los poderes telepáticos con estos dos altos lamas. El

solo pensar en ello me hacía correr un escalofrío por la columna vertebral. Quería a mi Guía, el lama Mingyar Dondup, y respetaba mucho el conocimiento y la sabiduría del Gran Lama Chinrobnobo. Sería un insulto, aun mala educación, escuchar a escondidas por telepatía. El Lama Chinrobnobo se volvió hacia mí y dijo:

—Sí, mi niño, tu manera de pensar te honra. Estoy muy gustoso por cierto de tenerte entre nosotros. Te ayudaremos en tu desarrollo.

Mi Guía dijo:

—Ahora, Lobsang, tendrás que quedarte en este edificio particular durante quizás una semana, porque te van a enseñar mucho sobre el aura. ¡Oh, sí! —agregó, interpretando mi mirada—, ya sé que crees saber todo acerca del aura. Puedes ver el aura y puedes leerla, pero ahora tienes que aprender los porqué de ella y cuánto ven de ella otros jóvenes. Ahora voy a dejarte, pero te veré mañana.

Se puso de pie y, por supuesto, yo también. Mi Guía se despidió y luego se retiró de esa habitación por entero cómoda. El Lama Chinrobnobo se volvió hacia mí y dijo:

—No te pongas nervioso, Lobsang, no te va a pasar nada, sólo vamos a tratar de ayudarte a acelerar tu propio desarrollo. Antes que nada, conversemos un poco sobre el aura. Por supuesto, tú la ves en forma vívida y puedes comprenderla, pero imagínate que no tuvieras ese don, ese regalo, ponte en el lugar del noventa y noventa y nueve por ciento o aún más de la población mundial. —Con violencia, hizo sonar una vez más la campanilla, y el mucamo entró corriendo con el té y, por supuesto con las "otras cosas" necesarias, ¡que tanto me gustaban cuando tomaba el té! Podría ser interesante decir aquí que en el Tibet algunas veces bebemos más de sesenta tazas de té al día. Por supuesto, el Tibet es un país frío y el té caliente nos infunde fuerzas; por supuesto, nosotros no podíamos salir y tomar algunos tragos, como las personas del mundo occidental lo hacen: nos limi-

tábamos al té y al tsampa, a menos que alguna persona realmente de buen corazón nos trajera, de tierras tales como la India, aquellas cosas que no había en el Tibet.

Nos sentamos, y el Lama Chinrobnobo dijo:

—Ya hablamos sobre el origen del aura. Es la fuerza de la vida del cuerpo humano. Voy a suponer por el momento, Lobsang, que tú no puedes ver el aura y que no sabes nada sobre ella, porque sólo suponiendo eso te puedo decir lo que la persona común ve y no ve. —Moví mi cabeza en señal de comprensión. Por supuesto yo había nacido con la facultad de poder ver el aura y cosas semejantes, y esas facultades fueron aumentadas por la operación del "tercer ojo", y en muchas ocasiones anteriores me había descubierto al decir lo que veía sin darme cuenta de que muchas personas no veían lo mismo que yo. Recuerdo una vez, hace algún tiempo, cuando dije que una persona aún estaba viva, una persona que el anciano Tzu y yo vimos tirada al lado de un camino. y Tzu me dijo que estaba completamente equivocado, que el hombre estaba muerto. Yo dije: "¡Pero Tzu, el hombre aún tiene las luces puestas!" Por suerte, como me di cuenta más tarde, el viento que soplaba ocultó mis palabras, y así Tzu no comprendió su significado. De cualquier manera, examinó al hombre que yacía al lado del camino y ¡encontró que vivía! Pero esto es una digresión.

—El promedio normal de hombres y mujeres, Lobsang, no pueden ver el aura humana. Algunos, sin embargo, se aferran a la creencia de que no existe semejante aura humana. ¡De la misma manera podrían decir que no existe el aire porque no pueden verlo! —El lama médico me miró para asegurarse de que lo seguía y no estaba pensando en las nueces. Satisfecho con mi apariencia de atento, sacudió la cabeza y continuó—: Mientras haya vida en el cuerpo, existe un aura que pueden ver aquellos que tienen ese poder, ese don, o la capacidad o llámalo como quieras. Debo explicarte, Lobsang, que para la percepción más clara del

aura, la persona que debe verse debe estar absolutamente desnuda. Discutiremos más tarde por qué. Para lecturas comunes es suficiente mirar a una persona cuando tiene algo puesto, pero si vas a mirar cualquier cosa en relación con una razón médica, entonces la persona debe estar desnuda en forma completa y absoluta. Bueno, la envoltura etérea rodea al cuerpo y se extiende por fuera de éste desde un octavo de pulgada a unos tres cuartos. Es un vaho gris azulado, apenas se le puede llamar vaho, y deriva principalmente de la vitalidad animal del cuerpo, de manera que una persona muy saludable tendrá un aura muy grande, puede llegar hasta tres o cuatro pulgadas fuera del cuerpo. Sólo los más agraciados, Lobsang, perciben la capa próxima, pues entre el aura propiamente dicha y la etérea existe otra franja, quizá de tres pulgadas de ancho, y por cierto, para ver los colores en esa franja, una persona tiene que estar especialmente dotada. Confieso que allí no puedo ver nada más que un espacio vacío.

Me sentí muy triste por esto, porque yo podía ver todos los colores en ese espacio, como me apresuré a confesar.

—¡Sí, sí, Lobsang! Ya sé que tú puedes ver en ese espacio, pues en este sentido, eres uno de los mejor dotados, pero suponía que no podías ver el aura en absoluto porque no te lo había explicado. —El Lama Médico me miró con reprobación, sin duda por haber interrumpido el hilo de sus pensamientos. Cuando creyó que yo estaba bastante humillado como para refrenarme en una interrupción posterior, continuó—: Primero, entonces, está la capa etérea. Siguiendo esa capa etérea está esa zona que muy pocos de nosotros pueden distinguir, como no sea un lugar vacío. Fuera de eso está la misma aura. El aura no depende tanto de la vitalidad animal como de la vitalidad espiritual. El aura se compone de franjas arremolinadas y de estrías de todos los colores del espectro visible, y esto significa muchos más colores de los que se pueden ver con los ojos, pues el aura

se puede ver con otros sentidos que no sean los ojos. Cada órgano del cuerpo humano envía su flecha de luz, sus rayos, que se alteran y fluctúan a medida que fluctúan los pensamientos de una persona. Muchas de estas señales se evidencian en un grado muy notable en la zona etérea y en el espacio posterior, y cuando se ve el cuerpo desnudo, el aura parece magnificar las señales de salud o enfermedad, de lo que se desprende que aquellos de nosotros que son lo bastante clarividentes, pueden decirle a una persona algo sobre su salud u otras cosas diferentes.

Ya sabía yo todo acerca de eso, todo era como un juego de niños, y ya venía practicando cosas como ésas desde que tuve la operación del "tercer ojo". Sabía de grupos de Lamas Médicos que se sentaban al lado de personas que sufrían y examinaban el cuerpo desnudo para ver cómo podían ayudarlos. Pensé que quizá me enseñarían un trabajo como ése.

—Ahora —dijo el Lama Médico— serás enseñado en forma especial, te enseñarán mucho, y cuando vayas a ese mundo occidental que está más allá de nuestras fronteras, se espera y se supone que podrás inventar un instrumento para que aquellos que no tienen ningún poder oculto en absoluto puedan ver el aura humana. Los médicos, al ver el aura humana, y al ver lo que está mal en una persona, podrán curar su enfermedad. Cómo, lo discutiremos luego. Sé que todo esto es muy cansador, mucho de lo que te dije ya lo sabes, pero puede ser cansador desde este aspecto; tú eres un clarividente natural: quizá nunca pensaste en el mecanismo de funcionamiento de tu don, y ésta es una cuestión que debe remediarse porque un hombre que sólo conoce la mitad de un tema está sólo preparado a medias y es la mitad de útil. Tú, mi amigo, ¡vas a ser muy útil por cierto! Pero terminemos ahora esta sesión, Lobsang. Nos iremos a descansar a nuestras habitaciones, pues ya se preparó una para ti, y luego podremos, al descansar, pensar en estos temas que tocamos tan brevemente. Durante esta semana no se te

exigirá que asistas a ningún servicio: por expresa orden del Profundo, todas tus energías, toda tu devoción se deberán encaminar sólo a dominar los temas que mis colegas y yo vamos a presentarte.

Se puso de pie y yo también. Otra vez tomó la campanilla de plata con su poderosa mano y la sacudió con tanta fuerza que pensé que la pobrecita se rompería en pedazos. El monje sirviente entró corriendo y el Lama Médico Chinrobnobo dijo:

—Tú atenderás a Tuesday Lobsang Rampa, pues como ya sabes, es un huésped de honor aquí. Trátalo como tratarías a un monje de alto grado que está de visita.

Se volvió hacia mí y me saludó con un movimiento de cabeza, y por supuesto yo le contesté con rapidez, y luego el sirviente me hizo señas de que lo siguiera.

—¡Un momento! —gritó el Lama Chinrobnobo—, ¡te olvidas las nueces!

Salí corriendo y así con rapidez aquellas preciosas jarras, mientras sonreía con turbación por lo que había hecho, y me apresuré a acompañar al sirviente que me esperaba.

Caminamos por un corto corredor y el sirviente me introdujo en una habitación muy linda, con una ventana que daba al embarcadero sobre el Río Feliz.

—Debo atenderlo, Señor —dijo el sirviente—. La campana está aquí para su conveniencia: utilícela a voluntad.

Se volvió y salió. Yo me dirigí hacia la ventana. La vista del Valle Sagrado me hechizó, pues la balsa de yacs inflados y sumergidos estaba saliendo de la costa y el botero impulsaba la barca con pértigas a través del río veloz. Sobre el otro lado, vi que había tres o cuatro hombres, por cuya vestidura se adivinaba que debían ser de importancia, impresión que ratificaron los amables modales del botero. Miré durante algunos minutos, y luego, de repente, me sentí más cansado de lo que me podía imaginar. Me senté en el piso sin preocuparme por hallar un almohadón donde

sentarme, y antes de que me diese cuenta, caí dormido. Pasaron las horas, con el acompañamiento del ruido de los molinillos de oraciones. De golpe me senté, como un rayo, temblando de miedo. ¡EL SERVICIO! Era tarde para el servicio. Con la cabeza inclinada, escuché con cuidado. En algún lugar, una voz cantaba una letanía. Era suficiente: salté sobre mis pies y corrí hacia la puerta familiar. ¡No estaba allí! Con un desagradable sonido hueco de mi mandíbula, choqué contra la pared de piedra y caí otra vez. Presa del terror por mi tardanza, di vueltas corriendo alrededor de la habitación pero parecía que no había ninguna puerta. ¡Peor, ni siquiera había una ventana!

—¡Lobsang! —dijo una voz desde la oscuridad—, ¿estás bien?

La voz del sirviente me volvió a la realidad como un balde de agua helada.

—¡Oh! —dije con timidez—, me olvidé, pensé que llegaba tarde al servicio. Me olvidé que estaba disculpado.

Siguió una risita ahogada y la voz dijo:

—Prenderé la lámpara, pues ésta es una noche muy oscura.

Desde la puerta, llegó un pequeño destello: estaba en el lugar MÁS insospechado, y el sirviente se adelantó hacia mí.

—Un interludio muy divertido —dijo—. Al principio creí que era una manada de yacs que se había soltado y estaba aquí.

Su sonrisa borró de ofensa sus palabras. Me acosté otra vez y el sirviente y su luz se retiraron. En la oscuridad iluminada veía la ventana y una estrella encendida cayó y se divisó en un extremo su caída a través de las infinitas millas en el espacio. Me envolví y dormí.

El desayuno era el mismo aburrido y pesado tsampa y té. Alimenticio, sustancioso, pero insípido. Luego entró el sirviente y dijo:

—Si estás listo, debo llevarte a otro lugar.

Me puse de pie y salí con él de la habitación. Esta vez fuimos a un lugar distinto, hacia una parte del Chakpori que no sabía existiera. Hacia abajo, por un largo camino, hacia abajo hasta que pensé que descendíamos a las mismas entrañas de la Montaña de Hierro. Ahora no había ningún destello de luz, excepto la de las lámparas que llevábamos. Por último, el sirviente se detuvo, y señaló hacia adelante:

—Sigue derecho y entra en la habitación de la izquierda.

Con una inclinación de cabeza, se volvió y siguió su camino.

Seguí adelante y me preguntaba: "¿Ahora qué?" La habitación de la izquierda estaba delante de mí; entré en ella y me detuve asombrado. Lo primero que me llamó la atención fue un molinillo de oraciones que había en medio de la habitación. Tuve tiempo sólo para echarle una rápida mirada, pero aun así me pareció que era un molinillo de oraciones muy extraño por cierto; luego alguien dijo mi nombre:

—¡Bien, Lobsang!, nos alegramos de verte aquí. Miré y allí estaba mi Guía, el lama Mingyar Dondup. A su lado, se sentaba el Gran Lama Médico Chinrobnobo, y al otro lado de mi Guía se sentaba un Gran Lama Indio de aspecto distinguido y que se llamaba Marfata. Una vez había estudiado medicina occidental, y por cierto en una universidad alemana que creo que se llamaba Heidelberg. Ahora era un monje budista, un lama, por supuesto, pero "monje" en el término genérico.

El indio me miró con tanta penetración que pensé miraba algo situado más allá de la parte de atrás de mi manto: parecía que miraba a través de mí. De cualquier manera, en esta ocasión en particular, no tenía nada malo en mi conciencia, y devolví su mirada. Después de todo, ¿por qué no debería mirarlo? Yo era tan bueno como él, pues me habían enseñado el Lama Mingyar Dondup y el Gran Lama Médico Chinrobnobo.

Una sonrisa se abrió paso a través de sus labios rígidos, y

al hacerlo, le causó un intenso dolor. Con un gesto de asentimiento se volvió hacia mi Guía:

—Sí, estoy satisfecho de que el niño sea como dices.

Mi Guía sonrió, pero su sonrisa no era forzada, sino natural, espontánea, y por cierto alegraba al corazón.

El Gran Lama Médico dijo:

—Lobsang, te hemos traído aquí a esta habitación secreta porque deseamos mostrarte algunas cosas y discutir otras. Tu Guía y yo te hemos examinado y estamos en verdad satisfechos con tus poderes, poderes que serán aumentados en intensidad. Nuestro colega indio, Marfata, no creía que existía semejante prodigio en el Tibet. Esperamos que demuestres todas nuestras declaraciones.

Yo miré al Indio y pensé: "Bueno, es un hombre que tiene una opinión sobrevalorada de sí mismo". Me volví hacia el Lama Chinrobnobo y dije:

—Respetado señor: el Profundo, que fue tan amable como para concederme audiencia en una cantidad de ocasiones, me previno expresamente que me abstenga de ofrecer pruebas, pues dijo que las pruebas sólo son un paliativo para la mente ociosa. Los que desean una prueba no son capaces de aceptar la verdad de una prueba, no importa lo bien demostrada que esté.

El Lama Médico Chinrobnobo rio de una manera que temí que me volara con su ráfaga de viento; mi Guía también rio, y ambos miraron al indio Marfata que estaba sentado mirándome con acritud.

—¡Niño! —dijo el indio—, hablas bien, pero hablar no prueba nada, como tú mismo dices. Ahora, dime, niño, ¿qué ves en mí?

Me sentí algo sobrecogido por esto, porque mucho de lo que veía no me gustaba.

—¡Ilustre Señor! —dije—, temo que si digo lo que veo, usted pueda tomarlo a mal y pensar que soy un simple insolente en lugar de contestar a su pregunta.

Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, movió la cabeza en señal de asentimiento, y una sonrisa amplia, resplandeciente, apareció en el rostro del Gran Lama Médico Chinrobnobo, que se expandió como una luna llena.

—Di lo que tengas que decir, niño, pues aquí no tenemos tiempo para charlas triviales —dijo el indio.

Durante unos instantes me quedé inmóvil, mirando al Gran Lama Indio, hasta que él se estremeció un poco ante la intensidad de mi mirada; luego dije:

—¡Ilustre Señor! Me ordenó decir lo que viera, y comprendo que el lama Mingyar Dondup, mi Guía, y el Gran Lama Médico Chinrobnobo también desean que hable con franqueza. Ahora, esto es lo que veo: nunca lo he visto a usted antes, pero por su aura y por sus pensamientos descubro lo siguiente: usted es un hombre que viajó mucho, y a través de los grandes océanos del mundo. Fue a esa pequeña isla cuyo nombre no conozco, pero donde las personas son todas blancas y donde hay otra pequeña isla cercana como si fuera un potrillo para la isla mayor, que sería la yegua. Usted fue muy contrario a estas personas y ellos, por cierto, estaban esperando hacer algo en contra de usted por algo relacionado con... —Aquí dudé, pues el cuadro estaba particularmente oscuro, se refería a cosas de las que yo no tenía la menor idea. Había algo relacionado con una ciudad india que supongo, por su mente, era Calcuta y había algo relacionado con un agujero negro donde las personas de esa isla estaban muy incómodas o desconcertadas—. En cierta manera pensaban que usted pudo evitar molestias en lugar de causarlas.

El Gran Lama Chinrobnobo rio otra vez, y me hizo bien oir esa risa porque indicaba que iba por la pista correcta. Mi Guía no hizo ninguna señal, pero el indio resopló. Yo continué:

—Usted fue a otra tierra y puedo ver muy claro en su mente el nombre "Heidelberg". En esa tierra, usted estudió medicina de acuerdo con muchos ritos bárbaros en virtud de los

cuales usted cortó, tajeó y cosió y no utilizó los sistemas que nosotros usamos aquí en el Tibet. En su momento, le dieron una especie de papel grande con una cantidad de sellos en él. También veo por su aura que usted es un hombre enfermo. —Aquí aspiré profundamente, porque no sabía cómo serían recibidas mis próximas palabras—. La enfermedad de que usted sufre es una que no tiene cura, es una en que las células del cuerpo corren como locas y crecen como lo hacen las malas hierbas, no de acuerdo con un modelo, no según la manera ordinaria, sino que se desparraman y obstruyen y ahogan órganos vitales. ¡Señor!, usted se está matando en esta tierra, por la naturaleza de sus pensamientos, que no admiten la bondad en las mentes de otros.

Durante algunos momentos, ¡que me parecieron siglos!, no se oyó ningún sonido, y luego el Gran Lama Médico Chinrobnobo dijo:

—¡Es completamente cierto, Lobsang, es completamente cierto!

El indio dijo:

—Quizá se informó al niño de todo esto con anticipación.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup dijo:

—Nadie lo discute, pero por otra parte, mucho de lo que nos dijo son novedades para nosotros, pues no investigamos su aura ni su mente, ya que usted no nos invitó a ello. Pero lo principal es que el niño Tuesday Lobsang Rampa tiene estos poderes, y los poderes se van a desarrollar aún más. No tenemos tiempo para discusiones, ni lugar para ellas; en cambio tenemos que cumplir un trabajo responsable. ¡Ven! —Se puso de pie y me llevó hacia el gran molinillo de oraciones.

Yo miré esa cosa extraña, y vi que después de todo no era un molinillo de oraciones, sino un objeto inmenso, de alrededor de cuatro pies de alto, cuatro pies desde el suelo, y de casi cinco pies de ancho. En un lado había dos pequeñas ventanitas y alcancé a ver lo que parecía ser vidrio colocado

en esas ventanas. Al otro lado de la máquina, había dos ventanas más grandes. De otro lado sobresalía una maniia larga, pero todo eso era un misterio para mí. No tenía la menor idea de lo que podía ser. El Gran Lama Médico dijo:

—Éste es un aparato, Lobsang, por el cual aquellas personas que no son clarividentes pueden ver el aura humana. El Gran Lama Indio Marfata vino aquí para consultarnos y no nos dijo la naturaleza de su enfermedad, diciendo que si nosotros sabíamos tanto de medicina esotérica, sabríamos su enfermedad sin que él nos la dijera. Lo trajimos aquí para poder examinarlo con esta máquina. Con su permiso, él va a quitarse el manto, y tú lo vas a mirar primero, y nos vas a decir cuál es su problema. Luego nosotros usaremos esta máquina y veremos si tu hallazgo o hallazgos concuerdan con los de la máquina.

Mi Guía indicó un lugar contra la pared oscura y el indio fue allí y se quitó el manto y otras vestiduras, de manera que quedó marrón y desnudo contra la pared.

—¡Lobsang! Míralo bien y dinos lo que ves —dijo mi Guía. Yo no miré al Indio, sino más bien hacia un lado. Saqué mis ojos de foco, ya que ésta es la forma más fácil de ver el aura. Es decir, no usé una visión normal binocular, sino que vi con cada ojo en forma separada. En realidad es algo difícil de explicar, pero consiste en mirar con un ojo hacia la izquierda y otro hacia la derecha, y éste es un arte, un juego, que puede ser aprendido por casi todos.

Miré al indio, y su aura brillaba y fluctuaba. Vi que era un hombre grande por cierto y de un poder intelectual elevado, pero, desgraciadamente, todo su aspecto había sido entristecido por la misteriosa enfermedad que lo minaba. Mientras lo miraba, decía mis pensamientos, los decía a medida que llegaban a mi mente. No me daba cuenta de la intensidad con que mi Guía y el Gran Lama Médico escuchaban mis palabras.

—Está claro que la enfermedad la originaron las muchas

tensiones internas del cuerpo. El Gran Lama Indio se sentía insatisfecho y frustrado, y esto actuó contra su salud, haciendo que las células de su cuerpo actuaran como salvajes, y escaparan a la dirección de su espíritu. Por eso tiene esta enfermedad aquí. (Señalé el hígado.) Y dado que es un hombre algo temperamental, su enfermedad se agrava cada vez que se mortifica. En su aura se ve claro que si se calmara, si fuese más plácido, como mi Guía, el lama Mingyar Dondup, estaría mucho más tiempo sobre esta tierra y así podría llevar a cabo una parte mayor de su tarea, sin necesidad de tener que volver.

Otra vez se hizo un silencio, y me alegré al ver que el indio movía la cabeza como si estuviese en completo acuerdo con mi diagnóstico. El Lama Médico Chinrobnobo se volvió hacia esa extraña máquina y miró por las pequeñas ventanas. Mi Guía hizo girar la manija con creciente rapidez, hasta que una palabra del Lama Médico Chinrobnobo hizo que mantuviese el ritmo de rotación a una velocidad constante. Durante algún tiempo, el Lama Chinrobnobo miró a través del aparato. Luego se enderezó y, sin decir una palabra, el Lama Mingyar Dondup tomó su lugar, mientras el Lama Médico Chinrobnobo daba vueltas a la manija como antes lo hizo mi Guía. Después terminaron su examen, y permanecieron ambos de pie, hablando sin duda por telepatía. No intenté interceptar sus pensamientos, porque hacerlo hubiese sido una gruesa falta de educación consistente en salirme de mi lugar. Por último, se volvieron hacia el indio y dijeron:

—Todo lo que Tuesday Lobsang Rampa te dijo es correcto. Miramos con atención tu aura y creemos que tienes cáncer en el hígado. Creemos también que éste fue causado por cierta deficiencia del carácter. Creemos que si llevaras una vida tranquila tendrías todavía por delante un buen número de años, años en los que puedes cumplir tu tarea. Haremos gestiones para que, si estás de acuerdo con nuestro plan, te permitan quedarte aquí en Chakpori.

El indio discutió algunas cosas por un momento, y luego hizo señas a Chinrobnobo y abandonaron juntos la habitación. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, me palmeó en el hombro y dijo:

—¡Buen trabajo, Lobsang, buen trabajo! Ahora deseo mostrarte esta máquina.

Nos dirigimos hacia esa máquina extraña y subimos a un lugar de la parte superior. La máquina estaba en movimiento, y en su interior vi una serie de brazos radiados que partían de un eje central. En el extremo de los brazos había prismas de vidrio de color rojo, azul, amarillo y blanco. A medida que la manija daba vueltas, unas poleas conectadas con el eje hacían que los brazos giraran, y observé que cada prisma al girar aparecía en el campo visual perceptible al mirar a través de los dos oculares. Mi Guía me mostró cómo funcionaba y luego dijo:

—Por supuesto, éste es un aparato muy burdo y difícil de manejar. Lo usamos para experimentos y con la esperanza de construir algún día uno más pequeño. Tú nunca necesitarás usarlo, Lobsang, pero no son muchos los que pueden ver el aura con tanta claridad como tú. A su tiempo, te explicaré el funcionamiento con más detalles, pero en resumen, se trata de un principio heterodino por el cual los prismas coloreados que giran con rapidez interrumpen la línea de visión, destruyen la imagen normal del cuerpo humano e intensifican los rayos más débiles del aura. Puso la tapa en su lugar y se volvió hacia otra máquina que se hallaba sobre una mesa, en un rincón alejado. Se dirigía hacia esa mesa cuando el Lama Médico Chinrobnobo entró otra vez en la habitación y se reunió con nosotros.

—¡Ah! —dijo, acercándose—, ¿así que ustedes van a experimentar con los poderes? ¡Dios! ¡Debo haber llegado para asistir a esto! Mi Guía señaló un raro cilindro que parecía ser papel duro.

—Esto, Lobsang, es papel duro, áspero. Verás que se han

practicado en él innumerables agujeros; se hicieron con un instrumento muy afilado de manera que el papel está roto y tiene salientes. Luego doblamos ese papel de manera que todas las salientes queden en la parte exterior y la hoja en vez de ser plana forme un cilindro. En la parte superior del cilindro fijamos una paja rígida, y sobre un pedestal pequeño colocamos una aguja afilada. Así tenemos sostenido el cilindro en un cojinete casi sin fricción. ¡Ahora, mírame!

Se sentó y puso sus manos a cada lado del cilindro, no tocándolo, sino dejando un espacio de una pulgada o una pulgada y media entre sus manos y las salientes. Pronto el cilindro comenzó a girar y me asombré al ver la velocidad de ese objeto con púas. Mi Guía lo detuvo con un toque de mano, y colocó sus manos en dirección opuesta, de manera que los dedos, en lugar de señalar hacia afuera del cuerpo como lo había hecho antes, señalaban hacia éste. ¡El cilindro comenzó a girar pero en dirección opuesta!

—¡Estás soplando! —le dije.

—¡Todos dicen eso! —dijo el Lama Médico Chinrobnobo—, pero están completamente equivocados.

El Gran Lama Médico se dirigió hacia un hueco que había en la pared, y volvió con una hoja de vidrio. Era una hoja muy gruesa, y la traía con cuidado a mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Mi Guía hizo que dejara de rotar el cilindro y se sentó con calma mientras el Lama Médico Chinrobnobo colocaba la hoja de vidrio entre mi Guía y el cilindro de papel.

—Piensa en la rotación —dijo el Lama Médico. Mi Guía aparentemente lo hizo, pues el cilindro comenzó a rotar otra vez. Era imposible que mi Guía u otro cualquiera soplara el cilindro y lo hiciera rotar, a causa del vidrio. Luego detuvo el cilindro otra vez, se volvió hacia mí y dijo—: ¡Hazlo tú, Lobsang! —Él se levantó de su asiento y yo tomé su lugar.

Me senté y coloqué mis manos como lo había hecho mi Guía. El Lama Médico Chinrobnobo sostuvo la hoja de vi-

drio delante de mí de manera que mi aliento no influyera en la rotación del cilindro. Yo me senté sintiéndome como un tonto. Aparentemente, el cilindro pensó también que yo lo era, pues no sucedió nada.

—¡Piensa en hacerlo rotar, Lobsang! —dijo mi Guía. Así lo hice, y de inmediato el cilindro comenzó a girar. Por un momento pensé en dejar todo y salir corriendo, pensé que ese objeto estaba embrujado; luego la razón (¡de cualquier clase!) prevaleció y me quedé sentado.

—Este aparato, Lobsang —dijo mi Guía—, es movido por la fuerza del aura humana. Tú piensas en hacerlo girar y el aura provoca un remolino en él que lo hace girar. Estarás interesado en saber que un aparato como éste se ha experimentado en todos los grandes países del mundo. Todos los grandes científicos trataron de explicar el funcionamiento de este aparato, pero la gente occidental, por supuesto, no puede creer en la fuerza etérea y por lo tanto inventa explicaciones que son aun más extrañas que la misma fuerza etérea.

El Gran Lama Médico dijo:

—Estoy muy hambriento, Mingyar Dondup, siento que es hora de que nos retiremos a nuestras habitaciones y descansemos y comamos algo. No debemos imponernos sobre la capacidad ni la resistencia del joven, pues ya tendrá bastante de eso en lo futuro.

Nos volvimos, se apagaron las luces de la habitación y nos dirigimos por el corredor de piedra hacia el edificio principal del Chakpori. Pronto estuve en mi habitación con mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Pronto, feliz pensamiento, estaba comiendo y sintiéndome mejor por ello.

—Come bien, Lobsang —dijo mi Guía—, porque luego te veremos otra vez y hablaremos contigo sobre otras cuestiones.

Durante una hora o algo así descansé en mi habitación, mirando fuera de la ventana, porque yo tenía una debilidad: siempre me gustó mirar desde lugares altos y ver moverse el mundo abajo de mí. Me gustaba ver los comerciantes que

iban por su camino a través de la Puerta Occidental, indicando en cada paso su alegría por haber llegado al fin de un largo y arduo camino a través de los altos pasos de la montaña. En el pasado, los comerciantes me hablaban de la vista maravillosa que había desde cierto lugar, en un paso alto, donde, cuando uno venía de la frontera india, se podía mirar a través de una hendidura de las montañas la Sagrada Ciudad con sus techos que brillaban con el oro, y del otro lado de las montañas, las blancas paredes de "El Montón de Arroz", que en verdad parecía un montón de arroz a medida que extendía su abundancia por las laderas de las montañas. Me encantaba ver el botero que cruzaba el Río Feliz, y siempre tenía la esperanza de poder asistir a un accidente que abriese un rumbo en su bote, porque me hubiese gustado verlo desaparecer en forma gradual de la vista hasta que sólo su cabeza sobresaliera del agua. Pero nunca tuve esa suerte: el botero siempre llegaba a la otra orilla, tomaba su carga y volvía otra vez.

Pronto, una vez más me hallé en esa habitación profunda con mi Guía, el lama Mingyar Dondup y el Gran Lama Médico Chinrobnobo.

—¡Lobsang! —dijo el Gran Lama Médico—, debes asegurarte, cuando vayas a examinar a un paciente para ver si puedes ayudarle, que se haya quitado todas las ropas.

—¡Honorable Lama Médico! —dije algo confundido—, no veo ninguna razón por la que debería privar a una persona de sus vestimentas cuando hace frío, pues puedo ver perfectamente el aura sin que haya necesidad alguna de que se quite una sola prenda, y ¡oh respetado Lama Médico!, ¿cómo le voy a pedir a una mujer que se quite sus ropas? —Mis ojos, con el solo pensamiento, se volvieron bizcos. Debo haber mostrado un semblante muy cómico, pues tanto mi Guía como el Lama Médico se echaron a reir. Se sentaron y disfrutaban de veras con sus risas. Yo estaba de pie delante de ellos, sintiéndome tonto, pero en realidad estaba bastante

aturdido por estas cosas. Podía ver a la perfección un aura, sin ningún problema, y no veía ninguna razón por la que debía apartarme de la que era mi costumbre normal.

—¡Lobsang! —dijo el Lama Médico—, tú eres un clarividente muy bien dotado, pero hay algunas cosas que aún no las ves. Asistimos a una demostración muy notable de parte tuya acerca de tu facultad para poder ver el aura humana, pero no hubieses visto la enfermedad del lama indio Marfata si no se hubiera quitado sus ropas.

Reflexioné sobre eso, y al pensarlo tuve que admitir que era correcto: yo había mirado al lama indio cuando estaba vestido, y aunque había visto mucho sobre su carácter y cualidades básicas, no me di cuenta de la enfermedad del hígado.

—Tienes razón, Honorable Lama Médico —le dije—, pero me gustaría recibir de ti más instrucción sobre este asunto.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me miró y dijo:

—Cuando tú miras el aura de una persona, deseas ver el aura de ella: a ti no te interesa ver los pensamientos de la oveja de donde provino la lana de que está hecho el manto. Toda aura es influida por aquello que interfiere sus rayos directos. Tenemos aquí una hoja de vidrio: afectará lo que veas a través del vidrio. En forma similar, aunque este vidrio es transparente, en realidad altera la luz o el color que verás cuando mires a través de él. De la misma manera, si miras a través de una pieza de vidrio coloreada, todas las vibraciones que recibes de un objeto serán alteradas en su intensidad por la acción de los vidrios coloreados. Por ello, una persona que tiene puestas sus vestiduras, u ornamentos, u otra cosa, tiene modificada su aura de acuerdo con el contenido etéreo de sus ropas o adornos. —Reflexioné sobre esto, y reconocí que había mucho de cierto en lo que decía. Él continuó—: El punto siguiente es éste: todo órgano del cuerpo proyecta su propia imagen, su propio estado de salud o bienestar, a lo etéreo, y el aura, cuando está descubierta y

libre de las influencias de las ropas, magnifica e intensifica la impresión que uno recibe. Así queda establecido que, si vas a ayudar a una persona cuando está sana o enferma, debes examinarla sin ropas. —Me sonrió y dijo—: ¡Y si hace frío, entonces, Lobsang, tendrás que llevarla a un lugar más cálido!

—Honorable Lama —dije—, hace algún tiempo me dijiste que estabas trabajando en un instrumento que nos permitiría curar las enfermedades mediante el aura.

—Es verdad, Lobsang —dijo mi Guía—. La enfermedad es sólo una simple discordancia en las vibraciones del cuerpo. Cuando un órgano tiene alterada su vibración molecular, se dice entonces que es un órgano enfermo. Si conseguimos ver en cuánto difiere la vibración de un órgano con respecto a la normal, entonces, al restablecer la tasa de vibración que corresponde, efectuamos una cura. En el caso de una afección mental, el cerebro acostumbra recibir mensajes del espíritu que no puede interpretar en forma correcta, y por lo tanto las acciones resultantes son aquellas que se apartan de lo que se acepta como acciones normales en los seres humanos. Así, si una persona no puede razonar o actuar de manera normal, se dice que tiene alguna enfermedad mental. Al medir la discrepancia (la baja estimulación) podemos ayudar a una persona a recobrar su nivel normal. Las vibraciones pueden ser más bajas que las normales resultantes de una subestimulación, o pueden ser más altas que las normales que darían un efecto similar a las de una fiebre cerebral. Una enfermedad completamente definida se puede curar por una intervención mediante el aura.

El Gran Lama Médico intervino aquí, y dijo:

—A propósito, Respetado Colega, el Lama Marfata discutió este asunto conmigo, y dijo que en ciertos lugares en la India, en ciertas lamaserías privadas, estaban experimentando con un aparato de alto voltaje llamado... —dudó y dijo: —...generador de Graaf. —Estaba un poco inseguro de sus términos,

pero en realidad hacía un esfuerzo sobrehumano para proporcionarnos la información exacta—. Este generador, aparentemente, desarrollaba un voltaje altamente extraordinario con una corriente muy baja, y aplicado de cierta manera al cuerpo, hacía que la intensidad del aura aumentara muchas veces, de manera que aun una persona que no fuese clarividente podía verla. También me dijeron que se sacaron fotografías del aura humana en estas condiciones.

Mi Guía sacudió la cabeza con solemnidad y dijo:

—Sí, es posible también ver el aura humana por medio de una tintura especial, un líquido que se coloca entre dos planchas de vidrio. Cuando se usa una luz apropiada como fondo, y se mira el cuerpo humano desnudo a través de esta pantalla, muchas personas pueden ver el aura.

Yo lo interrumpí diciendo:

—¡Pero, Honorables Señores! ¿Por qué las personas utilizan todas estas trampas? Yo puedo ver al aura, ¿por qué no pueden ellos? Mis dos mentores rieron nuevamente, y esta vez no creyeron necesario explicar la diferencia entre la enseñanza que yo tuve y la que tenía la mayor parte de los hombres y mujeres del mundo.

El Lama Médico dijo:

—Ahora nosotros estamos ensayando en la oscuridad: tratamos de curar a nuestros pacientes con yerbas y píldoras y brebajes. Somos como ciegos que tratan de encontrar un alfiler en el suelo. Me gustaría ver un pequeño instrumento donde cualquier persona clarividente pudiera mirar a través de él y observar el aura humana; que localizara todas las faltas del aura humana, y, al hacerlo, fuese capaz de curar la anomalía de esa deficiencia que en realidad es causa de la enfermedad.

Durante el resto de esa semana, me mostraron cosas por medio del hipnotismo y la telepatía; se aumentaron e intensificaron mis poderes, y tuvimos charla tras charla sobre las mejores maneras de ver el aura humana y de construir un

aparato que también permitiese ver el aura, y luego, en la última noche de la semana, fui a mi pequeña habitación en la Lamasería de Chakpori y, al mirar por la ventana, pensé que en la mañana siguiente tendría que volver otra vez a aquel inmenso dormitorio donde dormía en compañía de muchos otros.

Las luces del valle pestañeaban. Los últimos rayos del sol asomaban sobre los bordes de las rocas, se reflejaban sobre los techos dorados como si fuesen dedos de luz que enviaran hacia arriba lluvias de luz dorada y, al hacerlo así, separaban la luz en colores tornasolados que eran el espectro del mismo dorado. Los azules, amarillos, rojos, luchaban por atraer la vista, y se volvían más y más borrosos a medida que la luz se desvanecía. Pronto, el mismo valle estuvo como encasillado en terciopelo oscuro, un violeta azulado o terciopelo púrpura que casi se podía sentir. A través de mi ventana abierta, podía oler la esencia de los sauces, y el perfume de las plantas del jardín que se hallaban a mis pies. Una brisa errante trajo hasta mí un olor de polen, de flores que germinaban.

Los últimos rayos del sol poniente desaparecieron de la vista, ya no estaban aquellos dedos de luz sobre los bordes rocosos de nuestro valle; en su lugar, se reflejaron en el cielo que oscurecía, haciéndose notar en las nubes bajas que se mostraron rojas y azules.

En forma gradual, la noche se volvió más oscura a medida que el sol se hundía más y más fuera de nuestro mundo. Pronto, en la oscuridad púrpura del cielo, se encendieron brillantes puntos de luz, la luz de Saturno, de Venus, de Marte. Y luego vino la luz de la Luna, que colgaba arqueada en el cielo con todas sus cicatrices que se volvían más lisas y claras; y sobre la cara de la Luna pasó una nube algo aborregada. Me hizo recordar una mujer que se cubría con un vestido luego que le examinaron el aura. Me alejé, y decidí con todas las fibras de mi ser que haría todo lo posible para aumentar mi conocimiento del aura humana, y que

ayudaría a aquellos que fuesen al gran mundo para llevar ayuda y bienestar a millones de personas que sufren. Me acosté sobre el piso de piedra, y casi tan pronto como mi cabeza tocó mi manto plegado, me dormí y no supe nada más.

Capítulo IX

El silencio era profundo. El aire, de intensa concentración. A largos intervalos se oía un crujido casi inaudible que pronto se hundía otra vez en la quietud casi mortal. Miré a mi alrededor, miré la larga fila de figuras inmóviles en su manto que estaban sentadas, erguidas, sobre el piso. Eran hombres atentos, hombres concentrados en los hechos del mundo exterior. Algunos, por cierto, ¡estaban más relacionados con los hechos del mundo EXTERIOR al nuestro! Mis ojos deambularon alrededor, posándose primero en una figura augusta, y luego sobre otra. Aquí estaba un gran Superior de un distrito muy alejado. Había un lama con vestidos pobres y humildes, un hombre que había bajado de las montañas. Sin pensarlo, corrí una de las mesas bajas y alargadas para poder tener más lugar. El silencio era opresivo, era un silencio VIVO, un silencio que no podía ser con tantos hombres en el lugar.

¡CRASH! El silencio se rompió en forma ruda y estruendosa. Yo levanté un pie del suelo, en mi posición sentada, y al mismo tiempo algo rodó rápidamente. Caído a todo lo largo, aún aturdido, estaba un mensajero de la biblioteca, con los libros de lomo de madera que aún resonaban a su alrededor. Al entrar, muy cargado, no vio la mesa que yo moví. Estando ésta sólo a unas dieciocho pulgadas del piso, le había hecho una zancadilla. Ahora él estaba sobre ella.

Manos solícitas recogieron los libros y les quitaron el polvo. En el Tibet, los libros son reverenciados. Los libros contienen conocimientos y nunca deben maltratarse o profa-

narse. Ahora pensaban en los libros, no en el hombre. Yo recogí la tabla y la saqué del camino. Maravilla de maravillas, ¡nadie pensó que me tenían que culpar! El mensajero, frotando su cabeza, trataba de adivinar lo que le pasó. Yo no estaba cerca, por lo tanto no podía hacerle hecho una zancadilla. Movió su cabeza con asombro, se volvió y se fue. Pronto se restableció la calma, y los lamas volvieron a su lectura en la Biblioteca.

Como cuando trabajaba en las cocinas me arruiné por completo (¡literalmente!), me desterraron de allí en forma permanente. Ahora, para trabajos "serviles", tenía que ir a la gran Biblioteca y limpiar las tallas de las cubiertas de los libros y, en general, mantener limpio el lugar. Los libros tibetanos son grandes y pesados. Las cubiertas de madera están talladas de manera intrincada, a menudo con el título y algunas figuras. Era un trabajo pesado, levantar los libros de los estantes, llevarlos en silencio a mi mesa, limpiarlos, y luego llevar cada libro al lugar que le estaba destinado. El bibliotecario era muy escrupuloso, examinaba con cuidado cada libro para ver si en realidad estaba limpio. Había grandes cubiertas de madera que contenían revistas y diarios de países lejanos o limítrofes. En particular, me gustaba mirarlos aunque no podía leer una sola palabra. Algunos de estos diarios extranjeros tenían figuras, y cada vez que era posible, los estudiaba escrupulosamente. Cuanto más trataban de evitarlo los bibliotecarios, más ahondaba en estos libros prohibidos cada vez que no me prestaban atención.

Las ilustraciones de vehículos con ruedas me fascinaban. No había, por supuesto, ningún vehículo con ruedas en todo el Tibet, y nuestras profecías indicaban en forma muy clara que con el advenimiento de las ruedas al Tibet llegaría el "principio del fin". Más tarde, el Tibet sería invadido por una fuerza diabólica que se estaba desparramando por el mundo como una plaga cancerosa. Nosotros esperábamos que, a pesar de la Profecía, naciones más grandes, más poderosas,

se interesaran en nuestro pequeño país, que no tenía intenciones guerreras ni ambicionaba las tierras de otros.

Yo miraba las ilustraciones, fascinado. En una revista (por supuesto no sé cómo se llamaba) vi unas figuras —una serie completa— que mostraban cómo se imprimía una revista. Había unas máquinas inmensas con grandes rodillos y ruedas punteadas. Los hombres, en las ilustraciones, trabajaban como maniáticos, y pensé qué diferente era aquí en el Tibet. Aquí uno trabaja con el orgullo de la habilidad en el oficio, con el orgullo de hacer bien un trabajo. En la mente de los artesanos del Tibet no entraba ningún pensamiento comercial. Me incliné y miré otra vez esas páginas, y luego pensé cómo hacíamos las cosas nosotros.

Abajo, en la aldea de Shö, se imprimían los libros. Hábiles monjes grabadores tallaban en finas maderas los caracteres tibetanos, los tallaban con una lentitud que les aseguraba una exactitud absoluta, una fidelidad hasta en el mínimo detalle. Luego que los talladores terminaban cada madera para imprimir, otros la llevaban para limpiarla de toda imperfección o aspereza, luego llevarían la madera a otros que inspeccionarían la veracidad del texto, pues en ningún libro tibetano se deja deslizar un error. No importa el tiempo: importa la exactitud.

Las maderas, una vez talladas, limpiadas con cuidado e inspeccionadas para eliminar errores o grietas, pasan a los monjes impresores. Ellos pondrán la madera con la superficie tallada hacia arriba, sobre un banco, y luego pasarán tinta por las palabras en relieve. Por supuesto, todas las palabras se tallan invertidas, de manera que cuando se imprimen aparecen en sentido contrario. Cuando la madera está entintada e inspeccionada con cuidado otra vez, para asegurarse de que no se deja parte alguna sin entintar, se coloca rápidamente sobre el tipo una hoja de papel duro semejante a los papiros de Egipto. Sobre la parte posterior de la hoja de papel, se hace una suave presión en forma rotatoria, y

luego, con un movimiento rápido, se la saca de la superficie impresora. En seguida, los monjes inspectores toman la página y la analizan con sumo cuidado para descubrir cualquier error, cualquier defecto, y si hubiese cualquier error, el papel no se borrará ni se quemará, sino que se destinará a hacer envoltorios.

En el Tibet, la palabra impresa se tiene casi como sagrada: se considera un insulto a la enseñanza destruir o mutilar papel que contiene palabras de enseñanza o religión. Así, con el curso del tiempo, el Tibet acumuló envoltorio tras envoltorio, fardo tras fardo de hojas apenas imperfectas.

Si se considera que la hoja de papel está impresa de manera satisfactoria, se da a los impresores la orden de continuar, y ellos siguen imprimiendo otras hojas, cada una de las cuales se inspecciona para descubrir errores, tanto como las primeras. A menudo miraba trabajar a estos impresores, y durante el curso de mis estudios tuve que llevar a cabo yo mismo su propio trabajo. Tallaba las palabras impresas a la inversa, humedecía las tallas después, y bajo una minuciosa supervisión las entintaba y luego imprimía libros.

Los libros tibetanos no se encuadernan como los occidentales. Un libro tibetano es un objeto largo, o quizá sería mejor decir que es un objeto muy ancho pero muy corto, pues una línea impresa tibetana se extiende algunos pies, aunque la página puede ser sólo de un pie de alto. Todas las hojas que contienen las páginas necesarias, se extienden con cuidado y, durante un buen tiempo, porque no hay prisa alguna, se dejan secar. Una vez transcurrido ese largo tiempo en que se dejó que se secaran, se las unirá para formar los libros. Primero se toma una base de madera a la que se agregan dos cintillas; luego, sobre la base, se atan las páginas del libro en forma correcta, y cuando cada libro está así compaginado, sobre la pila de hojas impresas se coloca otra pesada madera que forma la cubierta. Esta madera pesada tiene intrincadas tallas: quizá muestre escenas del libro, y por

supuesto, contiene su título. Luego se estiran las dos cintillas de la madera inferior y se atan sobre la madera superior; se ejerce una presión considerable, a fin de obligar a todas las hojas a formar una masa compacta. Luego, los libros particularmente valiosos se envolverán con cuidado en seda y la envoltura se sellará, de manera que sólo los que tengan suficiente autoridad podrán abrir la envoltura y molestar la paz de ese libro tan cuidadosamente impreso.

Me pareció que muchas de estas ilustraciones occidentales eran de mujeres en un notable estado de desnudez; se me ocurrió que esos países debían ser muy calurosos, pues de otra manera, ¿cómo podían las mujeres andar tan escasas de ropas? En algunas de las ilustraciones había personas echadas, con seguridad muertas, mientras que de pie al lado de ellas había un hombre con cara de villano que tenía en una mano un tubo de metal de donde salía humo. Nunca pude comprender la razón de esto, pues, a juzgar por mis impresiones, las personas del mundo occidental practican su afición favorita: ir matándose unas a otras; luego llegan hombres inmensos con extrañas vestimentas y colocan sobre las manos o las muñecas de la persona que tiene el tubo humeante, unos objetos de metal.

Las damas desnudas no me preocuparon en absoluto, ni excitaron ningún interés particular en mí, pues los budistas y los indios, y de hecho todas las personas orientales, saben muy bien que el sexo es una cosa necesaria en la vida humana. Se sabe que la experiencia sexual es quizá la forma más elevada de éxtasis que un ser humano puede experimentar mientras aún está vivo. Por esa razón, muchos de nuestros cuadros religiosos muestran a un hombre y a una mujer, que generalmente representan a un Dios y a una Diosa, en el más íntimo de los íntimos abrazos. A causa de que los hechos de la vida y del nacimiento son tan conocidos, no hay ninguna necesidad particular de disfrazar los hechos, y así, algunas veces, un detalle es casi fotográfico. Esto no es de ma-

nera alguna pornográfico, ni indecente, sino que constituye el método más conveniente para indicar que de la unión de hombre y mujer surgen ciertas sensaciones específicas, y de explicar que, con la unión de las almas, se puede experimentar un placer mayor, aunque eso, por supuesto, no pueda ocurrir en este mundo.

Por algunas conversaciones que sostuve con comerciantes de la ciudad de Lhasa, en la aldea de Shö, y con aquellos que descansaban a los lados de la Puerta Occidental, tuve la sorprendente información de que en el mundo occidental se considera indecente exponer el propio cuerpo a la vista de otro. No podía comprender por qué era así, pues el hecho más elemental de la vida es que tienen que existir dos sexos. Recuerdo una conversación que tuve con un anciano comerciante que frecuentaba la ruta entre Kalimpong, en la India, y Lhasa. Durante un lapso considerable me propuse encontrarlo en la Puerta Occidental, y lo saludaba para desearle que tuviera la más exitosa estada en nuestra tierra. A menudo, podíamos detenernos a conversar un rato; yo le daba noticias sobre Lhasa y él me daba noticias sobre el gran mundo exterior. A menudo, también, traía libros y revistas para mi Guía, el lama Mingyar Dondup, y yo tenía la agradable tarea de entregárselos. Este comerciante una vez me dijo:

—Ya te dije mucho sobre las personas de occidente, pero aún no las comprendo; uno de sus proverbios en particular no tiene ningún significado para mí. Es éste: "El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios". Y sin embargo tienen miedo de mostrar su cuerpo, que ellos dicen está hecho a imagen de Dios. ¿Entonces significa que tienen vergüenza de la forma de Dios? Me miró interrogándome, y por supuesto eso era un lío, no pude responder a su pregunta. El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Por lo tanto, si Dios es lo máximo en perfección, como sería el caso, no tendría que existir vergüenza en exponer la imagen

de Dios. Nosotros, los llamados paganos, no tenemos vergüenza de nuestros cuerpos, sabemos que sin el sexo no habría continuidad de la raza. Sabemos que el sexo, en ocasiones apropiadas, aumenta la espiritualidad del hombre y de la mujer.

También me quedé atónito cuando supe que algunos hombres y mujeres que están casados, quizá durante años, nunca han visto el cuerpo desnudo del otro. Cuando supe que ellos "hacían el amor" con las cortinas corridas y la luz apagada, recuerdo que pensé que la persona que me lo decía me tomaba por un patán realmente tonto, que no sabía lo que pasaba en el mundo, y desde ese momento decidí preguntar a mi Guía, el lama Mingyar Dondup, en la primera oportunidad que tuviera, sobre el sexo en el mundo occidental. Me volví de la Puerta Occidental y corrí por el camino hacia el sendero estrecho, peligroso, que nosotros, los niños del Chakpori, utilizábamos con preferencia al sendero común. Este sendero hubiera asustado a un alpinista y con frecuencia también nos asustaba a nosotros, pero era una cuestión de honor no utilizar el otro sendero a menos que estuviéramos en compañía de nuestros superiores o de alguien presumiblemente superior a nosotros. La manera de subir suponía trepar a mano rocas melladas, colgarse en forma precaria desde ciertos caminos expuestos, y en todo momento hacer cosas que ninguna persona en su sano juicio haría aunque le pagaran una fortuna. A su tiempo, llegué a la parte superior, y entré en el Chakpori por un camino que también conocíamos y que nos hubiera merecido trompadas de los censores si ellos también lo supiesen. Así, por último, llegué al patio interior, más exhausto que si hubiese llegado por el camino correcto, pero por lo menos con el honor satisfecho. Había hecho el viaje hacia arriba con alguna mayor rapidez que los niños que descendían.

Me sacudí del manto el polvo y las pequeñas piedras, vacié mi cuenco, que tenía numerosas plantitas, y luego, sintién-

dome más presentable, entré en busca de mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Al dar vuelta a una esquina, vi que caminaba alejándose de mí; por lo tanto, lo llamé:

—¡Oh! ¡Honorable Lama!

Él se detuvo, me miró y caminó hacia mí, una acción que con toda seguridad nadie en el Chakpori hubiera hecho, ya que él trataba a todo hombre y niño por igual, porque como solía decir, lo que interesa no es la forma exterior, no es el cuerpo que uno presenta, sino lo que está dentro, aquello que controla el cuerpo. Incluso mi Guía era una Gran Encarnación, que fue rápidamente reconocida al retornar a su cuerpo. Una lección siempre recordada por mí fue que este gran hombre era humilde y que siempre consideró los sentimientos de aquellos que simplemente no eran "tan grandes", por decirlo rudamente, aquellos que eran muy inferiores.

—Bueno, Lobsang —dijo mi Guía—, te vi subir por aquel sendero prohibido, y si yo fuera un censor estarían escociéndote ahora un buen número de lugares; te agradaría mucho poder estar de pie durante muchas horas. —Se rio y dijo: De cualquier manera, yo mismo hice igual que tú, y sufro lo que posiblemente es una emoción prohibida al ver que otros hacen lo que ya no puedo hacer. Bueno, de cualquier manera, ¿cuál es la prisa?

Lo miré y dije:

—Honorable Lama, estuve oyendo cosas horribles sobre las personas del mundo occidental, y por cierto mi mente está en un constante torbellino, pues no puedo decirte si se han reído de mí, haciéndome parecer más tonto que siempre, o si las maravillas que me han descrito son hechos en realidad.

—Ven conmigo, Lobsang —dijo mi Guía—, yo voy a mi habitación, iba a meditar, pero en su lugar charlemos sobre estas cosas. La meditación puede esperar.

Nos volvimos y caminamos juntos hacia las habitaciones del lama Mingyar Dondup, hacia la que miraba al

Parque Enjoyado. Yo entré en la habitación siguiendo sus pasos, y en lugar de sentarnos en seguida, llamó al sirviente para que nos trajera té. Luego, conmigo a su lado, se dirigió hacia la ventana y miró la encantadora extensión de tierra. Una tierra que era quizás uno de los lugares más lindos de todo el mundo. Bajo nosotros, algo hacia la izquierda, estaba el jardín fértil, cubierto de árboles, conocido como el Norbu Linga o Parque Enjoyado. La hermosa agua cristalina salpicaba entre los árboles, y el pequeño templo del Profundo, situado sobre una isla, brillaba a la luz del sol. Alguien cruzaba el camino de rocas, un sendero sobre el agua hecho con piedras chatas, colocadas dejando espacios entre ellas, de manera que el agua podía pasar y los peces no encontraban barrera. Miré con cuidado, y creí poder distinguir uno de los altos miembros del gobierno.

—Sí, Lobsang, vas a ver al Profundo —dijo mi Guía, en respuesta a mi pensamiento. Miramos juntos durante algún tiempo, pues allí era agradable mirar sobre el parque, más abajo de nosotros. El Río Feliz salpicaba y bailaba como si fuese la alegría de un hermoso día. También podíamos ver al desembarcadero, uno de mis lugares favoritos; era una fuente infinita de placer y distracción para mí, ver a los boteros que subían a sus botes de piel inflada y que remaban con alegría hacia el otro lado.

Abajo, entre nosotros y el Norbu Linga, los peregrinos caminaban con lentitud a lo largo del camino de Lingkor. Caminaban mirando apenas a nuestro Chakpori, pero miraban de manera constante el Parque Enjoyado para poder ver algo de interés allí, ya que todos los peregrinos debían saber que el Profundo estaba en el Norbu Linga. Yo podía ver al Kashya Linga, un pequeño parque, bien arbolado, que estaba a un lado del desembarcadero. Había un pequeño camino que llevaba del camino de Lingkor hasta el Kyi Chu, y en general lo usaban viajeros que tomaban el ferry. De cualquier manera, algunos lo utilizaban para llegar al jardín

de los lamas, que estaba del otro lado del camino del desembarcadero.

El sirviente nos trajo té y también una agradable comida. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, dijo:

—Ven, Lobsang, comamos pronto, pues los hombres que van a debatir no deben estar vacíos, a riesgo de que su cabeza también resulte vacía.

Se sentó en un duro almohadón que se usa en el Tibet en lugar de las sillas, pues nosotros nos sentamos sobre el suelo con las piernas cruzadas. Así sentado, me hizo señas para que yo siguiera su ejemplo, cosa que hice con rapidez, pues el ver la comida siempre nos hace apurar. Comimos en relativo silencio. En el Tibet, en particular entre los monjes, no se considera correcto hablar o hacer cualquier ruido mientras la comida está delante de uno. Los monjes solos comen en silencio, pero si estuvieran en una congregación, un lector leería en voz alta pasajes de los sagrados libros. Este lector estaría en un lugar alto donde, además de ver su libro, podría mirar y ver a los monjes y descubrir inmediatamente a aquellos que por estar tan enfrascados en su alimento no tenían tiempo para sus palabras. Cuando había una congregación de monjes comiendo, también estaban presentes los censores para ver que nadie charlara, excepto el monje lector. Pero nosotros, estábamos solos: nos hicimos unas pocas acotaciones inconexas, pues sabíamos que muchas de las antiguas costumbres, tales como la de estar en silencio durante las comidas, eran una buena disciplina cuando uno es fuerte, pero no son necesarias para un par como nosotros. Así, para mi vanagloria, me consideré un compañero de uno de los hombres realmente grandes de mi país.

—Bueno, Lobsang —dijo mi Guía cuando terminamos nuestra comida—, dime, ¿qué es lo que te preocupa tanto?

—¡Honorable Lama! —dije con alguna excitación—. Un comerciante que pasó por aquí, y con quien discutí algunos asuntos por algunos momentos en la Puerta Occidental, me

dio alguna información notable sobre las personas occidentales. Me dijo que ellos creían que nuestras pinturas religiosas eran obscenas. Me dijo cosas increíbles sobre sus costumbres sexuales, y todavía no estoy seguro si me estuvo tomando por un tonto. Mi Guía me miró y pensó durante uno o dos segundos, luego dijo:

—Entrar en este asunto, Lobsang, nos llevaría más de una sesión. Tenemos que ir a nuestro servicio, y ya casi es la hora. Discutamos primero sólo un aspecto, ¿quieres? —Yo asentí, con mucha ansiedad, porque en realidad estaba muy confundido por todo esto. Mi Guía continuó—: Todo esto se origina en la religión. La religión occidental es distinta de la oriental. Tendríamos que verla y observar cuánto influye sobre este tema.

Se arregló su manto para estar más cómodo, y llamó al sirviente para que retirara las cosas de la mesa. Una vez hecho esto, se volvió hacia mí y comenzó una charla que hallé de cautivante interés:

—Lobsang —dijo—, debemos trazar una línea entre las religiones occidentales y nuestra propia religión budista. Tú te darás cuenta, por tus lecciones, que con el transcurso del tiempo se alteraron las enseñanzas de nuestro Superior Gautama. Durante los años y siglos que transcurrieron desde el paso de Gautama por esta tierra y su elevación al budismo, las enseñanzas que nosotros personalmente te trasmitimos, cambiaron. Algunos de nosotros pensamos que cambiaron para peor. Otros piensan que las enseñanzas se llevaron a una línea de pensamiento moderno. —Me miró para asegurarse de que lo seguía con atención. Yo comprendía y lo seguía a la perfección. Él movió su cabeza y luego continuó—: Nosotros tuvimos nuestro Gran Ser, a quien llamamos Gautama, algunos lo llaman Buda. Los Cristianos también tienen su Gran Ser. Su Gran Ser propuso ciertas enseñanzas. La leyenda, y de hecho las constancias actuales, testimonian el hecho de que su Gran Ser, quien de acuerdo con sus pro-

pias escrituras deambuló por el desierto, en realidad visitó la India y el Tibet en busca de información, en busca de conocimiento sobre una religión que se adecuara a las mentalidades y espíritus occidentales. Este Gran Ser llegó a Lhasa y visitó nuestra Catedral, el Jo Kang. Luego, el Gran Ser regresó a Occidente y creó una religión admirable y adecuada en todo sentido para la gente occidental. Por haber pasado el Gran Ser por esta tierra, como pasó nuestro gran Gautama, se produjeron ciertas desuniones en la Iglesia Católica. Unos sesenta años después de su paso, se realizó en un lugar llamado Constantinopla una Convención o Asamblea. En el Dogma cristiano se hicieron ciertos cambios, se cambió la creencia cristiana. Probablemente, algunos de los monjes de esa época pensaron que debían establecer algunos tormentos para poder mantener en orden a algunas de sus congregaciones más refractarias. —Me miró otra vez para ver si lo seguía. Otra vez le indiqué que no lo seguía simplemente, sino que lo seguía con gran interés—. Los hombres que asistieron a la Convención, en Constantinopla, en el año 60, eran hombres que no simpatizaban con las mujeres, así como algunos de nuestros monjes sienten que se desmayan con el simple pensamiento de una mujer. La mayoría consideraba al sexo como algo sucio, como algo a que sólo debía acudirse en caso de absoluta necesidad para propagar la raza. Eran hombres que no tenían grandes necesidades sexuales; sin duda tenían otras necesidades, quizás algunas de ellas eran espirituales, no lo sé, sólo sé que en el año 60 decidieron que el sexo era sucio, que el sexo era obra del diablo. Decidieron que los niños eran traídos sucios a este mundo y que no podrían aspirar a una recompensa si antes no se limpiaban de alguna manera. —Se detuvo un momento y luego sonrió y dijo—: ¡No sé qué se supuso pasaría a todos los millones de niños que nacieron antes de la reunión en Constantinopla! Comprenderás, Lobsang, que te estoy hablando del Cristianismo según yo lo comprendo. Posiblemente, cuando tú

vayas a vivir entre esas personas tengas una impresión diferente o una información distinta, que puede modificar de alguna manera mis propias opiniones y enseñanzas. Mientras él terminaba su discurso, sonaron los cuernos y las trompetas del templo. A nuestro alrededor se oía el bullicio de hombres disciplinados que se preparaban para el servicio. También nosotros nos pusimos de pie y sacudimos nuestros mantos antes de dirigirnos al Templo para el servicio. Antes de dejarme en la entrada, mi Guía dijo:

—Luego ven a mi habitación, Lobsang, y continuaremos nuestra charla.

Así, entré en el Templo y ocupé mi lugar entre mis compañeros, dije mis oraciones y agradecí a mi propio Dios particular el que yo fuese un tibetano lo mismo que mi Guía, el lama Mingyar Dondup. En el antiguo templo era maravilloso el aire de adoración, las suaves nubes de incienso que se elevaban y que nos mantenían en contacto con las personas de otros lugares de existencia. El incienso no es solamente un olor agradable, algo que "desinfecta" un Templo, sino que es una fuerza viviente, una fuerza tan bien dispuesta que, al tomar un tipo particular de incienso, podemos controlar el promedio de vibraciones. Esa noche, en el Templo, el incienso flotaba y daba al lugar una atmósfera suave, de mundo antiguo. Desde mi lugar miré los niños de mi grupo, miré la mística oscuridad del templo. Se oía el cántico profundo de los ancianos lamas acompañados —a veces— por campanas de plata. Esa noche teníamos con nosotros un monje japonés. Había llegado a nuestra tierra luego de detenerse durante algún tiempo en la India. En su propio país era un gran hombre y trajo con él sus tambores de madera, tambores que tienen parte tan importante en la religión de los monjes japoneses. Me maravillé de la versatilidad del monje japonés, de la música notable que provenía de sus tambores. Me resultaba verdaderamente asombroso que al golpear una especie de caja de madera se produjese

un sonido tan musical. Tenía el tambor de madera y además una especie de badajos, cada uno con su pequeña campana, y también lo acompañaban con sus campanas de plata nuestros propios lamas, junto con la gran caracola del templo que sonaba en el momento adecuado. Me pareció que vibraba todo el Templo, las mismas paredes parecían danzar y vibrar, y la niebla en la distancia, en los lugares apartados, parecía transformarse en rostros, rostros de lamas que hacía tiempo habían muerto. Pero luego, de repente, el servicio terminó y yo corrí, como habíamos convenido, hacia mi Guía, el lama Mingyar Dondup.

—¡No perdiste mucho tiempo, Lobsang! —dijo mi Guía jovialmente—. ¡Pensé que quizá te habrías detenido a comer uno de esos inmensos refrigerios!

—No Honorable Lama —le dije—, deseo ilustrarme, pues confieso que el tema del sexo en el mundo occidental es algo que me causó mucho asombro, luego de haber oído hablar a comerciantes y a otros.

Él se rio y me dijo:

—¡El sexo es de gran interés en cualquier lugar! Después de todo, es el sexo el que mantiene a las personas sobre esta tierra. Lo discutiremos a medida que tú lo necesites.

—Honorable Lama —dije—, con anterioridad dijiste que el sexo es la segunda gran fuerza en el mundo. ¿Qué quisiste decir con eso? Si el sexo es tan necesario para mantener poblado al mundo, ¿cómo no es la fuerza más importante?

—La fuerza más grande del mundo, Lobsang —dijo mi Guía—, no es el sexo: la fuerza más grande que todas es la imaginación, pues sin ella no habría ningún impulso sexual. Si el hombre careciera de imaginación, entonces no se interesaría por la mujer. Sin imaginación no habría escritores, ni artistas, ¡no habría nada que fuese constructivo o bueno!

—Pero, Honorable Lama —alegué—, ¿dices que la imaginación es necesaria para el sexo? Y si es así, ¿cómo se aplica la imaginación en los animales?

—La imaginación la poseen los animales, Lobsang, tanto como los humanos. Muchas personas creen que los animales son criaturas irrazonables, sin ninguna forma de inteligencia, aunque yo, que viví un gran número de años, te diga lo contrario. —Mi Guía me miró, y luego, haciendo castañetear sus dedos, me dijo—: Tú pareces gustar de los gatos del Templo, ¿me vas a decir que ellos no tienen imaginación? Tú siempre hablas con los gatos del Templo, te detienes a acariciarlos. Una vez que te hayas puesto cariñoso con ellos, ellos te esperarán una segunda vez, una tercera, etc. Si sólo hubiese reacciones instintivas, si sólo hubiese modelos de cerebros, entonces el gato no te esperaría una segunda o tercera ocasión, sino que esperaría hasta que se formase el hábito. No, Lobsang, cualquier animal tiene imaginación. Un animal imagina los placeres de estar con su compañero, ¡y luego ocurre lo inevitable!

Cuando me puse a reflexionar sobre esto, a considerar el tema, vi con claridad que mi Guía tenía razón. Yo había visto pequeños pájaros, gallinas, ¡que movían sus alas de la misma manera que las mujeres mueven sus pestañas! Yo había mirado a los pequeños pajaritos que se veían muy ansiosos mientras esperaban que sus compañeros regresaran con la eterna carga de alimentos. Había visto con alegría cómo un pequeño pajarito saludaba a su compañero al regreso. Me resultaba obvio, ahora que lo pensaba, que en realidad los animales tenían imaginación, y así pude ver el sentido de las observaciones de mi Guía y que la imaginación era la fuerza más grande que existe sobre la tierra.

—Uno de los comerciantes me dijo que cuanto más oculta fuese una persona, más se oponía al sexo, Honorable Lama —dije—. ¿Es verdad o se burlaron de mí? Oí tantas cosas extrañas que en realidad no sé qué pensar. —El lama Mingyar Dondup sacudió con tristeza la cabeza mientras contestaba:

—Es verdad, Lobsang, que muchas personas que están intensamente interesadas en las cuestiones ocultas tienen una

antipatía intensa hacia el sexo, y por una razón especial; te dijeron antes que los ocultistas más grandes no son normales, esto es, que hay algo más en su físico. Una persona puede tener una gran enfermedad, como el cáncer, o algo de esa naturaleza. Una persona puede tener una afección nerviosa, cualquiera sea, pero es una enfermedad y esa enfermedad aumenta las percepciones físicas. —Frunció el ceño apenas, y continuó—: Muchas personas encuentran que el impulso sexual es una gran potencia. Algunas personas, por una razón u otra, utilizan medios para sublimar esa potencia sexual, y la pueden transformar en cosas espirituales. Una vez que un hombre o una mujer se separan de una cosa, se transforman en un enemigo a muerte de ella. No existe un reformista más grande, ni un propagandista mayor, contra los demonios de la bebida, ¡que el borracho reformado! De la misma manera, un hombre o una mujer que han renunciado al sexo (posiblemente porque no satisfacían o no se satisfacían) se volcarán a las cuestiones ocultas. Y toda la potencia que hubo con anterioridad (con éxito o fracaso) en las aventuras sexuales, se dedicará ahora a las aventuras ocultas. Pero, desgraciadamente, a menudo estas personas tienden a desequilibrarse por ello; tienden a cacarear que sólo renunciando al sexo es posible el progreso. Nada podría ser más fantástico, nada podría tergiversarse más: algunas de las personas más grandes pueden disfrutar de una vida normal y también progresar ampliamente en lo metafísico.

Justamente en ese momento, el Gran Lama Médico Chinrobnobo entró, lo saludamos, y se sentó con nosotros.

—Le estoy diciendo a Lobsang algunas cosas sobre el sexo y el ocultismo —dijo mi Guía.

—¡Ah, sí! —dijo el Lama Chinrobnobo—. Es hora de que sepa algo sobre esto; lo he pensado durante mucho tiempo.

Mi Guía continuó:

—Está demostrado que aquellos que utilizan normalmente el sexo, como se supone que debe hacerse, aumentan su pro-

pia fuerza espiritual. El sexo no es algo de lo que se debe abusar, pero por otra parte no es tampoco algo que debe repudiarse. Al tener una persona sus vibraciones aumentadas, puede hacerse que esa persona aumente espiritualmente. De cualquier manera, deseo señalarte —me dijo, mirándome con severidad— que el acto sexual sólo se concederá a aquellos que se aman, a aquellos que están unidos por una afinidad espiritual. Lo que es ilícito, ilegal, es simplemente prostitución del cuerpo y puede dañar a una persona de la misma manera que lo otro puede ayudar. De la misma manera, un hombre o una mujer deberán tener sólo un compañero, evitando todas las tentaciones que aparten del sendero de la verdad y la rectitud.

El Lama Chinrobnobo dijo:

—Pero hay otra cuestión que deberías tratar, Respetado Colega, y es la cuestión concerniente al control de la natalidad. Te dejaré para que lo trates.

Se puso de pie, nos saludó con solemnidad, y abandonó la habitación.

Mi Guía esperó un momento, y luego dijo:

—¿Estás cansado de esto, Lobsang?

—No, Señor —le contesté—, deseo aprender todo lo que puedo, pues esto es muy extraño para mí.

—Entonces deberás saber que en los primeros tiempos de la vida sobre la tierra las gentes se dividían en familias. En todos los lugares del mundo había pequeñas familias que, con el transcurso del tiempo, se transformaron en grandes familias. Como parece ser inevitable entre los seres humanos, surgieron peleas y divisiones. Una familia peleaba contra otra familia. Los vencedores mataban a los hombres que habían derrotado y llevaban sus mujeres a su propia familia. Pronto se dieron cuenta de que, cuanto más grande fuese la familia, ahora llamada tribu, más poderosa sería y estaría más segura de los ataques de las otras. —Me miró con un poco de tristeza y luego continuó—: A medida que los años

y los siglos pasaban, las tribus crecían en tamaño. Algunos hombres se convirtieron en monjes, pero eran hombres con un poco de poder político, ¡con una visión del futuro! Los monjes establecieron que ellos habían de tener un edicto sagrado, lo que podría llamarse una orden de Dios, que ayudaría a la tribu como un todo. Decidieron que uno tenía que ser fructífero y multiplicarse. En esos días era realmente una necesidad, porque a menos que las personas "se multiplicaran", su tribu se debilitaría y quizá desapareciera por completo. Así, los monjes que ordenaban que las personas fuesen fructíferas y se multiplicaran estaban protegiendo entonces el futuro de su propia tribu. De cualquier manera, con el paso de los siglos y los siglos, se sabe que la población del mundo está creciendo a tal velocidad que el mundo se está volviendo superpoblado, que hay más personas que las que justifican las fuentes de alimentos. Tendrá que hacerse algo por ello.

Yo podía seguir todo esto, tenía sentido, y estaba contento al ver que mis amigos del Pargo Kaling, los comerciantes que habían viajado tanto y tan lejos, me habían dicho la verdad.

Mi Guía continuó:

—Algunas religiones, aun hoy, piensan que está mal poner un límite al número de niños que nacen, pero si se mira la historia mundial se ve que la mayoría de las guerras son causadas por la falta de espacio donde vivir por parte del agresor. Un país tiene un rápido desarrollo de población, y sabe que si sigue desarrollándose a ese promedio no tendrá suficientes alimentos, ni suficientes oportunidades para sus propias gentes. Así, hacen la guerra, diciendo que tienen que tener espacio para vivir.

—Entonces, Honorable Lama —dije—, ¿cómo tratarías el problema?

—Lobsang— contestó—, el asunto es fácil si se reúnen para discutirlo hombres y mujeres de buena voluntad. Las antiguas formas de la religión, las antiguas enseñanzas religiosas, eran muy adecuadas cuando el mundo era joven, cuando ha-

bía pocas personas, pero ahora es ineludible, ¡aún estamos a tiempo!, que tratemos el tema. ¿Me preguntas lo que haría? Bueno, yo haría esto: establecería un control legal del nacimiento. Enseñaría a toda persona el control del nacimiento, cómo se puede lograr, qué es, y todo lo que se pueda descubrir sobre ello. Vería que esas personas que desean niños tuvieran sólo uno o dos, mientras que las que no los desean supieran cómo hacer para que no nazcan. De acuerdo con nuestra religión, Lobsang, no habría ningún pecado en hacerlo. Yo estudié los antiguos libros que datan de épocas muy anteriores a la aparición de la vida sobre las partes occidentales de este globo, pues, como tú sabes, la vida primero apareció en China y en las zonas que rodean el Tibet, y se diseminó por la India antes de ir hacia el oeste. De cualquier manera, no estamos tratando esto.

Yo decidí en el momento que tan pronto como pudiera haría que mi Guía me hablara algo más sobre el origen de la vida sobre esta tierra, pero recordé que ahora estudiaba todo lo que podía sobre la cuestión del sexo. Mi Guía me estaba mirando, y al ver que prestaba atención otra vez dijo:

—Como te iba diciendo, la mayor parte de las guerras son causadas por la sobrepoblación. Es un hecho que habrá guerras, siempre habrá guerras, mientras haya poblaciones grandes y en aumento. Y es necesario que las haya, pues de otra manera el mundo rebosaría de personas de la misma manera que una rata muerta pronto estaría desbordando de hormigas. Cuando tú te alejes del Tibet, donde nosotros tenemos una población muy pequeña, y vayas a alguna de las grandes ciudades del mundo, te asombrarás y maravillarás de la cantidad y número de multitudes de personas que existen. Verás que mis palabras son ciertas; las guerras son absolutamente necesarias para mantener baja la población. Las personas tienen que venir a la Tierra para aprender cosas y a menos que no hubiese guerras o enfermedades, no habría ninguna manera de mantener un control de la población y ali-

mentarla. Sería como un enjambre de langostas que comen todo cuanto está a la vista, que contaminan todo, y que al final se exterminarán completamente ellas mismas.

—Honorable Lama —dije—, algunos de los comerciantes que me hablaron sobre la cuestión del control de la natalidad dicen que muchas personas piensan que es diabólico. Ahora, ¿qué tengo que pensar de eso? Mi Guía pensó durante un momento, probablemente se preguntaba cuánto debería decirme, pues aún yo era muy joven, y luego dijo:

—El control de la natalidad, para algunos, parece ser el asesinato de una persona por nacer, pero en nuestra fe, Lobsang, el espíritu aún no entró en el niño por nacer. En nuestra fe no puede ocurrir ningún asesinato, y por supuesto, de cualquier manera que fuere, es absurdo decir que es criminal tomar precauciones para evitar la concepción. ¡Es lo mismo decir que nosotros asesinamos a un montón de plantas porque evitamos que sus semillas germinen! Los seres humanos a menudo imaginan que son la cosa más maravillosa que sucedió en el gran Universo. En realidad, por supuesto, los seres humanos son sólo una forma de vida, y no la forma de vida más alta; de cualquier manera no tenemos tiempo de penetrar en tales temas por el momento.

Yo pensé en otra cosa que había oído, y me pareció que era una cosa tan chocante, tan terrible, que apenas podía hablar de ella. ¡De cualquier manera, lo hice!

—¡Honorable Lama! He oído decir que algunos animales, las vacas por ejemplo, quedan preñadas por métodos artificiales. ¿Es cierto eso?

Mi Guía pareció conmovido durante un momento, y luego dijo:

—Sí, Lobsang, es cierto. Hay ciertas personas en el mundo occidental que tratan de criar ganado por lo que llaman inseminación artificial, es decir, que las vacas son inseminadas por un hombre con una gran jeringa, en lugar de hacerlo el toro. Estas personas no parecen darse cuenta de que al formar

un bebé, ya sea un bebé humano, un bebé oso, o un bebé vaca, hay algo más que una unión mecánica. Si uno va a tener una buena estirpe, entonces tendrá que haber amor o una forma de afecto en el proceso de la unión. Si los seres humanos fuesen inseminados artificialmente, entonces podría suceder que, al nacer sin amor, ¡fuesen subhumanos! Te repito, Lobsang, que para lograr el mejor tipo de ser humano o animal es necesario que los padres se eleven en la vibración tanto espiritual como física. La inseminación artificial, llevada a cabo en condiciones frías, sin amor, da por resultado una estirpe muy pobre por cierto. Creo que la inseminación artificial es uno de los crímenes mayores sobre esta tierra.

Yo estaba sentado allí, con las sombras del atardecer que entraban en la habitación y bañaban al lama Mingyar Dondup en la oscuridad creciente, y a medida que la oscuridad aumentaba veía relucir su aura con el gran oro de la espiritualidad. Para mí, en forma clarividente, la luz brillaba realmente y se mezclaba incluso con la oscuridad. Mis percepciones clarividentes me dijeron, ¡cómo si yo no lo supiera ya!, que yo estaba allí en presencia de uno de los hombres más grandes del Tibet. En mi interior me sentí confortado, sentí que todo mi ser palpitaba de amor por este mi Guía y tutor.

Bajo nosotros las caracolas del templo sonaron otra vez, pero esta vez no nos llamaban, sino que llamaban a otros. Caminamos juntos hacia la ventana y miramos. Mientras mirábamos el valle que se extendía allá abajo mi Guía posó su mano sobre mi hombro. El valle estaba ahora casi envuelto en la purpúrea oscuridad.

—Deja que tu conciencia sea tu Guía, Lobsang —dijo mi Guía—. Siempre sabrás si una cosa está bien o mal. Tú irás lejos, más lejos de lo que te imaginas, y tendrás muchas tentaciones ante ti. Deja que tu conciencia sea tu Guía. Nosotros, en el Tibet, somos personas pacíficas, somos una pequeña población, somos gentes que vivimos en paz, que creemos en

lo sagrado, que creemos en la santidad del espíritu. En cualquier lugar donde vayas, sea lo que fuere lo que debas afrontar, deja que tu conciencia sea tu Guía. Nosotros tratamos de ayudar a tu conciencia. Estamos tratando de darte el máximo de poder telepático y de clarividencia, de manera que en lo futuro mientras vivas puedas ponerte en contacto con los grandes lamas, aquí en el Himalaya, grandes lamas, quienes, más tarde, dedicarán todo su tiempo a esperar tus mensajes.

¿Esperar mis mensajes? Temo que se me haya caído la mandíbula de la sorpresa; ¿MIS mensajes? ¿Qué tenía yo de especial? ¿Por qué tendrían los lamas que esperar siempre mis mensajes? Mi Guía se rio y palmeó mi hombro.

—La razón de tu existencia, Lobsang, es que tienes que llevar a cabo una tarea muy, muy especial. A pesar de todas las dificultades, a pesar de todo sufrimiento, tendrás éxito en tu tarea. Pero no es justo que se te abandone a tu propio mundo, un mundo demente que se burlará de ti y te llamará mentiroso, farsante y pérfido. Nunca desesperes, nunca abandones, pues prevalecerá lo bueno. ¡Tú, Lobsang, prevalecerás!

Las sombras del atardecer se transformaron en la oscuridad de la noche. Bajo nosotros, titilaban las luces de la ciudad. Arriba, una luna nueva nos espiaba sobre el borde de las montañas. Los planetas, vastos millones de ellos, titilaban en los cielos purpúreos: yo los miré, pensé en todos los vaticinios sobre mí, en todas las profecías sobre mí, y también pensé en la confianza y amistad que me demostraba mi amigo, mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Estaba contento.

CAPÍTULO X

El maestro estaba de mal humor; quizá tomó el té demasiado frío, quizás el tsampa no estaba mezclado o tostado como le gustaba. El Maestro estaba de mal humor; nosotros los niños estábamos sentados en la clase temblando de miedo. Sorpresivamente, se había abalanzado sobre los niños que estaban a mi izquierda y a mi derecha. Mi memoria era buena, sabía perfectamente las lecciones, podía repetir capítulos y versículos de los ciento ocho volúmenes del Kan-gyur.

¡THWACK! ¡THWACK! La sorpresa me hizo dar un respingo. Otros tres niños, a mi derecha e izquierda, también saltaron sorprendidos. Durante un momento, apenas supimos cuál de nosotros recibía la paliza; luego, cuando el Maestro pegó algo más fuerte, supe que el desgraciado era yo. Él continuó golpeando, murmurando todo el tiempo:

—¡El favorito del Lama! ¡Idiota consentido! ¡Te enseñaré a aprender algo!

El polvo se sacudió de mi manto y se transformó en una nube sofocante que me hizo estornudar. Por alguna razón, esto enfureció aún más al Maestro, y se dispuso a sacarme aún más polvo. Por suerte, aunque él no lo sabía, ya me había anticipado a su mal humor y me puse más ropas que de costumbre; así, aunque a él no le gustara esto, sus golpes no me molestaron. De cualquier manera estaba curtido.

Este Maestro era tiránico. Era un perfeccionista sin ser perfecto él mismo. No sólo teníamos que aprender palabra por palabra la lección, sino su pronunciación, su inflexión, y si no era de su agrado tomaba su bastón y lo descargaba

sobre nuestras espaldas. Ahora se estaba ejercitando un poco y yo me estaba sofocando con el polvo. Los niños pequeños, en el Tibet, como los niños pequeños en cualquier lugar, ruedan sobre la tierra cuando pelean o cuando juegan, y los niños privados por entero de influencias femeninas, no siempre pueden asegurar que el polvo no está sobre sus ropas; las mías estaban llenas de tierra y esto, en realidad, era tan bueno como una buena limpieza. El maestro seguía golpeando:

—¡Te enseñaré a pronunciar mal una palabra! ¡Ser irrespetuoso con el Sagrado Conocimiento! ¡Idiota consentido, siempre perdiendo clases y luego regresando sabiendo más que cualquiera a quien enseñé, mocoso inútil, te enseñaré, aprenderás de mí de una manera u otra!

En el Tibet, nos sentamos sobre el piso con las piernas cruzadas; la mayor parte de las veces nos sentamos sobre almohadones de cuatro pulgadas de espesor, y frente a nosotros tenemos mesas que pueden tener de doce a dieciocho pulgadas de alto, según el tamaño del estudiante. El Maestro, de repente, colocó con fuerza su mano en la parte de atrás de mi cabeza y me la golpeó contra la mesa donde yo tenía una pizarra y unos pocos libros. Al tenerme en una posición adecuada, respiró hondo y se puso a trabajar a conciencia. Yo me retorcía por costumbre, no porque me lastimara, porque a pesar de su comportamiento tan severo, nosotros los niños éramos fuertes, estábamos literalmente "curtidos" y cosas como ésta eran cuestiones de todos los días. Un niño que estaría alejado de mí unos siete u ocho lugares, hizo un leve ruido, y el Maestro me abandonó como si de repente yo me hubiese puesto al rojo y saltó como un tigre sobre el otro niño. ¡Tuve que andar con cuidado para no mostrar mi regocijo cuando vi que una nube de polvo se elevó desde un lugar un poco alejado en la fila! Desde mi derecha, surgieron varias exclamaciones de dolor, temor y horror, pues el Maestro, pegando indiscriminadamente, no estaba seguro de

qué niño era. Por último, sin aliento, y sin duda sintiéndose mucho mejor, el Maestro cesó en sus ejercicios.

—¡Ah! —dijo sofocado—, esto les enseñará, pequeños horrores, a prestar atención a lo que les digo. Ahora, Lobsang Rampa, comienza otra vez y asegúrate de que tienes una pronunciación perfecta. Yo comencé otra vez, y cuando pensaba una cosa en realidad la hacía muy bien. Esta vez la pensé, y luego la volví a pensar, de manera que no hubo ningún golpe más de parte del Maestro.

Durante toda esta sesión, cinco horas en total, el Maestro desfiló hacia adelante y atrás, vigilándonos con ojos agudos, y no se necesitaba ninguna insinuación para que asiera y azotara a algún desgraciado niño, justamente cuando éste pensaba que no lo veía. En el Tibet, comenzamos el día a medianoche; el día comienza con un servicio, y por supuesto hay otros servicios comunes a intervalos regulares. Luego tenemos que hacer trabajos domésticos para poder mantenernos humildes, de manera de no mirar con "desconsideración" a los que realizan tareas domésticas. También tenemos un período de descanso y luego vamos a nuestras clases. Estas clases duran cinco horas, sin interrupción, y durante todo ese tiempo los maestros tratan de hacernos aprender a conciencia. Nuestras clases, por supuesto, duraban más que cinco horas por día, pero esta sesión en particular, la sesión de la tarde, duraba cinco horas.

Las horas transcurrían; parecía que habíamos estado en clase durante días. Las sombras apenas parecían moverse y el sol, sobre nosotros parecía haberse clavado en un lugar. Suspiramos en la exasperación del aburrimiento, deseamos que alguno de los Dioses bajara y quitara a este maestro particular de nuestro camino, pues era el peor de todos, aparentemente había olvidado que una vez, ¡oh, hacía tanto tiempo!, también fue joven. Pero por último, las caracolas sonaron y allá en lo alto de la azotea se oyó una trompeta que hacía eco

en el valle, y el eco volvía otra vez al Potala. Con un suspiro, el Maestro dijo:

—Bueno, creo que ahora tengo que dejar que se vayan, niños, pero créanme que cuando los vea otra vez me aseguraré de que han aprendido algo. Hizo una señal para indicar que fuésemos hacia la puerta. Yo también me estaba yendo cuando me llamó:

—Tú, Tuesday Lobsang Rampa —dijo—, tú te vas con tu Guía y aprendes cosas, pero no vuelvas aquí mostrando a los niños a quienes enseño, que te enseñan por hipnosis y otros métodos; veré si puedo sacarte a patadas. —Me dio una trompada en un costado de la cabeza y continuó—: Ahora, fuera de mi vista, odio verte, otras personas se quejan de que tú estás aprendiendo más que los otros niños a quienes enseño.

Tan pronto como pude zafar mi cuello, salí como un rayo y ni siquiera me molesté de cerrar la puerta detrás de mí. Él gruñó algo pero yo ya estaba demasiado lejos como para volver.

Afuera estaban esperando algunos otros niños, fuera del alcance del oído del maestro, por supuesto.

—Debemos hacer algo con ése —dijo un niño.

—¡Sí! —dijo otro—, si sigue sin controlarse, alguien se va a lastimar.

—Tú, Lobsang —dijo un tercero—, tú que siempre te jactas de tu Maestro y Guía, ¿por qué no le dices algo de la manera en que te trata?

Lo pensé y me pareció que era una buena idea, pues aunque nosotros debíamos aprender, no existía ninguna razón para que nos enseñaran con semejante brutalidad. Cuanto más la pensaba, más me gustaba la idea: iría adonde mi Guía y le contaría cómo nos trataban, y él bajaría, lo hechizaría, y el Maestro se trasformaría en un sapo o algo por el estilo.

—¡Sí! —exclamé—, iré ahora. —Al decir eso, me volví y salí corriendo.

Me apresuré por los corredores familiares, subí y subí hasta

casi llegar a la azotea. Por último, doblé por el corredor de los lamas, y me encontré con que mi Guía ya estaba en su habitación con la puerta abierta. Me hizo señas para que entrara y dijo:

—¡Bueno, Lobsang! Estás excitado. ¿Te han hecho Superior o algo así?

Lo miré con tristeza y dije:

—Honorable Lama, ¿por qué nos maltratan, a nosotros los niños en la clase?

Mi Guía me miró, muy serio, y dijo:

—Pero, ¿cómo te han maltratado, Lobsang? Siéntate y dime lo que te preocupa tanto.

Yo me senté y comencé a contarle. Durante el tiempo en que yo hablé, mi Guía no formuló ningún comentario, no hizo ninguna interrupción. Me permitió que hablara y yo, cuando llegué al término del relato de mis miserias, casi llegué también a agotar mi aliento.

—Lobsang —dijo mi Guía—, ¿se te ocurre que la vida misma es una escuela?

¿Una escuela? Lo miré como si se hubiera vuelto loco. ¡No me habría sorprendido tanto si me dijese que el sol se había retirado y gobernaba la luna!

—Honorable Lama —dije, sorprendido—, ¿dijiste que la vida es una escuela?

—Por cierto que lo dije, Lobsang. Quédate un rato, tomemos té y después hablaremos.

El sirviente a quien llamó, pronto nos trajo té y cosas deliciosas para comer. Mi Guía partió los alimentos con mucha parquedad, por cierto. Como una vez dijo, ¡yo comía para mantener a cuatro como él! Pero lo dijo con una sonrisa tan brillante que no había en ello ninguna ofensa. A menudo, me hacía bromas pero yo sabía que bajo ninguna circunstancia él diría algo que lastimara a otra persona. En realidad, no me importaba lo que me dijera, pues sabía cómo lo decía. Nos sentamos y tomamos nuestro té, y luego mi Guía escribió

una pequeña nota y se la dio al sirviente para que la entregara a otro lama.

—Lobsang, dije que tú y yo no estaremos en el servicio del templo esta tarde, pues tenemos mucho que hablar, y aunque los servicios del templo son muy esenciales, en vista de las circunstancias especiales, es necesario que tú recibas más enseñanzas que las comunes.

Se puso de pie y caminó hacia la ventana. Yo también lo hice y me uní a él, pues era uno de mis placeres mirar todo lo que sucedía, ya que mi Guía tenía una de las habitaciones más altas del Chakpori, una habitación desde la cual se podían ver grandes extensiones y a gran distancia. Además, tenía la cosa más maravillosa de todas: un telescopio. ¡Las horas que pasaba con ese instrumento! Las horas que pasaba mirando la llanura de Lhasa, mirando a los comerciantes en la misma ciudad, mirando a las mujeres de Lhasa haciendo sus quehaceres, comprando, visitando y (como yo lo hacía) simplemente pasando el tiempo. Durante diez o quince minutos estuvimos mirando, y luego mi Guía dijo:

—Sentémonos otra vez, Lobsang, y discutamos el asunto de la escuela, ¿quieres? Quiero que tú me escuches, Lobsang, pues éste es un asunto que deberás comprender desde un principio. Si no comprendes bien lo que te digo, hazme detener, pues es esencial que entiendas lo que te digo, ¿me entiendes?

Yo asentí y, luego, como una fórmula de cortesía, dije:

—Sí, Honorable Lama, te escucho y te comprendo. Si no lo comprendo te lo diré. Él asintió y dijo:

—La vida es como una escuela. Cuando estamos más allá de esta vida, en el mundo astral, antes de que entremos en el cuerpo de una mujer, discutimos con otros lo que vamos a aprender. Hace algún tiempo, te conté una historia acerca de Old Seng, el chino. Te dije que usaríamos un nombre chino porque tú, ¡siendo tú!, tratarías de asociar cualquier nombre tibetano con un tibetano que conocieras.

Digamos que el anciano Old Seng, que murió y vio todo su

pasado, supuso que tenía que aprender ciertas lecciones. Entonces, las personas que lo ayudaban, trataron de encontrarle padres o, más bien, posibles padres, que vivieran en circunstancias y condiciones capaces de permitir al alma que fue el Anciano Seng aprender las lecciones deseadas. —Mi Guía me miró y dijo—: Es muy semejante a un niño que se va a transformar en monje: si desea ser un monje médico viene al Chakpori. Si quizá desea hacer algún trabajo doméstico, entonces no hay duda que irá al Potala, pues allí ¡siempre parece haber escasez de monjes domésticos! Nosotros elegimos nuestra escuela de acuerdo con lo que deseamos aprender.

Yo asentí, porque eso lo comprendía perfectamente. Mis propios padres dispusieron que yo entrara en el Chakpori, ya que yo tenía el poder necesario para pasar la prueba inicial de resistencia.

Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, continuó:

—Una persona que va a nacer, ya tiene todo dispuesto; la persona va a bajar y nacerá de cierta mujer que vive en cierto distrito y que está casada con cierta clase de hombre. Se cree que esto dará al niño por nacer la oportunidad de adquirir la experiencia y el conocimiento que con anterioridad se pensó. Luego, con el transcurso del tiempo, la criatura nace. Primero, la criatura tiene que aprender a alimentarse, a controlar ciertas partes de su cuerpo físico, tiene que aprender cómo hablar y cómo escuchar. Al comienzo, tú sabes, una criatura no puede enfocar sus ojos, tiene que aprender a ver. Es una escuela. —Me miró, y en su rostro había una sonrisa cuando me dijo—: A ninguno de nosotros nos gusta la escuela, algunos tenemos que ir, pero otros no. Nosotros pensamos ir, no por distracción, sino para aprender otras cosas. La criatura crece y se transforma en un niño, luego va a la escuela donde a menudo su maestro lo trata con rudeza. Nunca se lastimó a nadie por la disciplina. La disciplina es la diferencia entre un ejército y un populacho. No puede haber un hombre culto a menos que ese hombre sea disciplinado.

Ahora, muchas veces pensarás que te maltratan, que el maestro es duro y cruel, pero, sea lo que fuere lo que pienses ahora, estuviste de acuerdo en venir a la tierra en estas condiciones.

—Bueno, Honorable Lama —exclamé excitado—, si dispuse venir aquí, entonces creo que será conveniente que haga revisar mi cerebro. Si yo dispuse venir aquí, ¿cómo es que no sé nada de ello?

Mi Guía me miró y se rio, se rio abiertamente:

—Sé como te sientes, Lobsang, hoy —contestó—, pero en realidad no hay nada de que preocuparse. Tú viniste a esta tierra primero para aprender cosas. Luego, cuando aprendas, irás al mundo del más allá para aprender otras cosas. El camino no será fácil, pero al final tendrás éxito, no quiero que seas un desesperanzado. Todas las personas, no importa su situación en la vida, han venido a este mundo desde los planos astrales para poder aprender cosas, y al aprender, poder progresar. Estarás de acuerdo conmigo, Lobsang, que si deseas progresar en la Lamasería, estudiarás y pasarás los exámenes. No pensarías bien de un niño que de repente te sobrepasara y sólo por favoritismo se trasformara en un lama o en un superior. Sólo mientras haya exámenes adecuados, sabrás que no serás sobrepasado por antojo, capricho o favoritismo de un superior.

Venimos a la tierra para aprender, y no importa lo difíciles ni lo amargas que sean las lecciones que aprendemos sobre esta tierra; son lecciones que aceptamos antes de venir. Cuando dejamos esta tierra pasamos nuestras vacaciones durante algún tiempo en el otro mundo, y luego, si deseamos progresar, nos ponemos en movimiento. Podemos regresar a esta tierra bajo condiciones diferentes, o podemos dirigirnos hacia etapas de existencia completamente distintas. A menudo cuando estamos en la escuela pensamos que no acaba nunca el día, pensamos que no va a terminar la dureza del maestro. La vida sobre la tierra es eso: si todo fuese fácil, si tuviéramos todo lo que deseamos, no aprenderíamos ninguna lección,

sólo andaríamos por la corriente del tiempo. Es un hecho triste el que sólo aprendamos con dolor y sufrimiento.

—Bueno, entonces, Honorable Lama —dije—, ¿por qué es que algunos niños, y algunos lamas también, pasan una vida tan feliz? Siempre me pareció que yo sólo tengo dificultades, malas profecías y golpes de un maestro irritado, cuando en realidad hago todo lo que puedo.

—Pero, Lobsang, algunas de estas personas que en apariencia están satisfechas, ¿estás seguro de que están satisfechas? ¿Estás seguro de que las condiciones, para ellos, son tan fáciles, después de todo? Hasta que sepas qué pensaron hacer antes de venir a la tierra no estarás en condiciones de juzgar. Todas las personas que vienen a esta tierra vienen con un plan preparado, un plan de lo que desean aprender, de lo que se proponen hacer, y de lo que aspiran a hacer cuando abandonen esta tierra luego de permanecer en su escuela. Y tú me dices que en realidad te trataron con rudeza en la clase, hoy. ¿Estás SEGURO? ¿No estás contento, pensando que supiste todo lo que había que saber de la lección? ¿No hiciste, con tu actitud un poco superior, que el maestro se sintiera incómodo?

Me miró como acusándome, y sentí que me ruborizaba. ¡Sí, en realidad él sabía algo! Mi Guía tenía el desgraciado don de poner la mano en la llaga. Sí, yo estaba contento, pensé que esta vez el maestro no sería capaz de encontrarme la menor falta. Mi propia actitud superior, por supuesto, contribuyó, y no en pequeña escala, a hacer que mi maestro se exasperara. Yo asentí, conforme:

—Sí, Honorable Lama, tengo la culpa como todos.

Mi Guía me miró, sonrió y aprobó mis palabras.

—Más tarde, Lobsang, irás a Chungking, en la China, como sabes —dijo el lama Mingyar Dondup.

Asentí, en silencio. No me gustaba ni siquiera pensar en el momento en que tendría que irme. Él continuó:

—Antes de que dejes el Tibet, pediremos a distintas uni-

versidades y colegios, informes sobre sus planes de estudios. Recibiremos todos los detalles y tú entonces decidirás qué colegio o universidad te ofrece el tipo exacto de enseñanza que tú necesitarás en la vida. De manera similar, antes de que una persona, en el mundo astral, piense en bajar a esta tierra, evalúa lo que se propone hacer, lo que desea aprender; y lo que finalmente desea lograr. Luego, como ya te dije, se buscarán padres adecuados. Es lo mismo que buscar un colegio adecuado.

Cuanto más pensaba en la idea del colegio, más me disgustaba.

—Honorable Lama —dije—, ¿por qué algunas personas tienen tantas enfermedades, tantas desgracias?, ¿qué les enseña esto?

Mi Guía dijo:

—Pero tú debes recordar que una persona que baja a este mundo tiene mucho que aprender, no es sólo cuestión de grabar, no sólo cuestión de aprender un idioma o de recitar los Sagrados Libros. Esa persona tiene que aprender cosas que le van a servir cuando vaya al mundo astral luego de abandonar este mundo. Como te dije, Lobsang, éste es el mundo de la ilusión, y está muy bien dotado para enseñarnos las dificultades, y al sufrir las dificultades, aprenderemos a comprender las dificultades y los problemas de otros.

Yo pensé en todo esto, y supuse que entramos en un tema muy grande. Mi Guía, sin duda, captó mis pensamientos, pues dijo:

—Sí, la noche está llegando, es hora de que dejemos nuestra charla pues aún tenemos mucho que hacer. Tengo que ir al Pico (así llamábamos al Potala) y quiero llevarte. Estarás allí toda la noche y todo el día de mañana. Mañana podremos discutir el asunto otra vez, pero ahora vete y ponte un manto limpio y trae también uno de repuesto.

Se puso de pie y abandonó la habitación. Yo dudé durante

un momento (y eso, porque estaba aturdido) y luego salí corriendo para arreglarme lo mejor que pudiera.

Cabalgamos juntos despacio por el camino de la montaña y llegamos al Mani Lhakhang, y justamente cuando pasábamos por el Pargo Kaling, o Puerta Occidental, se oyó un grito repentino detrás de mí que casi me hizo saltar de la silla de montar.

—¡Oh! ¡Sagrado Lama Médico! —aulló una voz femenina a un costado del camino. Mi Guía miró a su alrededor y desmontó. Conociendo mis dificultades con el pony, me hizo señas de que me quedara sentado, una concesión que me llenó de gratitud.

—Sí, Señora, ¿qué le sucede? —preguntó mi Guía con tono amable. Hubo un ruido imperceptible, como de movimiento, y la mujer se arrojó al suelo, a sus pies.

—¡Oh! Sagrado Lama Médico —dijo casi sin aliento—, mi marido no pudo engendrar un hijo normal, ¡el bastardo hijo de chiva!

En silencio, asombrada de su propia audacia, sacó un pequeño bulto. Mi Guía se inclinó desde su gran altura y dijo:

—¡Pero señora! ¿Por qué culpa a su esposo de un niño enfermizo?

—Porque este hombre repulsivo siempre anda con mujeres perdidas, en lo único que piensa es en el sexo opuesto, y luego cuando nos casamos ni siquiera es capaz de ser el padre de un niño normal.

Para mi consternación, comenzó a llorar y sus lágrimas fueron a salpicar el suelo con pequeños ruidos apagados; pienso que eran como piedras de granizo que bajaban de las montañas.

—Mi Guía miró a su alrededor, buscando algo en la oscuridad que crecía. Al lado del Pargo Kaling, se recortó una figura que se adelantó, un hombre con vestidos raídos y que tenía una expresión de perro ahorcado. Mi Guía le hizo señas y él se adelantó, se arrodilló en el piso a los pies del

Lama Mingyar Dondup. Mi Guía miró a ambos y les dijo:

—Ustedes no tienen razón al culparse mutuamente por un accidente de nacimiento, pues éste es un hecho que no ocurrió entre ustedes, sino es una cuestión que tiene que ver con el destino.

Miró otra vez al niño, mientras apartaba las envolturas con las que el niño estaba fajado. Lo miró fijamente y me di cuenta de que miraba el aura del niño. Luego se volvió y dijo:

—Señora, su hijo se puede curar: su cura está dentro de sus posibilidades. ¿Por qué no nos lo trajo antes?

La pobre mujer cayó de rodillas otra vez, y rápidamente pasó el niño a su esposo, que lo tomó como si estuviera por explotar en cualquier momento. La mujer se restregó sus manos, y mirando a mi Guía dijo:

—Sagrado Lama Médico, ¿quién nos prestaría atención a nosotros, que venimos de Ragyab y que no tenemos el apoyo de los otros lamas? No podríamos ir, Sagrado Lama, no importa la necesidad que tuviéramos.

Pensé que todo esto era ridículo, el Ragyab o Los-que-disponían-de-la-muerte, que vivían en el ángulo sudeste de Lhasa, eran tan esenciales como cualquier otro en la comunidad. Lo sabía porque mi Guía siempre decía que, sin tener en cuenta el trabajo que realizara, toda persona es útil a la comunidad. Recuerdo que una vez reí con ganas cuando dijo: "Aun los ladrones, Lobsang, son útiles, pues sin los ladrones no habría necesidad de policías, ¡dado que los ladrones suministran empleo a los policías!" Pero éstos eran Ragyab; muchas personas pensaban que eran sucios porque trabajaban con la muerte: cortaban los cadáveres en pedazos, a fin de que los buitres comieran los pedazos diseminados. Yo sabía, de la misma manera que mi Guía, que hacían un buen trabajo, pues la mayor parte de Lhasa era tan rocosa, tan pedregosa, que no se podían cavar fosas, y aun si se pudiera, por lo común el Tibet es tan frío que los cuerpos se con-

gelarían y no se descompondrían ni serían absorbidos por la tierra.

—Señora —ordenó mi Guía—, dentro de tres días usted me traerá personalmente este niño, y haremos lo posible para curarlo, pues por este breve examen parece ser que se puede curar. —Metió la mano en su alforja y sacó un pedazo de pergamino. Con rapidez escribió en él un mensaje, y se lo entregó a la mujer—. Llévemelo al Chakpori, y el sirviente hará que la admitan. Informaré al guardia del portón que usted vendrá, y no tendrá dificultad alguna. Descanse, segura de que a la vista de nuestros dioses todos somos seres humanos: no tiene por qué temernos. —Se volvió y miró al marido—: Usted deberá ser fiel a su mujer. —Miró a la esposa y agregó—: Usted no debe abusar tanto de su marido, ¡quizá si usted fuese más amable con él, no tendría que ir a buscar solaz en ninguna otra parte! Ahora, váyanse a su casa y dentro de tres días vuelvan al Chakpori y los veré y ayudaré. Ésa es mi promesa. —Montó otra vez su pony y nos fuimos. En la distancia se esfumaban los sonidos de los loas y palabras de agradecimiento del hombre de Ragyab y de su mujer.

—Supongo, Lobsang, que por lo menos esta noche estarán de acuerdo, ¡se sentirán muy bien dispuestos el uno hacia el otro! —Soltó una risita corta y yo lo seguí por el camino de la izquierda hasta que llegamos a la aldea de Shö.

En realidad, yo estaba muy asombrado: era una de las primeras veces que veía un marido y su mujer.

—¡Sagrado Lama! —exclamé—, no comprendo cómo estas personas continúan juntas si no se aman mutuamente, ¿por qué lo hacen?

Mi Guía sonrió mientras me contestaba:

—¡No me llames Sagrado Lama! ¿Crees que eres un paisano? En cuanto a tu pregunta, bueno, discutiremos todo eso mañana. Esta noche estamos muy ocupados. Mañana discutiremos estas cosas y trataré de que descanse tu mente, ¡pues está bastante confusa!

Juntos, subimos la colina. Siempre me gustó ver la aldea de Shö, y me preguntaba qué pasaría si tiraba un guijarro de buen tamaño sobre uno o dos techos; ¿lo perforaría? ¿O el ruido haría que alguien saliese afuera pensando que los diablos estaban tirando cosas sobre ellos? Hasta entonces nunca me había animado a tirar una piedra, pues no me gustaba que perforara el techo ni la cabeza de alguien que estuviese debajo. De cualquier manera, estaba bastante tentado de hacerlo.

En el Potala, subimos las infinitas escaleras de cuerda; no escaleras: sogas que estaban bien gastadas por los pasos, y por último llegamos a nuestras habitaciones más altas que las de los monjes comunes, sobre los almacenes. El Lama Mingyar Dondup fue a su habitación y yo fui a la mía, contigua a la anterior: en virtud de la posición de mi Guía y de mi condición de chela me habían dado ésa. Fui hacia la ventana y, como era mi deseo, miré a través de ella. En el bosquecillo de sauces, un pájaro piaba llamando a su compañero. Ahora la luna brillaba, y yo podía ver al pájaro, podía ver las ondas del agua cuando sus largas patas movían el agua y el barro. Desde algún lugar en la tranquila distancia llegó la respuesta de un pájaro. "¡Por lo menos ese marido y su mujer parecen estar de acuerdo!", pensé para mis adentros. Pronto fue hora de ir a dormir, pues tenía que asistir al servicio de medianoche y ya estaba tan cansado que pensé que posiblemente a la mañana me quedaría dormido.

En la tarde del día siguiente, el lama Mingyar Dondup entró en mi habitación, donde yo me hallaba estudiando un libro antiguo.

—Ven conmigo, Lobsang —dijo—, acabo de llegar de una conversación con el Profundo y ahora tenemos que hablar de problemas que te están confundiendo.

Se volvió y se encaminó a su habitación. Mientras estaba

sentado frente a él, yo pensé en todas las cosas que estaban dentro de mi cabeza.

—¡Señor! —dije—, ¿por qué las personas que se casan son tan enemigas una de otra? Anoche miré el aura de esos dos Ragyab, y me pareció que en realidad se odiaban mutuamente; si se odiaban mutuamente, ¿por qué se casaron?

Durante algunos momentos el lama pareció triste y luego dijo:

—Las personas se olvidan, Lobsang, que bajan a este mundo para aprender. Antes de que una persona nazca, mientras aún está del otro lado de la vida, ya se dispone qué clase, qué tipo de compañero de matrimonio elegirá. Deberías comprender que una cantidad de personas se casan durante lo que se podría llamar la cumbre de la pasión. Cuando la pasión se agota por sí misma, ¡entonces lo nuevo, lo extraño, lo pasado y la familiaridad engendran el desprecio!

"La familiaridad engendra el desprecio", pensé y medité sobre ello. Entonces, ¿por qué las personas se casaban? Evidentemente, las personas se casaban para poder continuar la raza. Pero, ¿por qué las personas no se podían juntar lo mismo que los animales? Levanté mi cabeza y le hice esa pregunta a mi Guía. Me miró y dijo:

—¿Por qué Lobsang? Me sorprendes, deberías saber tan bien como todos que los así llamados animales a menudo se unen para toda la vida. Muchos animales se unen para toda la vida; muchos pájaros se unen para toda la vida, por supuesto lo hacen los más desarrollados. Si las personas se juntaran, como tú dices, sólo con el propósito de aumentar la raza, entonces los niños resultantes serían casi personas sin alma, lo mismo que esas criaturas que nacen por lo que se conoce como inseminación artificial. En el trato tiene que haber amor, debe existir amor entre los padres si se desea engendrar el mejor tipo de niño, ¡de otra manera es casi lo mismo que la producción de un artículo por una fábrica!

Este asunto de marido y mujer en realidad me confundía.

Pensé en mis propios padres: mi Madre fue una mujer dominante, y mi Padre fue muy rudo con nosotros, sus hijos. Cuando pensaba, tanto en mi madre como en mi padre, no podía hacerlo con mucho afecto filial. Yo le dije a mi Guía:

—Pero, ¿por qué las personas se casan en la cumbre de la pasión? ¿Por qué no se casan como si fuera un negocio?

—¡Lobsang! —dijo mi Guía—, ésa es la manera en que a menudo lo hacen los chinos y también los japoneses. A menudo arreglan sus casamientos, y debo admitir que los matrimonios chinos y japoneses tienen mucho, mucho más éxito que los matrimonios del mundo occidental. Los mismos chinos se comparan con una marmita. No se casan durante la pasión porque dicen que es lo mismo que una marmita hirviendo que luego se enfría. El matrimonio atemperado permite que la marmita llegue a hervir ¡y de esta manera se mantiene caliente durante mucho más tiempo!

Me miró para ver si lo seguía, para ver si lo comprendía.

—Pero no puedo comprender, Señor, por qué las personas son tan desgraciadas juntas.

Lobsang, las personas vienen a este mundo como a una clase, vienen a aprender, y si el marido y la mujer común fuesen, juntos, idealmente felices, entonces no aprenderían, pues no habría nada que aprender. Vienen a este mundo para estar juntos y para continuar juntos —ésa es parte de la lección—, para aprender a dar y a recibir. Estas personas tienen gestos ásperos, reacciones y malestares que provocan choques y molestias en su trato con el otro compañero. El compañero debe aprender a contenerse y quizás a cesar en su trato molesto, mientras que el compañero que es molestado debe aprender a tolerar y a tener paciencia. Casi todas las parejas podrían vivir juntas con éxito si aprendieran esta cuestión de dar y recibir.

—¡Señor! —dije—; ¿cómo se debería aconsejar a marido y mujer que vivieran juntos?

—El marido y su mujer, Lobsang, deberán aguardar un momento favorable, y luego con amabilidad, con cortesía y con calma, deberán decirse qué les molesta. Si el hombre y la mujer discutieran las cosas juntos entonces serían más felices en su matrimonio.

Pensé en eso, y me pregunté cómo se llevarían mi Padre y mi Madre si trataran de discutir juntos cualquier cosa.

Me parecía que eran el agua y el fuego, ya que cada uno era tan contrario al otro. Mi Guía, con seguridad, supo lo que estaba pensando, pues continuó:

—Tendrá que haber algo de dar y recibir, porque, si estas personas van a aprender algo, tendrán que tener suficiente conocimiento de que hay algo que está mal en ellas.

—Pero, ¿cómo es —pregunté— que una persona se enamora de otra, o que se siente atraído por otra? Si se atraen mutuamente en un momento, ¿por qué se distancian tan pronto?

—Lobsang, sabrás muy bien que si uno ve el aura, uno puede hablar de otra persona. La persona normal no ve el aura, pero en su lugar muchas personas tienen un sentido, pueden decir que gustan de esta persona o que les desagrada aquélla. Muchas veces no pueden decir por qué les gusta o les disgusta, pero estarán de acuerdo en que una persona les gusta y en que otra persona les disgusta.

—Bueno, Señor —exclamé—, ¿cómo pueden gustar de repente de una persona y como les puede desagradar de repente otra?

—Cuando las personas se encuentran en cierta etapa de su vida, cuando sienten que están enamoradas, sus vibraciones aumentan, y puede ser que si estas dos personas, un hombre y una mujer, subliman sus vibraciones, puedan ser compatibles. Desgraciadamente, a menudo no consiguen llevarse de acuerdo. La mujer se puede volver desaliñada; quizá le niegue a su marido lo que es su legítimo derecho. Entonces, el marido irá detrás de alguna otra mujer, y de manera gradual se irá apartando de su esposa. De manera

gradual, sus vibraciones etéreas se alterarán, y ambos ya no serán por más tiempo compatibles: por lo tanto se revelarán como completamente opuestos.

Sí, yo lo podía ver, en realidad esto aclaraba muchas cosas, ¡pero ahora volví a mi ataque!

—¡Señor!, estoy muy confundido al saber que una criatura podría vivir quizá durante un mes y luego morir, ¿qué oportunidad tiene la criatura de aprender o de vengarse del destino? Por lo que veo, ¡es una pérdida de tiempo para todos!

El lama Mingyar Dondup se sonrió un poco ante mi vehemencia:

—¡No, Lobsang, no se pierde nada! Estás confundido. Piensas que una persona vive sólo durante una vida. Tomemos un ejemplo. —Me miró y luego miró por un momento por la ventana; me di cuenta de que pensaba en aquella gente del Ragyab o quizá pensaba en su criatura—. Quiero que imagines que estás acompañando a una persona que atraviesa por una serie de vidas —dijo mi Guía—. A la persona le va algo mal en una vida, y en los años posteriores, esa persona decide que las condiciones son demasiado malas para ella, y en consecuencia pone fin a su vida; se suicida. Por lo tanto la persona muere antes del momento en que debiera morir. Toda persona está destinada a vivir durante cierto número de años, días y horas. Antes de que venga a este mundo está todo dispuesto. Si una persona pone fin a su propia vida quizá doce meses antes del momento en que debía morir normalmente, entonces tiene que volver y luego vivir por los doce meses restantes. —Lo miré e imaginé algunas de las notables posibilidades que podrían surgir de ello. Mi Guía continuó—: Una persona pone fin a su vida. Permanece en el mundo astral hasta que tenga una oportunidad en que pueda volver a la tierra otra vez bajo condiciones adecuadas para poder vivir el tiempo adeudado en la tierra. Este hombre con doce meses, bueno, puede

bajar y ser un niño enfermizo, y morirá mientras aún es una criatura. Al perder ese niño, los padres también habrán ganado algo: habrán perdido un niño, pero habrán ganado experiencia, habrán devuelto un poco de lo que tienen que devolver. Estamos de acuerdo en que, mientras las personas están sobre la tierra, su apariencia, sus percepciones, sus valores, todo, está alterado. Éste, te repito, es el Mundo de la Ilusión, el mundo de los falsos valores, y cuando las personas regresan al Mundo Mayor del Espíritu entonces pueden ver que las lecciones y experiencias difíciles, sin sentido, que pasaron durante su estada en la tierra, tenían un motivo.

Miré a mi alrededor y pensé en todas las profecías acerca de mí, profecías de dificultades, de torturas, de estadas en tierras lejanas y extrañas. Luego dije:

—Entonces, una persona que dice una profecía sólo se pone en contacto con la fuente de información; si todo está dispuesto antes de venir a la tierra, entonces, ¿es posible ponerse en contacto con ese conocimiento bajo ciertas condiciones?

—Sí, es perfectamente correcto —dijo mi Guía—, pero no pienses que todo está trazado en forma inevitable. Las líneas básicas están allí. A nosotros nos dan ciertos problemas, ciertas reglas que seguir, y luego nos dejan para que hagamos lo mejor que podamos. Una persona puede hacerlo bien y otra fallar. Míralo de esta manera: supongamos que le dicen a dos hombres que tienen que ir desde aquí a Kalimpong, en la India. No tienen que seguir el mismo camino, pero tienen que llegar al mismo destino si es que pueden. Un hombre tomará un camino y el otro tomará otro; de acuerdo con la ruta que elijan, tendrán su experiencia y sus aventuras. Así es la vida: se sabe nuestro destino, pero el cómo llegar a ese destino, queda en nuestras manos.

Mientras hablábamos apareció un mensajero, y mi Guía, con unas breves palabras de explicación para mí, siguió al

mensajero a través del corredor. Yo me dirigí otra vez a la ventana, puse mis codos sobre el borde, y apoyé la cara en mis manos. Pensé en todo lo que me dijeron, pensé en todas las experiencias que tuve y todo mi ser vibró de amor por ese gran hombre, el lama Mingyar Dondup, mi Guía, que me demostró mucho más amor que mis propios padres. Decidí que, sin tener en cuenta lo que me deparara el futuro, yo actuaría y me comportaría siempre como si mi Guía estuviese a mi lado supervisando mis acciones. Abajo, en los campos, monjes menores practicaban su música; de sus instrumentos salían distintos "brumps-brumps brumps", chillidos y gruñidos. Los miré con pereza; la música no significaba nada para mí, pues no tenía oído, pero me di cuenta de que eran hombres muy activos que trataban por cierto de tocar una buena música. Me volví, pensando que me ocuparía en leer un libro.

Pronto me cansé de leer; estaba inquieto. Diversas sensaciones me envolvían. Cada vez con mayor lentitud, volvía las páginas y luego, con una decisión repentina, coloqué otra vez todas esas hojas impresas entre las cubiertas de madera labrada y até las tapas. Éste era un libro que debía envolverse en seda. Con un cuidado extremo, completé mi tarea y lo coloqué a un lado.

Me puse de pie, me dirigí a la ventana y miré hacia afuera. La noche era algo sofocante, tranquila, sin una brizna de viento. Me volví y abandoné la habitación. Todo estaba quieto, calmo con la tranquilidad de un edificio que casi vivía. Los hombres, aquí en el Potala, trabajaron durante siglos en tareas sagradas y el mismo edificio había desarrollado su propia vida. Me apresuré por el corredor y subí una escalera de cuerdas. Pronto aparecí en la alta terraza, al lado de las Tumbas Sagradas.

En silencio, caminé hacia mi lugar acostumbrado, un lugar que estaba bien al abrigo de los vientos que normalmente bajaban de las montañas. Me apoyé sobre una imagen sa-

grada, coloqué las manos cruzadas bajo mi cabeza y miré el valle. Cuando me cansé de esto, después de un tiempo, me recosté y miré las estrellas. Mientras miraba, se me ocurrió que todos aquellos mundos giraban alrededor del Potala. Durante un momento, esto me hizo sentir completamente mareado, como si me estuviese cayendo. Mientras miraba, vi un débil rayo luminoso. Se volvió más brillante y se transformó en una explosión de luz. "Otro cometa que se apaga", pensé, mientras se iba quemando y se apagaba en una lluvia de chispas de color rojo oscuro.

Me di cuenta de un "shush-shush" casi imperceptible, muy cerca de mí. Con precaución, levanté mi cabeza, preguntándome qué podría ser. A la débil luz de las estrellas, vi una figura encapuchada que andaba hacia atrás y hacia adelante en el lado opuesto de las Sagradas Tumbas. Yo miré. La figura se movió hacia la pared que enfrentaba a la ciudad de Lhasa. Mientras él miraba en la distancia, yo vi su perfil. "El hombre más solitario del Tibet", pensé. El Hombre con más custodias y responsabilidades que cualquier persona en el país. Oí un suspiro profundo y me pregunté si él también tenía profecías penosas como yo. Con cuidado, me levanté y me fui arrastrando en silencio; no tenía deseos de molestar, aun inocentemente, los pensamientos privados de otros. Pronto llegué a la entrada y bajé despacio hacia el santuario de mi propia habitación.

Unos tres días más tarde, cuando mi Guía, el lama Mingyar Dondup, examinó al niño de la pareja Ragyab, yo estaba presente. Lo desnudó y miró con cuidado su aura. Estuvo inclinado durante algún tiempo sobre la base del cerebro. Este niño no gritaba ni lloriqueaba, hiciera lo que hiciere mi Guía. Como yo sabía, pequeño como era, comprendió que el lama Mingyar Dondup trataba de hacerle bien. Mi Guía, por último, se irguió y dijo:

—Bueno, Lobsang, lo curaremos. Se puede ver que tiene una afección causada por dificultades en el nacimiento.

Los padres estaban esperando en una habitación cercana a la entrada. Yo, tan pegado a mi Guía como su sombra, fui con él a ver a esa pareja. Al entrar, ellos se postraron a los pies del Lama. Él les habló con suavidad:

—Vuestro hijo puede ser y será curado. Por nuestro examen, descubrimos que en el momento en que nació se golpeó o cayó. Eso se puede remediar; no tienen nada que temer.

La madre temblaba cuando contestó:

—Sagrado Lama Médico, es como usted dice. Llegó sin que lo esperáramos, de repente, cayó sobre el piso. Yo estaba sola en ese momento.

Mi Guía sonrió con lástima y comprensión:

—Regresen mañana a esta hora y estoy seguro de que podrán llevarse al niño, curado.

Cuando dejamos la habitación, aún se estaban inclinando y postrando.

Mi Guía me hizo examinar al niño con cuidado.

—Mira, Lobsang, hay una presión aquí —me enseñaba—. Este hueso está presionando el cordón: observa cómo la luz tiene forma de abanico en lugar de ser redonda. —Tomó mis manos en las de él y me hizo pasarlas alrededor de la zona afectada—. Voy a reducir, a EMPUJAR HACIA AFUERA, el hueso que obstruye. ¡Mira!

Con más rapidez de lo que yo podía ver, presionó sus pulgares hacia afuera. El bebé no gritó; todo fue demasiado rápido como para que sintiera algún dolor. Ahora, sin embargo, la cabeza no colgaba hacia un lado como antes, sino que estaba derecha como tienen que estar todas las cabezas. Mi Guía masajeó durante algún tiempo el cuello del niño, con cuidado, desde la cabeza hacia el corazón, y NUNCA en dirección contraria.

Al día siguiente, a la hora señalada, los padres regresaron y casi estaban locos de alegría al ver lo que parecía un milagro.

—Ustedes recibieron un bien —dijo, sonriendo, el lama

Mingyar Dondup—, tienen que pagar por esto. Por lo tanto, tienen que PAGAR bien el uno hacia el otro. No peleen ni estén en desacuerdo uno con otro, pues un niño absorbe las actitudes de los padres. El hijo de padres desagradables se vuelve desagradable. El hijo de infelices, de padres sin amor, se transforma a su vez en un infeliz y un desamorado. Paguen, con amabilidad y amor hacia el otro. Los llamaremos para ver al niño dentro de unas semanas.

Sonrió, palmeó la mejilla del bebé, y luego volvió y salió, conmigo a su lado.

—Algunas de las personas muy pobres son orgullosas, Lobsang, se sienten molestas si no tienen dinero con que pagar. Haz que ellos siempren PIENSEN que están pagando. —Mi Guía sonrió al decir—: Les dije que debían pagar. Eso les gustó, pues pensaron que, con su mejor vestido, me impresionaron tanto que yo pensé que eran gente de dinero. La única manera con que pueden pagar, es como dije: la bondad mutua. Deja que un hombre y una mujer mantengan su orgullo, su propio respeto, Lobsang. ¡y harán cualquier cosa que les pidas!

De regreso a mi propia habitación, recogí el telescopio con el que había estado jugando. Mientras extendía los brillantes tubos de bronce, espiaba en dirección a Lhasa. Con rapidez, entraron en foco dos figuras: una llevaba un bebé. Mientras miraba, el hombre puso un brazo alrededor del hombro de su mujer y la besó. En silencio, dejé a un lado el telescopio y seguí con mis estudios.

Capítulo XI

Nos estábamos divirtiendo: varios de nosotros estábamos en el patio, balanceándonos sobre nuestros zancos, tratando de hacernos caer unos a otros. El que podía permanecer sobre los zancos sin perturbarse por los asaltos de los otros, era el ganador. Tres de nosotros nos caímos riendo como si estuviésemos en la montaña: alguien había metido sus zancos en un agujero del piso y nos embistió, arrojándonos por el suelo.

—¡El viejo maestro Raks está triste hoy! —dijo, feliz, uno de mis compañeros.

—¡Sí! —gritó otro del montón—, si alguien pudiera ponerse triste y desquitarse con nosotros sin quedarse sin aliento, haría que él se pusiera verde de envidia.

Todos nos miramos y nos pusimos a reir. ¿Verde de envidia? Llamamos a los otros para que dejaran los zancos y se bajaran al suelo, con nosotros, para comenzar un juego nuevo. ¿Cuántos colores podíamos utilizar para describir cosas?

—Azul en la cara —exclamó uno.

—No —respondí yo—, ya tenemos azul en tristeza [1]. Así continuamos: un superior que estaba "castaño oscuro", de tanto meditar, un maestro que estaba "verde de envidia". ¡Otro se refirió a "una mujer escarlata" que había visto en el mercado de Lhasa! Por el momento no sabíamos si la

[1] Juego de palabras: *blue* significa "azul" a la vez que "triste". (*N. del T.*)

expresión serviría, pues ninguno de nosotros sabía lo que quería decir "una mujer escarlata".

—Ya sé —dijo un niño a mi derecha—, podemos tener un "hombre amarillo", amarillo de cobardía. Yo pensé en todo esto, y me pareció que si tales expresiones se usaban de manera corriente en cualquier idioma, entonces tendría que haber un buen motivo detrás de ello; esto hizo que saliese en busca de mi Guía, el lama Mingyar Dondup.

—¡Honorable Lama! —Entré corriendo en su estudio, algo excitado. Me miró sin perturbarse en absoluto por mi descomedida irrupción—. Honorable Lama, ¿por qué utilizamos los colores para describir estados de ánimos?

Él dejó a un lado el libro que estaba estudiando y me hizo señas de que me sentara.

—Supongo que te referirás a esos términos comunes, tales como "verde de envidia" —me dijo.

—Sí —le contesté aún más excitado, para que supiese que era a eso a que me refería—. En realidad me gustaría saber por qué todos esos colores son importantes. ¡Debe haber algo detrás de ello!

Me miró y rio otra vez, diciendo:

—Bueno, Lobsang, te has metido en otra larga conferencia. Pero veo que has estado haciendo un ejercicio agotador y creo que tú y yo podríamos tomar té (estaba esperando el mío, de todas maneras), antes de entrar en el tema.

No tardó en llegar el té. Esta vez era té y tsampa, lo mismo que cualquier monje o lama o niño tomaría en toda lamasería. Comimos en silencio; yo pensaba en los colores y me preguntaba qué tendrían que ver. Pronto terminamos nuestra algo magra merienda, y yo miré con impaciencia a mi Guía.

—Tú conoces algo sobre los instrumentos musicales, Lobsang —comenzó—; sabes, por ejemplo, que existe un instrumento musical, usado en el mundo occidental, que se llama piano. Recordarás que juntos miramos la fotografía de uno.

Consta de un tablero con una cantidad de teclas sobre él, algunas negras y otras blancas; bueno, olvidemos las negras, imaginemos en su lugar que tenemos un tablero quizá de dos millas de largo, más largo si lo prefieres, que contiene todas las vibraciones que se pueden obtener en cualquier plano de la existencia. —Me miró para ver si lo seguía, porque el piano era un instrumento extraño en lo que a mí concernía. Yo, como dijo mi Guía, había visto esas cosas sólo en figuras. Satisfecho porque podía captar la idea, continuó—: Si tienes un tablero que contiene todas las vibraciones, quizás esté toda la escala de vibraciones humanas en las tres teclas del medio. Comprenderás, por lo menos espero, que todo consiste en vibraciones. Tomemos la vibración más baja conocida para el hombre. La vibración más baja es la del material duro. Lo tocas y éste obstruye el paso de tu dedo: ¡al mismo tiempo todas sus moléculas están vibrando! Podemos seguir con el teclado imaginario, y podrás oir una vibración conocida como sonido. Podrás subir, y tus ojos recibirán una vibración que se conoce como visión.

Yo me enderecé al oir esto: ¿cómo podía la visión ser una vibración? Si yo miraba una cosa, bueno, ¿CÓMO es que la veía?

—Tú ves, Lobsang, porque lo que estás viendo vibra y crea una conmoción que percibe tu ojo. En otras palabras, una cosa que tú puedes ver genera una onda que se puede recibir a través de la córnea del ojo, el que a su vez traduce los impulsos recibidos a una parte del cerebro que convierte los impulsos en una imagen del objeto original.

Todo esto es muy complicado, y no deseamos profundizarlo. Simplemente, estoy tratando de señalarte que todo es vibración. Si vamos más arriba en la escala, tenemos ondas de radio, ondas telepáticas, y las ondas de esas personas que viven en otros planetas. Pero, por supuesto, dije que nos vamos a limitar específicamente a las tres notas del teclado

que los seres humanos pueden percibir como una cosa sólida, como ser un sonido, o como una imagen.

Yo tuve que pensar todo esto; era una cuestión que hacía que mi cerebro zumbara. De cualquier manera, nunca me fatigó aprender por los métodos amables de mi Guía. El único momento en que odiaba aprender era cuando algún maestro tirano sacudía mi pobre manto con una antipática vara.

—Preguntaste por los colores, Lobsang. Bueno, ciertas vibraciones están impresas sobre nuestra aura en forma de colores. Así, a manera de ejemplo, si una persona se siente desgraciada, entonces parte de sus sentidos emitirán una vibración o frecuencia que se aproxima al color que llamamos azul, de manera que hasta las mismas personas que no son clarividentes pueden percibir la tristeza, y así, este color aparece en muchos idiomas indicando un modo de sentir desgraciado.

Ahora, yo estaba comenzando a captar la idea, pero todavía me resultaba confuso saber cómo una persona se podía poner verde de envidia, y se lo dije.

—Lobsang: por deducción podrías saber por ti mismo que, cuando una persona sufre del vicio llamado envidia, sus vibraciones se alteran en algo, y por lo tanto da la impresión de estar verde. No quiero decir que sus rasgos se vuelvan verdes, como bien sabes, sino que da la impresión de estar verde. También debería aclararte que, cuando una persona nace bajo cierta influencia planetaria, entonces es influida mucho más por esos colores.

—¡Sí! —salté yo—, ¡sé que a una persona nacida bajo Aries le gusta el rojo!

Mi Guía rio al ver mi ansiedad y dijo:

—Sí, eso ocurre como con los colores secundarios. Ciertas personas responden con más rapidez a cierto color, porque la vibración de éste está muy de acuerdo con su propia vibración básica. Por eso, una persona de Aries (por ejemplo)

prefiere el color rojo, porque tiene mucho rojo en su composición y encuentra agradable tratar con él.

Yo estaba dispuesto a hacerle una pregunta; sabía algo acerca de los colores azules y verdes; también podía analizar por qué una persona está sumida en una profunda meditación: porque cuando una persona está concentrada sobre una forma de estudio particular, su aura irradia quizá franjas de color marrón. ¡Pero no podía comprender por qué una mujer había de ser escarlata!

—Honorable Lama —le dije, incapaz de contener por más tiempo mi curiosidad—. ¿Por qué se dice que una mujer es escarlata?

Mi Guía me miró como si yo estuviese por reventar, y me pregunté por un momento qué era lo que dije para que tuviera ese ataque de risa contenida. Luego, con amabilidad, me dijo que en el futuro no debía ser tan gráfico sobre cualquier tema.

—También quiero decirte, Lobsang, que todas las personas tienen una frecuencia de vibración básica, es decir, todas las moléculas de una persona vibran según cierto promedio, y la longitud de onda generada por el cerebro de una persona, puede corresponder a determinada clase. Dos personas que no tienen la misma longitud de onda, una longitud de onda igual en todo sentido, cuando se acercan a la misma, o cuando una longitud de onda corresponde a ciertas octavas de la otra, entonces se dice que son compatibles y por lo general se llevan muy bien.

Lo miré y me pregunté sobre algunos de nuestros artistas altamente temperamentales.

—Honorable Lama, ¿es verdad que algunos artistas vibran a un promedio más alto que los otros? —le pregunté.

—Por cierto que sí, Lobsang —dijo mi Guía—, si un hombre ha de tener lo que se dice inspiración, si ha de ser un buen artista, entonces su frecuencia de vibración debe ser mucho más alta que la normal. Algunas veces, esto lo hace

irritable, difícil de llevarse bien con uno. Dado que su tasa de vibración es más alta que la mayoría de nosotros, tiende a considerarnos mortales inferiores. De cualquier manera, a menudo, el trabajo que hace es tan bueno, que nos podemos poner en su lugar, con sus manías y chifladuras.

Me imaginé ese gran teclado que se extendía por algunas millas, y me pareció extraño que, en un teclado semejante, el nivel de las experiencias humanas se limitara sólo a tres notas, y así lo dije.

—Al ser humano, Lobsang, le gusta pensar que es la única cosa importante en la creación, tú bien lo sabes. En realidad, existen muchas otras formas de vida, además de los seres humanos. En otros planetas, existen formas de vida que son completamente absurdas para los humanos, y el ser humano común ni siquiera ha comenzado a comprender semejantes formas de vida. En nuestro teclado, el habitante de un planeta muy, muy alejado de este universo particular, estaría en un lugar muy distinto del teclado, en comparación con el ser humano. Más aún, los habitantes de los planos de existencia astral estarán más altos en el teclado, pues un fantasma que puede caminar a través de las paredes es de naturaleza tan tenue que su propia tasa de vibración será por cierto muy alta aunque su contenido molecular sea bajo. —Me miró, rio al ver mi expresión confundida, y luego dijo—: Bueno, tú ves, un fantasma puede pasar a través de una pared de piedra, porque una pared de piedra consiste en moléculas de vibración. Existen espacios entre todas las moléculas, y si puedes tener una criatura con moléculas tan pequeñas que se puedan acomodar entre los espacios de una pared de piedra, entonces esa criatura en particular podrá caminar a través de una pared sin ningún impedimento. Por supuesto, las criaturas astrales tienen una tasa de vibración muy alta, y son de naturaleza tenue, es decir, no son sólidas, lo que a su vez significa que tienen pocas moléculas. La mayoría de las personas imagina que el espacio exterior a

nuestro mundo, exterior a la capa del aire que nos rodea, está vacío. No es así: a través de todo el espacio hay moléculas. En su mayor parte son moléculas de hidrógeno que se hallan ampliamente dispersas, pero las moléculas están allí y pueden por cierto medirse casi de la misma manera con que se puede medir la presencia del llamado fantasma. —Las caracolas del templo sonaron llamando otra vez a nuestro Servicio—. Hablaremos otra vez sobre esto mañana, Lobsang, pues deseo que entiendas todo lo referente a este tema —dijo mi Guía, cuando nos separamos en la entrada del Templo.

La terminación del Servicio del Templo era el comienzo de una carrera, la carrera para conseguir comida. Todos estábamos algo hambrientos, pues las reservas de alimento se nos habían agotado. Éste era el día en que se podía conseguir una nueva provisión de cebada tostada. En el Tibet, todos los monjes llevan una bolsa de cuero pequeña con cebada tostada y molida, la que, al agregarse al té aceitoso, forma el tsampa. Por lo tanto corrimos, y pronto se reunió la multitud esperando que le llenaran sus bolsitas. Luego fuimos al Salón donde estaba el té para poder comer nuestra merienda del atardecer.

La mezcla era terrible. Mastiqué mi tsampa y me pregunté si mi estómago estaba mal. Tenía un gusto horrible, a aceite quemado. En realidad, no sabía cómo iba a hacer para pasarlo.

—¡Aj! —dijo un niño a mi lado—, esto lo quemaron hasta cansarse, nadie podrá tragarlo.

—Me parece que todo está podrido —dije. Hice otro intento, torciendo la cara en ansiosa concentración, de averiguar cómo haría para pasarlo. En el Tibet, desperdiciar semejante comida es una gran ofensa. Miré a mi alrededor, ¡y vi que los otros también estaban mirando! El tsampa era malo, no había duda. Por todas partes se volcaban cuencos, y aquello era una coincidencia muy rara en nuestra comunidad, porque todos estaban hambrientos. Tragué con rapi-

dez el tsampa que tenía en la boca, y algo muy extraño me golpeó con fuerza inesperada en el estómago. Velozmente, arrastrando los pies y sosteniendo con aprensión mi boca con la mano, busqué la puerta...

—¡Bueno, jovencito! —dijo una voz de extraño acento, cuando volvía hacia la puerta luego de devolver con violencia el molesto alimento. Al darme vuelta, vi a Kenji Tekeuchi, el monje japonés que estuvo en todas partes, que vio todo, que hizo todo, y que ahora estaba pagando por ello mediante ataques periódicos de locura. Me miró con compasión.

—Malo, ¿no es verdad? Yo tuve el mismo problema que tú y salí por la misma razón. Tendremos que ver qué es lo que sucede. Me quedo afuera durante algunos momentos con la esperanza de que el aire fresco se lleve las náuseas que esta mala comida nos causó.

—¡Señor! —dije tímidamente—, estuviste en todas partes: ¿podrías decirme por qué aquí en el Tibet tenemos una comida terriblemente monótona? Puedo morirme con tsampa y té, té y tsampa, tsampa y té. Algunas veces apenas puedo tragar bocado.

El japonés me miró comprensivamente y con una compasión aún más grande:

—¡Ah! Me lo preguntas porque probé tantas clases diferentes de alimentos. Sí, así lo hice. Viajé mucho durante toda mi vida. Comí en Inglaterra, Alemania, Rusia, casi en todos los lugares que se te ocurra mencionar. A pesar de mis votos sacerdotales, viví bien, o por lo menos lo creía así en su momento, pero ahora, el abandono de mis votos me puso triste. —Me miró y luego pareció volver a la vida otra vez—. Oh, sí. Me preguntas por qué tienes un alimento tan monótono. Te lo diré. Las personas de Occidente comen mucho, y tienen una gran variedad de alimentos. Sus órganos digestivos trabajan involuntariamente, es decir, no están controlados por las partes voluntarias del cerebro. Como nos-

otros enseñamos, si el cerebro, por medio de los ojos, tiene oportunidad de establecer qué tipo de comida va a consumir, entonces el estómago puede soltar la cantidad y concentración necesaria de jugos gástricos para poder trabajar los alimentos. Si, por el contrario, todo está racionado indiscriminadamente, y el consumidor está ocupado charlando todo el tiempo, entonces no se preparan los jugos gástricos, no se logra la digestión, y el pobre desventurado sufre de indigestión y quizá más tarde de úlcera al estómago. ¿Deseas saber por qué tu comida es sencilla? ¡Bueno! Cuanto más simple y monótona, dentro de lo razonable sea la alimentación, mucho mejor será el desarrollo de las partes físicas del cuerpo. Yo fui un gran estudiante de lo oculto, tuve grandes poderes de clarividencia, y luego me asfixié con toda clase de mezclas increíbles y de bebidas aún más increíbles. Perdí todos mis poderes metafísicos, de manera que ahora vine a Chakpori para que me atendieran, para poder tener un lugar donde descansar mi cuerpo gastado antes de abandonar este mundo. Y cuando haya abandonado este mundo, de aquí a pocos meses, los que rompen el cuerpo harán su trabajo, completarán la tarea que ya comenzó una mezcla indiscriminada de bebidas y alimentos. —Me miró, luego dio otro de esos extraños saltos, y dijo—: ¡Oh sí, mi niño! Toma mi consejo, apégate a los alimentos sencillos durante todos los días de tu vida, y tu vida nunca perderá sus poderes. No sigas mi consejo y hártate con todo, y perderás todo, ¿y qué ganarás? Bueno, hijo, ganarás una indigestión, ganarás úlceras gástricas junto con un mal humor. ¡Oh, no! Me voy, siento que me viene otro ataque.

El monje japonés, Kenji Tekeuchi se puso rápidamente de pie y salió corriendo en dirección a la zona de los lamas. Lo seguí con la mirada y moví mi cabeza con pena. Me hubiera gustado mucho poderle hablar más tiempo. ¿Qué clase de alimentos eran? ¿Tenían buen gusto? Entonces me reí de mí mismo: ¿por qué atormentarme cuando todo lo

que tenía ante mí era un té rancio y aceitoso y un tsampa quemado hasta ser una masa negra, y que, de alguna manera, tenía un extraño compuesto aceitoso en él? Sacudí mi cabeza y caminé otra vez hacia el Salón.

Más tarde, en la nochecita, me encontré hablando con mi Guía, el lama Mingyar Dondup:

—Honorable Lama, ¿por qué las personas compran horóscopos a los mercachifles en el camino?

Mi Guía sonrió con tristeza y dijo:

—Por supuesto, como tú sabes, no puede haber ningún horóscopo válido que no sea el que se prepara para una persona. No se puede preparar ningún horóscopo sobre una base masiva. Los horóscopos que venden los mercachifles en el camino son simples, de manera que puedan conseguir dinero de los crédulos. —Me miró y continuó—: Por supuesto, Lobsang, los peregrinos que consiguen estos horóscopos regresan a su casa ¡y los muestran como un recuerdo del Potala! Están satisfechos y también lo está el mercachifle, por lo tanto, ¿por qué preocuparnos por ellos? Todo el mundo está satisfecho.

—¿Crees que las personas deberían hacerse preparar un horóscopo? —le pregunté.

—En realidad, no Lobsang, en realidad no. Sólo en ciertos casos como el tuyo. A menudo, los horóscopos se utilizan para evitar a una persona el esfuerzo de asumir las consecuencias de una acción bajo su propia responsabilidad. Estoy en contra del uso de la astrología u horóscopos, a menos que haya una razón específica, definida para ello. Como tú sabes, la persona común es como un peregrino que se abre camino a través de la ciudad de Lhasa. No puede ver el camino por hacer debido a los árboles, las casas, las bajadas, las curvas del camino. Tiene que estar preparado para todo lo que pueda venir. Aquí, nosotros podemos mirar el camino y ver si hay algún obstáculo porque estamos en un lugar más elevado. El peregrino, entonces, es como una persona que no

tiene horóscopo. Nosotros, que estamos más altos que el peregrino, somos como las personas con horóscopo, pues podemos ver el camino por hacer, podemos ver los obstáculos y las dificultades, y así podemos sobrepasar las dificultades antes de que ocurran en realidad.

—Hay otra cosa que me preocupa mucho, Honorable Lama. ¿Puedes decirme cómo es que sabemos en esta vida las cosas que sabíamos en el pasado?

Lo miré muy ansioso, pues siempre sentía algo de miedo al hacer tales preguntas, ya que no tenía ningún derecho a profundizar en los temas, pero él no se ofendió y en su lugar repuso:

—Antes de que vengamos a este mundo, Lobsang, planeamos lo que deseamos hacer. El conocimiento se almacenó en el subconsciente, y si pudiésemos ponernos en contacto con él, ¡como algunos de nosotros pueden!, entonces podríamos saber todo lo que planeamos. Por supuesto, si supiéramos todo lo que planeamos no habría ningún mérito en luchar por mejorarnos porque sabríamos que estamos trabajando por un plan predeterminado. Por algunas razones, una persona irá a dormir, o mientras está consciente divagará, y se pondrá en contacto con su Espíritu. Algunas veces, el espíritu podrá sacar a la luz el conocimiento del subconsciente y lo transferirá al cuerpo terrestre, de manera que cuando el cuerpo astral regrese al cuerpo de carne, existirá en la mente un conocimiento de cosas que sucedieron en la vida pasada. Será una buena advertencia no cometer un error que se cometió vida tras vida. Algunas veces, una persona tiene grandes deseos de suicidarse, por ejemplo, y si esa persona fue castigada vida tras vida por hacerlo, entonces con frecuencia tendrá un recuerdo de algo como autodestrucción, con la esperanza que tal recuerdo haga que el cuerpo repita su autodestrucción.

Reflexioné sobre todo eso; luego caminé hacia la ventana y miré hacia afuera. Exactamente debajo, estaba el verde fresco de la zona pantanosa y el hermoso verde de las hojas de los sauces. Mi Guía rompió mi ensueño:

—Te gusta mirar por esta ventana, Lobsang. ¿No se te ocurre pensar que miras tan a menudo porque encuentras que el verde es un descanso para tus ojos? —Cuando lo pensé, me di cuenta de que instintivamente buscaba el verde luego de haber trabajado sobre mis libros—. El verde, Lobsang, es el color más descansado para los ojos. Les produce alivio. Cuando vayas al mundo occidental, encontrarás que en algunos teatros hay un lugar llamado sala de espera, pintado de verde, donde los actores y las actrices van a descansar sus ojos luego de someterlos al humo del escenario con sus luces y candilejas brillantes. —Abrí mis ojos de asombro por esto, y decidí que continuaría con este tema de los colores, en cuanto se me presentara la oportunidad. Mi Guía dijo—: Ahora tengo que dejarte, Lobsang, pero mañana vuelve a mí otra vez porque voy a enseñarte otras cosas.

Se puso de pie, me palmeó en el hombro y se fue. Me quedé mirando por la ventana, durante algunos momentos, el verde de los pastos pantanosos y el de los árboles, tan reposado para los ojos.

Capítulo XII

Estaba de pie en el sendero. Miraba la vertiente de la montaña. Mi corazón se sentía triste y mis ojos ardían con las lágrimas que no me atrevía a derramar. Estaban bajando al anciano por la montaña. El monje japonés, Kenji Tekeuchi, había "regresado a sus Antepasados". Ahora, los que disponían de la muerte, se llevaban su pobre cuerpo arrugado lejos de nosotros. ¿Estaría ahora su Espíritu vagando por el sendero bordeado de cerezos en flor? ¿O estaría viendo los errores de su vida y proyectando su regreso? Miré otra vez hacia abajo antes de que los hombres doblaran una curva en el camino. Miré el patético bulto que una vez fue un hombre. Apareció una sombra sobre el sol, y durante un momento imaginé ver una cara entre las nubes.

¿Sería verdad, me pregunté, que había Guardianes del Mundo? Grandes Espíritus Guardianes que vieran que el hombre sufre en la tierra para vivir. Bueno, ¡pues deberían ser como maestros!, pensé. Quizá Kenji Tekeuchi los encontrara. Quizá le dirían que aprendió bien. Así lo deseaba yo, pues fue un anciano débil que vio y sufrió mucho. ¿O volvería otra vez a la carne, reencarnado, para aprender más? ¿Cuándo vendría? ¿Dentro de seiscientos años o ahora?

Lo pensé; pensé en el servicio que acababa de dejar. El Servicio para Guiar a la Muerte. En las titilantes lámparas de aceite, que oscilaban como las llamas de una vida delicada. Pensé en las nubes de incienso de dulce perfume que parecían transformarse en criaturas vivientes. Por un momento, pensé que Kenji Tekeuchi había vuelto para estar

entre nosotros otra vez como un ser viviente en lugar de permanecer ante nosotros como un cadáver mustio. Ahora, quizás, estaba mirando el Registro Ascárico, esa constancia indeleble de todo lo que sucedió. Quizá podía ver dónde se había equivocado y lo recordaría para cuando volviera otra vez.

El anciano me enseñó un montón de cosas. De alguna manera extraña me apreciaba, me hablaba como a un semejante. Ahora ya no estaba más sobre esta tierra. Distraído, pateé una piedra y arrastré por el suelo mis sandalias gastadas. ¿Tenía madre? No me lo podía imaginar joven, con una familia. Debió ser solo, para vivir entre extraños como nosotros, tan lejos de su país. Tan lejos de las cálidas brisas de su propia Montaña Sagrada. Me había hablado a menudo del Japón, y luego su voz se enronquecía y sus ojos se volvían extraños.

Un día me sorprendió al decirme que las personas sondean en lo oculto cuando en realidad, sería mejor que aguardasen hasta estar preparadas, en lugar de tratar de molestar al Maestro: "¡El Maestro SIEMPRE llega cuando el estudiante está preparado, niño!, me dijo, y cuando tienes un Maestro, haz todo lo que te diga, pues sólo entonces estarás listo". El día se volvía más pesado. Sobre nosotros se formaban nubes y el viento comenzó a azotarnos otra vez con pequeñas piedras.

Allá abajo, en la llanura, saliendo de la base de la montaña, apareció un puñado de hombres. Con suavidad, colocaron su patético bulto sobre el lomo de un pony, montaron los suyos, y se alejaron lentamente. Yo miré la planicie hasta que el pequeño cortejo se desvaneció de mi vista. Pausadamente, me volví y comencé a subir la montaña.

ÍNDICE

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
NOSEDA Y CÍA.
CALLE TUCUMÁN 2926
T. E. 87-6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
SETIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y TRES


Te